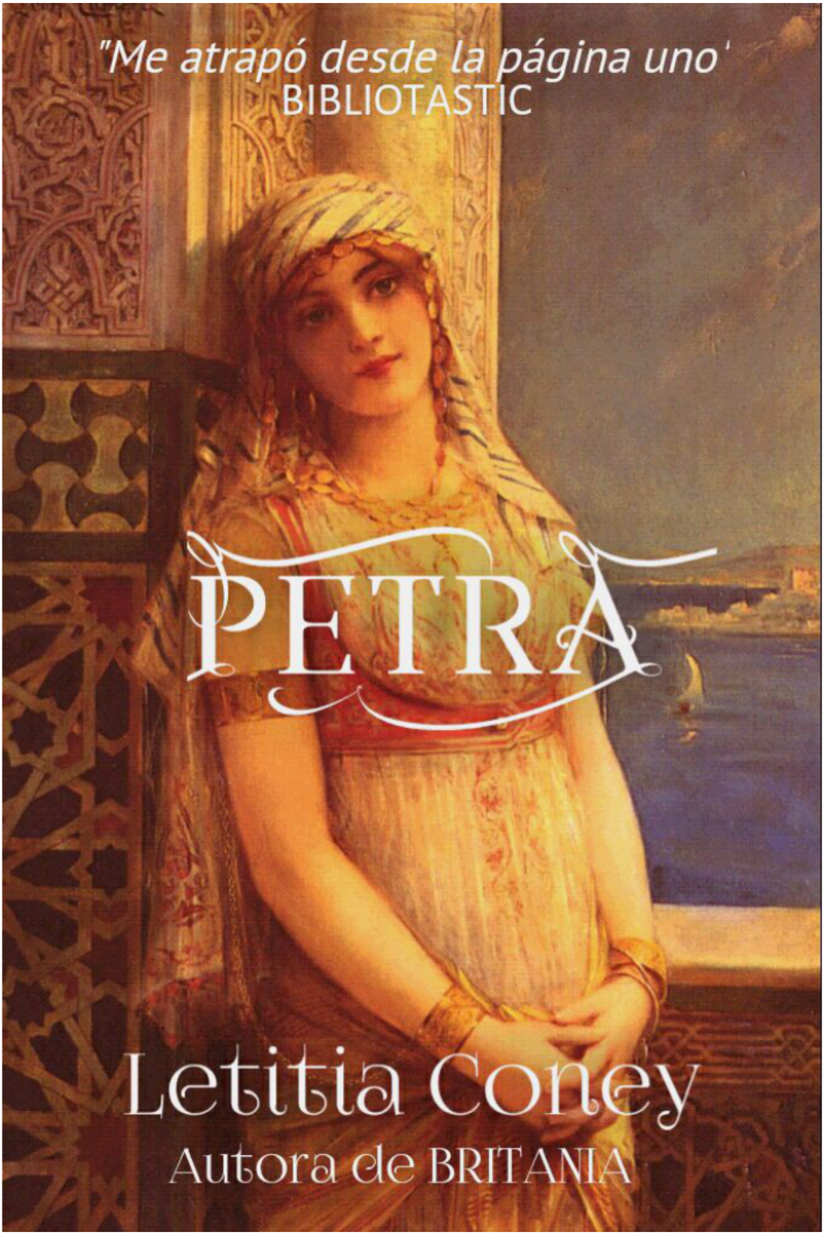

"Me atrapó desde la página uno'
BIBLIOTASTIC
PETRA
Letitia Coney
Autora de BRITANIA

Créditos

Petra
(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Traducción y Edición: Artifacs, enero 2021.
Diseño de Portada: Artifacs, derivada de "An Eastern Beauty" (1900) de Leon Francois Comerre.
Publicada en Artifacs Libros

__oOo__

Obra Original: **Petra**

Publicada en Smashwords

Licencia Creative Commons

Licencia CC-BY-NC-SA

Sobre la Autora

Letitia Coney está sana y salva viviendo en Australia. Ella escribe, pinta, dibuja, cose, juega con muebles de madera antigua, restaura joyería y canta muy alto. También alimenta animales y adolescentes.

Y duerme.

Puedes saber sobre ella en:

- Web (medialetitiacoyne.blogspot.com.au)
- Smashwords (smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne)
- Twitter (@LetitiaCoyne)
- Facebook
- Wattpad (LCoyne999)
- LinkedIn

Otras Obras

Todas estas obras son gratuitas y puedes encontrarlas en inglés en Smashwords o en castellano en Artifacs Libros.

__oOo__

- Piedra de Toque (Touchstone, 2012)
- Serie de Roma 1: Britania (Britannia, 2013)
- Serie de Roma 2: Hispania (2013)
- Serie de Roma 3: Caledonia (2013)
- Serie de Roma 4: Petra (2013)

______

PETRA

por

Letitia Coney

Capítulo 1

Petra, Provincia de Arabia, 120 d.C

"¡Aya!"

Un agudo gemido de protesta y el sonido de las sandalias de suela de madera golpeando las baldosas del atrio trajeron una sonrisa a los labios de Seth, y él arrastró un *khameez* sobre su piel húmeda. Solo un hombre lo llamaba por su nombre de infancia.

"Llámalos, Sethos. De verdad, querido mío. Estoy fuera de casa dos meses y tu personal ya no me conoce. ¿Por qué no se les advirtió que estuvieran preparados para mí? ¿Dónde está mi bienvenida? ¿Dónde están mis bebidas? ¿Dónde están mis perritos falderos?"

Solo un hombre entraría espontáneamente en su casa y exigiría que el servicio estuviera a su entera disposición. El parloteo de sirvientes angustiados rodaba alrededor de sus pisadas resonantes, trazando un viaje infalible hacia los baños de mármol.

El promus, Zayed, se apresuró a entrar en el baño, agitando las manos en extravagantes gestos de horror, quejándose violentamente de la falta de respeto mostrada por este intruso.

"Ellos te conocen, Drusus." Seth sonrió. “Por eso están tan decididos a mantenerte fuera. No pude advertirles porque no sabía que venías," extendió la mano para abrazar a su interlocutor, "y si quieres que jóvenes de ojos húmedos se relajen contigo, amigo mío, trae los tuyos propios."

Decimus Asinius Drusus no era un hombre alto, pero había un aura de poder en él: el tipo de aire ligero y perfumado que solo rodeaba a los obscenamente ricos, y esto le prestaba una estatura que la naturaleza no le había proporcionado. Su cabello canoso estaba inmaculadamente enroscado y peinado, teñido de henna en rojo brillante y naranja. Su espeso bigote seguía siendo de un fino y brillante negro y sus comisuras cubrían exuberantes labios carnosos.

Tomó el rostro de Seth entre sus fuertes manos morenas y besó cariñosamente cada mejilla. “Vaya, mírate. Te juro que te pones más hermoso cada vez que te veo, pero esa es mi tragedia, supongo, y no la tuya."

Girándose con bastante brusquedad como para causar un pequeño torbellino de rica tela, Seth se enfrentó al ahora silencioso personal de la casa, aplaudió y les hizo gestos para espantarlos, exigiendo: “¡Bebidas! ¿No me oís? Bebidas frías y algo dulce."

Zayed se mantuvo firme, sus ojos oscuros gritaban silenciosos insultos bajo esos párpados entornados. Unió obedientemente las manos a su espalda. Tamir se había negado a entrar en la habitación en medio del furor y esperaba junto a la puerta como un perro de ojos tristes que había perdido hacía mucho tiempo la voluntad de luchar.

"Refrescos," vocalizó Seth, asintiendo hacia su promus para reconocer el insulto. Sonrió cuando Zayed recompuso el rostro, dejando solo la tensión en sus labios para sugerir su disgusto. Volviendo toda su atención a Drusus, Seth preguntó: “¿Cómo fue tu viaje, mi Pater? Déjame adivinar. Caliente. Seco. Incómodo. ¿Exitoso?"

“Todo eso y más. Exitoso hasta ahora, al menos. Pero las cosas están cambiando, mi más querido muchacho. El mundo se hace más grande y nosotros estamos demasiado lejos."

“¿Demasiado lejos de qué? Has construido tu propio paraíso aquí mismo, en el desierto de Arabia. Hiciste florecer Petra." De vez en cuando, su benefactor se veía cautivado por un sueño de nuevos horizontes o enamorado de un determinado pueblo o ciudad que había visitado, pero estos caprichos duraban poco y Seth sabía que simplemente debía calmar y tranquilizar al hombre mayor. Era raro para él regresar de una misión comercial sin anhelar pastos más verdes.

Drusus hizo un gesto con una desdeñosa mano y se pasó un dedo por los rizos. "No puedo llevarme todo el crédito de eso," ronroneó, y Seth sonrió con cariño. “Se está tranquilo aquí, lo sé. Pero me estoy volviendo demasiado mayor para todo este viaje." Guardó

silencio un momento, luego se apresuró a seguir adelante con una desvergonzada súplica pidiendo halagos. "¿Me estoy volviendo demasiado mayor para esto?"

"Nunca demasiado mayor. ¿Dónde crees que quieres estar?"

“Oh, en la Roma querida, ¿dónde si no? Roma, donde está todo el dinero y la influencia. Este lugar es un paraíso que conozco, pero es tan provinciano. Tan condenadamente provinciano."

"Hay dinero aquí, Dec. Tú eres testimonio de eso. Siempre lo ha habido y siempre lo habrá. Egipto, Asiria, Persia, tus infinitamente amados griegos, ahora Roma. Todos los imperios van y vienen, pero Petra permanece. Mientras que los constructores del imperio necesiten especias del otro lado del desierto y mientras tú seas dueño del agua... ” Los argumentos se explicaban solos y Seth los había expresado todos antes de ese día.

“Apenas soy dueño del agua. Solo poseo algunas de las cisternas que las contienen y tuberías que la canalizan." Drusus parecía petulante, pero había más en su descontento de lo habitual, estaba demasiado lleno de celo teatral, y Seth comenzó a sentir cierta preocupación. Estaba tenso, el ceño fruncido que surcaba una y otra vez su frente era profundo y sus labios, cuando hizo una pausa, estaban pálidos y caídos.

"Y, y, y..." Seth rodó la mano en señal de todos los activos de Drusus: los edificios, los negocios y los intereses de control no mencionados. “Ven, toma asiento. Toma una bebida. Dime qué has visto o hecho que te ha hecho sentir infeliz con tu suerte."

Él había tomado en silencio el brazo de su patrón, girándolo y guiándolo de regreso a través de las frías y profundas sombras de la casa hasta el nuevo anexo. Este era brillante con luz natural, las brisas del desierto se filtraban a través de los colgantes velos de muselina, humedeciendo y enfriando el aire reseco y convirtiendo la habitación en una pequeña maravilla climática. Los murales se alineaban en las paredes enlucidas y los ricos mosaicos con las teselas azules favoritas de Drusus cubrían los suelos.

Cada elemento en el que podía posarse el ojo arrojaba color. Vidrio

y azulejos, gemas incrustadas, botellas, cajas, jaulas y tejidos, todo luchaba en gritante discordia y ningún artículo retrocedía modestamente de la refriega. Oro, plata y bronce brillaban en todas partes, pero rara vez por su propia belleza o valor. Los metales preciosos solo servían como marcos y láminas para las chucherías más escandalosas, brillantes y desvergonzadamente relucientes.

Drusus se permitió ser acomodado y se recostó en los mullidos cojines de un diván de cedro elaboradamente tallado.

Zayed apareció como por arte de algún silencioso milagro conocido sólo por los mayordomos, y puso una bandeja con agua de rosas en la mesa entre ellos. Cada copa de color brillaba con facetas finamente cortadas, y en un ajdrezado platilllo de plata al lado de cada bebida había una gelatina dulce y una crujiente galleta de hachís.

Mientras Seth se reclinaba extendiendo las piernas cómodamente en el aireado tejido de una hamaca, suspiró teatralmente y tomó su propia bebida. “¿De verdad renunciarías a esto? Los nabateos son muy particulares acerca de sus secretos, Dec. Mientras vivas y prosperes aquí entre ellos, puedes disfrutar de las pequeñas ventajas especiales de controlar el comercio de especias. Pero ¿crees que te van a dejar llevar sus líquidos de ambrosía y sus medicinas elíseas al resto del mundo? Te equivocas."

"Querido mío, no me sermonees sobre lo que nuestros maravillosos anfitriones harán o dejarán de hacer por el comercio y la riqueza. Estoy donde estoy hoy debido, y solo debido, a que entiendo muy bien la preocupación nabatea por equilibrar el secreto y el comercio."

Dio un sorbo y Seth desvió la mirada hacia un rincón brillante de la habitación y sus recuerdos. "Estás donde estás hoy porque tomaste buenas decisiones en el comercio de la carne."

"Solo al principio." Drusus dejó el cálice posándolo con demasiada fuerza sobre la bandeja. “Y una riqueza tan insignificante en comparación con la que tenemos ahora. Tú, más que nadie entre los vivos, deberías alegrarte de que yo prosperara en el comercio de esclavos o estarías muerto en una arena en alguna parte."

Limpiándose gotas de la mano, murmuró: "Sólo los esclavos odian a los esclavistas, Seth."

"Tienen la mayor de las causas, quizá."

"Quizá."

La irritación de Drusus comenzaba a tomar forma, y una intuición molesta e incómoda creció en la mente de Seth. Si la incursión más reciente de su patrón a la capital lo había llevado de nuevo a la tentación de comprar y vender hombres, era probable que esta fuese una conversación que no iba a terminar bien para ninguno de los dos. Antes de que pudiera aflojar la tensión en la mandíbula y endulzar el tono de sus pensamientos, Drusus continuó.

"He conocido a alguien, querido mío. Alguien muy especial. Y aunque estoy seguro de que te apresurarás a decirme que no soy nada de eso, me estoy volviendo demasiado mayor para estar solo. Veo el final de mis días como un anciano solitario y no me gusta lo que veo."

Seth se sentó erguido, balanceándose fácilmente en el columpio de la hamaca, dando la bienvenida al cambio de tema. "¿Y este alguien está en Roma?"

"Sí, está en Roma. No es en absoluto lo que estarás imaginando tampoco." La humedad brillaba en los ojos del anciano: lágrimas de tristeza, o de ausencia o arrepentimiento. "Él no es joven ni bronceado ni envuelto en una fina toga dorada en las *termae*. Es un respetable galeno de mediana edad, de entre todas las temidas profesiones."

Mil preguntas pasaron por la mente de Seth, tropezando sobre sí mismas y enredándole la lengua. Tartamudeó un momento, luego dejó de intentar hablar y sonrió ampliamente. "Esa es una noticia maravillosa." Luego cayó en el inherente dilema, se recostó lentamente en la comodidad de su columpio y esperó a que Drusus continuara.

Parecía tranquilizado por los pequeños detalles del asunto, el día a día, y evitaba las preguntas difíciles que tendría que responder. "Él

ha hecho lo de la esposa y la familia. El matrimonio en Roma es una farsa estos días, ¿sabes? Estas mujeres nobles con cabeza de caballo, todas pomposas y endogámicas, aún beben sales de plomo y se desangran para permanecer pálidas. Todas terminan pareciendo vetustos cadáveres con los rasgos pintados de rojo y negro, y se sientan a gemir por el hecho de que no pueden tener hijos. Quintus se casó hace años, consiguió una fértil, gracias a Zeus. Ella le dio algunos hijos y él la pasó a otros. Es algo extraordinario, muchacho mío. Deberías verlos. Todos los viejos ricos tienen al menos un hijo vivo y luego subastan virtualmente a probadas reproductoras como si fueran ganado. Mujeres que viven en el lujo siempre que puedan mantener su mixta manada de descendientes."

Seth se rió por la cínica, aunque precisa, descripción de la caída de los linajes nobles romanos. "¿Quintus?" preguntó levantando las palmas abiertas para obtener más información.

"Quintus Villius Cinna. A ti te encantaría. A mí me encanta. Pero no se parece en nada a ti."

"Eso es algo bueno, Pater."

"Oh, no lo hagas. Me llamas así para hacerme sentir que me amas un poco, pero lo único que hace es que me sienta aún mayor."

"Yo te amo un montón, Dec. Eres lo único cercano a un padre que he tenido. Y estoy delirantemente feliz de que hayas encontrado a alguien que pueda amarte como quieres ser amado. Él te ama, ¿no? No será este un amor no correspondido, ¿no?"

"No no. Coincidimos en nuestra devoción. Es donde hemos decidido vivir lo que es un problema, como probablemente habrás adivinado."

Recogiendo su copa, Seth dejó escapar una breve risa afilada. "Pensé que estabas molesto porque tenías que encontrar una manera de decirme que habías comprado un puesto de esclavos." Se rió de nuevo, volviéndose para mirar a Decimus con alivio brillando en los ojos. "Comparado con eso, cualquier problema que puedas tener es fácil de resolver."

Drusus no le devolvió la sonrisa. En cambio, juntó las manos en su regazo y bajó la cara desde la brillante luz del sol hacia las sombras.

"¿Dec?" Seth esperó durante el silencio culpable, la cálida ola de alivio disminuyó lentamente.

Drusus no hizo ningún movimiento para responder. Levantó una mano brevemente como si estuviera a punto de comenzar una oración, pero lo pensó mejor y en su lugar tomó la dura galleta marrón.

"Has comprado esclavos para vender, ¿no es así?" Todo el calor de Seth retrocedió. El frío y el disgusto corrían por sus nervios y se acumulaban en su estómago y articulaciones.

El silencio continuó y Seth encontró una salida para el progresivo frío. Dejó que se derramara de sus labios. "¿Tan grave es que ni siquiera puedes hablar de ello?"

Drusus respiró hondo y levantó el rostro. Cuánto tiempo había debatido sobre el mejor lugar para comenzar era irrelevante. Obviamente había tenido que repensar toda la historia de principio a fin antes de poder presentarla ahora. Cuando habló, parecía estar tratando de evitar el problema. Durante un tiempo al menos.

“Es grave y no tan grave. Dependiendo de los ojos con que veas la cosa."

"Con mis ojos, Dec" Seth se negó a ceder terreno, pero su tono hablaba más de decepción que de ira. “Con mis ojos y con los tuyos. Pensé que habías terminado con el comercio de esclavos."

"Así es. No he comprado a nadie. Llegué a ser dueño del sueño de otro hombre, casi por accidente," objetó. "Es algo complejo, Aya."

El uso de su nombre de infancia, el nombre de esclavo que le habían dado los comerciantes beduinos, sirvió para despertar viejos enojos y pinchar viejas cicatrices. Pero también lo obligó a reconocer que había hechos y mitigaciones intrincadamente entrelazados en el tejido de cada vida. Drusus era un hombre inteligente.

"¿Complejo?" repitió Seth con tono un poco más tolerante, su postura un poco más relajada. Escucharía, al menos, antes de emitir un juicio.

“Yo quise empezar con Quintus. Quería contarte mis buenas nuevas y compartir primero contigo mis dolorosas decisiones. Luego, cuando hayas entendido cuánto te amo, cuánto dependeré de ti... "

Seth resopló con sospecha y esperó.

“Siempre me quejo de lo del padre, lo sé. Pero tú eres mi hijo. Más querido que un hijo. Te di mi nombre. Tienes todo el derecho a heredar todo lo que poseo. Ciertamente debes heredar antes que cualquiera de los mocosos de Quintus. Nobles mimados de sangre aguada y pretensiones militares. Sin ningún aprecio por los elegantes puntos de la cultura helenística clásica."

"Su padre es un galeno," Seth mantuvo el tono uniforme y evitó los halagos, "Estoy seguro de que han tenido más cultura griega de lo que cualquier hombre necesita. Y tú no estás a punto de caerte muerto, así que vuelve al grano."

"Bueno, él no va a venir aquí. Ese es el asunto, ¿no? Eso es lo obvio. Quintus no quiere venir aquí, así que tengo que dejar Petra e irme a vivir en tranquila magnificencia a Roma. Esa es mi elección y, como es la única opción, quiero elegirla."

"¿Qué tiene eso que ver con los esclavos?"

"Nada. Significa que no puedo continuar con mis obligaciones con la ciudad y la familia real nabatea si vivo en Roma. Significa que tengo que cerrar y vender todo lo que tengo aquí y en todo el estado nabateo. O significa que te dejo todo lo que tengo aquí. Significa que te lego todo mi pequeño, humilde pero muy lucrativo, imperio un poco antes de lo que los dioses hubieran decretado."

Eso era mucho para digerir, y no solo porque Drusus hablaba con tal ligereza sobre una enorme riqueza. La oferta apestaba a edulcorante. Si Seth iba a tomar el control de toda la propiedad árabe de Drusus, sospechaba que lo haría como administrador y no como propietario. Eso encajaría con la legislación del estado cliente

nabateo, manteniendo todos los títulos y privilegios de propiedad dentro de los límites de las provincias árabes, mientras pagaba un saludable estipendio a Drusus en Roma. Y en algún lugar en todo esto, el tema de los esclavos de Drusus se volvía tremendamente importante.

"Y si yo fuese a controlar todo tu pequeño y humilde imperio, Pater, ¿cómo voy a ser dirigido para lidiar con los esclavos que tienes ahora?"

“Sethos, me hieres. Si quieres liberar a todos y cada uno de los hombres y mujeres vinculados, puedes hacerlo. Tienes mi bendición. Por supuesto, no tendrán adónde ir ni dónde vivir ni nada para comer, y tu imperio se derrumbará entre los oídos, pero eso es cosa tuya juzgarlo. Paga a cada uno el salario de un comerciante, si eso es lo que crees que debes hacer."

De modo que,el problema no yacía en el ejército de trabajadores de Drusus. Seth se estaba impacientando. "Dímelo de una vez, Dec. No me sueltes tu discurso de venta. Dime qué es lo que has hecho que es tan grave."

"Ya te lo he dicho, no he hecho nada malo. En mi viaje a casa desde Roma, cuando atracamos en Alejandría, ya sabes que es una de mis ciudades favoritas, fui a una casa de juego. Las fortunas van y vienen, como sabes. Esa es la senda de los dados. Y jugué contra un hombre que apostó el trabajo de su vida y su sueño de una riqueza incalculable. Gané." Levantó las manos para mostrar que no era nada. Una tirada de dados. Algo sobre lo que no tenía control. Nada, de hecho, salvo la voluntad de los dioses.

“Cuando todo está dicho y hecho, es así de simple. Pero ahora soy dueño de su sueño. Y si debo ir a Roma y dejarte a ti todo lo que tengo, querido mío, entonces el dueño de su sueño eres tú."

"¿Su sueño involucraba esclavos?"

"En cierto modo."

"¿Podrías decirme qué o quién es lo que posees?"

"Prefiero mostrártelo. Confieso que yo no tenía idea de lo que había ganado hasta que tuve la oportunidad de ver el premio por mí mismo."

"¿Por qué no me lo dices, Dec? Esto es ridículo. No hay nada bajo el sol que valga este tipo de tonterías."

Drusus hizo una pausa y se pasó los dedos con cuidado por el bigote, acariciando su largo sedoso hasta los labios. “Hay muchas cosas debajo del sol que valen más que el oro y la plata. Tú mismo eres prueba de ello. Hay momentos en que los hombres comercian con carne por lucro o placer, y hay momentos en que solo el oro puede salvar algo precioso y perfecto y preservarlo para que todo el mundo lo vea."

“¿Como hiciste tú por mí? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que estás salvando a alguien como me salvaste a mí de la arena? Bueno, Decimus, haz lo que hiciste por mí. Dales a estas personas la libertad de ser quienes pueden ser. Libéralos y deja que el mundo siga su curso."

Drusus asintió y se incorporó con rigidez, obligando a la edad a salir de los huesos cansados. Caminó hasta donde Seth estaba sentado y se estiró para tomarle el rostro entre las manos. “Dos cosas, querido. Si me voy a Roma para encontrar el amor, aunque solo pueda ser la segunda mejor opción, ¿aceptarás la responsabilidad de todo lo que he construido, alimentado y cultivado aquí en mi paraíso desértico?" Besó suavemente una mejilla. "Y si lo haces, ¿querrás venir conmigo por la mañana y ver qué es lo que vale más que el oro y la plata?" Un toque en la otra mejilla.

"Si estás hablando de esclavos, Dec, ¿por qué no me dices que los vas a liberar?"

"Porque te pido que vengas y veas por ti mismo antes de emitir un juicio que no puedes entender."

"No hay nada que entender."

“Aya, por favor. Por mi. Dime que reservarás tu juicio hasta que

vengas a mi almacén mañana."

Seth se puso de pie con los brazos en jarras y el rostro sobre oscuras dudas. “¿He de entender que si rehuso mantener este sueño por ti, todo lo que tienes será vendido y dejado a los cuatro vientos? Si digo que veré estas almas antes de considerar su libertad o esclavitud, entonces, ¿todo lo que posees será mío para hacer mi voluntad?"

"Eso es lo que estoy diciendo."

"¿Y no puedo decir nada en un sentido u otro hasta la mañana?"

"Eso sería lo mejor."

Entonces, Pater, te veré en tu almacén por la mañana. ¿Qué otra cosa puedo hacer?"

***

Cuando la línea de camellos se detuvo y se arrodilló, gruñendo con una protesta maloliente, Jaida juntó los pliegues de su abaya cerca de su cintura y miró alrededor en las sombras. El ancho cielo aún brillaba arriba, desvaneciéndose lentamente de un azul profundo a malvas y dorados, pero el sol proyectaba su luz en largos rayos que rozaban la superficie del desierto y dejaban el *Wadi* acurrucado a la sombra de sus acantilados.

A su alrededor, los hombres se apresuraban y charlaban, trasportando las bestias hacia el terreno y apresurándose a descargar rollos de carga amarrados a las espaldas. Los burros olían el agua cerca e iniciaron chillones coros que resonaban en la pared de la roca, mientras una paciente cola de mozos portadores se adelantaba con una caravana de literas.

"Baja ahora, querida mía."

La voz llamó su atención hacia el costado del animal que ella montaba y dejó que su chal bajara deslizando sobre los hombros mientras aceptaba la mano que le ofrecían como apoyo. A su lado, su hermana giró e hizo una mueca cómica mientras se deslizaba

rígidamente hacia la arena de guijarros abajo. Jaida no tenía una sonrisa que devolver por el momento.

Al parecer, habían llegado a su destino y, por fin, se habían liberado de la incomodidad de la caravana de camellos. El polvo se había abierto camino a través de las capas de su ropa y se le había adherido al pecho y a la espalda. La arena le irritaba los muslos mientras ella daba los primeros pasos, y se tomó un momento para estirar la columna vertebral, girar y abrir los brazos, antes de recogerse el chal sobre el cabello y avanzar obedientemente hacia la fila de literas.

La oscuridad se estaba acumulando más rápidamente ahora, y ella miró a lo largo de la hilera de camellos arrodillados, contando rápidamente a sus hermanas, asegurándose de que todas estuvieran presentes. Delante había cuatro pequeños *carpenta*, cada uno con seis mozos: dos chicas por litera, y cada uno de los pequeños vehículos brillaba intensamente en la desvanecíente luz. Su nuevo patrón tenía dinero al menos. Cuánto sabía él sobre el servicio en el templo y las exigencias de la vida en la que ella y sus hermanas habían sido criadas, ella aún tenía que descubrirlo.

Jaida se quedó atrás, mirando cómo cada una de las chicas se apresuraba a entrar detrás de sus cortinas de cuentas y los mozos levantaban su carga. Cuando las siete estuvieron instaladas, ella también se deslizó en la ricamente acolchada comodidad de su litera. A su lado, Ianthe murmuraba oraciones y ella abrió las cortinas para ver cómo los portadores las llevaban a través del *al-Siq* y luego a *Rekeem*: la ciudad de piedra rosa llamada por los griegos y romanos, Petra.

Por encima de ellas, el cielo del atardecer formaba una hendidura brillante, pero los muros de arenisca oscura absorbían la luz de las antorchas y se apiñaban claustrofóbicamente. Sin parar hilaban entre los altísimos muros, la arena suave de los adoquines crujía bajo los pies de los porteadores y el marco de madera de su litera crujía bajo la tensión.

Jaida estudiaba los muros en silencio, esperando cada antorcha encendida mientras pasaban por el desfiladero, donde los bloques del Dios brotaban de los nichos y las grietas se extendían hacia la

oscuridad de encima. Su estudio era un artificio para calmar su mente y los latidos de su corazón. Esto había funcionado lo bastante bien como para tenerla fascinada, y se sobresaltó levemente cuando Ianthe habló.

"Está hecho, entonces, ¿no? Ya estamos aquí. Para bien o para mal, estamos aquí."

"Estamos aquí," asintió Jaida en voz baja.

El viaje desde Alejandría hasta Gaza, y de allí hasta aquí, había estado lleno de nocturnas especulaciones sobre su destino, pero nadie se había atrevido a llevar esa especulación más allá de Petra. Este era el hogar de Decimus Asinius, y él era su nuevo benefactor. Seguramente eso significaba que este sería su nuevo hogar, al menos por un tiempo.

Durante todas sus vidas, desde que la mayoría de ellas podía recordar, habían sido preparadas y entrenadas para asumir sus posiciones como sacerdotisas y oráculos de Isis. Sus vidas hasta la fecha habían sido una preparación larga y tediosa, y ahora, con Babu y su impecable dedicación desaparecida, parecía que había llegado el momento de pasar a la siguiente etapa. Y una vez que Babu se había ido, era probable que hubiera sombras tan oscuras y claustrofóbicas como las paredes del desfiladero que se cernían a su alrededor.

"¿Crees que iremos a un templo aquí?" Preguntó Ianthe, con su rostro oscuro ilegible en las sombras de su litera. "No respondas. Es una pregunta estúpida, lo sé. Lo sabremos esta noche, ¿verdad? Estoy tan asustada que podría vomitar."

"Sé como te sientes." Jaida volvió a abrir la cortina cuando el aire a su alrededor se iluminó. "Sabremos la respuesta en cualquier momento, creo."

Se habían trasladado a un espacio más amplio y más iluminado, y el crujir de la arena dio paso al roce de las sandalias sobre calles adoquinadas. El ruido de la garganta de Ianthe sonó como un ahogo o como el sofocado impulso de las náuseas, y cuando Jaida se volvió para mirar a través de la cortina lateral de su hermana, el

asombro también se elevó en su garganta.

Una gran columnata y un entablamento se elevaban por encima de ellas. Arenisca color rojo intenso iluminada por braseros debajo y bañada desde arriba por antorchas encendidas. Esforzándose por tener una mejor vista, ambas chicas se inclinaron precariamente desde el costado de la litera, mirando por el escarpado acantilado hacia las impresionantes columnas y la fachada.

Ya se estaban moviendo dejándolo atrás y ambas se inclinaron más, intentando ver con más claridad los niveles superiores del edificio, pero el denso follaje de los árboles de la calle y la oscuridad que avanzaba les robaban la vista.

"¿Es esto? Es un templo, sin duda, ” dijo Ianthe mientras se acomodaba de vuelta a los cojines.

"No nos detendremos, ¿verdad? Sea lo que sea, nos vamos a otro lado." Jaida cerró las cortinas y se cubrió la cara con el chal. “Se está llenando de gente ahí fuera. Creo que deberíamos mantener la cara cubierta. Sé que deberíamos. Y mantén la cortina cerrada," agregó mientras le quitaba esta de los dedos a Ianthe y cerraba las escenas de la ciudad afuera.

"Quiero ver la ciudad," protestó Ianthe, bajándose el chal sobre el cabello y volviendo a abrir la cortina un poco.

"La veremos a la luz del día."

"¿Y si no, Jaida? ¿Y si nos dan privacidad otra vez? Entonces nunca veremos el sol, y mucho menos la ciudad." La forma en que articuló la palabra envió un escalofrío de terror sobre la piel de Jaida. Babu siempre había tenido una manera de describir su situación en términos positivos, como si cada nueva privación fuese un regalo de la diosa, y privacidad hubiera sido su palabra para la oscuridad y el aislamiento.

"Entonces no la veremos. Sobreviviremos." Durante los dos últimos años de su noviciado, desde que las rebeliones habían saqueado la mayor parte de Alejandría, habían visto desaparecer una a una sus libertades y sus pequeñas comodidades con estas. No tenían acceso

al mundo fuera de su *aedicula*, pero la sensación que tenía Jaida era de un lento declive. Babu les había provisto con menos, creía ella, porque sus propios medios estaban fallando, o porque sus responsabilidades fuera de esta visión le habían costado más de lo que podía pagar. Y esas responsabilidades externas se movían a su alrededor aún en las amenazantes y silenciosas sombras.

El constante progreso continuó, mientras los empujones y fragmentos de conversación a su alrededor hablaban de multitudes reunidas. El aire de la tarde estaba cargado de especias de cocina y los vendedores ambulantes voceaban desde un mercado distante, sus estridentes gritos resonaban en las imponentes murallas de la ciudad de piedra. Jaida también anhelaba retirar la tela y disfrutar de cada vista y sonido de este nuevo y exótico lugar. La gente hablaba en dialectos muy diferentes que ella no reconocía, excepto por alguna llamada ocasional en latín, y las extrañas palabras le enviaban un pequeño estremecimiento de emoción por la espalda.

Ella hablaba tanto griego como latín formales y la lengua superior de los faraones, el egipcio clásico, con sus correspondientes escrituras religiosas y glifos. Sabía leer en los tres idiomas. Babu las había educado bien, y todas tenían algunos dialectos locales, algunos de antes de su devoción y otros de los guardias de seguridad que las habían protegido.

Pero el miedo era el factor más importante en el temblor de sus manos y rodillas.

Mientras viajaban, habían intentado dentro de los límites obvios de su experiencia y conocimiento, adivinar qué podría pasarles a continuación. Eso era imposible, no había modo de saber cuánto no sabían o no entendían acerca de su circunstancia.

Había visto a Decimus Asinius Drusus una vez, desde la distancia, el día en que él se había llevado a las chicas de sus casas. Ella conjuraba una imagen de él ahora y obligó a que su respiración se ralentizara y a que sus locos pensamientos giratorios se concentraran en la única imagen fija.

Tristeza. Eso era lo que ella sentía al centrarse en él. Tristeza y pérdida. Calor. Valor. Era fugaz su control sobre esos rasgos

demasiado tenues. Pero ella rezó para que sus sensaciones sobre el hombre fueran correctas, que ellas no habían pasado por tanto en esta vida solo para ser desolladas sobre el altar de adineradas perversiones. Babu les había advertido a todas en repetidas ocasiones sobre el destino de las vírgenes desprotegidas en el ancho mundo fuera de su refugio seguro.

La litera era confinante aunque fuese cómoda y ella rodó los hombros y estiró las piernas con la esperanza de que este transporte también terminara pronto.

Con la emocionada charla de Ianthe y el ocasional atisbo de luz y color que se colaba más allá de la oscilante cabeza de su hermana, Jaida siguió viajando por la ciudad. A través de calles donde la luz y el número de personas disminuían, y por largas y oscuras avenidas de árboles, se movieron hasta que por fin la litera se detuvo y se posó en la dura tierra de abajo.

Su viaje por fin había terminado.

Capítulo 2

Jaida estaba de pie al lado de sus hermanas en una fila muy apretada de rostros abatidos. Su viaje había terminado la noche anterior en una casa de baños pública cerrada a otros clientes durante las horas que ellas estuvieron allí. De allí habían regresado a un pequeño dormitorio, un anexo de una especie de almacén, y habían sido bien alimentadas y acomodadas para pasar la noche.

Incluso limpia y fresca, con la barriga llena y una guardia armada, Jaida no había podido dormir. Los fantasmas se movían a su alrededor y las dudas abarrotaban su mente. Sentía un miedo en este lugar que no tenía ningún fundamento por la forma en que habían sido tratadas. El temor permanecía como los ecos de una vieja amenaza, como algo que debería haber estado muerto y enterrado, pero que rehusaba alejarse de su luz.

Sólo Oseye se mantenía erguida, con su largo cuello elegantemente extendido, su oscuro y encantador rostro en alto. Ella tenía fuego en la sangre, había dicho Babu, fuego líquido que le encendía el espíritu y elevaba sus oraciones más alto que las estrellas.

Si este no estaba en su sangre, no había duda de que había fuego en sus ojos.

Eran más negros que la obsidiana, y sus espesas pestañas caían sobre ellos como matorrales a punto de prender. Sus ojos ardían sin fuego, su mirada podía quemar. Jaida había concluido hacía mucho tiempo, que había fuego en su sangre y en sus huesos y en su espíritu mismo.

Oseye no era la más inteligente de las chicas, pero ciertamente era la más fuerte y decidida. Ella había luchado también más con su aislamiento, y estaba protectoramente de pie junto a Eshe. Juntas habían encontrado la voluntad de llevar el peso de su devoción a la diosa.

Cuando la escolta de las chicas se acercó para inspeccionar su carga, fue Oseye quien finalmente se atrevió a hablar. "¿Adónde vamos?"

preguntó con tono tranquilo pero con una profundidad y resonancia que requería atención.

"Ahora mismo, a ninguna parte." Juba sonrió agitando una mano como si estuviera acariciando a un sabueso ansioso. "Drusus estará aquí pronto. Una vez que haya venido, podrá contarte todo lo que vendrá a continuación." Desde el momento en que él se había unido a ellas en Alejandría, los ojos de Juba parecían estar permanentemente a punto de llenarse de lágrimas, pero los modales del hombre eran amables y su sonrisa tan cálida como era posible

“Sentaos, chicas. No sois un costillar de carne colgado en el mercado. Intentad parecer que os han cuidado bien, ¿queréis?" Él miró por la polvorienta habitación, evaluando la comodidad y posición de varias cajas y sacos. "Ojalá nos hubiera dejado él hacer esto en el templo," se quejó Juba, luego tomó a Eshe de la mano y la llevó hacia un saco de grano. Oseye lo siguió como si estuviera atada y él comenzó a objetar, luego se calló y le indicó que se sentara junto a la pálida pelirroja.

"Tú." Juba señaló a Ianthe. “Ven y quédate atrás. Inclínate un poco, cúbrete. No, no." revoloteaba alrededor de ellas con la intención de crear la escena como él quería, arreglando a las chicas y sus miembros y el drapeado de sus túnicas. "Sois todas tan adorables que yo no querriia que ninguna ocupara el centro, y sois todas tan, tan diferentes."

Jaida se sentó donde fue colocada, sobre una olla de aceite sellada que se balanceaba sobre unos rollos de cuerda tosca. Su lugar en la escena viviente estaba en la parte de atrás, y ella se sentó en silencio, tragándose un torrente de inútiles lágrimas.

Les habían devuelto la ropa y sus escasas posesiones, junto con una gran cantidad de joyas y cosméticos, y se les había animado a vestirse de forma elegante. Ninguna de ellas necesitaba aumentar su belleza, ellas lo sabían. Habían vivido esta vida, cada una, por su apariencia.

Desde la infancia habían sido elegidas por la diosa, o por Babu en su nombre, para crear la misma escena que Juba dirigía instintivamente. El hombre notó de inmediato el contraste de sus

diferentes tonos de piel y colores de cabello. Babu había viajado por todo el imperio en busca de niñas para hacer realidad su sueño. Estas eran las mujeres que la diosa le había conducido a elegir.

"Eso es adorable. Simplemente adorable. Yo buscaría más luz," Juba se apresuró por la sala, tirando de la arpillera clavada sobre las ventanas del almacén, "pero creo que este tipo de suave aire sombrío os da a todas un toque de misterio, ¿no es así?"

Ninguna respondió. Se acercaba el momento en que iban a conocer su destino, entonces todos sus sueños y planes, y todo lo que habían aprendido, se haría realidad o se convertiría en polvo.

***

"Dec, necesito decir muchas cosas que nunca he intentado decir en voz alta. Tal vez sea mejor que lo haga antes de que vayamos a revelar tu gran secreto." Seth deslizó los brazos por las mangas de un *thoub* muy bordado y se puso de pie pacientemente mientras Zayed ajustaba la caída de la túnica hasta los tobillos. “El hecho de que te vayas a mudar de aquí de forma permanente me hace darme cuenta de lo importante que eres para mí. Como terminemos discutiendo hoy sobre lo que sea, no me lo perdonaré."

Drusus se sentaba inquieto en un cojín suave, su *ghutrah* estaba ajustado con un holgado drapeado sobre la parte inferior de la cara, como si esperara que una repentina tormenta de arena entrara aullando por la habitación. Él tenía los ojos húmedos que habían pronosticado lágrimas desde su llegada, pero hasta ahora se las había arreglado para evitar los problemas que le provocaban esta ola de emoción. "No quiero que empieces con confesiones de amor ahora, cariño mío. Es demasiado tarde. He encontrado a otra persona."

"No tomes esto a la ligera Dec. Estoy preocupado. No dormí anoche pensando en el hecho de que, desde que te conozco, no he tenido que trabajar ni actuar ni pensar siquiera por mí mismo. Si te vas ahora, ni siquiera sé por dónde empezar a aprender a hacer todo eso otra vez."

"Lo sé." Las lágrimas se acercaron más y Drusus tosió en molestia y

estabilizó la voz. "Yo mismo me he sentido mareado, con absolutas náuseas, toda la noche después de lo que dijiste ayer. He sido tan insensato, y lo siento, Sethos. Lo lamento de veras."

"¿De qué te lamentas?"

"De haberte tenido aquí como protegido."

Seth se echó a reír, se cubrió la cabeza con un tocado y ajustó el *agal* decorado en oro en su sitio. Durante muchos años llevaba el pelo muy corto y utilizaba aceites aromáticos para peinarlo hacia atrás fuera de la cara, pero disfrutaba del anonimato al llevar el *ghutrah*, usándolo como Drusus, para ocultar los rasgos. "¿Te arrepientes de los lujos que me has dado? No te arrepientas, Pater mío, he disfrutado de cada momento de ello."

"Lamento no haberte dejado libre. Nunca dejaré que te escapes."

Drusus parecía dispuesto a tomar un *flagrum* y comenzar un azote ritual y Seth frunció el ceño consternado. "Soy libre, Drusus. Tengo la placa que lo prueba. Tengo nombre romano completo, como solo el mejor ciudadano romano podría tener, el nombre que me diste. ¿De qué estás hablando? Soy libre."

Drusus suspiró y se puso de pie. "¿Estás preparado? Te juro que tardas más en vestirte que yo. Hoy quiero pasear hasta el almacén. Quiero disfrutar de mi gloriosa ciudad todo el tiempo que pueda."

"Estoy preparado. Vamos."

"Un momento. ¿Sobrevivió Kartikeya mientras yo estaba fuera? También quiero ver al viejo."

"Sobrevivió." Seth sonrió. "¿No lo hueles? Eso es lo que la mayoría de la gente pregunta en cuanto entra aquí. ¿Qué es ese olor?" Se rió y condujo a Drusus hacia la casa principal y al patio donde el anciano felino dormía durante su retiro.

El viejo tigre estaba disfrutando tumbado sobre una roca sumergida, contemplando horizontes imaginarios. Olía mal y su magnífico pelaje a rayas había adelgazado con la edad. No sobresalían colmillos de debajo de esos labios oscuros, pero la extensión de su

vientre sobre las rocas mojadas sugería que comía lo bastante bien con los dientes que aún le quedaban.

Mientras ambos observaban, se llevó comida al patio. El hombre que arrastraba el saco ensangrentado no mostraba miedo mientras reía y llamaba al tigre para que se acercara. Desde el otro lado del patio, el asistente podría haber sido el mismo Sethos, pero la ropa que vestía estaba manchada y gastada y sus palabras eran guturales bramidos en arameo.

Drusus observó cómo el gran felino acechó y hociqueó, tomando bolas de carne del tamaño de un puño como si fueran dulces, y preguntó: "¿Y si lo hubieras soltado ir en lugar de traerlo aquí contigo? ¿Qué habría sido de él?"

"Estaría muerto, Dec. Tú lo sabes. Le quitaron las garras después de esto." Seth se pasó el pulgar por el hombro donde la ropa ocultaba una cicatriz. "No podría haber cazado por sí mismo."

“Así que lo conservaste. Y ahora no tiene dientes."

"Debería haberle dado cabras cuando era más joven." Seth empezó a alejarse. "Está demasiado mimado. Come la misma carne que yo... "

Se detuvo y encaró a su patrón, el frío terror que seguía amenazando su vientre estaba comenzando a deslizarse a través de su carne. “¿Es esto una especie de advertencia metafórica? Si es así, dímelo, no te andes con juegos."

"No pudiste dejarlo en libertad, así que lo retuviste y lo mimaste. Ahora no tiene dientes. Si le dieras una cabra de comer ahora, se ahogaría con ella. Oh, mi querido muchacho. Lo siento mucho. Pero lo compensaré. Vamos antes de que el sol caliente demasiado."

***

El hombre mayor era Decimus Asinius Drusus, él era inconfundible. Unos brillantes mechones dorados le caían sobre los hombros y relucían con claridad a través de la blanca tela del *ghutrah*, y un espeso bigote negro y cejas dejaban sin duda la cuestión. Estaba más relajado que en la última ocasión, pero aún había un aire de

tristeza en él, aunque sonreía cálidamente mientras se acercaba, asintiendo con la cabeza con deferencia hacia el grupo de mujeres y extendiendo los brazos para abrazar a Juba.

“Las chicas tienen buen aspecto, amigo mío. Sabía que tomarías excelente cuidado de un cargamento tan precioso."

Cargamento. Ellas quedaban reducidas a cargamento. Desde su posición detrás de sus hermanas, Jaida observó la informal facilidad con la que los hombres se saludaban. No importaba cómo Babu hubiera elegido expresar el cambio en sus circunstancias, este hombre era su nuevo dueño. Puede que le llamaran patrón o benefactor, pero en realidad era un amo y, al menos, no era tan severo como algunos.

Su nuevo dueño se condujo a unas breves cortesías de investigación sobre la salud de Juba y Jaida giró para ver que otro hombre entraba en la habitación. En la medida de lo posible, con la excepción de él mismo y los guardias, Babu había aislado a las chicas de la compañía de los hombres. No se debía permitir que nada las distrajera de sus estudios y él jamás se arriesgaría a que la codicia o lujuria de ningún hombre pusiera en peligro el estatus de las chicas en el templo.

Los hombres, habían aprendido ellas, eran brutales criaturas impulsadas por pasiones animales, y algo en ese miedo y conocimiento aceleró los latidos del corazón de Jaida y extendió el calor por su cuerpo mientras ella estudiaba al hombre que tenían ante ellas ahora.

El intenso blanco de un *ghutrah* de lino le tapaba casi todo el rostro, por lo que la atención de Jaida se centró inevitablemente en sus grandes ojos marrones. Si había un espíritu animal en este hombre, era el de un cervatillo, o el de un ternero con ojos de ciervo. La negra franja de esas pestañas yacía densa sobre piel bronceada, contrastando fuertemente con la tela blanca y haciendo eco de la profunda oscuridad de los iris. La atención del recién llegado estaba en los otros hombres y ella se inclinó inconscientemente hacia adelante cuando él apartó la esquina de su tocado en la cabeza y se estiraba para besar la mejilla de Juba a modo de saludo.

El rostro que él reveló parecía dibujado por los artesanos que esculpían a los dioses en piedra. Su nariz era larga y recta, como las preferidas por los escultores griegos, y su limpia mandíbula era fuerte, pero no demasiado dura. La boca que sonreía en bienvenida era suave y carnosa, su labio superior era ligeramente cuadrado sobre rectos dientes blancos.

Sus rasgos mostraban la abierta inocencia de la juventud fortalecida por la madurez, pero nunca perdida, y la dulce sonrisa permaneció en sus labios cuando él giró hacia las chicas. Un pequeño ceño de confusión le acariciaba la frente mientras él miraba rápidamente de un rostro a otro. Jaida contuvo el aliento, nerviosa, y se dijo a sí misma que debía desvíar la mirada antes de que aquellos ojos se encontraran con los suyos, pero estos se posaron en ella en un instante y Jaida sintió el calor de la sangre subirle a las mejillas.

"¡Chicas!" Su amo habló y atrajo la atención hacia su rostro. "Soy Decimus Asinius Drusus, como ya sabréis, y os he traído aquí a nuestra magnífica ciudad para decidir vuestro futuro."

Aquí venía, y Jaida apretó un tembloroso puño y cerró los ojos durante un momento por temor a lo que pudiera escuchar. Cuando tuvo el coraje de enfrentar la realidad de su situación, se despojó de todo lo que era posible y de todo lo que ellas habían confiado, y reconoció el hecho brutal de que eran esclavas. Tenían dueño. Eran su propiedad. Y nada en su pasado iba a importar si la visión del amo de su futuro era diferente a la de ellas.

"Hasta anoche," continuó Drusus, "he querido hacer por todas vosotras lo que yo había planeado y he completado estos últimos pasos para el cumplimiento del sueño de vuestro antiguo patrón, pero anoche tuve una conversación que me hizo cambiar de opinión al respecto."

El corazón de Jaida latía como si estuviera enjaulado, batiéndole en la sién con alas frenéticas y deteniendo la respiración en la garganta. ¿Había cambiado de opinión? Mientras trataba de calmarse y prepararse para oír lo peor, levantó la cara y se encontró mirando hacia los oscuros y escrutadores ojos del hombre detrás de su nuevo amo. Él estaba absorto en ella, aquel rostro delataba claramente tanta incertidumbre como la suya, y ella apartó la

mirada para buscar a Drusus una vez más.

"Debería presentaros a todas a este hombre." Drusus alzó una mano para indicar al extraño de oscuros ojos detrás de él. “Después de todo, él será quien tendrá la última palabra. Él es...," hizo una pausa para sonreír cálidamente al joven de pie a su lado, “Es mi hijo Sethos Asinius Drusus. Conocido como Aquila y probablemente deberíais aprender a llamarlo así. El muchacho no es de los que soporten demasiadas ceremonias. No sabe nada sobre vuestra historia, vuestras devociones ni sobre el plan de Babu para vuestro futuro. Aún. Sería prudente que todas vosotras consideréis vuestros propios sentimientos sobre ese plan y futuro, porque os voy a dar a todas la oportunidad de hablar por vosotras mismas antes de tomar ninguna decisión. A todas se os va a ofrecer la libertad."

Cada una de las chicas lanzó un grito ahogado y la mirada de confusión se endureció en la frente de Aquila. Él miró a Drusus con recelo, con la respiración entrecortada, pero mantuvo la paz y Jaida contuvo la respiración.

Drusus se preparó para hablar de nuevo, con la diversión a sus expensas brillándole en los ojos, pero Oseye se atrevió a plantear sus preocupaciones. Ella se puso en pie, dejando que su esbelta altura le diera una pequeña ventaja. "¿De qué sirve la libertad?" dijo arrastrando las palabras, su profunda voz brotaba de sus labios como un arroyo de miel. “No sabemos nada del mundo excepto lo que aprendimos del templo. Nuestros hogares están lejos o han desaparecido hace mucho tiempo. Fuimos esclavas, no poseemos nada."

"Argumentos sobre los que yo actué en vuestro nombre anoche, hija," asintió Drusus. “Os daré suficiente dinero para empezar. Lo que pueda hacer para ayudaros a entrar en el mundo, me complacerá hacerlo. Si es que esa es vuestra decisión. Pero no podéis decidir abandonar vuestro entrenamiento sin antes experimentar la etapa final de vuestras devociones. Todo lo que habéis hecho desde la infancia os ha hecho avanzar hacia el servicio como sacerdotisas del oráculo en el templo de Isis. Primero debéis consultar a vuestra diosa y poner a prueba vuestra fe en la vocación antes de dar la espalda a esa vida."

"Podrían ser sacerdotisas como mujeres libres, Drusus." Aquila habló y Jaida sintió que ella misma asentía nerviosamente. ¿Era posible ambas cosas o solo una? ¿No podían vivir como agentes libres las vidas para las que habían sido adiestradas? Ella observó a este joven mientras una cálida tensión le ardía en las mejillas, esperando otra palabra o gesto.

"No. Eso no es posible. Los verdaderos oráculos, como Babu afirma que son estas damas, una afirmación que pronto verificaremos por nosotros mismos, son mujeres muy valiosas y, en última instancia, muy poderosas. Las sacerdotisas rara vez aprecian su existencia, salvo por el dinero que llevan al templo en forma de ofrendas. Si bien están vinculadas y solo alquiladas a un templo, tienen protección garantizada: primero por los guardias de sus patrones y luego también por los sacerdotes que serían deudores de un rescate real por cualquier daño causado a las chicas. Los sacerdotes prefieren ser dueños de las chicas ellos mismos o llevar a una mujer libre al templo. De esa manera, no solo controlan el contenido de las lecturas que ella pueda dar, sino que si su virtud se ve comprometida y sus poderes de oráculo se pierden, nadie más que ellos mismos necesita saberlo. Y ese es, con mucho, el resultado más habitual."

"¿Qué te importa eso a ti, Dec?" Aquila negó con la cabeza, sus palabras eran bruscas por la irritación mientras miraba desde Drusus hacia las chicas y viceversa. "¿Qué más te da si ellas nunca pronuncian un oráculo? ¿Te importa si trabajan en el campo, si se casan y tienen hijos, o si sirven de rameras en la taberna? Su futuro debería ser de ellas."

"¿Las has mirado acaso, Aya?" El temperamento estalló en los ojos de Drusus y sus carnosas mejillas se colorearon. "¿Ves a las mujeres que están aquí delante de ti? Fueron compradas cuando eran niñas. Niñas de cuatro, cinco, seis años. Elegidas por su llamativa apariencia y criadas para una vida. Una única vida. Ellas saben leer y escribir en varios idiomas, han estudiado la historia clásica del mundo, pero eso es lo único que saben del mundo. Fueron alimentadas y vestidas como nobles. Mírales las manos."

Drusus agarró la mano de Oseye y la giró suavemente entre las suyas, acariciándole los dedos. "¿Dónde iban a trabajar? No tienen

garras, Aya. No tienen familia. ¿Sabes cuánto tiempo sobrevivirá una chica en estas calles sin una familia que la proteja? ¿Aquí? ¿O en Roma? ¿O en Alejandría? ¿Dónde van a sobrevivir solas? ¡Míralas! Y luego recuerda cómo tu propia belleza ha sido utilizada."

El temblor que se había asentado en las articulaciones de Jaida se convirtió en rigores desgarradores que la zarandeaban casi fuera del asiento y le llenaban la boca con la caliente saliva de las náuseas. Ella miraba de un hombre a otro, viendo cómo la furia iluminaba las profundidades de unos ojos que se habían mostrado tan tranquilos e infantiles.

"¿Cuándo iremos al templo?" Una vez más, fue Oseye quien tuvo el valor de hablar por ellas, pero aunque sus palabras interrumpieron el estancamiento, ella agachó la cabeza y dio un paso atrás.

"Esta noche," dijo Drusus con demasiada brusquedad. "Esta noche veremos si la fe de vuestro patrón en su sueño ha valido la pena. Y vosotras veréis si la vida elegida para vosotras es de verdad la que deseáis."

"¿Y si fracasamos?" Las palabras habían llegado a su boca tan repentinamente y abandonado sus labios tan suavemente que Jaida apenas creía haber encontrado el valor para pronunciarlas, pero con la pregunta formulada, ella se obligó a enfrentarse a la oscura ira que ardía en los ojos de Aquila. "¿Si no podemos pronunciar ningún oráculo?" Susurró ella. "¿Entonces qué? ¿Si la libertad es demasiado peligrosa, cuál es nuestro valor como esclavas? ¿Cuánto pagará el mundo por una mujer de veinte años que permanece intacta?"

Drusus desvió la mirada para estudiarse las manos, durante mucho tiempo, antes de mirar a su hijo. "Esa es la pregunta que le rompía el corazón a Babu," dijo con queda calma. “Él no podía soportar responder eso porque él necesitaba dinero con urgencia, de una forma u otra. Y yo no creo que tales criaturas existan en ningún otro lugar del imperio. Aparte de vosotras ocho. Vosotras no tenéis precio."

Aquila se encontró con la mirada de su padre. “Puede que su anterior dueño necesitara dinero. Tú no."

“La decisión no es mía. Esta noche puedes observarlas y luego tendrás la última palabra." Drusus se puso en pie para darle a Aquila una palmada en el hombro, dejando a un lado su exasperación. "Chicas. Juba se encargará de que os sintáis cómodas. Todo lo que es mío está a vuestra disposición. Os traerán todo lo que queráis o necesitéis y, cuando estéis preparadas, os llevarán al templo de Al-Uzza para el ritual de esta noche." Se inclinó en grave reverencia antes de girar para marcharse. "Hasta entonces."

"Diosa equivocada, Dec," sonrió Seth mientras ambos caminaban desde las polvorientas sombras del almacén hacia el brillante sol del mediodía.

"No, ese es otro aspecto de la genialidad del plan de Babu. Isis es cada diosa. Cada nombre, cada ritual, cada devoción: ella las acepta a todas. Diosa de los Diez Mil Nombres, Reina del Cielo. Virgen, Madre, Bruja y Ramera. Todo uno."

"Entonces, ¿por qué es ella tan exigente con sus oráculos? ¿Vírgenes de veinte años?"

“No veinte específicamente, pero más de doce podría esperarse razonablemente. Excepto con las chicas que se casan a los doce o los catorce años, ¿dónde encuentras una virgen adulta?" Drusus cruzó la carretera asfaltada hasta la densa sombra de una avenida de árboles. Desgastados canales corrían a lo largo de la carretera, vertiendo abiertamente agua limpia y fresca para desperdiciarla en las plantaciones de vegetación de las calles. En los desiertos de Arabia, solo Petra podía permitirse tal opulencia.

Las aceras en este extremo del recinto eran usadas escasamente. Los comerciantes hacían sus tratos en las primeras horas del día y enviaban sus caravanas comerciales lejos de la ciudad al amanecer. El viaje desde el Sur y el Este siempre terminaba en al-Siq por la noche, por lo que el distrito de almacenes no estaba ocupado mientras ambos paseaban.

"Lo he decidido," anunció Seth, dando un aplauso. “Voy a mantener a cada una de estas delicias en mi harén personal. Grandes dioses en llamas, ¿dónde las encontró?"

"Si eso es lo que quieres. Pero ¿las liberarás antes de hacerles la oferta? Les podría ir peor que aceptar." Drusus sonrió con indulgencia. “Estuve leyendo los documentos de ellas anoche. Él las buscó explorando los imperios. Una venía de más allá de las tierras de *Renania* en *Germania*, la pelirroja pálida. Otra es teutona. Hay dos o tres de la costa de África y de *Numidia*."

"¿Y la de ojos verdes?" Preguntó Seth extendiendo sus dedos para acariciarse los labios mientras se imaginaba aquel rostro. "Verde pálido. Piel dorada. Pelo oscuro. ¿La que habló la última?"

“Armenia menor, creo. ¿Te llamó ella la atención especialmente?"

Seth estudió su memoria de las chicas, cada una tan diferente, todas tan elegantemente arregladas y exquisitamente discretas. Pero había un rostro que había atraído su atención una y otra vez. "No especialmente," mintió. “Pero expuso un buen argumento. ¿Y si no tienen futuro en el templo y no quieren ser expulsadas? ¿Pueden quedarse aquí sin más?" Se encogió de hombros. "¿Pueden aprender a ser personas normales?"

“Si te lo puedes permitir. Te lo voy a dejar todo a ti, querida mío, libre y claro. Lo que hagas con ellas ya no va a afectar eso. Yo necesito dinero para mí, así que me quedo con todo tu capital de trabajo. Todo el oro que poseo ya está de camino a Roma. Tendrás que decidir muy rápidamente qué empresas deseaa mantener a flote y cuáles deseas vender." Sonrió a Seth y le pasó un brazo por los hombros. "Te estoy dando de comer una cabra, querido mío. Por fin. No te ahogues con ella, ¿quieres? Yo estaré aquí por poco tiempo y estoy a tu disposición. Después de eso, es hundirse o nadar. Y las chicas, si se alquilan en los templos del imperio del sur," sonrió. “Serían tu mayor fuente única de ingresos."

Capítulo 3

"Vamos a ir." Oseye no dejó lugar a concesiones en la forma en que hizo el simple anuncio. Ni ella ni Eshe habían comenzado el baño ritual, ni habían dispuesto ni santificado sus túnicas del templo, pero se adelantó ahora y abrochó la fíbula en el peto dorado de Jaida.

"¿Ir adónde? A eso se refiere el hombre mayor," dijo Jaida. Si alguien podía hacer una nueva vida en el mundo, esa era Oseye. Tenía el coraje y la fuerza necesaria, y si el anciano era honesto en su promesa de darles suficiente dinero para comenzar, entonces Oseye sería quien sobreviviría.

Con Eshe era otra historia. Su piel pálida se había quemado incluso con el resplandor del sol reflejado en la piedra pálida de Alejandría. Era frágil, una delicada criatura cuyo estómago se veía afectado por los cambios en el agua y los trastornos nerviosos de su viaje hasta ahora. Si Oseye estaba segura de sobrevivir sola, juntas era seguro que fracasarían.

"A Egipto," respondió Oseye. “Al menos, para empezar. Allí conocemos más el idioma, las costumbres y la comida. Puede que no tengamos mucha experiencia que nos respalde, pero hay cosas allí que nos son más familiares que aquí."

Jaida no había tenido mucho tiempo para considerar la pregunta, pero ya parecía tener un plan fijo en su mente. "Cuando tengamos la oportunidad de hablar, le pediré a Drusus que me diga lo que necesito saber."

"Él no es quien tiene que decidir." Ianthe se volvió sosteniendo en la nuca el gancho y el anillo de su propio peto, esperando ayuda con la fíbula. “El joven, su hijo, tendrá la última palabra. Me pareció que él odiaba la idea de la esclavitud; ¿y si nos echa a todas a la calle?"

"¿Quieres seguir siendo una esclava?" espetó Oseye. Extendió la mano para abrocharle el gancho y luego caminó hacia donde estaba

sentada Eshe, pálida y agitada.

"Siempre he sido una esclava," respondió Ianthe con su tensión igual de clara. "Y tú tambien. Hay vidas peores que la que hemos tenido, y todas empiezan ahí en la calle. Si estuviéramos todas juntas, tal vez como grupo podríamos abrirnos camino."

"Si nos quedamos en el templo, estaremos separadas." Jaida sabía eso instintivamente. El estudio del servicio religioso de las deidades había llenado todas sus horas de vigilia. Ningún templo del imperio necesitaba ocho clarividentes. A excepción de la propia Roma quizá. “Pero tendremos guardianes, techo y comida. Espero." ¿Dónde estaban las visiones y garantías de su diosa?

Aquí estaba por fin la oportunidad para la que habían sido preparadas. Por primera vez tendrían la oportunidad de ser guiadas por la propia diosa. Esta noche no habría más ensayos generales. En el santuario más sagrado de la diosa Isis-Al Uzza, ellas tomarían los sacramentos y recibirían sus visiones y oráculos. Si la diosa las favorecía esta noche, se haría saber su voluntad. ¿Y si no lo hacía?

"Todas tenemos que decidir," dijo Jaida en voz baja, mirando de una chica a otra, leyendo el miedo y la incertidumbre en cada adorable rostro.

Ianthe se volvió hacia el grupo. “Y cuando hayamos decidido lo que será mejor para nosotras, deberíamos anunciar esa decisión a Aquila. Ese debería ser nuestro oráculo."

Jaida dejó caer la boca abierta hasta que pasó la conmoción inicial, luego rió. Las chicas, cada una vestida ahora con túnicas de lino plisado de un blanco inmaculado, con placas pectorales doradas y tocados de redecilla con cuentas, se acercaron. Con la excepción de Oseye y Eshe, rodearon a Ianthe y esperaron escuchar las ideas que ella iba a presentar.

"¿Vas a mentir en nombre de la diosa?" Rhea, la más pequeña de las hermanas, de clara piel aceitunada y ojos verdes con motas doradas, arqueó una ceja inquisitiva y comenzó a sonreír también.

“Él nos dijo hoy que eso es lo que hace el sacerdocio, escribe su

propio guión para los oráculos. ¿Por qué no nosotras? ¿Por qué no decidir lo que necesitamos y luego hacer que la diosa lo decrete en nuestro nombre?"

Jaida trató de calmar su corazón acelerado con respiraciones desde el fondo de los pulmones. Se estiró, enderezó la columna y se elevó tanto como pudo. "Para empezar, porque eso es blasfemia," suspiró. "Si no tienes ninguna fe en lo que hemos venido a hacer aquí, ¿por qué no estás sentada por allí con Oseye y Eshe?"

“No es que no tenga fe, esto es demasiado importante para dejarlo al azar. Los dioses son inconstantes. Babu nos dijo que creyéramos que teníamos poderes oraculares, pero ¿cuántas de vosotras puede saber con certeza; con certeza, con vuestra sangre en juego; que la diosa os ha dado una visión clara del futuro?"

“Nunca antes habíamos tenido la ceremonia completa. Nunca." Una ola de disensión y miradas oscuras pasó entre las chicas, dudas que marcaban la diferencia entre la fe aceptada y la fe probada.

Ianthe tenía razón. Esta noche la diosa podría darles su dirección. Pero si no lo hacía, estaban todas tan perdidas como niñas. "Yo seré la que se arriesgue," dijo Jaida con tanta calma como pudo. Un dolor agudo en la base de su cráneo latía al mismo tiempo que el pulso le martilleaba en el pecho y el cuello. “Pasaré tiempo en oración. Y si no he tenido respuesta, y si ninguna de vosotras ha tenido una respuesta, y si no hay intervención de la diosa durante la ceremonia, entonces iré al hijo y le diré como ordenanza divina lo que hemos covenido."

Respiró hondo. Eso, al menos, estaba decidido.

Había mucho que hacer en preparación para la ceremonia y Jaida centró su atención en limpiar el lugar santo y el altar.

A lo largo de cada pared lateral del pequeño cubículo central, se habían encendido braseros, y el dulce perfume del incienso se elevaba entre las sombras. En medio del altar, anidado en una depresión en la piedra, se había colocado una fuente de vino caliente. El ancho *bétyle* de Al Uzza miraba benignamente el licor sagrado y los largos tallos atados de las hierbas que empapaban sus

profundidades de rubí.

Jaida no estaba familiarizada con la planta. La hierba, una única hojita dura al final de un tallo largo, aplastada y atada en ramilletes apretados, se había entregado al templo junto con ellas esa tarde. Con esta venía un cofre de incienso de plata lleno hasta rebosar con dos tipos de exóticos bloques resinosos. Estos también eran desconocidos y Jaida se llevó un pequeño fragmento hacia el labio y olió con cuidado su perfume.

Metió en los braseros pellizcos de cada tipo, esperando verlos prenderse y arder, antes de pasar al siguiente. El humo olía dulce mezclado con el incienso, pero no era agradable y ella no se demoró mucho al lado de cada uno.

Con los braseros encendidos y el incienso sagrado llenando el aire a su alrededor, Jaida aceptó su cáliz de vino de hierbas y se arrodilló con sus hermanas ante la piedra del altar para orar en preparación para sus oráculos.

Seth salió del acortinado interior de la litera de Drusus y se deleitó, como siempre, en la gloria de la ciudad de piedra rosa. El sol poniente se extendía sobre las altas crestas rocosas en lo alto y dejaba debajo la piedra arenisca que eligiera los colores de la paleta que se oscurecía.

Magníficos dorados ondeaban y giraban a través de bandas de plata. Lo mismo en todos los tonos de rojo y en las sombras más profundas, azules y malvas. Por encima de ellos, adoptaban forma de panal a través de los acantilados y las mesetas, las ciudades más antiguas de los muertos captaban los últimos rayos directos y abrían al sol sus oscuros umbrales.

Drusus salió y se limpió la amenaza de polvo de su *bisht* negro de elaboradas cuentas, y estampó las sandalias en el pavimento de mármol blanco de la explanada. "Sí," asintió ante la admiración tácita de Seth. "Voy a añorar esto."

"¿Le has dicho a nuestros anfitriones nabateos que vas a abandonar el nido?" Preguntó Seth torciendo la boca en una media sonrisa.

"He aludido al hecho, podemos decir. Sabes que al consejo nabateo no le gustan las formalidades expresadas con demasiada franqueza. Siempre hay tiempo para la cortesía. Tiempo para discutir. Tiempo para reflexionar sobre los costes y beneficios para todas las partes." Tomó a Seth del brazo y se dirigieron a las escaleras que conducían al primer nivel del templo. Caminando bajo sus amplios pórticos, se inclinó con complicidad y sonrió. “Sin embargo, estoy muy bien en los libros. Mis renovaciones de la piscina pública y el jardín junto a la Curia han demostrado ser muy populares entre el consejo de gobierno: los Reales y la plebe."

"Otro golpe de genialidad, Dec. Nunca te igualaré." La verdad en eso era dolorosa y, como cada vez que pensaba en la responsabilidad que iba a heredar, los latidos del corazón de Seth se acercaron al pánico.

"No. Al principio no, supongo. Pero estuviste vivo y prosperando mucho antes de que yo te conociera. Viviste más de tu ingenio que de mi lujoso regazo, y recordarás todos los trucos."

"Tal vez. Pero ya recuerdo demasiado y no hay nada que recuerde que me llene de alegría."

Cuando pasaron por delante de los macizos y silenciosos guardias, Seth respiró hondo y tosió, riendo al reconocer el dulce aroma del hachís en el aire. “Creí que esta era una fiesta privada. ¿Han comenzado las damas sin nosotros?"

“Muy privada, querido mío. Tú y yo, la sacerdotisa de Al Uzza de este templo, y los chicos musculosos escogidos por Juba. Ellos serán las escoltas de las damas si ellas deciden permanecer a tu servicio."

Seth silbó entre los dientes. "Pues no escatimaré en gastos entonces. Puedo entender que no hayas elegido una guardia de la milicia de las calles, pero ¿por qué no solo un equipo de eunucos? Serían mucho más baratos que la tribu de rufianes de Juba."

Drusus dio una risita. "No estás pensando. Incluso los eunucos tienen dedos. Los muchachos de Juba no tienen ningún interés en romper el sello de su mercancía. No se debe confiar en ningún hombre heterosexual cerca de este cargamento en particular. Total

o en parte."

Fue el turno de Seth de sonreír cuando se detuvieron para lavarse las manos en la fuente dorada colocada en lo alto del pedestal de la entrada. "Incluso las mujeres tienen dedos, Decimus." Guiñó un ojo y rió. "Y yo también. ¿Quién es el que no está pensando?"

Drusus no dijo más, pero sonrió al levantar la mano para señalar a Seth entre las columnas y hacia el lugar sagrado. Una cruda comprensión llegó hasta él: independientemente del color y el teatro de la postura de Drusus y su vanidad innata, era astuto más allá de toda comprensión. Aunque Seth viviera hasta los cien años, nunca igualaría a su patrón en pura astucia.

"¿Qué hueles?" susurró Drusus mientras se arrodillaban respetuosamente antes de tomar asiento en el centro del templo.

“Hachís," respondió Seth, pero mirando hacia el estrado y más allá, hacia el lugar más sagrado y el altar, estaba claro que solo el auditorio quedaba privado de los efluvios. Los guardias del templo agitaban grandes abanicos con movimientos largos y fluidos, embotellando el incienso especial de las sacerdotisas dentro de la pequeña sala y alrededor de las chicas que rezaban.

"¿Qué más?"

Mientras esperaban, se encendieron antorchas en candelabros alrededor de la habitación, y cuatro grandes urnas, receptáculos para la sangre de sacrificio cuando se requería, se apilaban en alto esta noche con yesca y se prendían fuego. Seth probó el aire, frunciendo el ceño mientras trataba de aislar e identificar los diversos perfumes en el aire. “Ah, olíbano. Aceite de lámpara. Humo de madera. No sé. ¿Qué más?"

"Opio."

"¿Y ellas están en medio de eso?" Quedó mirando con atónito asombro a su patrón. “Veo que sus visiones tienen menos que ver con las diosas y la virginidad de lo que yo había asumido. Espero que la sesión no sea demasiado larga o no podrán ponerse de pie, y no digamos hablar."

“Hay un ingrediente más. Babu no iba a correr riesgos con la habilidad de su equipo onírico para producir oráculos bajo demanda. Les han dado *khat*. Se lo han echado en el vino de altar."

"¿Y tú accediste a seguir adelante con esta parte del plan?"

"Por supuesto. Todo tal y como estaba planeado a ser. No les debo menos." Palmeó la mano de Seth para consolar la creciente agitación que este sentía. “Y tú debes conocer todos los aspectos de la decisión que tienes ante ti. Tienes que proporcionar un futuro a estas mujeres, de un modo u otro."

Jaida fijó la vista en un solo trozo de piedra, lo que obligó a su giratoria mente a quedarse quieta. Tenía la boca seca y alzó manos temblorosas para llevar la copa de vino del altar y humedecerse los labios. Las palabras de su oración; palabras que ella había repetido tantas veces que ya se habían convertido en un mantra, en un atajo hacia el mundo de la calma meditativa; se le escapaban de la mente.

Sus sentidos estaban cambiando, abriéndose como una flor hacia la inmensidad del mundo visible e invisible. Aunque sentía los párpados demasiado pesados para volver a abrirlos, podía ver posibilidades que nunca había soñado. Y más allá del torrente de sangre que palpitaba en sus oídos, podía oír sus propios pensamientos expresados con tanta claridad como si fueran el repique de una campana.

¿Sus pensamientos? ¿Eran sus palabras las que escuchaba? Sonaba tan melódico, en una conmovedora bruma donde cada sílaba tenía forma y color, solo podían ser palabras de la diosa misma.

Sonó un gong y la sobresaltó, abriéndole los ojos, el movimiento de sus hermanas a su lado le recordó que debía ponerse en pie. En sus rostros, mientras Jaida miraba a su alrededor, podía ver un reflejo de su propio delirio. La diosa no las había abandonado. Cada una de sus hermanas tenía el mismo enfoque interior, la misma sonrisa incierta.

Poniendo en acción sus errantes sentidos, se obligó a seguir a la chica que tenía delante mientras la fila de oráculos pasaba desde su

pequeño cubículo humeante, llevando la divina consciencia con ellas, hacia el templo.

El aire limpio del auditorio llegó a la sangre de las chicas con un nuevo estallido de inspiración e Ianthe se volvió, casi tropezando con sus propias sandalias, y rió ante el ceño fruncido de concentración en el rostro de Jaida. Con nada más que el ejercicio de la práctica para guiar sus pasos, las sacerdotisas ocuparon posiciones en la fila a lo largo del borde del estrado.

Junto a Jaida se colocaron varias chicas, Rhea comenzó un canto bajo y, una a una, sus hermanas tomaron el hilo y continuaron la oración. Había que seguir protocolos, rituales inculcados más profundamente en sus mentes de lo que incluso podía desdibujar esa maravillosa sensación de iluminación. Y Jaida dejó que la tranquila familiaridad de sus pasos la llevara a través de este estado de dicha.

Seth sacudía la cabeza en silenciosa maravilla. Si estas mujeres hubieran sido angélicas envueltas en un aba de lino fino y un pañuelo de cuentas, tal como estaban ante él ahora, serían angélicas divinas.

Solo seis de las ocho se habían presentado para la ceremonia, pero esas seis eran la luz del mundo. Las cabezas estaban cubiertas, brillando a la luz del fuego con el hilo dorado y el incrustado peso de las joyas en los velos de redecilla. Llevaban los rostros al descubierto y dos de ellas tenían cadenas de oro enhebradas desde un anillo en la nariz, por las mejillas hasta las orejas.

Sus túnicas eran de un blanco asombroso, el tipo de blanqueador perfecto que hacía que las prendas valieran al menos el doble de su peso en oro, y las sujetaban debajo del busto con una cinta azul como el lapislázuli. Entre el cordón azul y la amplia placa pectoral dorada que sujetaban al cuello, los suaves montículos de sus pechos desnudos atraían y llamaban su atención.

Una tras otra, Seth pasó los ojos lentamente a lo largo de la fila, estudiando la variación en sus formas y encontrando cada una impecable. El murmullo de aquel encantamiento pasaba junto a él sin aviso y Drusus se inclinó para susurrar: "¿Estás impresionado

con la comprensión de la ceremonia de estas damas?"

Seth sonrió. "Estaba estudiando su presentación."

“Hay ceremonias en las que visten menos ropa. La mayoría de ellas. A los oráculos privados, a menudo no les dan más vestidos que la luz del fuego."

"¿Estas muchachas?" Seth apartó los ojos de la fascinante actuación y encaró a Drusus. "¿Drogadas, desnudas y solas en alguna cueva o templo?"

“Así que comprendes la necesidad de su seguridad personal, ¿verdad? Y creo que te haces una idea de por qué su servicio en un templo es tan lucrativo. No hay muchos hombres que no sientan una necesidad imperiosa de que se revele el destino."

Seth negó con la cabeza y se giró para ver a las chicas moverse hipnóticamente sobre el escenario. “Esto es extraño. Me gustaría ver una lectura completa. ¿Cuándo sabremos si han tenido suficiente droga para ver el futuro?" La segunda desde la izquierda, Seth dedicó su estudio a la chica de ojos verdes que había visto esa mañana.

Sus ojos estaban cargados con la fuerza del incienso y sus labios se movían lenta y silenciosamente entre las palabras de su oración. Ella se había adelantado un poco en la fila y estaba arrodillada en el borde del estrado, a no más de un grito de donde él estaba sentado. El rostro estaba en calma y era reverente, el tono caramelo de la piel se desvanecían por el cuello hasta convertirse en un suave crema en el pecho. Con erizados pezones, perlitas oscuras sobre la piel perfecta, y Seth sintió movimientos de interés latiendo cálidamente en su carne.

"Paciencia, muchacho," advirtió Drusus. “Mira y espera. Nunca te apresures por escuchar lo que una diosa tiene que decir."

Jaida murmuraba las palabras de dedicación remontando una cálida ola de consuelo, con los pensamientos a la deriva en un océano de dicha. Ella era una con la diosa, sus años de servicio habían sido percibidos y recompensados y ella se alzaba en el éxtasis de la

consciencia despierta.

Las oraciones de sus hermanas a su alrededor eran canciones seráficas. La carne en Jaida había florecido en una nueva vida, donde cada movimiento de la brisa era un beso sobre su piel. Tenía los párpados pesados y las pestañas suavizaban su visión del mundo, como los jirones de un velo entre este mundo y el siguiente.

El fuego debajo de ella arrojaba aire cálido que le lamía las mejillas, cuello y sus senos desnudos. Este proyectaba danzantes sombras que se agachaban entre los pilares del templo como demonios furtivos buscando lugares oscuros para espíar y obrar sus fechorías.

Jaida movió levemente el rostro hacia la danza de sombras, pero esta permanecía siempre en la periferia de su visión. El miedo saltó sobre ella cuando la sombra se movió de nuevo, más cerca, y le daba vueltas la cabeza mientras ella trataba de mantener los ojos en la elusiva oscuridad. Los latidos de su corazón se elevaban en las resonantes profundidades de su nueva consciencia, recordándole algo. Recordándole que tuviera miedo aquí. Que había amenazas aquí, algo que ella no había ubicado, y le seguía dando vueltas la cabeza mientras trataba de encontrar la razón de su miedo.

Tenía que decirle un oráculo a Aquila. Eso sí podía recordarlo, pero las palabras que iba a decirle habían desaparecido, se habían desvanecido como charcos de luz plateada en el torbellino gris de su cabeza. Jaida llevó la mirada hacia el grupo de hombres que habían venido para la lectura. Con cuidado, desplazó su estudio de uno a otro, al siguiente, buscando aquel rostro.

Cuando encontró aquellos ojos, estos estaban posados en los suyos y parecían estar sonriendo. Esa sonrisa le tocó los labios, más allá de la urgencia de sus miedos, y ella devolvió la sonrisa con todo pensamiento en la oración y el ritual que estaba realizando se desvaneció.

Inclinándose, usando el hombro de Ianthe como apoyo, Jaida se afanó por ponerse en pie y giró sobre el borde de la escalera para encontrar de nuevo esos ojos sonrientes. Le era difícil conducir los pies y tropezó en el escalón, pero tenía el rumbo fijado y se movió lentamente hasta quedar ante él.

Tenía que hablar, pero sus amplios sentidos ansiaban examinar las finas líneas y sombras que ella podía ver tan claramente en aquellos labios. Ella acarició con los ojos los angulares planos de aquella mejilla, y contó los entrelazados racimos de esas pestañas mientras sentía los pezones tensarse dolorosamente y el calor manando despacio desde la parte baja del vientre. Desde tan cerca, aquellos ojos no eran tan negros como ella había pensado al principio, pero aún así eran oscuros y suaves, y la atraían cada vez más con cada latido del corazón.

"Peligro," logró susurrar ella con la lengua espesa, y cerró los ojos durante un momento.

¿Cuál era el peligro? ¿Por qué la diosa la estaba tentando con esta visión, pero ocultando su esencia?

"¿Peligro?" preguntó Aquila, y eso la espoleó a continuar.

"Sí."

"¿Dónde?"

"En las sombras. Detrás de nosotros." Ella hizo un vago gesto con la mano hacia los pilares y él giró para comprobar las columnas por si había signos de alguna amenaza oculta.

El cabello se Seth estaba aceitado, corto y peinado hacia atrás en elegantes líneas que se curvaban en rizos sobre las orejas. Dos lingotes de oro le perforaban el lóbulo de la oreja izquierda y Jaida acercó el rostro y entornó los ojos en su estudio del suave resplandor dorado.

"¿Cuál es el peligro?"

Esas palabras hicieron que los ojos de Jaida volvieran a mirar esa boca, esos ojos, y un aroma se apoderó de su lengua que hizo que su pulso se acelerara y que sus desnudos pezones le dolieran profundamente. Ese era el peligro, la pista estaba en el olor, en el aroma de un hombre. Alguien, había alguien en alguna parte detrás de ellos.

"Él está llegando," dijo ella, pero la diosa no tenía más revelaciones

que impartir.

Jaida estaba de pie meciéndose gentilmente, y extendió la mano por las leguas de espacio entre ambos. Extendiendo la mano lentamente, buscando algo que ella no podía ver del todo. Vio que la mano de él se levantaba para encontrar la suya, vio sus propios dedos deslizarse sobre los de él y sintió el calor y la fuerza en su agarre. Él se mantenía firme en el apresurado vacío elíptico en la cabeza de Jaida.

"¿Quién está llegando?"

Desde algún lugar detrás de ella y por encima, una voz exclamó "Ishaq." Era Oseye. La riqueza de su voz se había amplificado para adquir la textura de la seda y el aceite fino.

Unas frías manos de mujer tiraron de los hombros de Jaida, conduciéndola hacia el estrado y hacia sus hermanas que aguardaban arriba, pero ella miró atrás una vez. Al encontrar los ojos de Seth en la brillante noche dorada, susurró: "Ishaq." Y se dejó alejar.

Seth dejó que los suaves dedos de aquella chica se deslizaran sobre los suyos cuando la adusta sacerdotisa de Al Uzza se interpuso entre ellos y apartó de su lado la tranquila belleza.

"¿Ishaq?" le preguntó a Drusus.

¿Estás tentado a creerla? Drusus rió para sí y le dio unas palmaditas en el muslo a Seth.

“¿Existe un Ishaq? Tal vez sea un tipo peligroso." Observó cómo se reunía a las chicas, las levantaban con cuidado en volandas y las conducían de regreso al oscuro cubículo alrededor del altar. "No puedo imaginar a un hombre con sangre en las venas que no sea una amenaza para ellas. Y sí, me tienta creer todo lo que ella me diga, con humo o sin humo."

Drusus se puso de pie y, a su alrededor, los bancos empezaron a vaciarse cuando los miembros del ejército privado de Juba se pusieron en pie. "La contratación de estos muchachos ya no te

parece tan extravagante, ¿verdad? Si envías a estas damas en una caravana muy, muy secreta, por la Via Nova Traiana hacia Damasco y *Carquemis*, ¿querrías a otras personas al mando?"

“Espera, Dec. A ver qué tienen que decir. Una vez que hayan dormido el opio, quiero decir." Se levantó al lado de su patrón. “Tienen que ser liberadas de esto, de alguna manera. Habrá alguna solución. Algo mejor que ordeñar los fondos de los lujuriosos aspirantes hasta que las miradas de estas damas comiencen a desvanecerse y se les quemen los cerebros por la amapola."

"Si hay una solución, querido, la encontrarás. Ahora. Regresemos a mi casa y disfrutemos del vino mientras aún es mío y puedo desperdiciarlo. Mañana será buen momento para comenzar la búsqueda del sombrío Ishaq."

Capítulo 4

Seth vio que el amanecer iluminaba el cielo. No deseaba moverse, pero acostarse en la suavidad de su ropa de cama había resultado infructuoso. El sueño le había eludido durante la noche, así como toda solución inspiradora.

Racionalmente, solo tenía que esperar unas pocas horas más y tendría la oportunidad de resolver todas sus preguntas con las chicas. Pero algo en las paradojas, en las duras consecuencias de las decisiones difíciles, hacía que se sintiera como si el desastre acechara en la puerta.

Era como se había sentido en la verja de la arena tantos años atrás. Sabiendo entonces que cuando las puertas se abrieran de par en par se enfrentaría a un enemigo, hombre o bestia, y que su vida dependería de la rapidez y habilidad con la que evaluara su situación y creara su defensa.

Para aquellos con mayor habilidad que la suya, los riesgos habían sido mucho menores, pues él nunca había sido un gran luchador. No tenía una habilidad excepcional con la espada. Para aquellos que eran muy buenos, que atraían a la multitud y eran adorados como héroes, la muerte era un resultado poco probable. Los gladiadores valían demasiado para sus dueños como para ser sacrificados para la multitud, sus batallas eran elegidad contra camaradas, sus victorias, decididas antes del combate.

Pero al principio él había luchado en un escalón más bajo. Había estado entre los que no eran más que sangre y forraje. Y lo único que había tenido para salvarlo había sido velocidad y suerte, apartarse del camino hasta que todos los demás estuvieran muertos.

Y su rostro.

Por razones bien sabidas por ellos mismos, las bellas damas que asistían a los juegos para gritar y gruñir como frenéticas libidinosas le habían echado el ojo. Y fue solo la buena suerte lo que había permitido a sus dueños reconocer ese hecho y ver cómo podían

capitalizarlo.

Lo trasladaron desde los pozos de sangre de lo real hacia el teatro de los principales acontecimientos. Pasó de esquivar afiladas espadas, redes y mazas, a luchar con Kartikeya, el tigre de Bengala moderadamente fiable, y a acostarse con las mujeres ricas y solitarias de las principales ciudades del imperio.

Pero en pesadillas, los sentimientos que le inundaban detrás de aquellas toscas puertas de madera, asustado y sin saberlo, se precipitaban por su sangre y devolvían la vida a la historia con una claridad espantosa. Y ese mismo horror apartaba el sueño de sus ojos y le golpeaba el pecho incluso hoy en día.

Se frotó la frente y se rascó la nuca, bajando la vista hacia su cuerpo desnudo en la creciente luz. Había algo de orgullo en lo que veía. No tenía nada del toscamente tallado volumen muscular de los hombres con los que había trabajado y con los que había luchado en años pasados. Su cuerpo tenía líneas suaves, con cada músculo aplanado y esculpido, la piel suave como la seda, sin las nudosas venas y talla de carne que provenían del forzado sobreesfuerzo.

Tenía cicatrices y estas rendían. A las mujeres siempre les habían gustado las cicatrices, especialmente los dos arcos profundos cerca de su hombro izquierdo donde Kartikeya había dado un zarpazo demasiado fuerte y le había abierto el pecho hasta el hueso.

Pero en todo ello había sido una falsificación. Ninguna de sus fuerzas se originaba en el duro trabajo físico. Ahora entrenaba en su propio gimnasio privado con pesas y barras. El pequeño entrenamiento con armas que aún hacía se parecía más a la coreografía de un bailarín. Él era un fraude.

Se decía que ahora trabajaba para Dec, pero eso también era mentira. Decimus le pagaba extravagantemente para "administrar" un par de sus negocios de importación menos importantes. A veces viajaba hasta Gaza o hasta *Leuce Come* para garantizar la seguridad de las comisiones especiales, pero, en realidad, Dec tenía su imperio bajo riendas tan tensas que, si el propio Seth no hacía ni decía nada, todo seguiría como siempre.

Él ya no trabajaba de ramera, aunque a veces veía a varios de sus exclientes locales.

Él no era nada. Vacío.

Deslizó la mano por el fino vello oscuro del pecho y vientre y se rascó gentilmente. No sabía lo que él era por una buena razón, no tenía comparativa externa con la que definirse. Pero tampoco sabía quién era. No de verdad.

La circuncisión le decía más de su herencia que cualquier cosa que pudiera recordar. No recordaba una familia o un hogar. No había fragmentos de un idioma ni destellos del rostro de una madre que pudieran haber llegado en sueños. No tenía sensación de pertenencia o de ser atraído a un lugar, tiempo o gente.

Él era Aya, el pequeño buitre. Un inmundo carroñero venido de una caravana beduina que cruzaba y recruzaba la arena en interminables viajes llenos de hambre y abuso. Robando y trocando lo que podía con la hermandad de rufianes para sobrevivir y ser comerciado por ellos para garantizar su propia seguridad.

Y él era Aquila, el Águila, rápido, inteligente y agudo en la arena. Una propiedad lucrativa para cualquiera con suficiente dinero para ser dueño de su vida.

Y él era Sethos Asinius Drusus, con Aquila aún pegado al final, como si necesitara ese nombre para separarlo claramente de su padre adoptivo. O para mantener la poca fama que había cosechado por sí mismo.

Si Dec se marchaba de Petra, cuando se marchara Seth estaría solo de nuevo como lo había estado durante tantos años.

Dec era el único hombre, la única persona que él había conocido que lo había amado libre e incondicionalmente. Dec le había dado su libertad, riqueza, seguridad y un nombre. Pero no era esa lista de comodidades lo que más importaba ni siquiera la manumisión, aunque eso tenía una alta estima en el corazón de cualquier persona nacida de la esclavitud. Era amor. Dec lo había amado y nunca le había pedido nada a cambio.

Eso era un misterio que él había dejado de intentar desentrañar o reducir. No había ningún motivo oculto ni falsedad en tal devoción.

Desenredando con una patada la seda alrededor de los tobillos, Seth se sentó erguido y bajó los pies al suelo. Lejos de los ojos del mundo, esta habitación reflejaba más de él que cualquier otra en su hogar. Estaba desnuda, no había adornos en sus paredes de piedra excepto por una amplia tela pintada de la ciudad de *Kush*. El suelo no tenía mosaicos, solo lisas baldosas de terracota y varias alfombras pequeñas y brillantes.

Seth tenía que afrontar el día.

Y afrontar el conocimiento de que Dec se iba a marchar.

Y afrontar las preguntas sobre sí mismo que ese hecho dejaba al descubierto.

***

Jaida despertó con la garganta seca, la cabeza anegada y una profunda tristeza que la había seguido desde febriles sueños. Oseye estaba arrodillada junto a su cara, zarandeándole suavemente el hombro e instándola a despertar.

“Jaida. Tenemos oraciones de agradecimiento que hacer a Isis-Al Uzza. Despierta." Una túnica color azafrán claro con mangas anchas y un ribete de seda escarlata fue puesta en sus manos y Jaida se sentó derecha, tratando de quitarse el peso del sueño frotándose las mejillas y los ojos.

"¿Oraciones de agradecimiento?" murmuró. "¿Por lo de anoche?"

El mareo la inundó al ponerse en pie y ella se detuvo un momento, esperando que la marea del movimiento retrocediera. Se cubrió la piel desnuda con la túnica y se dirigió a la vasija acanalada en la esquina de la habitación. Vaciar la vejiga le aflojó las tensiones en el vientre y la columna, y ella tomó una única y profunda respiración para aclararse las ideas antes de mirar a sus hermanas.

La mayoría se estaba vistiendo. Rhea dormía y Oseye había

centrado su atención en intentar despertarla. Eshe estaba sentada, silenciosa y sola, posada en un cómodo sofá, como equilibrada sobre una estaca. Su rostro pálido era fantasmal y ella fruncía incoloros labios.

"¿Eshe?" Jaida se acercó a la chica y le ofreció una mano en un intento de dejar atrás terrores pasados que ella no podía ver. "¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?"

“Tenemos que irnos, Jaida. Todas tenemos que huir. Pero no juntas, ese nos encontrará a todas muy fácil si estamos juntas. Tenemos que volar a los cuatro vientos y desaparecer, ya, hoy, antes de que nos encuentre aquí." La muchacha estaba temblando, pero en su voz había fuerza suficiente para dar convicción a las palabras. Ojos verdes miraban más allá de Jaida hacia terrores visonados y, cuando retiró la mano, Jaida se volvió para encarar a Oseye, que se acercaba.

"¿No recuerdas el oráculo?" La voz rica en miel fluyó sobre la confusión de Jaida como el aceite sobre el agua. “Él viene a buscarnos. Tenemos que agradecer a la diosa la advertencia y exigirle al anciano que cumpla su promesa de libertad."

"No." Jaida negó con la cabeza. "No, Ishaq no puede hacernos daño aquí mientras tengamos protección." Recuerdos distorsionados de la noche anterior portaron imágenes de relucientes músculos aceitosos y malhumorados rostros. “El nuevo amo tiene un ejército apostado a nuestro alrededor. Vosotras los visteis allí. Babu tenía solo su palabra como padre y eso bastó durante quince años."

"La familia de Babu lo ha perdido todo, Jaida. Y la amargura puede llevar a un hombre hacia temores que cualquier alma racional quería evitar. Él vendrá y traerá tal odio que ningún ejército podrá hacerle retroceder."

“Él es solo un hombre, solo carne y hueso, no importa cuánto resentimiento tenga. Lo detendrá una espada si la ley y la decencia no lo hacen." Jaida se puso de pie, llevando su determinación al rostro de su hermana, tratando de igualar la calma que veía allí. "¿Fue él a quien viste? ¿Estás segura siquiera de quién estás huyendo?"

"Yo lo vi." Los pesados párpados de Oseye se alzaron ligeramente en desafío. "Igual que tú."

“Tú no fuiste santificada para el ritual. Y yo vi..." El recuerdo de Jaida trajo consigo remanentes del vértigo, pero en el centro inmóvil estaba la imagen de un hombre capturado con todo lujo de detalles, desde los mechones de cabello oscuro que se rizaban en la nuca hasta las suaves profundidades de los ojos, y una sonrisa que él había brindado a ella sola. Con él, el aroma a sándalo, dulce y reconfortante, subió hasta ella con la calidez de su pulso, y también el sueño de unos labios que le rozaban los pechos desnudos y quemaban la suave piel de su muslo con una erupción de picante sudor.

El recuerdo la apuñaló en la parte baja del vientre con un agudo calor que latió desde la ingle hasta el pecho y trajo un rubor de placer culpable a sus mejillas. Jaida bajó el rostro de repente, antes de que Oseye pudiera ver los oscuros deseos que la recorrían. “Yo vi peligro. Peligro en las sombras. Tú fuiste quien le dio un nombre."

"Todas vimos al hombre, hermana." Rhea habló desde el otro lado de la habitación y Jaida lanzó las manos en alto en señal de rendición.

"Tú también lo nombraste, Jaida." Ianthe agregó sus pensamientos a la mezcla y Jaida se alejó del debate, caminando entre las filas de catres hacia la apertura.

Al carecer de cualquier tipo de ventana, su salita estaba llena del hedor a mechas de sebo quemadas. El sucio aire le picaba en la garganta y la oleosa luz empapaba la piedra desnuda de las paredes. Era un lugar opresivo. Puede que fuera un pabellón del templo, un lugar de honor, pero los muros de piedra opaca y los duros jergones, con su lino en bruto hilado y sin bisel a la cabeza o al pie, hacían que pareciera una celda.

En el estrecho pasillo exterior, un guardia le bloqueó el paso. Con solo estar de pie, el hombre ocupaba el espacio y esperaba quieto y en silencio. Cuando todas las chicas aparecieron detrás de Jaida, él habló y aumentó en Jaida una sensación de claustrofóbico pánico. Jaida lo observaba sin comprender nada de lo que él quería que ella

supiera.

El hombre no vestía como un guardia del templo. Su cabello era largo al estilo nabateo, y espeso, con rizos que caían sobre enormes hombros. Allí, cuero duro y curado se elevaba en una cresta tras la nuca y se unía con correas que le cruzaban el pecho desnudo entre engrasados músculos pectorales. Un pequeño *schenti* de cuero apenas le envolvía las caderas y los muslos, y grebas decoradas con bronce y cuero le cubrían las espinillas.

"¿Qué es lo que quiere ese?" siseó Ianthe de cerca y Jaida se encogió de hombros y comenzó a seguir adonde los nabateos guiaban.

"Creo que es uno de los guardias que el nuevo maestro tenía con él anoche. No consiguo entender lo que dice."

El laminado de cuero que ellas habían vislumbrado desde el frente era el borde superior enrollado de una protección moldeada. Cubría los anchos hombros y la espalda del hombre como una dura piel negra. De sus caderas, dos cimitarras de hoja ancha colgaban en vainas ricamente ornamentadas, y atadas a sus muñecas había dos dagas gemelas.

Deslizándose bajo el brazo de Jaida, Ianthe extendió una mano e imitó la intención de tocar la dura curva de las rollizas nalgas del hombre, y Jaida miró ojiplática a su hermana, pero la sonrisa en esta estaba demasiado cerca para que tal amenaza tuviera un propósito, e Ianthe retiró la mano dando risitas.

"Me pica la garganta y tengo hambre," susurró Jaida. "Espero que ese balbuceo signifique «venid a desayunar»."

"¿Y si significa «soy un asesino enviado por Ishaq»? ¿«Seguidme hasta la luz para que pueda veros y apuñalaros»?"

Jaida se detuvo en seco y la fila de chicas que la seguían se amontonaron detrás.

"Está de broma." Desde atrás en la fila, Shemei rió e Ianthe terminó el pensamiento.

"Si ese fuera una amenaza, nos habría matado allí dentro en

privado. E Ishaq va a tener que hacer su propio trabajo sucio, no tiene dinero para contratar a un asesino."

El pasillo había girado una esquina y ahora se abría a una habitación lateral donde un pórtico daba al complejo del templo de la diosa. A la luz del día, Petra bullía con la prisa y el ensimismamiento obligatorios de una ciudad. Su gente avanzaba apresurada hacia el creciente calor del día con la intención de hacer sus negocios y cumplir sus obligaciones con los dioses a los que adoraban, antes de que el sol se elevara más en el cielo.

Al otro lado de *Wadi Musa*, la fachada multicolor del vasto templo de Dushares reflejaba la luz del sol de la mañana en su piedra lisa, ofreciendo a las masas apresuradas la oportunidad de adorar a la carrera. Los novicios asistentes despejaron el altar exterior, avivaron los fuegos purificadores y vistieron la piedra con aceites sagrados, evitando efectivamente a las desaseadas grandes masas toda necesidad de entrar en los confines de la presencia sagrada misma.

Efectivamente, el desayuno había sido servido en mesitas redondas repletas de cristalería de brillantes joyas y cubiertos de plata. Varios sofás habían sido forzados a entrar en la pequeña habitación, demasiado grandes y demasiado llamativos para pertenecer a la austera mansión, y la sacerdotisa residente les echó un ojo con el mismo franco disgusto que mostraba a las chicas.

En silencio, la sacerdotisa fulminó con la mirada al guardia, quien pareció ignorarla por completo, tomando una posición junto a la puerta de enfrente. "No tenéis mucho tiempo." Su voz era tan fría como sus ojos y Jaida sintió animosidad nacida del desplazamiento. Las chicas le habían usurpado su papel como fuente espiritual, y no solo su templo, sino también su hogar, había sido requisado y violado por algo que ella no podía evitar.

"Comed," dijo. “Debéis bañaros y rendir homenaje a Al Uzza, consorte divina del gran dios Dushares Vuestros señores romanos os recogerán al mediodía."

La mujer se volvió para salir de la habitación y Rea la llamó: "¿No comes con nosotras, sacerdotisa?"

"No." La mujer no se giró. "Tengo un sacrificio que preparar."

"¿Un sacrificio por Isis-Al Uzza?" Rhea se volvió hacia sus hermanas con una mirada de confusión, pero la única respuesta de la sacerdotisa fue un sonido duro, espetado fuera de la boca como si supiera a excremento. "Ih-Shah," siseó y salió de la habitación.

A pesar de todas sus formas, a Isis, Reina del Cielo, rara vez se la mencionaba con este antiguo nombre. Hacía tres mil años, cuando la diosa no era más que una deidad menor, no más que una sirvienta en los templos de los dioses antiguos, ese había sido su único nombre. Ahora ella gobernaba los cielos. Desde el delta del Nilo había extendido los brazos y seguido a los imperios, asumiendo y absorbiendo a todas las diosas de los reinos. Pronunciar su nombre de esclava con tanto desdén la llamaba nada. Con una palabra, la sacerdotisa había dejado claras sus objeciones.

El guardia permanecía inmóvil, aparentemente sin percibir la tensión o el insulto, pero las chicas pasaron cautelosas miradas por la habitación hasta que Eshe dio un paso adelante y comenzó a apilar una fuente con comida. "Toma un poco de desayuno," le dijo en voz baja por encima del hombro. Su aparente fragilidad, la piel lúcida y los rizos de oro rojo pálido contrastaban con la singular convicción de sus palabras y la abundante comida que cargaba en su plato. “Debemos comer lo que podamos y llevar lo que podamos cargar. Necesitamos estar listas para partir."

"Yo no quiero marcharme." Las palabras de Lailah, dichas en voz baja pero con confianza, le dieron por primera vez a Jaida la esperanza de que sus opiniones sobre la seguridad habían sido oídas. Ella no era de ninguna manera una voz principal entre las chicas, ese papel casi siempre recaía en Oseye o en Zaliki, pero la certeza de Jaida sobre aquel asunto exigía que este se aclarara. Si Lailah estaba de acuerdo, tal vez aún había esperanzas de alentar a las hermanas a su modo de pensar.

Pero su optimismo duró poco. Shemei, Oseye y Zaliki se plantaron junto a Eshe, llenando un plato con comida cada una y dejando clara su posición sobre el tema.

Jaida miró a Rhea y a Ianthe, suplicándoles en silencio que la

apoyaran, pero ninguna de las dos dio indicios de sus pensamientos. Jaida se acercó a la mesa, se sirvió de una jarra de plata un vaso largo de agua fría endulzada con rosa mosqueta y bebió un sorbo para aliviar el picor en la garganta.

"¿Y si se retira la oferta," preguntó. “¿O si el dinero que ofrece no es suficiente para llevaros a salvo hasta Egipto? No tenemos habilidades para negociar las cosas que necesitamos. No creo que sepamos siquiera qué es lo que necesitamos, no solas ahí fuera."

"Entonces venderé lo que tenga que sea de mayor valor para los hombres del mundo." Los ojos oscuros de Zaliki estaban fríos con una determinación irracional o fanática. "Tú puedes sentarte en tu virtud y dar la boca al templo si eso es lo que quieres, pero la diosa no me eligió para esta vida, lo hizo Babu. Y yo no hice que esta situación fuera peligrosa, lo hizo Babu. Y ciertamente nunca quise ser enemiga de Ishaq. Mis sueños de él me dejan empapada en un sudor que no tiene nada que ver con visiones de peligro."

Las palabras provocaron en Jaida un sobresalto culpable y elevaron un rubor hasta las mejillas mientras ella alzaba la copa y vertía un largo trago por la garganta para apagar fuegos ocultos. No era Ishaq quien incendiaba sus sueños. Ni sus ojos ni sus manos ni su boca, pero sabía a qué sueños se refería su hermana.

"Y tampoco tiene nada que ver con Ishaq." Lailah fue directa, pero sus labios se curvaron en una sonrisa. "Él es un hombre y eso es todo. Es el único hombre que hemos visto de cerca durante un largo período."

De pie junto a la pared, entre un montón de urnas ceremoniales, una alta estatua de mármol de Zeus oteaba magisterialmente a las chicas, desplazadas por la bandada de sofás. Los romanos, y los griegos antes que ellos, nombraron a los dioses de una nación como suyos, incorporando cada deidad en su propio panteón sin considerar el insulto que presagiaba.

Al Uzza era la consorte del divino Dushares y ninguno tenía forma humana. Sus ritos se habían dedicado antes de los *betyls*; bloques de piedra que representaban la presencia del dios, no el dios mismo. Este regalo romano a la diosa, concebido como una imagen icónica

de su amado esposo, había sido enviado a las salas traseras y escondido de la vista.

Lailah caminó lentamente hacia el dios de fría piedra y le pasó gentilmente un dedo por el pecho y estómago. Su expresión cambió a franca diversión mientras acariciaba el poco impresionante grupo de genitales de mármol. "Esta es la elección que vas a tomar, Zaliki. Puedes entregar el cuerpo a la diosa o a un hombre. Sabes que no puedes tener ambos, y es esto, "dio unos golpecitos en la estatua con el dedo, "lo que más quieres."

"Quizá." Zaliki alzó la barbilla desafiante. “Lo que es más importante es tener la libertad de elegir. No finjas que nunca has querido un amante para ti. Ni tú." Zaliki giró hacia Jaida y el rubor de la vergüenza subió de nuevo a sus mejillas. "¿E hijos? No intentes decirme que nunca has llorado al saber que nunca ibas a ser madre." Parecía satisfecha de haber expresado su argumento y se instaló en un sofá, poniendo su atención en la comida.

"¿Rhea?" Exigió Oseye.

"Es demasiado pronto." La pregunta presionó a Rea a la acción, se acercó a la mesa y comenzó a elegir el desayuno. "No sé por qué estáis todas tan decididas a decir «que así sea». Hoy veremos a nuestros dueños. La diosa ya nos ha dado su aprobación. Somos oráculos, tal como Babu dijo que seríamos. Tenemos poder, incluso como esclavas. Esperad. Mantened la calma y esperad a ver qué sucede a continuación."

"No nos vamos a quedar," dijo claramente Zaliki. “Si tú necesitas tiempo para considerar los riesgos, entonces ya has decidido quedarte. ¿Ianthe?"

"Me quedo." Respondió vacilante tirando de las largas trenzas retorcidas de su cabello en un mechón sobre el hombro. "Por la misma razón. Quiero ver qué va a pasar. Quiero saber qué ha sido de Babu y por qué estamos aquí exactamente. Y sí, la diosa ha confirmado que somos sus oráculos. Después de tantos años como prisionera del sueño de este hombre, estoy dispuesta a darle tiempo a la diosa para que me muestre sus recompensas por todo lo que hemos soportado."

Jaida dejó escapar un silencioso suspiro de alivio y seleccionó algunas frutas y pan. Cuatro de ocho. Eso era mejor que nada, pero casi no había posibilidad de que ella pudiera hacer cambiar de opinión a los cuatro que querían irse. Si esta era su absoluta convicción, entonces quizá la diosa misma prevalecería en su nombre.

Incluso tan hambrienta como se sentía, eligió una comida más ligera. Había que hacer sacrificios y no podía compartir el gusto por la sangre de Isis-Al Uzza.

***

Seth sorbió de la copa de vino y comparó el mapa que tenía ante él con el calendario de la caravana que Drusus le había entregado. Los páramos del desierto de Arabia no eran ningún misterio para él. Los diminutos oasis, marcados con deliberada vaguedad sobre la cara del pergamino, habían sido el secreto de la superioridad comercial nabatea durante mil años y sus verdaderas ubicaciones se mantenían en el corazón de los hombres y nunca en el papel. Cuando era niño, había recorrido esos páramos y había aprendido los lugares con abrevaderos, y tal propósito en los mapas solo servía para indicar el final de cada día.

"Si quieres reducir la operación, Seth, considera devolver esta ruta a la jerarquía nabatea." Drusus dio unos golpecitos en una línea de puntos y se sirvió otro trago. “Solo es especia para el mercado de *Memphis*, y llevan brea de regreso a *Babilonia*. Para Roma, este podría ser un estado cliente, pero los Reales aquí aún se consideran reyes. Me han tratado con honestidad durante treinta años y te conocen, pero les gusta ver gestos sólidos de buena voluntad."

Seth asintió. Había amplio espacio para reducir la escala. Las empresas de Decimus eran enormes. Más que eso, si Dec pensaba que era recomendable entregar una caravana y todos sus contratos, Seth nunca desafiaría esa sabiduría. Tal como estaban las cosas, los próximos dos años podrían verse absorbidos en viajar para reunirse con contactos y enviados distantes, para consolidar su lugar como propietario de las licencias comerciales. Si ahora usara la influencia de Dec para vender las rutas más distantes a los operadores locales,

podría traer el capital necesario rápidamente y reducir inmediatamente el todo a un tamaño manejable.

No había problemas evidentes con el funcionamiento de la propiedad. Él conocía las mercancías, conocía las rutas y conocía a la mayoría de los transportadores beduinos. Dec había creado su imperio con conceptos sencillos y sólidos. Pero había una aventura que Seth había sido incapaz de considerar con tanta calma.

“Hoy vemos El Sueño," dijo Seth con cuidado, dejando el horario en una pila de documentos y poniéndose en pie. Había usado el término medio en broma, pero en verdad, las caras que había visto en el templo no eran para descartar a la ligera. "Debo haber inhalado más que un poco de su inspiración, las tuve en la cabeza toda la noche." Ojos verdes y piel dorada, pechos perfectos y una soñolienta sonrisa en labios carnosos. "¿Cuáles son las alternativas que habías planeado para ellas?"

"Ellas son problema tuyo, querido." Dec se acostó en un sofá y cerró los ojos, agitando despacio un abanico de plumas en el rostro.

"Ríndete, Dec. No las trajiste aquí como prueba de mi capacidad para tomar decisiones. Tenías algo en mente el día que las viste por primera vez. Ya fuese que quisieras completar su entrenamiento y arrendarlas a los templos o dejarlas a todas en libertad, no tenías necesidad de traerlas aquí para hacerlo."

Drusus miró por encima de su abanico, con ojos oscuros muy abiertos, e intentó parecer ingenuo. El efecto falló y Seth sonrió. "Las trajiste aquí para que yo tuviera que verlas. Eran un regalo, ¿no?"

“No, no exactamente. Ya te lo dije, son demasiado preciosas para haber sido arrojadas a este cruel y viejo mundo. Las cosas de valor tan raro deberían siempre estar protegidas y a salvo."

"Pero..."

“Pero quiero nietos que malcriar. Tú te quedas aquí en mi maravillosa ciudad, escondido entre las criptas y mausoleos. He visto a las mujeres de aquí entre las que tienes que elegir y la

mayoría de ellas parece haber salido arrastrándose de sus tumbas. O, como algunas, han cabalgado a miles de hombres hasta una muerte dolorosa."

Seth se rió. “Mis elecciones me han servido muy bien, gracias. Si son mayores, entonces están casadas y no son una carga para mí. En cuanto a Agrippina, es la influencia política de su marido lo que desprecias, y la insultas porque no puedes tocarlo. Y si ninguna de ellas quiere compartir, no tengo que aguantar que sus pálidas hijas me saluden en la cara. Después de todo, no soy de buena sangre para el matrimonio."

"No." Dec parecía hosco. "He intentado enviarte a *Babilonia* y a la maravillosa *Alejandría*, pero siempre vuelves a casa solo. Y por muy hermosas que sean, las princesas nabateas están fuera de los límites."

"¿Así que decidiste ofrecerme una selección de las vírgenes más elegibles del mundo?"

"Admito que esa fue una idea que consideré. Y sí, esa es la razón por la que las traje hasta Petra."

"Ya deberías saber que liberarlas de la esclavitud no va a resultar en que una o todas caigan en mis brazos por gratitud."

"No tienes que liberarlas." Drusus se incorporó y recogió su vino. "Pero como dije ayer, les podría ir mucho peor."

Seth se acercó a la galería y pasó los dedos por el calado de la piedra. Más allá de la pasarela cubierta exterior, Kartikeya levantó la cara y olfateó el aire, gruñendo roncamente ante un olor invisible que atrapó su imaginación.

"¿Tienen nombres?" preguntó. Pensar en la fila de sacerdotisas arrodilladas provocaba una punzada de remordimiento al hablar de las chicas como si fueran mercancía. Y cuando le venía a la mente un rostro, quería ponerle un nombre. Un sonido a juego con la imagen. Música para la musa.

"Si las liberas, estoy seguro de que cada una tiene un nombre que

decirte y una historia que lo acompaña."

"¿Y mientras están al servicio del templo?"

“¿Mientras están en servicio? Sacerdotisas. U oráculos. Si ellas se quedan con su diosa, no necesitarás saber más que eso, estarán fuera de tu alcance."

Ese fue un pensamiento extrañamente desconsolador y Seth consideró las preguntas a las que había decidido tener las respuestas. “¿Ishaq? ¿Nunca has oído hablar de él?

"Nada. Y pasarán semanas antes de que pueda recibir noticias de *Alejandría* si envío información." Drusus se encogió de hombros. “Todas parecían conocerlo, o al menos el nombre, y eso es muy extraño. Ellas nunca habrían tenido mucho que ver con ningún hombre. Babu tenía familia, tal vez este Ishaq sea un pariente."

“¿Por qué buscar información en *Alejandría*? ¿Por qué no preguntarle a Babu sobre la amenaza?"

"Él hace mucho que murió. Gastó todo lo que tenía en el sueño de las riquezas que haría con el arrendamiento de estas chicas. Al final, no tuvo dinero para su seguridad. Se arruinó en los levantamientos de *Cirene*. Es un milagro que las chicas sobrevivieran. Luego, sin dinero no podía enviarlas sin vigilancia, pero no le quedaba nada para vivir. Podría haber vendido a una de las chicas, pero no quiso hacerlo. O no pudo hacerlo. Así que lo apostó todo con ellas con la esperanza de ganar lo suficiente para salvarlas a todas. Y perdió."

"Puedo ver la parte en eso que podría molestar a la familia." Seth negó con la cabeza. "Las chicas sabrán quién es." Esa era una pregunta de fácil respuesta. Había otras más complejas. “Cuando sean liberadas, pasará algún tiempo antes de que se procese el papeleo. Puedo darles cartas de intención hasta que se les conceda la manumisión, pero ¿qué hay del capital que les prometiste a cada una de ellas?"

"Crédito. Ya he recaudado los fondos. Si vamos a la Curia mañana, puedo iniciar trámites sobre la venta de algunas de las licencias. No habrá ninguna demora mientras el senado nabateo apruebe a los

compradores y tampoco en el pago de los préstamos que he pedido en tu nombre."

“¿Cuánto les doy? ¿Cuánto cuesta una nueva vida? ¿Dónde se van a quedar hasta que aprendan las cosas que necesitan saber? ¿Cuánto tiempo tarda eso?" Una vez más, los pesados párpados de los sonrientes ojos verde pastel le vinieron a la mente, y el corazón de Seth se aceleró ante la imagen. No era difícil imaginar a una Venus así posar sus pies sobre el mundo, verla abrirse como una rosa de Damasco, oler su dulzura en el aire como un perfume.

"Siempre que elijan la libertad."

"Lo harán. Nadie elegiría seguir siendo un esclavo."

"Pero ¿y si lo hacen?" Drusus se movió para pararse al lado de Seth, observando cómo el anciano tigre abandonaba sus llamadas al mundo fuera del patio y se sumergía hasta la panza en el estanque para dormir. "Esta sigue siendo la única vida que han conocido y ahora se han demostrado a sí mismas que son sacerdotisas del oráculo."

“Han demostrado que cualquiera puede tener una visión si tiene el incienso adecuado."

"¿Y por qué están tan asustadas de este hombre que han predicho? Quizá quieran permanecer a salvo en el templo."

"Bueno. ¿Y?" Preguntó Seth.

"Pues que necesitarás a los musculosos chicos de Juba. Ellos ya están de guardia. Tú envíalos por la Via Nova Traiana con las chicas como yo había planeado, hay templos hasta *Carquemis*. O supongo que podría llevarlas conmigo a Roma con la escolta de seguridad. O en algún punto intermedio."

"¿Y hago un contrato con cada templo, pago por su mantenimiento y seguridad y me quedo con el cambio?"

"Asi es como funciona esto. Es la única forma en que una sacerdotisa se mantiene a salvo mientras practica sus artes."

“Si quieren la libertad, pero necesitan tiempo para aprender, ¿puedo dejarlas en tu casa? La tuya es la casa más grande de este barrio. Aparte de las residencias reales, es la casa más grande de Petra. Cuando te hayas ido, la mantendré con personal y la venderé de tu parte después de que ellas se hayan marchado."

Drusus se encogió de hombros de nuevo. “Lo que hagas con la casa después de que me haya ido depende de ti. ¿Por qué no te mudas tú allí también, es parte de lo que te dejo de todos modos? No tienes idea de la cantidad de oro que ya he enviado a Roma. A mí no me importa. Tengo más que suficiente."

***

El aire del desierto del mediodía calentaba algo del frío en la piel de Jaida, pero ella se ciñó la palla alrededor de la cara. Miró furtivamente a un lado y otro de la calle mientras todas se movían hacia las literas que las esperaban. Miedos que ella no podía razonar le pesaban sobre los hombros y le erizaban el fino vello de la nuca. Temía por sí misma y por sus hermanas, y estaba muy decidida a desafiar ella sola el mundo exterior. En todas partes había movimiento y sombras. El sol se elevaba por encima de la ciudad, pero a lo largo de cada calle, densos árboles sombreados y pasajes cubiertos formaban frescas avenidas púrpura, y allí la población se alborotaba.

El agua también se movía por toda la ciudad. Desde los relucientes chorros del *nimphaeunum* y los limpios y fluidos canales, hasta las piscinas públicas y los jardines junto a los edificios gubernamentales. Verde vegetación creciente, flores perfumadas en rosas y rojos, y agua manando por todas partes clamaban que los rumores del desierto fuera del valle era mentira. Baldosas blancas y mármol arrojaban al aire un resplandor que la hacía entornar los ojos hacia las sombras.

La mano que sostenía su chal aún olía a sangre, y Jaida la bajó hasta el pecho. Se había lavado y relavado la vida escarlata de la piel, pero el recuerdo del fallecimiento permanecía. No podía compartir el gusto de Al Uzza por la sangre, pero Isis era cualquier diosa. En algún lugar habría un templo donde no se demandara

sacrificio y, si sus hermanas podían negociar dinero y libertad, ella podría argumentar un servicio que no pidiera sangre.

En la litera, Ianthe retiró la cortina del todo otra vez para beber de las vistas de Petra: las vastas carreteras y columnatas, un millar de edificios erigidos dentro de la piedra, los acantilados y la gente.

"Ciérrala. O al menos tápate la cara," advirtió Jaida. "No sé si él está aquí en alguna parte o no, pero no tiene sentido que te anuncies así."

"No." Ianthe rió. "Quiero verlos." Su tono fue un siseo conspirativo y no mencionó el objeto de su fascinación, pero Jaida se inclinó hacia adelante y siguió los ojos de su hermana hasta su objetivo.

"Son eunucos, ¿verdad?" Las mejillas de Jaida se sonrojaron y ella sonrió avergonzada. El destacamento de guardias ataviados de cuero se había colocado alrededor de las literas, por lo que uno o más eran visibles a través de cualquier cortina.

Ianthe dio una carcajada y sacudió dramáticamente con la cabeza. "No creo. Sus taparrabos no esconden mucho."

Jaida asintió tratando de obtener una mejor vista y evaluar el juicio de su hermana. Ambas chicas rieron de nuevo mientras Ianthe susurraba: "Me pregunto si Zaliki ya ha elegido a uno y le ha dedicado su atención. Si lo hace, quiero escuchar cada detalle."

"Ella tendrá suerte a medias." La mención de la decisión de su hermana de perseguir lo carnal eliminó la divertida sensación de la discusión. "De verdad se van a ir, ¿no? Confiaba en poder convencerlas de que deberíamos permanecer juntas."

"Ellas se marcharán si la oferta es genuina." Ianthe tiró de su palla hacia adelante, protegiéndose la cara de un brillante rayo de sol. “Y yo estoy muy tentada de ir con ellas. Y es por eso." Ella asintió hacia los guardias fuertes y musculosos. “No por él ni él ni él. Como dijo Zaliki, por la libertad de elegir. El hecho es que si me quedo en el templo; con seguridad y, espero que con bendiciones, toda esa mitad de mi vida como mujer se desperdicia."

Jaida observó la dura constitución de los guardias, los moldeados músculos moviéndose en la piel aceitada, las gruesas muñecas y manos fuertes, y los latidos de su corazón se aceleraron. Nada de lo que su hermana ponía en palabras la sorprendía. En cada una de las chicas, ya fuese acunadas en silencio o riendo en voz alta, ese saber y esa negación de deseo ardían desde hacía mucho tiempo, con fuerza y pesar.

“Antes," todo el humor había desaparecido de la voz de Ianthe y sus ojos oscuros parecían a punto de llenarse de lágrimas, “éramos esclavas, nuestro futuro estaba sellado, no tenía sentido permitirnos fantasear sobre lo que podría ser. Ahora todos esos sueños y anhelos me hierven bajo la piel. Tocar y ser tocada. Ahora tengo una opción y la fantasía me está volviendo loca."

En eso también, ella no estaba sola.

Capítulo 5

Seth resopló. Racimos de adelfa perfumaban el aire y él buscó de nuevo rastros de almizcle de tigre, pero sus sentidos estaban demasiado acostumbrados al olor. El estudio era fresco y estaba bien iluminado, no estaba demasiado lleno de muebles y no era tan llamativo como el anexo.

"¡Zayed!" Los ásperos dedos de la incertidumbre se tensaron alrededor de sus entrañas y Seth se irritó por su propia reacción. Había hablado dos veces antes con las sacerdotisas y él era libre de hacer lo que viera conveniente. Dec no querría interferir. Aún así, tenía el estómago revuelto por los nervios ante la idea de encararlas ahora. Estarían aquí en cualquier momento y él quería que todo fuera perfecto.

“No quiero hachís en nada de lo que traigas a la mesa hoy. Es importante que estas mujeres puedan pensar con claridad sobre lo que quieren hacer."

"¿Vino?"

"Sí. Y agua de rosas. Fruta. Gelatinas. Todo lo que quieran, cuando lo quieran. Quiero que se sientan como miembros de la realeza."

"Son esclavas, ¿no?" Zayed alzó una ceja, consciente de que su estado de hombre libre lo colocaba por encima de servir a las clases bajas.

"Como yo lo fui. Pero no por mucho. Para todo el mundo en este hogar, todos, ellas ya son iguales a mí. Confío en ver eso. ¿Está claro?"

"Perfectamente."

"Tamir." Seth se volvió y el sirviente de ojos tristes levantó la vista de su estudio de las alfombras. “Juba y sus hombres también estarán aquí. Juba estará en la reunión, pero tú lleva a todo el músculo al triclinio. Dales lo que quieran, abre los mejores vinos

que tenemos en la bodega y dales de comer. Si quieren acomodarse para pasar la noche, consigue más personal y prepara otro menú. No quiero tener que preocuparme por ellos, ¿entiendes?"

Tamir asintió y la más cercana aproximación a una sonrisa se posó en su boca. "Entiendo, señor."

“Ah; y Zayed, Dec volverá pronto. Me acaba de convertir en el romano más rico de la provincia. Como mínimo creo que se merece el respeto de mi personal."

El promus se inclinó en profunda reverencia, asintió con demasiada precisión y Seth comprendió sin dudar cada palabra que no se estaba pronunciando. Como todos los hombres de su raza, Zayed era capaz de decir mucho más con un giro de los ojos o con un gesto de la mano que cualquier oración que él pudiera decidir articular.

Cuando Juba llamó desde el vestíbulo abierto, Seth caminó detrás de su personal hacia el atrio de mármol.

“Aquila,” Juba avanzó un paso, con radiante rostro sonrojado, y se estiró para abrazar a su anfitrión. "La paz sea con tu casa, amigo mío."

Cuando Seth devolvió la cortesía, su atención se desvió hacia el sombreado pórtico donde los guardias de Juba y su personal de seguridad se estaban reuniendo para entrar.

Sin esfuerzo consciente, encontró un rostro entre muchos. La túnica de la joven brillaba sobre el oro de su piel y, bajo la capucha de su palla de seda, unos ojos pálidos relucían con robada luz del sol. Ella tenía un nombre, y hoy, con la promesa de libertad, él descubría ese nombre de sus propios labios.

Juba se inclinó bajo el hospitalario brazo de Seth. Tapándose la boca con una mano y con ojos que brillaban diabólicamente, susurró: “Míralas, muchacho. ¿No son exquisitas? Suficiente encanto para girar la cabeza y conquistar el corazón de cualquier hombre."

Seth dio una carcajada, retrocediendo para dejar que la comitiva entrara. “Has trabajado muchos años con Drusus. Te tiene atrapado en sus planes, y apuesto a que también conspira de buena gana. Pero no te adelantes; estas son sacerdotisas, no trozos de carne."

Mientras él susurraba esto último, alzó una mano, haciendo pasar al claramente nervioso grupo de mujeres, inclinando la cabeza hacia cada una, con la mano sobre el corazón. “Damas, bienvenidas. Zayed les guiará. Mi casa es su casa."

Detrás de las chicas venía la élite de Juba. El enorme volumen de cuero y músculo aceitado en la habitación hizo que Seth retrocediera. "Caballeros." Ofreció a cada hombre ambas manos a modo de saludo mientras entraban en el amplio atrio. “Ya tenéis mi agradecimiento, por traer a las sacerdotisas bien a salvo hasta aquí. Hoy sois invitados. Por favor, id con Tamir. Encontraréis comida, vino y entretenimiento. Si he descuidado algo, por favor, pedidlo. Cuando este asunto haya terminado, nos uniremos a vosotros."

Tomó a Juba del codo y lo siguió mientras el pequeño ejército era conducido por un resonante pasillo, pero los dos se dirigieron hacia el estudio.

"Ciertamente, estas chicos son impresionantes, Juba," dijo Seth mientras caminaban.

"Mi propio sueño realizado." Juba asintió detrás de los hombres, orgulloso por el modo en que enderezó la columna. "Y muy lucrativo también. ¿Sabías que fue Decimus quien me dio la idea por primera vez?"

Seth rió. "No, no lo sabía. Pero eso no me sorprende. Si alguna vez hay una necesidad que cubrir y hacer oro con ello, Dec la vería."

“Hace veinte años estaba él celebrando una de sus famosas fiestas bacanales, y lo vio, así sin más. Por un lado, estos muchachos con fuerza y potencial y nada que hacer sino proporcionar entretenimiento a ricos nobles y comerciantes. Y por el otro, bajo ese mismo techo, hombres ricos con todos los vicios, desde el juego hasta los chicos guapos, pero que no confiaban en sus esposas para cruzar la ciudad, o un país, sin escolta. Una combinación hecha en

el cielo. Un poco de entrenamiento en seguridad y aquí lo tenemos, un ejército de élite."

"Y un sinfín de hombres ricos que quieren proteger a sus mujeres," asintió Seth, y cuando entró en el estudio se dio cuenta de lo importante que podía ser.

Zayed se había superado a sí mismo; los muchachos estaban de pie a lo largo de las paredes con bandejas de frutas y dulces y con jarras de refrescos que brillaban a la luz de la lámpara. Pero ninguna joya u obra de arte hecha por el hombre brillaba tanto como las mujeres a las que servían. Un momento lejos de ellas operaba como un limpiador de paleta, embotando un poco la memoria, por lo que volver a verlas era, cada vez, quedarse perplejo por el destello de su belleza.

"Damas." No era muy fácil encontrar las palabras mientras él escudriñaba la sala, visitando cada rostro encantador, pero instalándose mientras hablaba en uno. "Sacerdotisas. Por favor, relájense. Son todas invitadas aquí. Todo lo que pidan será suyo."

Juba tomó asiento y Seth pasó junto a él hacia el lado más alejado de la habitación, donde su pesado escritorio crujía bajo el peso de documentos apilados y rollos de pergamino. "Drusus llegará pronto. Tengo," indicó la mesa, "la mayor parte del papeleo que necesitaremos en relación con sus servicios. En cuanto él llegue, podemos pasar directamente a las decisiones que han tomado sobre sus futuros."

"¿Fue sincero cuando nos prometió nuestra libertad?" Una chica alta estaba de pie, sus ojos oscuros estaban al nivel de los de Seth incluso desde el otro lado de la habitación, ardiendo con el calor del propósito. Él la reconoció al instante como la oradora en su primer encuentro y como una de las mujeres que no habían participado del oráculo.

“Él fue sincero. Iré más lejos. Yo diría que la libertad es lo que quiero para todas ustedes."

"¿Y dinero?"

"Sí, y dinero." Seth le devolvió la mirada con recelo. "Pero podemos hacerle a Drusus la cortesía de esperarle antes de discutirlo. Tardará un par de semanas procesar el papeleo, preparar sus placas de manumisión y los fondos que van a necesitar. Luego está el tiempo que les tomará aprender... "

"No. No queremos esperar aquí. Haced lo que tengáis que hacer, pero dadnos el dinero que prometisteis ahora y dejadnos marchar." La luz de la lámpara se reflejaba en esos oscuros ojos y salían lanzadas hacia Seth como las chispas de un horno.

Él sacudió levemente la cabeza y giró para buscar los ojos verde pálido de su oráculo, y le habló directamente a ella. "Eso no tiene sentido. ¿Os ofrecen todo lo que podríais desear y lo vais a tirar por mera impaciencia? No lo permitiré." El oráculo desvió los ojos, enrollando todo el cuerpo hacia abajo y hacia afuera como si necesitara escapar de su estudio, y él volvió a mirar a la mujer que estaba hablando por el grupo.

"¿No lo permitirás?" dijo ella. "¿No es libertad lo que estamos discutiendo?"

"Sí, pero...."

"Pero ¿en tus términos?"

Jaida sintió que se le congelaba el estómago y le temblaba el agarre de la fría copa que tenía en las manos. Desde el momento en que él había entrado en la habitación, ella se había descubierto centrada en el hombre que poseía su futuro. Aquila, el nombre significaba águila, pero no había nada aquilino en sus rasgos. Su rostro era cálido y abierto, y ella tenía el recuerdo de una intimidad inusual, de un estudio cercano y cautivador, donde cada línea y poro de su piel era una fascinación en sí misma. Cuando él volvió sus ojos hacia ella, ella quedó desnuda ante él de nuevo, y se convirtió conscientemente en una bola de vergüenza.

Y no había nada parecido a un pájaro en su constitución o porte. Sus hombros eran anchos. Su pecho y brazos, aunque ocultos por un suelto *khameez* de lino, eran fuertes. Los músculos que se tensaban con ira en el cuello y mandíbula eran firmes. No era tan corpulento

como los guardias que las acompañaban, sus movimientos eran más fluidos, su caminar era menos lastrado por muslos demasiado grandes.

Pero el ceño fruncido con el que el hombre apuñalaba a Oseye era tan afilado y brillante como una espada.

"Sí, en mis términos," espetó Seth. "Hay un mundo ahí fuera que nunca habéis visto, peligros que no podéis ni imaginar."

Aun así, eso no era suficiente para acobardarla.

“Tú no conoces los peligros a los que nos enfrentamos. Si lo hicieras, verías que tenemos que irnos de aquí ahora. En silencio, en secreto. Tenemos que escabullirnos antes de que nuestro enemigo tenga la oportunidad de hacer su movimiento contra nosotras."

Zaliki se levantó junto a Oseye y le lanzó a Seth una mirada fría. "Y antes de que tengas la oportunidad de cambiar de opinión," dijo ella.

Aquila dio una carcajada, pero la luz afilada no abandonó los ojos de la muchacha. Él asintió en reconocimiento al miedo de las chicas, agachando la cara para mirar el suelo mientras rodeaba la mesa y tomaba asiento. "No voy a cambiar de opinión," sonrió descansando contra los cojines y cruzando los tobillos, "así que eso no será un problema. Dime cuál es el peligro. ¿Quién es, Ishaq?"

Desde donde estaba sentado, miraba sobre las pilas de papeles y captó a Jaida en el destello de sus ojos. "Tú tuviste la visión, sacerdotisa," dijo Seth, "Dime a quién viste."

Una caliente euforia cubrió el pecho de Jaida y le subió por la garganta hasta las mejillas, y el progreso detuvo las palabras en la boca. Él la mantenía fijada ante él, y los sentidos rodaron en el caos del pánico.

"Vi a," balbuceó ella.

No pudo nombrar a Ishaq, como tampoco pudo en la noche de la visión. Había sentido peligros a su alrededor, miedos que se agrupaban en las sombras, pero ella no tenía nombre para estas.

Levantándose lentamente frente a él ahora, mientras presionaba los pliegues del regazo de su túnica y se obligaba a enderezar las rodillas, sintió ese mismo terror estimulante. Estos eran los ojos que ella había mirado entonces. Estos eran los rasgos que había llevado consigo en sueños de fuego y sudor.

"Peligro," repitió ella, como había hecho la noche anterior. "Solo vi peligro."

Él mantuvo su atención fija en ella y ella no pudo apartar los ojos. Mientras ella miraba, el rostro del hombre se suavizó, calentándose y oscureciéndose y la respiración se hizo más difícil, ardiendo en las fosas nasales mientras él la sostenía.

"¿Quién es Ishaq?" repitió él con tono que delataba una leve impaciencia.

"Ishaq es el hijo de Babu," respondió Zaliki, pero Aquila mantuvo sus ojos en Jaida.

Él alzó las cejas, como si se hubiera confirmado el hecho, y preguntó: "¿Por qué es un peligro? ¿Cómo es que estáis más seguras ahí fuera que aquí entre mis paredes?"

"Su padre lo dio todo para elevarnos hasta el templo. Ahora todo lo que él había esperado se ha ido con nosotras y no le quedará nada a Ishaq cuando Babu muera." Nuevamente respondió Zaliki, pero Aquila ni una sola vez apartó los ojos de Jaida. Ella se suspendía ante él como un sacrificio, expuesta y apenas respirando, con el calor sordo de la timidez picándole la piel, completamente incapaz de apartar la mirada.

"Babu está muerto."

Las palabras liberaron a Jaida de pronto, y ella cayó como un saco al girar hacia Shemei para ver que las lágrimas inundaban los ojos de la chica. Shemei había llegado la primera al cuidado de Babu, cuando era un bebé y, de las chicas, ella sobre todo pensaba en él como un padre.

Aquila continuó, "Entonces entiendo por qué su hijo estaría

enojado. Vengativo. Pero es ridículo pensar que estáis más seguras en la calle que aquí. Independientemente de la vida que hayáis vivido, y un momento en vuestra compañía deja claro que nunca habéis vivido como esclavas, no tenéis idea del tipo de riqueza que Drusus tiene a su disposición. Ni el tipo de seguridad que puede compraros."

¿Nunca hemos vivido como esclavas? Jaida se volvió hacia él con asombro y Oseye soltó un bufido de burla. Habían vivido como esclavas, como prisioneras, todos los días de sus vidas. Habían vivido en habitaciones con ventanas enrejadas, no habían conocido más de una docena de rostros en todos sus años de entrenamiento, nunca habían tenido la libertad de pasear por la calle, hablar con un extraño ni ir a donde quisieran. Ciertamente, habían vivido como esclavas.

"Seguridad," espetó Oseye. "Esa era la palabra de Babu para el aislamiento."

"Aqui no. Tengo una casa preparada para vosotras. Podéis entrar y salir cuando queráis, pero los guardias estarán a vuestra disposición." Pasó su escrutinio hacia Oseye y liberó a Jaida para que ella hiciera lo mismo.

"Si nosotras podemos salir, él puede entrar." Zaliki habló, y no solo habló, sino que dio un paso adelante, cada momento le daba más yesca al fuego de su coraje y determinación. “Los guardias que pones son como faros, atraen todas las miradas en la calle. Con ellos no seríamos más que objetivos, brillantemente iluminados y esperando una flecha desde las sombras. Ishaq fue soldado, un hombre adiestrado para matar."

A pesar de todo lo que se había dicho, Juba había permanecido en silencio, con los dedos unidos ante los labios y los ojos entornados en concentración. "Tengo hombres que no son tan obvios," dijo Juba. “Los hombres que fueron vuestra guardia en el viaje desde *Alejandría* eran míos. Pero es verdad. Al permanecer aquí, o en la casa de Drusus, todas las chismosas y las aburridas brujas de Petra hablarían de las damas y las observarían. Un asesino tendría un blanco fácil, y la única forma en que mis hombres podrían garantizar su seguridad sería mantenerlas a cubierto hasta que la

amenaza fuese neutralizada."

"¿Ir tras el hijo mismo?" Preguntó Aquila, con una lenta sonrisa esbozando los labios mientras asentía. "¿Buscarlo en algún lugar entre aquí y *Alejandría*, identificarlo y...? Él estuvo en el ejército, por lo que también es ciudadano romano. ¿Decidimos que es culpable antes de que lo maten o eliminamos la amenaza sin más bajo la palabra de la diosa?"

"No." intervino Zaliki dando un paso atrás de su asalto confiado. "No," repitió más tranquilamente. "Si quieres darnos nuestra libertad, si de veras nos ofreces el derecho a elegir nuestra vida y nuestro rumbo, entonces libéranos, ahora, hoy, y déjanos marchar en secreto."

Zayed tosió, inclinándose ridículamente en reverencia ante Zaliki por interrumpir, y dijo: "Su invitado, señor."

Seth se puso en pie, asintiendo hacia las mujeres en disculpa antes de salir para dar la bienvenida a Drusus.

"Haz que lo maten," siseó Oseye. "Esa es mejor solución que cualquier otra cosa que tengamos. Aún podemos irnos. Aún podemos regresar a Egipto. Pero si Ishaq desaparece, ya no tenemos nada más que temer."

Zaliki hizo un puño. "No. Cuando nos vayamos, yo lo encontraré. El dinero que nos den se lo llevaré, al menos mi parte. Puedo convencerlo de que os deje a vosotras en paz, sé que puedo."

"Tenemos todo que temer." Jaida intentó una última apelación. "¿No has oído nada de lo que él ha dicho? Eres libre si eso es lo que quieres. Libre para vivir aquí y aprender. Él no va a cambiar de opinión. Acepta lo que te ofrece."

"¿Crees que se hizo tan rico liberando esclavos?" Oseye dirigió su ira hacia Jaida. "¿Por qué? ¿Qué gana con esto? Es un truco de algún tipo, Jaida. De alguna manera está planeando sacar provecho de esto, y nosotras asumiremos ese precio. No. Tenemos que marcharnos y marcharnos ahora. Y si mata a Ishaq, mucho mejor."

El rostro de Juba se había convertido en una máscara de dolorosa altivez. "Chicas," dijo airadamente. “Él no tiene nada que ganar. Aquila no comercia con esclavos, ni los mantiene ni los usa. Si dice que tenéis vuestra libertad, lo dice en serio." Dejó caer los pies al suelo y se preparó para levantarse mientras unos pasos se acercaban desde el atrio. "Drusus es un asunto diferente. Si tenéis la intención de insultar a Aquila en su presencia, entonces aceptáis un terrible riesgo para vuestras vidas."

Drusus entró en el estudio delante de Seth y se movió inmediatamente para abrazar a su antiguo socio comercial, mientras un miembro del pequeño ejército de Juba colocaba discretamente dos carteras de cuero junto a la puerta. Seth estaba, con paciente deferencia, pasándose una mano por la nuca donde se habían acumulado los sudores de la irritación, mientras los hombres mayores intercambiaban cortesías. Cuando se despejó el camino y se colocó una copa fría en el codo de Drusus, Seth volvió al sofá detrás de su escritorio y buscó en los rostros de las mujeres signos de resolución.

Aún había tensiones evidentes y él pasó de la mirada furiosa de la alta mujer africana hacia el aspecto tímido y más deferente de su oráculo.

"Drusus tiene vuestros papeles," anunció él y Drusus levantó su propia cartera de cuero hasta el regazo. De él sacó varios rollos, algunos atados individualmente, otros enrollados juntos en un haz.

“Documentos de identidad y vuestras historias. Cartas de intención de la manumisión." Dec sonrió. “Todo lo que Babu tenía de vuestras vidas y orígenes y todo lo que ha hecho por vosotras o para vosotras desde vuestra compra. Además, oro." Señaló las bolsas separadas y luego se volvió hacia las chicas. “¿Eres tú Oseye? Entiendo que hay cierto desacuerdo."

"Desacuerdo no," dijo Oseye con cuidado mirando a Juba. “Solo el deseo de tener nuestra libertad y de marcharnos. Hoy."

"Sin apoyo. Sin protección. Sólo con el oro," agregó Seth. “Calculo eso en unos cuatrocientos Aureus cada una. Eso duplica su valor nominal de mercado."

Drusus silbó entre dientes y entre las chicas surgieron pequeños jadeos. Aunque no tuvieran idea de cuánto podría costar una vida, cuatrocientas monedas de oro eran una fortuna en cualquier mano. Aunque las espesas cejas le danzaron hasta la frente, Drusus no hizo ningún movimiento para contradecirlo.

"Damas." Seth miró fijamente a Oseye, la repentina desconfianza de la joven alimentó su impaciencia. "Si sois inflexibles en vuestra elección, entonces está casi hecho. Por ahora, sois mis invitadas."

Aquello era una locura. Obsceno. La sonrisa que creció en el rostro de Drusus fue solo el comienzo de una ola de frustración que se elevó desde el estómago de Seth hasta encorvarse en los hombros. Si sacaba a las chicas a la calle mañana con las manos llenas de oro y la cabeza llena de aire, sería prudente enviar un guardia detrás para recoger el oro cuando fueran asesinadas en la calle.

Y aún así Drusus sonreía.

No había necesidad de que él dijera sus pensamientos, Seth conocía al hombre tan bien como se conocía a sí mismo, y esos pensamientos reían desde sus ojos. Las contradicciones en esta situación amenazaban con destrozar a Seth, pero él no podía echarse atrás ahora. Era la primera vez que se ponía al frente de un problema, y uno tan cerca de su corazón.

Podía negarse a liberarlas. Podía oír a Dec decir esas palabras.

Incluso ahora, podía retirar las promesas. Un esclavo no tenía derechos, ningún recurso ni reproche. Podía retenerlas a todas, a vivir o morir a una palabra suya, sin duda para sobrevivir el tiempo suficiente y conocer los riesgos que ellas querían correr.

"Vamos." Seth forzó una tensa sonrisa. "Disfrutad de mi casa. Es vuestra primera prueba de libertad. Hay baños, comida, vino y entretenimientos si los deseáis. Si decidís marcharos de inmediato, Juba os ayudará a organizar el viaje. Aceptad al menos nuestra cortesía, cuando tengáis vuestros papeles y el oro."

Juba se puso de pie, sin compartir la diversión de Decimus por el resultado de la reunión, sino preocupado por la expresión de pánico

que se había apoderado de los hermosos rostros que lo rodeaban. "Chicas," dijo haciendo un gesto con la mano para llevarlas al pasillo. "Venid y dejad que os muestre la casa. Zayed nos acompañará y traerá todo lo que pidas."

Las chicas avanzaron inseguras detrás del hombre que había sido su guía desde el día en que salieron de la casa de Babu en *Alejandría*. Guiadas, pensó Seth, más por la comodidad de lo familiar que por el deseo de explorar su nuevo mundo.

Dec avanzó un paso y dejó caer la cartera de documentos sobre el escritorio. "¿No ha salido como esperabas, querido mío?" Sonrió y Seth sacudió la cabeza con irritación.

"No lo entienden, Dec y no escuchan." Agarró una copa de vino tinto de la bandeja que tenía a su lado y la bebió de un trago, extendiendo la mano sin pausa para servir otra. "Y no te atrevas a decir: «te lo dije» o «no las liberes» ni ninguna de las otras soluciones que tienes en mente."

“No soñaría con decir tal cosa. ¿Quién es Ishaq, lo sabes?"

Seth rió amargamente, levantando la cartera hasta el regazo mientras se recostaba en el sofá. “Ishaq es el hijo de Babu. Ellas creen que, estando solas en la Provincia de Arabia con el aspecto que tienen, un enojado heredero será su mayor amenaza. ¡Ja!"

"Podrías ponerles guardia en secreto," ofreció Dec.

"Podría." Seth se frotó las tensas arrugas que le cubrían los ojos y sacó un fajo de papeles enrollados de la cartera. "Podría. Puede que sea la única forma de que sobrevivan. No, tengo que intentar convencerlas de que esperen." Miró a su patrón. "Creo que incluso Kartikeya tenía mejor cabeza para sobrevivir."

"Voy a comer con nuestro ejército privado, querido. ¿Vienes?"

"Pronto. Leeré esto y firmaré las cartas de las chicas. Me uniré a ti y a las chicas cuando me haya calmado lo suficiente como para ser civilizado."

Capítulo 6

La casa era enorme y Jaida caminaba en fila, apretando nerviosa la seda de la túnica con las manos, con respiración rápida y algo mareada. El atrio se abría a dos pasillos y el que seguían conducía a un conjunto de habitaciones tan grande como cualquier casa que Jaida hubiera visto. El techo era bajo, las paredes de pesada piedra y Juba confirmó que había otro piso sobre sus cabezas.

Mientras se dirigían a uno de los comedores más pequeños, la intención de Juba de que comieran, se bañaran y luego se reunieran con su anfitrión para el entretenimiento de la tarde parecía tan cuerda como cualquier otro plan. Más adelante, donde el corredor giraba y se ensanchaba, llegaron a lo largo de una galería con el muro exterior formado de ornamentada mampostería. Y más allá, un tigre tendido dormía al sol de la tarde.

Jaida avanzaba tambaleante, enganchaba con los dedos la piedra perforada y miró con asombro a la espectacular bestia que yacía a dos pasos de ella. Había oído hablar de estas. En una obra sobre las campañas del gran general macedonio Alejandro, había visto grabados de los días en que él había vivido entre tigres y elefantes, leones y osos. Pero ninguna imagen arañada, plana sobre vitela y más pequeña que su mano, podía expresar la magnificencia de la criatura viviente.

Sus hermanas giraron y entraron por la puerta del pequeño *cenarium*, y Juba se acercó a ella para compartir las vistas del patio de Kartikeya.

"¿Cómo llegó a estar aquí?" Preguntó Jaida.

“Oh, hay miles de bestias traídas a la arena de juegos. Miles. Este viejo tuvo la suerte de luchar contra un oponente que valoraba su vida. Aunque ya no es lo que era." Juba torció la nariz con disgusto, pero permaneció donde estaba. "Casi me pareció entender," dijo inclinándose hacia el oído de Jaida, "que no estabas de acuerdo con la visión de tu hermana sobre la libertad."

Jaida se giró para mirarlo, el corazón le subió a la garganta, insegura de sí misma y de lo que podía decir con seguridad. Juba no había mostrado nada más que consideración y preocupación por sus necesidades, pero ella tenía fresca en la mente la advertencia sobre insultar a su anfitrión.

Las chicas deberían permanecer juntas, ella sabía esto, pero era una locura pensar que podían sobrevivir en las calles como estaban. Eran oráculos, entrenadas y ahora probadas. Pertenecían al templo de la diosa, al menos durante un tiempo. Ahora parecía que la determinación de Oseye de ser libre había decidido su destino de una vez por todas. A menos que pudieran mantenerse juntas aquí.

"No estoy segura de eso," dijo Jaida.

"¿Y qué vas a hacer al respecto?" preguntó Juba tratando de sonsacarle las palabras. Como ella se quedó mirando en silencio, incapaz de pronunciar un solo sonido en su propia defensa, él suspiró y dijo: "Probablemente he hecho que te pierdas en el laberinto de habitaciones y pasillos, pero hemos cubierto un amplio círculo." Juba cruzó el pasillo detrás de ambos y dio unas palmaditas en la piedra de la pared. "Él está ahí dentro. Simplemente vuelve a subir y gira a la izquierda. ¿Crees que quizá deberías hablarle de tus dudas antes de que él termine todo el papeleo?"

De nuevo, las palabras se congelaron en su garganta y Jaida sintió que se le movía la boca en silencio, abriéndose y cerrándose pero sin emitir ningún sonido.

Juba forzó una sonrisa paciente. "Adelante." Asintió. "Relájate con él. Toma un poco de vino. Di todo lo que quieras decir. Te prometo que te escuchará."

"Yo sola no," dijo Jaida. "Se supone que nunca debemos estar solas con un hombre."

"Adelante." Él le empujó el hombro, girándola por el pasillo hacia la luz del atrio. "La diosa cuidará de ti. Si no, mañana puedes ser una mujer libre y a nadie le importará a quién viste sola."

Seth desenrolló un haz y examinó primero las primeras líneas de cada hoja para ver la nacionalidad o el lugar de compra. A Oseye ya la había identificado y dos de las otras chicas eran africanas de nacimiento. Una teutona, una gala germánica, dos griegas y una... deslizó el pergamino de la colección, de Armenia Menor.

Hojeó los hechos que se ofrecían. Ojos verdes, nacida en la esclavitud en un campo de prisioneros de guerra en el frente oriental, comprada por Babu a los cinco años, y eso la conviertía en veintiuno ahora. Jaida.

Seguían notas copiosas en la mano apretada de Babu: comentarios sobre su temperamento, sus gustos en la comida, sus habilidades como estudiante. Ella era una de las más devotas de su fe, pero no había sido una de sus favoritas.

Seth hizo una pausa para preguntarse por qué. La imagen de su rostro era fácil de recordar y no pudo encontrar fallas en ninguna parte. Recordando el verde ahumado de sus ojos rodeados de espesas pestañas oscuras, su piel dorada y la suave curva de sus pechos, el suave tacto de sus dedos, levantó la vista del pergamino.

En su memoria, esos ojos estaban muy drogados, apenas abiertos y sonriéndole gentilmente. Donde ella estaba en la puerta, incluso desde la distancia al otro lado del estudio, pudo ver que sus ojos estaban muy abiertos, fijos en él y con un brillo de lo que podría ser terror.

Jaida se enderezó, echando el cuello hacia arriba y su barbilla hacia afuera. Al menos, eso pareció ayudarla a respirar, pero le temblaban las manos y le hervía el estómago mientras esperaba en la puerta a que su dueño hablara. Tenía las palmas húmedas y le picaban de aferrarse a los miedos que tenía, y ella las obligó también a enderezarse mientras se frotaba una palma con la otra.

"Adelante." Él parecía divertido, sorprendido pero casi deleitado, y eso hizo que fuera mucho más fácil dar un solo paso adelante. Había dejado los pergaminos a un lado y estaba de pie, pasando junto al escritorio hacia ella.

"Lo siento," dijo Jaida, el sonido fue poco más que un graznido

saliendo de las secas profundidades de su garganta. Carraspeó. "Sé que estás ocupado, y yo estoy..." No había por dónde empezar. "Antes, cuando estuvimos..." De nuevo las palabras fallaron y ella levantó la vista del estudio de sus manos, buscando ese rostro, esos ojos que ella sabía eran cálidos y amables e insinuaban una sonrisa. "Juba dijo que debería venir a hablar contigo."

Una luz le iluminó el rostro y convirtió esa boca en una sonrisa comprensiva. "¿Eso dijo? Ya veo. Él y Dec trabajan en tándem." Sonrió. "Siéntate. ¿Puedo servirte un poco de vino?"

La primera vez que ella había visto ese rostro, había parecido tan confundido o preocupado por el futuro de sus hermanas como ella. Y aquí esta tarde había estado tenso, caminando por el filo de la ira y la frustración.

Ahora, con unas pocas palabras sencillas, el estrés en él se había agotado y de pronto estaba tan tranquilo y cálido como lo había estado en el templo. Sin esperar respuesta, le había servido una gran copa de vino y la condujo a un diván lleno de cojines y vellones. "Por favor." Le sonrió. "Siéntate."

Jaida se movió sobre rígidas rodillas tratando desesperadamente de alejar el calor de la sangre que le corría bajo la piel. Era incorrecto estar a solas con un hombre, especialmente con uno cuyos rasgos difuminaban el límite entre el recuerdo y los sueños inquietos. Respiró hondo, aguantando el aire hasta prolongar el calambre en el pecho y las luces de la hiperventilación remitieron.

Había venido a hablar por sus hermanas y la diosa estaba con ella ahora. Solo necesitaba mantener despejada la mente y las ideas del limpio olor a sándalo que llenaba la habitación a su alrededor. Pero tenía el corazón acelerado y el calor se agitó en su vientre cuando el olor despertó imágenes que persistían justo detrás de la razón.

Cuando ella se sentó, los desiguales cojines parecieron empujarla y desequilibrarla, dejándola o bien posarse hacia adelante sobre el borde del sofá o recostarse en su suavidad, como una reina en el Nilo. Ella se posó.

Mientras él le pasaba la copa en la mano, se sentó imitando su

posición y sonriendo, con el rostro cerca y la rodilla dejando una cálida sensación al tocar la de ella. Nunca había estado tan cerca de ningún hombre y se le erizaba la piel con cada brisa y movimiento del aire. Le zumbaban los nervios y la calidez de ese tacto se filtraba a lo largo de su muslo mientras ella trataba de encontrar algo que estudiar excepto aquellos ojos.

"¿De qué te sugirió Juba que hablaras?" preguntó él con una sonrisa que le dejaba un hoyuelo en la mejilla, y ella descubrió una tímida sonrisa en sus propios labios.

Sosteniendo la copa con ambas manos, levantó el vino y dio un sorbo, luego, desafiando las profundidades oscuras de esos ojos, tomó confianza en su estado de ánimo, lo miró de frente y dijo: "No todas queremos marcharnos."

"¿No?" Él sonreía. “¿En qué calidad planeabais quedaros? ¿Hablasteia de eso con Juba?"

La actitud en él era confusa y Jaida dio otro sorbo de vino dulce, recordando cuidadosamente su conversación con Juba en caso de que hubiera pasado por alto alguna intención secreta en sus palabras. "¿Calidad? No. Él solo dijo que debería hablar contigo antes de que finalizaras el papeleo."

Él asintió, consciente, demasiado consciente, como si él y Juba compartieran un idioma que pudiera escucharse en el silencio y la intimidad, luego él desvió la atención. Retiró de la copa de vino una de las manos de Jaida y le acarició el interior de la muñeca con el dorso de sus fríos dedos. El toque fue un relámpago en ella, le contrajo el hombro y el codo tan repentinamente que ella levantó hacia el pecho la mano con fuerza. Abrió los ojos como platos y se quedó sin aliento. El fantasma de la sensación quedaba vivo en la piel, y ella se frotó la suave piel color crema por el pecho como si estuviera eliminando una mancha.

Él retiró las manos frunciendo el ceño.

"Sacerdotisa," dijo ella alejando la pierna de la de él, pero su toque quedó grabado en su rodilla, poniéndole la piel de gallina en la suave parte interna del muslo. Dando importancia a esta única

oportunidad para hablar sobre los miedos y la sensación de exposición, ella cerró las piernas y dijo: "Queremos permanecer al servicio de la diosa."

La conmoción le quitó la sonrisa y el color de las mejillas, y él se sentó erguido. "No, no queréis."

"Queremos. Al menos hablo por mí misma, y sí, quiero." Esa repentina retirada había dejado un vacío y Jaida aprovechó para seguir adelante con su argumento. "Y a las demás, Oseye y Eshe, Zaliki y Shemei, tienes que convencerlas de que están equivocadqs. Yo lo he intentado. No quieren escucharme."

Ella dejó la copa de vino a un lado, con mano temblorosa hizo ademán de tocarle el antebrazo, como si eso pudiera llamar su atención y obligarlo a ver su necesidad, como si pudiera mantenerlo lo bastante cerca. "Habla con ellas de nuevo. Explícales que no podemos sobrevivir en un mundo en el que no somos más que niñas. Diles de nuevo lo que dijo Decimus Asinius sobre el sacerdocio que manipula a las mujeres libres en el templo. Los rituales son lo único que conocemos. El dinero no puede durar para siempre y luego tendremos que trabajar. Este servicio es el único trabajo que conocemos."

"Podéis aprender otra vida," respondió él rotundamente. "Ya os lo dije, hay una casa aquí, mejor que esta, donde podéis vivir como la realeza mientras aprendéis sobre el mundo de fuera de la puerta."

"Soy una sacerdotisa de Isis," dijo ella. “Somos sus oráculos. Este es el servicio para el que nacimos." Era el servicio lo que prohibía tal intimidad y ella retiró la mano. Un servicio en el que se esperaban privilegios y comodidades, pero en la seguridad del templo, no en la hermosa casa de un hombre.

“Nacisteis para la libertad," dijo él, su paciencia se estaba agotando. Se levantó abruptamente y cruzó la habitación. “Esa libertad os fue robada y yo quiero devolvérosla. Aceptad este regalo. Aceptadlo, es vuestro derecho de nacimiento."

"La diosa nos ha elegido." Jaida sintió el calor del orgullo, si no la certeza, brotar en su pecho. Y gratitud a un extraño que ofrecería

tanto, pero que no podría comprender. “Yo tenía dudas, pero la ceremonia lo demostró. Aqui es donde pertenezco. Puede que también sea el lugar al que pertenecen mis hermanas, pero lo que importa ahora es que no puedes dejar que se vayan de aquí como ellas lo han decidido."

“¿Debería obligarlas? ¿Mantenerlas como esclavas?"

“Nunca hemos conocido algo diferente. ¿Qué son unos días más para que entren en razón?"

"Todo." Él se acercó andando con un manto de forzada calma descansando inquieto sobre la ira o el resentimiento. “No solo para ellas. No solo para ti. Cuando un hombre es dueño de otra persona, eso le hace algo a su espíritu. Pasa sus días, para siempre, tratando de pagar una deuda que no puede definir del todo."

"¿Y si ellas perecen?" preguntó Jaida girando en su asiento para seguir sus pesadas zancadas mientras él caminaba entre los sofás. "¿Qué tipo de deuda acreces si las deja morir debido a su ignorancia?"

“Ellas saben tanto como tú, no son ni más ni menos ignorantes que tú. Y hay cosas que yo puedo hacer." Él detuvo el circuito, se pasó una mano por la boca y se quedó contemplando el futuro. “Puedo enviar cierta seguridad con ellas. Quizá no mucha, pero alguien que pueda vigilarles las espaldas."

“La diosa nos mostró el peligro. Ishaq podrá eliminarlas una por una. Comenzando con Zaliki. Ella tiene la intención de acudir directamente a él."

La risa inesperada interrumpió la tensión en el aire y Jaida dio media vuelta, buscó el vino y extendió una mano temblorosa para levantarlo. No fue frivolidad lo que ella oyó cuando él dijo: "No entiendo vuestra certeza de que este hombre es la mayor amenaza que todas enfrentáis. En Petra tenemos suerte. Es una ciudad mercantil y un mausoleo. Muy pocas personas viven aquí que no sean lo bastante ricas como para vivir bien y mantener a su personal en la comodidad. El resto ya está muerto. Pero ¿lejos de aquí? En todas partes, la gente patea o les dan patadas. Quitan o les

quitan. Todas vosotras teméis a Ishaq, pero cada rostro que veis es una amenaza que no habéis sopesado."

"Ishaq es la amenaza," afirmó ella. “Lo bastante grande como para que la diosa misma nos lo haya dicho a todas. Pero si tú ves estos otros peligros por todas partes, con más razón debes usar tu poder para mantener a mis hermanas aquí, donde están seguras."

“La diosa no os dijo nada que no supierais por vosotras mismas. Tú sabías que este hombre estaría enojado. En cuanto a las demás… ” Hizo una pausa y respiró hondo, liberando las molestias, y retrocedió lentamente para sentarse junto a ella en el profundo sofá. “Puedo hablar con ellas. Nada más. No las forzaré. Y no las mantendré como esclavas. Esta noche, cuando tengan el oro, les daré su libertad, aquí o fuera. Cada chica tiene que elegir su propio camino."

Ella apretó los puños, se clavó las uñas profundamente en la piel de la palma y tensó la boca en una sombría línea, pero ella había discutido lo mejor que había podido. Jaida buscó en ese rostro la esperanza de que él cambiara de opinión, pero no encontró ninguna.

Una fina capa de sudor le humedecía la línea del cabello y cálido olor a aceite perfumado se elevaba alrededor como una advertencia. Ella bajó la cara y se contuvo de estudiar las suaves líneas de esa mejilla y mandíbula. Cuando él se sentó cerca, cuando ella pudo ver cada pliegue de sus dedos; cada cabello sedoso en el dorso de su mano y pudo captar las luces rojas y azules que brillaban en las gemas en los anillos que él llevaba; un anhelo le subió al pecho y aceleró su respiración.

Las dobles barras de oro en el lóbulo de su oreja captaron la luz, llamando su atención lentamente hacia arriba, y ella sintió la oscura intensidad de su mirada en sus mejillas. Gentilmente, él le tomó la mano, levantándola hasta suaves labios y le presionó el dorso de los dedos con el calor de su boca.

“Cada una de vosotras debe probar la libertad para la que habéis nacido, Jaida," dijo. "No tires un regalo que nunca has abierto."

Zayed entró en la habitación y habría retrocedido, pero el movimiento rompió el hechizo de fascinación de Seth con la diosa en la punta de sus dedos.

“Zayed, comida, gracias. No has tenido tiempo de comer, sacerdotisa," dijo Seth.

"No." Ella apenas pudo formar la palabra, deslizó los temblorosos dedos fuera de los suyos y juntó las manos. Se le habían ensanchado y oscurecido las pupilas y su pesada respiración le ardía en las fosas nasales. "Tengo que irme. Debería volver al *cenarium* con mis hermanas. Quiero contarles lo que has dicho."

Todo el tiempo que habló, mantuvo los ojos apartados y temblores en la húmeda línea de los labios. Zayed colocó una bandeja ornamentada cargada de aves con especias y fruta confitada en el ancho brazo del sofá que la pareja compartían.

"Acabas de argumentar que debería manteneros a todas en la esclavitud," respondió Seth. Estas chicas no tenían idea de lo que era vivir en esclavitud, tener su carne, su tiempo y sus propios pensamientos en manos de otro. Si habían vivido como prisioneras de la fantástica visión del futuro de su patrón, había sido una prisión con blandos barrotes y camas calientes. "¿Crees que me vais a decir adónde tenéis que ir y qué tenéis que hacer? Eso me corresponde a mí decirlo."

“Yo quiero estar al servicio de la diosa. Ese servicio me prohíbe estar en compañía de cualquier hombre a solas."

"Hasta ahora." Él sonrió un poco para tranquilizar cuando el reconocimiento de la joven de su propia vulnerabilidad apareció en el rostro, pero no cedió. “Babu tenía un sueño para vosotras y este lo impulsó a manteneros a salvo de lo peor del mundo. Pero una vez que estéis ahí fuera, incluso como oráculos con toda la pompa que lo acompaña, vuestro estatus sigue siendo el de un esclavo."

Ella levantó los ojos para encontrarse con los suyos y abrió los labios húmedos con preguntas no formuladas.

"No puedes mirar directamente a un hombre libre." La tocó

suavemente en la frente, inclinando su cabeza hacia abajo. "No puedes hablar a menos que te lo digan." La punta de su dedo le rozó la suavidad del labio. “No puedes moverte, quedarte o irte sin permiso de alguien para hacerlo. No tienes opinión. No tienes ningún derecho, ni reclamo de justicia o protección. No te enojas, ni tienes curiosidad ni esperanza. Tienes miedo."

El miedo en ella le recorría la piel, él podía verlo en el temblor de sus labios y su frente. “No tienes derecho a salvarte ni protegerte de la violencia. No puedes defenderte. Cualquier hombre libre, no solo yo, puede hacer lo que quiera contigo. Tu cuerpo ya no es tuyo."

Ella sacudió la cabeza en negación, el movimiento tan brusco y rápido que podría haber sido el estremecimiento de la angustia. "Pero, dijiste que estaríamos a salvo en el templo."

"No. Drusus dijo que tendríais una guardia y que el sacerdocio se mostraría reacio a permitir que os hicieran daño si tenían que devolver vuestro precio a un propietario." Las tensiones en él tiraban con fuerza de la piel de la frente y Seth se recostó del debate. El futuro de estas mujeres, siendo libres pero estando solas y desprotegidas, equivaldría a la misma historia.

“No estamos seguras para marcharos como mujeres libres. Ahora me dices que no estaríamos a salvo como esclavas, ni siquiera en el templo como probados oráculos. ¿Dónde estamos a salvo? ¿Qué podemos hacer?"

Seth rió abruptamente y lanzó las manos al aire. Levantando la bandeja de comida hacia el espacio entre ambos, rompió un trozo de ave de caza. “Pensé que os había ofrecido la mejor solución. Come." Le acercó la bandeja.

"No." Ella se levantó y se apretó la arrugada túnica a las suaves líneas de su cuerpo. La ligera tela se aferró a sus muslos y sus frunces se abrazaron alrededor de la curva de sus senos, la pequeña hinchazón de sus pezones atestiguaba la consciencia de ser observada. “Comeré con mis hermanas como decreta la diosa. Si huimos, dices que enfrentamos una muerte segura. Si nos quedamos aquí como tus invitadas, tenemos libertad siempre y cuando vivamos escondidas bajo tu protección. ¿Por cuánto tiempo?

¿Meses? ¿Años? ¿Y cazarás a Ishaq? Cuando él esté muerto, dices que los peligros no son menores. ¿Cuánto tiempo viviremos entonces como tus prisioneras?"

Ella se alejó ajustándose el drapeo de su pala sobre los hombros y hacia abajo para cubrirse el pecho. "Haré lo que decrete la diosa. Al menos esa es una vida que conozco. Confiaré en ella. Ella ha demostrado que hemos sido elegidas."

¿Demostrado? Seth sonrió, pero eso no le eliminó el estrés alrededor de la boca. Pasó un muslo de carne por una salsa aromática. "De acuerdo. Como desees. Me uniré a todos vosotras pronto. De hecho, hoy tengo dos fiestas en la casa. Deberíamos juntar las dos y daros todo el sabor de la libertad que prometí."

"Como desees," repitió ella fríamente. El miedo y la incertidumbre, tal vez frustración por lo que parecían problemas imposibles, se reflejaban en ese rostro cuando ella se dio la vuelta, moviéndose rígidamente hacia la puerta. Cuando Jaida salía, volvió el empañado verde de sus ojos hacia él y dijo: "¿Qué sabes tú de la esclavitud?"

Afuera, Jaida deslizó una mano contra la fría piedra de la pared del pasillo y se presionó el corazón con la otra. La presión allí solo enfatizó sus latidos. Se había atrevido a desafiarlo, aun cuando sabía que él tenía su futuro en sus manos. Pero las palabras habían dolido. Que él asomara desde su vida privilegiada, que mirara como el águila desde su casa en las alturas y juzgara su sufrimiento como nada, dolía como la quemadura de una espada.

Él no podía juzgarlos. Si hubiera vivido desde niño mirando por ventanas enrejadas un mundo que pasaba por delante de ellas mientras estudiaban sus devociones, sabría de qué se trataba. Despertar y comer y dormir cuando se les decía. Usar lo que les daban, ir adónde y cuándo se les ordenaba. Vivir toda una vida en aislamiento. Saber que había una vida fuera de su ventana que nunca podrían esperar vivir. Ella sabía lo que era ser esclava. Ser propiedad. Vivir sin derechos.

Tantos años de sufrimiento, pero ellas habían sobrevivido. Todo lo que habían soportado por fin había dado sus frutos y él quería

hacerlo nada, descartarlo como el sueño de un loco. Él no tenía derecho a llamar trivial su dolor.

Y su toque permanecía en la piel. Le quemaba la frente como un carbón encendido, caliente en los labios que ella lamía y mordía, y en los dedos, incluso mientras trataba de eliminar las marcas. Lágrimas brotaron y ella las apartó también.

No había ningún lugar seguro al que acudir. Cada opción que ella medio consideraba la criticaba con inesperadas amenazas. Por primera vez ella empezó a comprender el frenético impulso de Oseye de huir. Miedos tan densos y oscuros a sus espaldas que parecía que la única esperanza era una fuga de pesadilla, una carrera a gritos hacia lo desconocido para escapar de peligros que ninguna de ellas podía ver. Peligros por todas partes, tal como había dicho la diosa. Peligros en las sombras.

Arrastrando sollozos desesperados de regreso a su pecho y secándose con enojo unas lágrimas que intentaban acumularse, Jaida se movió rápidamente por el pasillo hacia la galería de piedra tallada y el comedor más allá. Cada roce en su paso sonaba en el amplio pasillo, resonando en una vida pasada dentro de las paredes de piedra. Resonando en lo conocido.

Aún había una familiar sensación de seguridad en los rituales de su servicio, y eso era todo a lo que ella tenía que aferrarse en esta hora de arena y sombra cambiantes.

En la galería, el tigre apoyaba su longitud a lo largo de la piedra cortada, arrastrando su pelaje dorado y negro por los ásperos bordes de la pared, rascando pequeñas irritaciones. "¿Por qué nunca te dieron tu libertad, viejo tigre?" le preguntó Jaida. "¿Prefieres tu estanque aquí o tus selvas en tierras lejanas?"

Kartikeya no prestó atención a la chica ni a sus preguntas. Volviendo a la cálida luz del sol, levantó la cola y roció un chorro de mohosa orina en la pared cerca de ella. Jaida dio un salto atrás, agarrando el dobladillo de su túnica y esquivando el exceso de líquido. Respiró hondo, reluctante, para aclararse la mente y se volvió hacia el *cenarium* para presentar todos los argumentos que pudiera a sus hermanas.

***

Seth miró fijamente el documento que sostenía, pero sus caracteres no eran más que líneas borrosas. Sostenía el pasado de Jaida entre los dedos, cada hito cuidadosamente archivado en su registro, detallando su fe, su inteligencia, su tenacidad. Pero era lo que no estaba escrito en la página lo que él notaba. En la historia faltaban especies enteras de experiencias de toda vida normal.

Su propia vida estaba llena de escenas que no habría elegido presenciar y recuerdos demasiado dolosos para rememorar, pero en ninguna parte de las sombras en gris entre extremos había ninguna de las experiencias que a Jaida le habían negado.

El historial de Babu no mostraba destellos de los esperanzas o temores de la muchacha. En ninguna parte del apretado texto se relataban sus fracasos o su superación. En ninguna parte había evidencia de los riesgos que ella había corrido o del crecimiento que resultaba de dar un paso hacia lo desconocido. Todos los días se había establecido en una rutina, comida mesurada, ejercicio y estudio y devoción, pero en ninguna parte había alegría ni la emoción de nuevas experiencias sociales.

Seth sacó otro pergamino del fajo y afanó su atención a las palabras que reptaban sobre el pergamino. No tomó más de un momento encontrar las mismas verdades no escritas en esa hoja, y en la siguiente y en la de después. Si Seth había visto demasiado de lo que la humanidad era capaz de hacer, estas mujeres no habían visto lo suficiente. Eran ingenuas más allá de lo creíble.

Ni siquiera eran niñas, a quienes se les concedía la libertad de sentir los peligros del mundo desde la seguridad de las faldas de su madre. Eran adultas, inteligentes, articuladas y, al parecer, obstinadas, pero sin la menor noción de lo que había fuera de sus muros. Sabían más de los dioses que de sus compañeros mortales, y ese desequilibrio las dejaba presa de la creencia en una especie de intervención divina que él mismo nunca había presenciado.

Ni una sola vez en su historia de horror y violencia, un dios pedido por los aterrorizados, moribundos o consumidos, había respondido con una gracia salvadora. Él no tenía motivos para creer que la

diosa de Jaida fuese una excepción.

Bueno, el mundo exterior tenía sus señuelos así como sus terrores. Si las chicas no habían visto nada de las amenazas, tampoco habían visto nada de las atracciones y tentaciones. Y esas eran cosas que Decimus sostenía en abundancia.

Capítulo 7

La rica comida había servido para llenar el vacío que azotaba a Jaida y las refrescantes aguas de los baños de su anfitrión habían mitigado el sudor ansioso de su piel y el calor de la tarde. El debate en su almuerzo fue acalorado, pero no hubo avance por ninguno de ambos bandos. Ninguna de las chicas había estado dispuesta a ceder terreno y Jaida fruncía el ceño mientras seguía sus filas por las sombreadas columnatas más allá de las paredes del patio del tigre y hacia otra sala de la extensa residencia.

En algún lugar más adelante, al final de una galería curva y ascendente, se oyó una estridente risa masculina bajo el rápido batir de tambores, cuerdas y flautas. La música en sí era tan amenazante como la manifiesta masculinidad. Aquel primitivo ritmo le corría por la sangre y le hormigueaba en la punta de los dedos, una embriagadora mezcla de terror y euforia. ¿Era esta la primera prueba de la libertad a la que había nacido?

Jaida no recordaba la libertad, solo destellos de las vidas que otros vivían y que ella había anhelado. Ahora, con esa vida que le era entregada por manos fuertes y suaves, era su pasado lo que brillaba ante ella. La calidez y la seguridad de la familiaridad combatían contra la pura euforia, respondiendo acaloradamente a todo durante el día que se desarrollaba.

De nuevo emergieron altas exclamaciones sobre el ritmo de la música y, aunque el lenguaje oscurecía la broma, siguieron carcajadas. Incluso el paso seguro de Oseye se había interrrumpido. Eshe se apiñó contra su espalda, agarrando la mano de su hermana y con la otra atrapada en la tela de la túnica. Juba sonrió con indulgencia y se hizo a un lado en la galería, animando gentilmente a las mujeres a que pasaran por la puerta.

Aquel no era el salón de comidas brillantemente decorado que se había preparado para la comida.

Yaciendo como estaba en las bajas pendientes de un acantilado y recortado dentro de la piedra, el triclinio se abrió ante ellas desde

las frescas sombras del atardecer del camino que habían seguido hasta un amplio salón de banquetes iluminado por el sol. Sin que Jaida se percatara de ello, todas las hermanas habían pasado de los bloques de piedra tallados a mano de la casa principal a una gran sala tallada en la piedra de la pared del valle.

La pared exterior no era más que una balaustrada tallada que rodeaba el patio en toda su toda su longitud, y a través de esta entraba el sol, denso y dorado. El calor del aire bañó a las chicas que estaban en la gris y fresca entrada llevando el humo dulce de las *hookas* y el perfume de las flores sembradas.

Mesas y caballetes, repletos de comida especiada, abundantes fuentes y jarras de vino, eran atendidos por ejércitos de sirvientes escasamente vestidos. En dos nichos separados al otro lado del espacio, los músicos perseveraban con el alboroto junto a los invitados reclinados. El ruido, los olores y el caos de la escena estallaron en el pecho de Jaida como una risa nerviosa. Ella abrió los ojos en un intento de asimilar cada matiz y quedó boquiabierta con creciente asombro. Tropezando mientras Juba los animaba a avanzar, examinó las paredes cubiertas de murales, las pesadas alfombras y tapices y el brillo de la piel aceitada y los músculos.

La voz en su oído la sacó de su éxtasis y Jaida se volvió, con una sonrisa de asombro congelada en el rostro. "No te preocupes por tu seguridad, aquí," le aseguró Juba. "Mis hijos no representan ningún daño para ti ni para ninguna de tus hermanas, como puedes ver."

Jaida no veía nada que indicara ni amenazas ni consuelo en la relajada afabilidad de los guardias fuera de servicio. Había notado poco más que un interés pasajero por parte de cualquiera de ellos. Solo Decimus Asinius Drusus, sonriendo cálidamente aún, las había observado con una bienvenida sin reservas mientras ellas se abrían paso tentativamente hacia la fiesta.

Juba había tomado el brazo de Ianthe, uniendo el suyo con el de ella con propiedad, conduciendo lentamente a Jaida y a su hermana hacia un amplio sofá.

"Habéis comido," dijo Juba liberando el brazo mientras las chicas se sentaban juntas. "Probablemente eso sea lo mejor. La mayoría de las

viandas y golosinas aquí no son lo que parecen."

Jaida se volvió confundida, mirando el contenido de una bandeja que llevaba una sirvienta. El cabello de la chica era muy corto y una gruesa cadena de oro colgaba suelta de sus desnudas caderas castañas; eso era todo lo que llevaba.

"¿Y los sirvientes?" Preguntó Jaida. "¿Son todo lo que parecen?"

Juba abrió mucho los ojos y dio un paso atrás, levantando una mano interrogante.

"¿Son esclavos?" Preguntó Jaida.

"Hasta hace poco. Casi tan recientemente como tus hermanas, pero sí; hasta que llegaron a pertenecer a Sethos, eran esclavos." Algo de la amabilidad se había desvanecido de su tono cuando agregó: "Su gusto no suele ir a lo exótico. Estas personas han venido prestadas esta noche de la casa de Drusus.

Un joven bellamente andrógino, con kohl en los ojos y el pecho desnudo con purpurina, se inclinó para ofrecer a las hermanas cálices rebosantes de meloso vino. El cabello largo rizado sobre los hombros, sus suaves ojos oscuros fijos en los de ella mientras sonreía en una cálida invitación. Jaida levantó el vaso demasiado rápido, derramando vino oscuro como la sangre sobre los dedos y se apresuró a encarar a Ianthe.

El camarero también había dirigido su atención hacia allí, y la mano de Ianthe temblaba cuando tomó la copa de vino. Su elegante garganta se movía nerviosamente y los ojos eran oscuros y llenos de reconocimiento. Lentamente se llevó el vaso a los labios secos y dio un sorbo. El joven se quedó, la solícita sonrisa se intensificaba a medida que se enderezaba, inclinando el peso hacia adelante sobre una pierna para que la tela de lino atada descuidadamente en sus caderas se acercara más.

"¡Ianthe!" siseó Jaida.

Juba se acercó al otro lado del *lectus* y se sentó, moviendo una mano para despedir al muchacho. “Relajaos, damas. Tumbaos aquí

y disfrutad de la tarde." Su sonrisa era tensa cuando las chicas se estiraron rígidamente en el sofá. "Ya os lo he dicho, no tenéis nada que temer en esta casa, hoy."

Jaida examinó la ruidosa reunión a través de los velos de humo y hacia donde sus hermanas ocupaban sofás. Aquí había daño. Si no en una emboscada cuidadosamente planificada, entonces abiertamente en oferta. No muy a su derecha, Drusus levantó la vista de su conversación y asintió sonriendo como para reconocer sus sospechas. ¿Cómo lo había dicho Sethos? ¿Juba y Drusus trabajaban en conjunto? Y él con ellos, para ofrecerle una muestra de la libertad que él quería que ella eligiera.

"¿Y dónde está el dueño de la casa?" Jaida buscó entre la multitud, su voz le dio más confianza de la que ella sentía. "¿Ha dejado él sus exóticas bellezas para hacer su voluntad incluso en su ausencia?"

La respuesta de Juba fue menos suave y Jaida sintió inquietos gusanos del miedo subiéendole por la columna. “La libertad es un regalo valioso," dijo él. “Uno que rara vez se ofrece. Creo que la mayoría del personal aquí haría cualquier cosa que él les pidiera, algunos por gratitud y otros por devoción."

"No es tan valiosa si el regalo significa cambiar una servidumbre por otra." Ianthe volvió los ojos fríos hacia su guía. Si estaba tentada por el tipo de libertad que ofrecía Sethos, era una tentación a la que seguía dispuesta a renunciar. Por ahora al menos.

Pero quedaba poco del Juba encantador y apaciguador que habían llegado a conocer. Toda la maternal calidez y la generosidad se habían convertido en una antipatía rígida y de ojos entornados. “He sugerido que no es prudente insultar a vuestro anfitrión. Libertad es libertad. La supervivencia es otra cuestión completamente distinta. No puedes juzgar las decisiones que han tomado estas personas hasta que no hayas comenzado a comprender lo mucho que ignoras."

Juba se movió incómodo en su asiento, resopló con irritación y giró con un tono más conciliador. “Este es un mundo duro y la experiencia es un cruel maestro. Si no escuchas... "

"Juba." La palabra detuvo su discurso. "Estás intimidando a los invitados equivocados, amigo mío."

Jaida jadeó por la sacudida de sorpresa al girarse y ver a su maestro de pie ante ella. Una contracción involuntaria hizo que ella levantara las rodillas, echando los pies calzados con sandalias encima del sofá y lejos de aquel muslo. Él se había rehecho a sí mismo.

Ya no era el beduino ricamente vestido, el favorito de los gobernantes nabateos locales. Se presentaba ahora como un recordatorio para las chicas de su verdadero poder e influencia, como *gens togata*. Una toga le caía con gracia sobre los anchos hombros, la estrecha franja de la clase ecuestre era de un violeta vivo ante la tela blanca como la nieve. Este era el vestido de un hombre cuya influencia se extendía mucho más allá de las fronteras de Arabia, Egipto y *Cirenaica*. Ella desvió la mirada hacia donde yacía Drusus, Su sangre, su apellido, la sangre del Imperio Romano.

Cuando él habló de nuevo, se había movido y la atención de Jaida se centró en él como una polilla al ardor de una llama. Se le había subido el corazón a la garganta y allí funcionaba, cada latido le pulsaba con un calor palpitante hacia las mejillas y un terror tembloroso le recorrió la carne.

Seth fijó a Jaida en el oscuro calor de su mirada. “Esta sacerdotisa, sola o tal vez con esta hermana de aquí," aunque mencionó a Ianthe, sus ojos no abandonaron los suyos, “han elegido quedarse en Petra. Solo es mi hospitalidad lo que ella se resiste a aceptar. Considera la esclavitud, para ella y para sus hermanas, un menor mal que toda obligación moral hacia mí."

La ira y el miedo se agitaron entre náuseas y las lágrimas que se habían estado acumulando desde el día que habían dejado *Alejandría* le ardieron en los ojos. Si su intención era ridiculizarla por sus decisiones cuando estaban en juego las vidas de todos los que amaba, ella no tenía nada que decirle. No había nada que pudiera decir.

En el otro extremo de la amplia sala, los músicos volvieron a guerrear con el ruidoso jaleo y Jaida llevó su estudio hacia los

sólidos rayos del sol brumoso. El vino era dulce y el aire a su alrededor más dulce con el humo, y ella bebió y volvió a bebió, escuchando las palabras de su dueño sin querer demasiado.

"Son tus hermanas de allí," ella sintió el movimiento de la mano, "las que necesitan oír lo que hemos estado intentado decirles. Ahora es tu oportunidad. Mientras están relajadas, mientras tienen una idea del terrible y penoso trabajo de la vida que les hemos ofrecido, ve y convéncelas de seguir el camino intermedio."

"¿Encuentras esta situación divertida?" Ianthe arrugó los cojines debajo del pecho y el brazo, alzando más alto los hombros en un futil intento de nivelar el desequilibrio y sentirse menos vulnerable.

Juba gruñó y se alejó mientras Seth se sentaba con cuidado en el extremo del sofá y rodaba para estirar toda su longitud sobre él. El calor le salía de la piel, bañando el costado de Jaida y bajando a lo largo de su pierna. Descansando sobre el codo izquierdo, con la mano libre le rozó las costillas, con hielo y fuego, mientras juntaba cojines y apoyos cómodamente bajo el pecho.

"¿Divertida? No. Trágica. Terrible más allá de las palabras."

Los sofás aquí, como la mayoría, estaban hechos para que se reclinaran cómodamente tres personas, pero atrapada entre Ianthe y este hombre, Jaida sintió que el espacio se contraía, aplastando el aire y asfixiándola con olas de calor y perfume. Levantar la cara significaba mirarlo a los ojos, hablar significaba que su aliento se le quebraría en los labios. Incluso respirar significaba llenar sus pulmones sintiendo calambres por el suave perfume de las esencias que revoloteaban en su pecho como el pánico.

"Es para llorar." A Ianthe no le conmovió tanto su inmediatez. Las mismas frustraciones que sentía Jaida quedaban atrapadas en un puño apretado, y detrás del calor de la ira amenazaban las mismas lágrimas. "¿Crees que no estamos agonizando por las opciones que tenemos?"

“Las lágrimas se desperdiciarían," respondió él. “Yo solo me río porque no sé qué palabras usar para convenceros. Todas necesitáis ver, necesitáis experimentar el mundo por el que estáis agonizando,

y ninguna de vosotras quiere permanecer quieta el tiempo suficiente para dejarme mostrároslo."

“Y por eso estamos aquí esta tarde. ¿Es esta una exhibición para nuestro beneficio?" Ianthe habló por las dos, mientras Jaida calmaba el temblor de su copa de vino en el labio y miraba sin ver el color y el movimiento a su alrededor. "Cuatrocientas monedas de oro no van a comprar esta vida durante mucho tiempo. Esto no es más que una tentación de salir de la seguridad del templo. Crees que tú eres más capaz de protegernos que nuestra diosa."

Seth rió, un breve sonido lleno de condescendencia. "Sé que lo soy."

Jaida negó con la cabeza en silencio. Cálidas lágrimas volvieron a ascender y se le crispó la barbilla mientras ella despejaba de un trago un nudo de amargura. La diosa era su única esperanza. Ella les había dado su bendición, les había dado su visión, y solo el miedo y la necedad podían alejar a las chicas de tal protección. Pero la necedad quería hacer precisamente eso y ella era incapaz de detenerlas..

Los criados se arrodillaron con bandejas rebosantes y Jaida desvió la cara de la elección, mientras otros se apresuraban a encender las mil mechas relucientes plantadas en jarrones de follaje que rodeaban la habitación. Desde donde ella yacía, vio cómo se extendían las sombras, llenando el salón mientras el sol descendía constantemente por debajo de los acantilados del valle, deslizando el vasto salón de banquetes hacia un prematuro crepúsculo.

Cuando sus miradas se encontraron, los ojos de Ianthe se enfriaron y se concentraron en su tristeza compartida, y Jaida se estiró para tomarla de la mano. La fe era la fe, y era mejor reservar sus argumentos para sus hermanas. Si había tiempo para convencerlas a todas de que debían permanecer juntas en su servicio, este era tiempo perdido en discusiones con un hombre que no entendía.

Él recogió un trozo de fruta confitada del plato más cercano y Jaida preguntó sin girarse: "¿Qué está mal en la comida?"

"¿Mal?"

"Juba dijo que la comida no era lo que parecía."

El asintió. “La mayor parte de la cocción tiene hachís en alguna parte. Esas galletas de allí, los pasteles." Levantó el muslo de un pajarito. "En esto. En algunas de las salsas."

"¿Qué es eso?" Su voz no fue fuerte y Jaida se aclaró la garganta, con la mirada fija en sus manos.

"Un secreto. Uno de los muchos que guardamos para nuestros amigos nabateos." Se llevó una pequeña jalea a la boca y Jaida casi la siguió con la mirada. “Es la resina de una hierba que ellos importan. Es calmante. Se puede oler en el humo de las *hookas*."

"También está en el incienso del templo." Levantó la cara y olfateó el aire de nuevo, saboreando el humo familiar y los peligros del sándalo que detenían el corazón.

“Es el incienso del templo," dijo él. "Pero tú ya lo sabías."

Ella volvió su rostro hacia él, su reacción fue demasiado rápida. "No."

"Lo has tomado antes. ¿No sabes lo que hace? ¿Ni el opio?"

"No." Ella debería haber bajado la cara, pero aquellos ojos la tenían atrapada y eran gentiles y acogedores. Él tenía las mejillas suaves, los labios cerrados y una sonrisa de incredulidad que intentó formar un hoyuelo. “Solo durante la lectura que hicimos para ti. Esa fue la primera vez que olí ese incienso." El oro brillaba en el lóbulo de esa oreja y puntos de la luz del fuego se reflejaban en aquellos ojos.

La sonrisa desapareció de esos rasgos y una mezcla de tristeza y preocupación ocupó su lugar. Él le estudió el rostro, centraba intensamente la mirada en ella y Jaida no podía apartar los ojos. Estaba tan cerca. El calor de su cuerpo parecía envolverla y atraerla más y el miedo, que solo había comenzado con tácitas preocupaciones, le floreció en el pecho. Él no necesitaba ni hablar, el suave rocío de su aliento se movía silenciosamente hasta sus labios como una caricia.

"Yo no debería estar aquí," consiguió decir, pero fue un susurro.

"Ninguna de nosotras. Deberíamos volver a la mansión."

Seth asintió. "Pronto. Te prometí que volvería a hablar con tus hermanas. Y lo haré."

Sonó un gong, agudo en los oídos de Jaida, y ella saltó. El ruido de los juerguistas circundantes fue absorbido por el rápido golpeteo de los tambores. Timbales retumbaban y las cadenas de campanas sonaban como toques de cristal a cada paso, mientras los bailarines desfilaban en una ruidosa procesión desde una sala de preparación hacia el centro abierto del salón.

Ahora no había esperanzas de que los ruidosos invitados sofocaran la música. La multitud estaba en silencio y el ritmo resonaba en las suaves paredes de piedra. Los gritos de los bailarines, programados para alzarse con cada pesado batido, llenaban la sala. En la pared del fondo se encendieron braseros, y sus crecientes llamas proyectaban a la docena de bailarines en marcado relieve. Joyas relucían en los cuellos, la piel pintada iluminaba manchas opalescentes y las campanillas y abalorios brillaban en las resmas de pura seda que tenían alrededor de ellos.

Con cada paso, entre el clamor de tambores y los conmovidos gritos, los bailarines giraban y entrelazaban sus sinuosos cuerpos más cerca. Jaida se acercó los brazos al cuerpo y se dejó caer en los cojines. El ritmo era irresistible y el movimiento de la danza tan hipnótico que la sacaba de su privada aprensión mientras ella observaba a los bailarines girar por la pista. Cada graciosa reverencia y giro se extendía en arcos transparentes mientras sus velos aleteaban y se retraían, cubriendo rostros y cuerpos.

Estaban desnudos, hombres y mujeres, excepto por pequeños flecos de cuentas que colgaban de las caderas. La música se elevó tortuosamente, retorciéndose a través de un aire solidificado en espirales de humo. Los bailarines cabalgaban olas de sonido que fluían y refluían, moviéndolos unos contra otros en simulados acoplamientos. Bocas y dedos trazaban tortuosos caminos sobre pechos y senos desnudos. Las parejas devenían en tríos solo para volver a separarse y reformarse con el ímpetu de la música.

Los latidos del corazón de Jaida aumentaron con el ritmo del

tambor y su entrecortada respiración tartamudeaba confusa cuando se le escapaba de los labios. Un pulso le palpitaba, caliente y húmedo, en la ingle y se le había congelado una mano, el reconfortante vino quedaba sostenido ante una boca abierta. Ella estaba atónita, y esa conmoción se extendió desde su ardiente núcleo hasta la piel, levantando impetuosos vapores en el pecho y en el cuello.

Su mirada se fijó en el bailarín más cercano, en una mujer, en la seda que ella tenía drapeada sobre el rostro y los hombros. Ese era su único reclamo de modestia.

Arqueando la espalda, la mujer mantuvo las manos en alto, recogiendo notas del aire lleno de humo mientras las suaves curvas de su vientre y sus caderas se mecían y se hundían a solo unos metros de donde ellos estaban. Su fleco de cuentas se agitaba y caía con cada convulsión, y los compañeros bailarines se arrodillaron a su lado, con rostros velados y las manos deslizándose por la carne de los muslos y el estómago de la chica.

Jaida se debatía por apartar la vista, pero dejó que su febril mirada siguiera aquellas manos deslizantes. Aquellos batientes ritmos la hipnotizaban. Esos simulados actos sexuales, aquí tan cerca, ruidosos y explícitos, le prendían fuego a su piel. Jaida notó que su respiración era irregular y que su pelvis se balanceaba imperceptiblemente con el ritmo, en silenciosa afinidad con los bailarines. Años de deseo se estaban desbordando desde muy adentro y los anhelos que ella había rehusado se materializaban ahora en músculos y huesos con el calor y el peso del plomo líquido.

Seth no tenía ningún interés en el baile.

El latido era lo bastante fuerte como para hacer eco en el pecho de Seth, y su corazón se aceleró mientras estudiaba el brote de placer en el rostro de Jaida. Los ojos pálidos de la joven se habían oscurecido por las muy abiertas pupilas de la afrodisia y los pesados párpados. Ella tenía la boca abierta, un jadeo áspero se secaba en sus labios. Tragaba convulsivamente y deslizaba la lengua para mojarlos, por lo que un brillo de humedad se aferraba siempre a aquellas suaves curvas ciruela. El deseo lo conquistó, tomando

bastión ensu carne ante el pequeño movimiento. Ella era exquisita.

Él la observaba. Cerca. El creciente calor en ese cuerpo era una ola de sensual anhelo que le rebañaba la piel. Él flexionaba y apretaba la mano en la cadera, anhelando moverse sobre ese cuerpo, levantar aquel rostro hacia él y beber el calor de aquel aliento en un beso. Anhelaba tener la oscura pasión de esos ojos fijos en los suyos, sentir la suavidad y ver el deseo crecer en ella en respuesta a sus caricias.

El enfoque en ella cambió bruscamente y él siguió esos ojos hacia otra febril mezcla. Allí, los bailarines habían configurado su grupo de manera diferente. El director era un hombre y el baile había ido un paso más allá del estilizado erotismo. Los bailarines secundarios se embestían unos contra otros, moviendo las caderas al ritmo creciente mientras giraban hacia el centro y se movían para chupar y acariciar la muy real e impresionante erección de este.

Seth volvió a centrar su atención en el oráculo a su lado, notando el temblor en esa mano que sostenía la copa de vino y el lastimero raspado en la respiración de Jaida.

Él se inclinó más cerca, le acercó los labios a la suave piel dorada de la mejilla y le susurró al oído. "¿Estás disfrutando del baile?" El aroma en ella era cálido y le tensó las entrañas con un estrecho espasmo de placer, mientras ella se apartaba de un salto, empujándose hacia atrás en el sofá para alejarse de él asustada.

"No," dijo ella. "No." Aleteó torpemente con las manos y estas se enredaron en los suaves cojines mientras ella trataba de ponerse en pie. El pánico iluminaba sus ojos y ella lo miraba como si fuera un monstruoso mal encarnado.

"Jaida," gritó él, poniéndose de pie mientras ella se levantaba y se alejaba del sofá. A su lado, Ianthe se secaba los brazos el vino derramado, mientras ella también luchaba por alzarse y detener la retirada de su hermana.

Él intentó otra vez calmarle el terror. “Jaida. Espera." Pero ella había entrado en la antesala y corría por el pasillo en penumbra alejándose del ruido del baile.

Juba apareció al lado de Seth. "Puedo enviar a un muchacho tras ella."

"No," Seth ya se había movido hacia el marco de la puerta y se detuvo solo un momento. Levantó una mano para retener a Ianthe cuando iba a pasar junto a él. "Quédate aquí con la sacerdotisa. Yo la encontraré."

Los pasos de Jaida resonaban en los fríos pasillos delante. Los sirvientes habían encendido antorchas y su luz marcaba el amplio arco de regreso a la parte trasera de la casa principal. Él no quería volverla a llamar. Si era de él de quien estaba huyendo, era mejor quedarse en silencio y la dejara ir más despacio que hacerla correr a ciegas por el laberinto de habitaciones. Aún podía oírla moverse y él aligeró los pasos, como lo haría un cazador, y esa imagen provocó una nueva ola de calor bajo su piel.

Jaida trotaba insegura, obligando a sus débiles rodillas a moverla a través de sombras azules de habitaciones desconocidas. Se había desviado en algún momento. El pasillo tenuemente iluminado que había seguido estaba ahora en algún lugar a su derecha, y el pánico y la frustración le formaron un nudo en la garganta.

No podía ser tan difícil.

El sentido común le decía que había entrado en una suite, probablemente un ala de invitados. Los muebles eran abundantes y cómodos, pero no parecían muy usados. La distribución de las habitaciones seguramente seguía el mismo orden sensato que en otras casas, con salitas y servicios públicos en cada espacio principal. Si volvía sobre sus pasos, encontraría el tragaluz del atrio, y desde allí, la puerta principal y el pasillo más allá.

Pero ella quería caer al suelo. O caer en una de las enormes camas con drapeados por las que había pasado. Tenía las piernas débiles por el miedo, y el ardor incesante del despertado deseo aún latía en su vientre y muslos. Gimió cuando los recuerdos del baile destellaron en su mente y dejó que el calor de la pasión le latiera en la ingle.

Tenía la boca reseca y se sentía vagamente mareada. Se pasó una

mano temblorosa por los ojos y por la boca y la barbilla. Ella no podía parar. Necesitaba salir de esta casa y alejarse de aquellas tentaciones de aquí. Necesitaba regresar al aire crudo y grasiento de la mansión donde estaba a salvo.

Así que, si giraba a la derecha... si caminaba a lo largo de la pequeña habitación oscura. Luego a la derecha de nuevo...

Una pisada la detuvo y la hizo emitir ruidito. Su seguidor la había oído, él también estaba en silencio.

Jaida esperó, el único sonido era su propio aliento arrastrando el aire y el distante batir de los tambores. Una brizna de frío le recorrió la espalda, levantando los finos pelos de la nuca como el cosquilleo de una pluma. Sería un sirviente, enviado a buscarla y devolverla a la fiesta. Pero ¿por qué no la llamaba entonces?

Avanzó dos vacilantes pasos y contuvo la respiración mientras miraba por otra jamba hacia el espacio más allá. Allí el aire era más brillante. Su seguidor tenía una antorcha o lámpara, y su luz se vertía desde la habitación contigua. ¿O era desde el pasillo que ella había estado buscando?

Ella miró hacia arriba buscando el tragaluz abierto del *compluvium*. En ninguna parte del suelo cercano había ningún estanque o depresión para drenaje.

La luz quedó inmóvil, la sala contigua estaba en silencio, y ella avanzó lentamente hacia la puerta. Ningún sirviente enviado a hacer un recado se molestaría con juegos como este. Sosteniendo la jamba con dedos nerviosos, se inclinó para espiar dentro de la sala iluminada. Una antorcha como las que iluminaban el pasillo, apoyada en un candelabro de pared, arrojaba luz hacia lo que era claramente el atrio que ella había estado buscando. Llamativos mosaicos pintaban el suelo y los frescos saltaban de las enlucidas paredes, pero nadie había junto a la llama.

Jaida avanzó otro paso, el corazón le batía el pecho con fuerza y el miedo le salía por las gotitas de sudor de la frente.

Ella lo olió antes de que el movimiento a su lado le arrancara un

sollozo asustado de la boca y ella girara para encararlo. Las sombras lo cubrían todo menos a aquel fantasma de la cruda tela blanca, y solo cuando este se movió hacia la luz de la antorcha ella encontró un toque de oro en sus dedos y oreja.

"Una vez más," dijo él con una evidente sonrisa burlona en las palabras. "Habría sido mucho más fácil si te hubieras quedado quieta y escuchado."

"No me toques," susurró Jaida tras respirar el cálido aroma de aquella piel y reteniéndolo para evitar que el aliento le rasgara los oídos.

Seth se acercó, pero dejó los brazos ligeramente cruzados ante el pecho. "¿Tocarte?" Una luz se deslizó sobre los suaves planos de ese rostro, y la oscuridad en esos ojos contenía tanto amenazas como promesas que la hicieron retroceder. "Asumo que no quieres quedarte aquí. Puedo llevarte de regreso al estudio. Allí te esperan tus papeles y tu dinero."

Él avanzó un paso de nuevo y Jaida jadeó al chocar con la cadera la fría piedra de la entrada. "No los quiero," dijo ella. "Ya te lo dije. Quiero que mantengas la oferta de libertad hasta que pueda hacer que mis hermanas entren en razón."

"Aclárate, sacerdotisa." Las palabras fueron un grave murmullo que le atenazó el corazón. "O aceptas tu libertad y los derechos que la acompañan, ahora, o apartas los miradas, cierras la boca y haces exactamente lo que te digo."

Jaida bajó la mirada al suelo con un espasmo de mortificación. Los ritmos de la danza aún le latían en el pecho y, en la oscuridad, resonaban recuerdos de manos resbalando sobre febril carne, de brillante sudor y rasgados chillidos de placer. Gemidos de puro terror se le amotinaron a Jaida en el fondo de la garganta al reconocer que estaba en peligro.

La supervivencia llenó de euforia las débiles piernas y ella se sujetó en puños la tela de la falda. "¿No piensas en otra cosa más que en sexo?" Ella no pudo reunir coraje para encararle, pero consiguió mantenerse en el sitio con tanta valentía como su carne se lo

permitió. "¿No puedes encontrar a otra más dispuesta en la orgía de arriba?"

Seth dio una carcajada que fue como una ola rompiendo sobre los inestables nervios de Jaida y que arrancó otro grito ahogado de sus labios. La risa pasó resonando en la vacía oscuridad de la sala. Jaida se mordió la suave piel interior del labio entre agitada confusión que transformaba el terror en ira mientras ella esperaba.

Por fin, él dijo: "Después de ti," y tendió una mano hacia el atrio más allá.

Ella caminó medio vuelta hacia él, temerosa de darle la espalda.

“Recoge la antorcha," dijo él. "Echa un mejor vistazo a los murales."

Temerosa, Jaida hizo lo que él le dijo, moviéndose primero para levantar de su soporte el corto cono de la antorcha, luego acercándose a la pared más cercana.

Una pareja yacía en el follaje con los ojos medio cerrados, ajenos a quienes estaban observando junto a la luz parpadeante. La carne de ella era de un blanco fantasmal, la de él más oscura, dorada, y ella tenía el rostro girado hacia al de él, quien yacía detrás de ella. El brazo de ella estaba levantado por encima de la cabeza, su mano se curvaba hacia atrás para tocarle a él la mejilla mientras él posaba los labios en los hombros de ella. Las manos de él eran grandes, dedos largos y oscuros sobre la palidez, y con una cubrió un redondo seno mientras la otra se deslizaba sobre el vientre desnudo de ella.

La obra era magistral, y Jaida sintió la misma oleada de calor húmedo que había dejado los párpados del sujeto tan cargados de deseo. Estudió los contrastes, los dedos de él se extendían sobre el montículo de la carne de ella y a ella misma se le puso la piel de gallina en su propio vientre y pecho con los fantasmas de su toque.

De cerca detrás de su hombro, una voz cálida llegó a su mejilla y ella se sobresaltó cuando Seth dijo: "Y mira este."

Nutriendo la creciente ola de pavor, ella pasó lentamente junto a

una inmóvil fuentecita para ver mejor otro fresco en lo hondo de un nicho en arco.

Figuras en bronces y ocres, con grandes ojos negros almendrados y bocas sonrientes, formaban un tosco círculo vigilado por elefantes que trompeteaban y tigres que rugían. Las mujeres, brillando con ombligos, labios y narices enjoyados, envolvían a sus hombres con los brazos y piernas entrelazados y rostros radiantes de dicha.

Usando nada más que esposas de oro y cordones de cascabeles en los tobillos, las damas separaban las rodillas y las carnes secretas, y estaban sentadas a horcajadas sobre hinchados y recostados amantes. Hombres con ojos desesperadamente reverentes alargaban los brazos para tocar montículos sagrados y sus parejas sonreían invitaciones de ojos entornados.

Y Jaida supo la urgencia que los impulsaba a todos ellos. "¿Por qué?," Siseó, tragando para humedecerse la garganta seca.

"Persia," respondió Seth crípticamente y levantando la mano hacia el primero de los murales que ella había estudiado. "El Kush Hindú." La pintura frente a ellos. Él señaló a su derecha, cerca de la entrada donde, incluso desde las sombras, las marcadas líneas azules y blancas insinuaban más congreso sexual. "Grecia." Cada pared de la habitación.

Él le levantó la antorcha de entre los dedos y se acercó a la fuente, levantando con cuidado una pequeña figura de entre el follaje y extendiéndola hacia ella. Era una miniatura de mármol de Venus, su rostro abatido mostraba una recatada sonrisa, sus dedos se deslizaban suavemente sobre su propio pecho desnudo. "Roma."

Jaida apartó los ojos de la figurita. Miedo y hambre pugnaban en su estómago mientras ella observaba a Seth recolocar a la diosa entre sus pantallas de hojas. “El mundo, sacerdotisa. El mundo entero y todos en él. Pensando en ello, soñando con ello, persiguiéndolo. ¿Y por qué no? ¿Qué mayor regalo podrían habernos dado los dioses?"

Él alzó la vista sonriendo. "Pero al final todos seguimos buscando algo más, ¿no es así?"

Dándole la espalda, él acercó la antorcha a un candelabro y la colocó en su lugar. Jaida aprovechó el momento para llevarse una temblorosa mano a la cara y limpiarse el rubor de calor de los labios. La puerta de salida y entrada al pasillo no estaba a más de unos pocos pasos a su izquierda y, si podía hacer que sus piernas la llevaran, podría salir por la puerta y marcharse en un momento. Pero se le habían congelado las piernas, tenía los ojos fijos en los rizos de cabello de esa nuca, sabiendo de memoria los detalles ocultos en las sombras.

Cuando él caminó hacia ella de nuevo, su paso fue lento, mesurado, y ella marcó el tiempo con el latido de su propio latir caliente.

Él se inclinó más cerca, hundiendo el rostro en el de ella. "Tú quieres más." De nuevo recorrió los murales con una mano, indicando las pinturas y todo lo que estas sugerían. “No quieres nada de esto. Ya lo has decidido." Las yemas de esos dedos que se movían a su lado se elevaron para lanzarle fuego sobre el hombro y bajarle por la suave piel del brazo. Sin pretenderlo, Jaida enderezó la espalda, moviendo el tenso dolor de sus pechos más cerca del tacto.

"Este regalo del tacto, del consuelo, de la paz divina, no lo quieres. Tú quieres algo de mucho mayor valor." El aliento de ese susurro fue caliente y a Jaida le rozó la piel, lamiendo el cálido estanque de anhelo inquietante que le crecía en las caderas.

Un gemido de aire escapó por la nariz, mientras se le oprimía más el pecho antes las imágenes de esas palabras y el fuerte olor que de él se agitaba. Ella cerró los ojos, pero sabía lo cerca que estaba esa boca de la suya, sabía que solo necesitaba alzar la cara para inclinarse hacia la caricia que él le ofrecía.

"Yo también," susurró él. Y dio un paso atrás.

El aire frío se precipitó sobre la piel de Jaida, arremolinándose en el espacio que él había dejado y ella alzó la vista y lo vio de pie junto a la puerta con una mano abierta para guiarla hacia el pasillo más allá.

Capítulo 8

Una bola de cálida tensión se enroscó alrededor del estómago de Seth, presionándole el diafragma y dificultando la respiración. Había combatido todo instinto con la moderación y, sin embargo, mantenía las manos laxas y entrelazadas a la espalda y los ojos en el suelo a sus pies. Podía leer el anhelo que brillaba en aquel rostro. Ella lo delataba en cada pequeño sonido y movimiento, y la vista de la excitación en ella tiraba de las cuerdas que disparaban los latidos de su corazón.

Él podía responder a ese deseo. Él podía llevarla más allá de sus miedos hacia lo desconocido. Así ella podría elegir mejor entre la fría piedra del templo y el calor de los brazos de un amante. Pero no mientras ella se aferrara a la certeza de que pertenecía a otro mundo.

Incluso el susurro de las sandalias en el suelo de piedra mientras ella caminaba le producía irritación, recordándole que nada de lo que él pudiera ofrecerle esta noche evitaría que ella se marchara. Cuando llegaron a la vía de servicio que conducía hacia su alcoba, él se detuvo y retiró la cortina. "Aquí abajo," dijo él.

Jaida se detuvo para mirar a lo largo de la iluminada galería que ambos seguían, aparentemente reacia a seguirlo al pasillo oscuro.

"Es un atajo. Conseguiré una antorcha si quieres, pero habrá luz en las habitaciones una vez que pasemos por aquí."

Ceñuda y temblorosa, ella se adelantó a él por el estrecho conducto.

"¿Por qué necesitas una casa tan grande?" La voz fue frágil, la pregunta formulada tanto para romper el silencio como por falta de una respuesta.

"No la necesito. No veo mucho de ella de un año para otro. En Roma tienen amplias villas de campo como muestra de su riqueza. En Petra tenemos mansiones."

Ella dejó que esos hechos crearan su propia afirmación, dando pasitos desiguales mientras se apretaba lo más cerca posible de la piedra de la pared. «No me toques,» le había dicho ella. Sus acciones mostraban suficiente reluctancia como para no compartir la misma habitación.

El salón llegó a su fin en su *peristilium* privado, el jardín amurallado se abría desde sus habitaciones y la cálida y limpia noche los envolvía. El agua tintineaba y la madreselva arrojaba su fragancia al aire mientras él la conducía sobre crujiente grava. Él había llegado a la entrada antes de notar que ella se había detenido y que estaba apoyada en un pilar, mirando entre las flores colgantes hacia la fuente y los arbustos que la rodeaban.

"Esto está en su mejor momento a la luz de la luna," dijo él. El tranquilo crepúsculo azul exigía silencio, y él hablaba en voz baja, apoyándose en la pared para observarla. Había suficiente luz para ver bien, el cielo se aferraba a los rayos plateados de la desvaneciente luz del sol, pero en las extraordinarias sombras de Petra, ella no era más que una silueta buscando una flor. "Tú estás debajo de mi balcón. Cuando no puedo dormir, salgo allí y observo moverse el agua."

"Yo nunca he tenido un jardín," dijo ella volviéndose. Eso había parecido un desafío, no una acusación. A la edad de ella, él tampoco lo había tenido. Ni casa, ni hermanas. Pero así eran las cosas y discutir el asunto no iba a lograr nada.

“Hay mucho del mundo que nunca has llegado a ver. Ahora es tu oportunidad, si la aprovecharas."

"¿Tu fiesta?"

Él sonrió ante su desprecio. "Sí. Es una pena que te hayas ido temprano, había mucho más que el baile."

“Pero los bailarines vinieron primero. ¿Para crear el ambiente?"

"Para capturar tu atención."

"No ha funcionado."

"No veo que tus hermanas trataran de irse."

Eso la detuvo por un momento y la hizo apretar los brazos sobre el pecho. Ella tenía el rostro oculto mientras caminaba hacia la fuente y mojaba la mano, pero él oyó la agitación en sus pasos. "Las has lanzado a los leones. Ellas tienen que ver esto de manera racional. Las decisiones que tomen aquí van a sellar su destino."

"Y yo podría convencerlas de que se queden." Seth se volvió para abrir la puerta a su lado y dejó que la luz de la lámpara se vertiera fuera por el sendero del jardín hasta ella. “Ellas no escuchan argumentos racionales. Son ignorantes y tienen miedo."

“Y piensas que porque somos ignorantes, somos estúpidas. Y porque tenemos miedo, nos pueden manipular. Yo tengo miedo. Estoy aterrorizada. Pero todo lo que amo está en juego aquí, y tú estás jugando con ellas. Estás jugando con las decisiones que mis hermanas toman sobre nuestra fe y nuestro servicio. Estás jugando con sus vidas."

En la tenue luz, ella era aún más hermosa y la pasión en la sangre, ya fuera ira o deseo, elevó un fuego que lo consumía. "No," dijo él con tristeza. “Fue Babu quien jugó con las vidas que le pertenecían, y eso es algo que yo no haré. No creo que ninguna de vosotras sea estúpida, y tú menos aún. Y prefiero intentar manipularlas que negar su humanidad y obligarlas a ser esclavas."

"Siempre hemos sido esclavas," argumentó ella fluyendo por la luz hacia él.

Esos ojos ardientes provocaron frustración e irritación brotando en las palabras. “¡Vosotras nunca habéis sido esclavas! Y solo por eso deberíais dar gracias a vuestra diosa. Ella no os ha dado otra cosa y si te quedas en ese templo, te quitará mucho más de lo que crees. ¿Su incienso? Hachís y opio. ¿Sus visiones? Solo un estupor de las hierbas. He visto hombres adultos, hombres enormes y fuertes, que viven del opio por el dolor. Terminan sin sentido. Se pierden a sí mismos. ¿Cuánto tiempo crees que vas a durar en su servicio?"

"No me mientas."

Ella estaba de pie frente a él con los ojos llenos de miedo y duda, ira y confusión. Ella se aferraba desesperadamente a las pocas verdades reales que su vida le había dado y el frío de la vergüenza sangraba por su piel, pero sus verdades eran mentiras envueltas en superstición. Al fin y al cabo, su vida no había sido más que una búsqueda de grandes beneficios.

“La hierba que os dieron," continuó él lentamente caminando en una línea entre las crueldades de la verdad y la desesperanza de perseguir sus mentiras, “era *khat*, un alucinógeno. La gente de los puertos a lo largo de la costa hacia el Oeste tiene dientes verdes, manchados por masticar las hojas. Provoca visiones."

"Estás mintiendo," dijo ella de nuevo, pero con menos confianza.

“No tengo ninguna razón para mentirte. Nada que ganar."

"Quieres mantenernos alejadas del templo."

"No. Quiero que sepáis la verdad. Quiero que esperéis, aprendáis y toméis decisiones basadas en la verdad. Si eliges volver al templo, no intentaré detenerte, pero no me quedaré quieto viendo cómo desperdicias esta oportunidad solo porque tienes miedo."

La suavidad de las facciones de Jaida, proyectadas en una luz dorada, avergonzaba a cualquier diosa que él hubiera visto. No había forma en mármol o alabastro que se acercara a la cremosa y dorada perfección de su piel. Por un momento, él consideró toda la verdad.

¿Podría decirle, en verdad, por qué estaba ella aquí? ¿Por qué ella y sus hermanas habían sido llevadas tan lejos por los desiertos? Había algo cruelmente irónico en su presencia aquí, como un regalo de Drusus para él. Si se le daba a elegir entre estas mujeres, una o todas, entonces la elección era fácil de hacer. Ojalá poseer la carne de alguien pudiera garantizar su afecto.

"Quiero que esperéis, en el templo si deseáis, pero dentro de unos días Drusus dejará la provincia y volverá a Roma. Su casa será vuestra durante el tiempo que la necesitéis. Es aún más grande que esta. ¿Es posible imaginar que pueda convertirse en una prisión?"

Ella guardó silencio, mirándolo con ojos llenos de lágrimas contenidas. Sus dientes eran de un blanco intenso y mordían suavemente el labio tembloroso. Sus pequeñas manos tiraban con inquietud de la palla. Ella movió la cabeza despacio, sacudiéndola suavemente en confusión.

Ella estaba perdida. Arrojada a un mundo de peligros y contradicciones donde no tenía un lugar sólido donde estar y ningún poder con el que negociar la certeza que necesitaba.

"O puedes quedarte aquí."

Fue lo más cerca que él se atrevió a ayudarla a comprender los poderes que habían movido los hilos de su destino. Ella no debería tener que conocer la realidad o sentir la vergüenza y la impotencia de tener un dueño. La respiración en ella era errática, ahogados sollozos o gemidos le salían de la nariz, forzados a pasar por labios mordidos. Independientemente de sus motivos, buenos o malos, Dec la había traído aquí y Seth anhelaba extender los brazos alrededor de su angustia y abrazarla.

La luz de la lámpara recogía la humedad de sus suaves labios y él dio un paso adelante, levantando lentamente una mano hacia su mejilla. Deslizó las yemas de los dedos para apartarle los rizos sueltos y su pulgar acarició suavemente una única lágrima bajo el ojo.

"Siempre estarás a salvo aquí."

Esa fue una promesa surgida desde partes más profundas de lo que él creía, pero una vez que las palabras fueron dichas, la verdad en ellas se hinchó en su corazón, empujando el aire fuera del pecho y surcando una profunda arruga por la frente. Consciente de nada sino de la verdad de esta devoción; de la promesa que, en un instante, él había puesto la vida de ella por encima de todo lo que él tenía o sabía; tocó los labios de Jaida con los suyos.

Jaida cerró los ojos, ahogándose con las gritantes necesidades que bullían en su sangre. La primera de ellas fue el terror, que se congeló en su piel como una costra de hielo, paralizándola, con la cálida carne humeando debajo en picantes sudores de pavor. Sobre

sus labios, los de Seth eran un calor que alejaba el frío. Un canal de fundido placer que ardía en el pecho, la garganta, las mejillas, y ella se elevó hacia él, apretando su peso en él y en su boca.

Olas de intenso calor y frío se elevaron sobre su piel hasta que ella sintió la cabeza liviana de euforia y su ingle caliente con el latido del deseo. Ella llevó ambos puños hacia el pecho, con los nudillos blancos por el esfuerzo de agarrar la palla, y esa lengua le hacía cosquillas y se burlaba de sus labios. Ella vio luces encenderse detrás de los párpados, necesitaba respirar y aspiró el cálido y reconfortante olor de su piel, el sabor de su boca.

A través de la fina tela de su túnica y los rígidos pliegues de lino de su toga, el cuerpo de él era duro y caliente allí donde se apretaba con el suyo. Él deslizaó más abajo las manos, recorriendo su espalda con fuego y más abajo para acercarle las caderas a las suyas

Caliente placer brotaba de nuevo en el pecho de Jaida mientras ella se derretía sobre él. Por un momento pareció que solo había una carne, un aliento y la promesa de una paz que ella nunca había conocido. Abrió los ojos.

Ella no vio tensión en esos rasgos, ni violencia ni codicia. Aquellos ojos suaves estaban cerrados, pestañas espesas y negras, y él le liberó la boca para mover su beso sobre la mejilla. Los suspiros en Jaida se deslizaban entre los labios mientras estos recorrían la aspereza de esa mandíbula, mientras esa boca le acariciaba el cuello y el calor de ese aliento se movía sobre el hombro.

El destello de oro en el lóbulo de la oreja y el suave olor de él le apuñaló profundamente un nervio, y ella saltó ante el aguijón como liebre de la mata. Los recuerdos estallaron en un enfoque duro, llevando consigo terror y reprimenda.

Ella enderezó los brazos instintivamente, arrojándola hacia atrás y fuera de aquel abrazo.

"No," gimió, con su mirar demasiado amplio y severo para permitir las lágrimas mientras ella retrocedía tambaleante. El corazón le martilleaba el pecho y la sangre le golpeaba los tímpanos. El pánico le oscureció la visión y ella aspiró el aire con fuerza. Ella vio dolor

en esa mirada oscura, pero no había forma de domar el remolino de sus sensaciones. Ella tenía que alejarse.

Este era el peligro que había visto y del que había sabido.

Aquí había una amenaza mayor incluso que Ishaq con toda su malicia distante. La diosa le había advertido, y ella había estado demasiado tentada por el bajo ardor de la carne para escuchar sus palabras. Allí estaba él, en las sombras, olas de calor subiendo desde ese cuerpo como ondulaciones de promesa en la arena del desierto, y ella tenía que alejarse. Ahora.

Él levantó las manos hacia ella en una apelación, pero antes de que pudiera hablar, ella negó con la cabeza. "No. Yo no debería estar aquí."

"De acuerdo." Él hizo un gesto en intención de calmarla o apaciguarla, y ella dejó de alejarse de él. "No corras. Te llevaré al estudio."

Él dio un paso atrás desde la puerta iluminada al lado, como creyendo que ella temía acercarse demasiado. Ese fue un buen movimiento. La piel en ella intentaba convertirse en una tensa bola alrededor del corazón, y ella sintió ganas de ponerse en cuclillas y envolver defensivamente las rodillas con los brazos. Se llevó la mano a la mejilla, donde parecía que los labios de él aún se movían sobre la piel, y se apartó el calor de la tentación de esa boca.

"Te lo prometo," dijo él en un susurro apretandose con fuerza los costados con las manso. "Estás a salvo aquí, Jaida. Tú y tus hermanas. Haré lo que pueda para manteneros aquí. Si ellas se quedan."

Ella negó con la cabeza, temerosa de escuchar, temerosa de creer cualquier cosa que él pudiera decir. Demasiada de su sangre bullía hacia él. Eso la desequilibraba, le dificultaba pensar, y lo que no sufría en ella por abrazarle, aullaba de miedo y la urgía a correr hacia la oscuridad.

Cruzó de lado la puerta, incapaz siquiera de levantar la cara hacia él.

Desde los confines iluminados por lámparas del estrecho *tablinum*, cruzó hacia el vasto atrio de la residencia principal. La habitación estaba bien iluminada y, después de un momento de orientación, reconoció el pasillo a su derecha y, justo al lado, la puerta abierta del estudio. Sin esperar a su anfitrión, Jaida avanzó rápidamente sobre las lisas baldosas de mármol y entró en el estudio. Aquí se había decidido su futuro, a pesar de sus mejores esfuerzos.

Cuando Seth entró, mantenía la cabeza gacha, temerosa de mirar el dolor en ella con demasiada atención. Su zancada era lenta y pesada, confusa en un momento en que nada tenía sentido excepto la necesidad de correr hacia un lugar seguro.

"¿Quieres vino?" preguntó él.

"No."

"Tus papeles están aquí." Él se acercó al escritorio y ella alzó la vista hacia la espalda de Seth, notando la rigidez de los hombros y la firmeza en el músculo del cuello. "Y el oro que prometí."

"Ya te lo dije." Era difícil encontrar las palabras, y Jaida hizo acopio de su valor. "No lo quiero."

"Eso no supone ninguna diferencia. Es solo una carta de intención. La solicitud de manumisión pasa al gobernador de Arabia Petraea, en Bostra. La carta es solo una formalidad para tu seguridad. ¿Y el dinero?" El se encogió de hombros. "Estará aquí cuando lo necesites."

“Necesito una litera. Quiero volver al templo."

"¿Sola?"

Zayed carraspeó y bajó discretamente los ojos, habiendo aparecido en la puerta como por silenciosa invocación.

No, ella no quería estar sola. No había un momento que ella pudiera recordar que hubiese estado completamente sola, y nunca cuando se había sentido tan vulnerable y confundida. Lo que quería era estar con sus hermanas, aquí juntas, tranquilas y dispuestas a entrar en razón. Pero las tentaciones en esta casa eran mayores que cualquier

argumento que ella pudiera blandir. Había un peso en su propio vientre, una incómoda tensión que le debilitaba las rodillas y le hacía temblar los dedos mientras ella trataba de ver una forma más clara de resolución. El pulso en su sien se estaba volviendo cada vez más nítido y doloroso, y ella levantó la cara, mirando a Seth, y a todas las amenazas que él representaba, en busca de inspiración.

"Iré yo," dijo él. "Tal vez pueda persuadir a tus hermanas para que se marchen contigo." Él seguía ceñudo y sus manos colgaban sueltas, con las palmas vueltas en una súplica silenciosa. Del escritorio, levantó un único pergamino, deslizando el pulgar por la curva para desenrollarlo lo suficiente para leer. "Siéntate, al menos."

Él avanzó hacia ella tendiéndole el pergamino, y ella se alejó un paso para dejarse caer pesadamente en un sofá. Se le había cerrado la garganta, un nudo de decepción le dolía con cada respiración, y ella negó con la cabeza.

“Zayed, sirve a la sacerdotisa. Trae comida, bebida. Algo. Cualquier cosa." Seth arrojó el pergamino al escritorio y salió por la puerta. "Yo volveré pronto."

Jaida miró rápidamente al sirviente antes de volver a apartar la mirada. Había una frialdad en el porte del hombre que hablaba más de superioridad que de verdadero desagrado, pero eso la dejaba sintiéndose más aislada que si hubiera estado sola entre los atavíos de la riqueza suprema. ¿De verdad era ella tan inútil entonces? Estudiándose la piel del antebrazo, recorriendo aquella caricia con sus propios dedos y bajando por la luna de las uñas, consideró la terrible paradoja de su situación.

«No tenéis precio,» había dicho Decimus Asinius. Sin igual en ningún lugar del mundo. Y, sin embargo, a los ojos de todos menos los de Seth, ella era una esclava. Y en eso también diferían sus entendimientos. La noción de ser una posesión no era tan dolorosa. La promesa de libertad tenía su encanto, pero no había profundo resentimiento escondido en el hecho mismo. No cuando no era más que un tecnicismo. Representaba servidumbre sin relación con el ejercicio de sus deberes en el templo. Era una expresión del derecho de Seth a ordenar a sus hermanas que se quedaran, igual que las cartas de intención expresaban su derecho a liberarlas. Era cuestión

de días y nada más.

Levantó la cara para mirar por de la habitación.

¿Qué hombre, qué familia, llegaba a tal riqueza sin el uso de esclavos? La propia diosa tenía ejércitos de esclavos en el templo para hacer su voluntad. ¿Cuántos hombres habían trabajado en la construcción de esta mansión? Incluso Drusus había insinuado su renuencia a liberar a sus hermanas, por lo que había tensión entre padre e hijo sobre este tema.

Aún así, ¿qué tenía él que ganar?

El dolor se había convertido en una cuchilla afilada y caliente que le clavaba la mente y las preguntas que podía responder por sí misma eran lamentablemente pocas.

«Cualquier hombre libre, no solo yo,» había dicho él, «puede hacer lo que quiera contigo. Tu cuerpo ya no es tuyo». Se llevó las yemas de los dedos de nuevo a los labios, apretando suavemente la boca donde aquellos labios se habían movido.

Los temores que tenía por su virtud eran contradictorios. Si élcquería obtener placer de ella, no tenía necesidad de liberarla de la esclavitud. No tenía ninguna razón para hacerlo. Si esa hubiera sido su intención, podría haber instalado a todo el grupo en su hermosa casa y disponer de todas ellas como hubiera deseado.

Entonces, ¿qué ganaba él? Esa había sido la pregunta de Oseye, y Jaida no tenía respuesta. ¿Pagaría una fortuna en oro, y más por su seguridad, y regalaría una libertad que valía el rescate de un faraón por nada? ¿Sin esperar nada? Sacudió la cabeza en silencio. Eso no tenía sentido que ella pudiera ver. Ningún hombre tenía tanta riqueza como para poder tirarla diariamente a los cuatro vientos.

A él le importaba más una deuda con los dioses que con los hombres. O eso había dicho. ¿Podía perjudicar a un hombre poseer a otro? No. Siempre había sido así y siempre sería así. Los reyes tenían esclavos. Los sacerdotes tenían esclavos. Los faraones, que eran dioses mismos, tenían esclavos.

Juba entró y Jaida alzó la vista, sorprendida por la repentina aparición de Zayed a su lado con una copa de vino y una bandeja. El sirviente se inclinó con deferencia mientras Ianthe entraba insegura en la habitación. Jaida miró la puerta, su corazón se elevó al saber que Seth pronto aparecería detrás de ellas.

"Sacerdotisa," dijo Juba arrastrando las sílabas en vibración nada musical. Su tono era de disculpa. él lamentaba mucho que ellas se hubieran sentido ofendidas por los entretenimientos, pero sus movimientos eran bruscos por la irritación y le recitó órdenes a Zayed en arameo. "Una litera está en camino y enviaré guardias con vosotras, pero me gustaría que ambas lo reconsiderarais." Señaló a través de la puerta abierta, ofreciendo una amplia gama de libertades. "Hay habitaciones aquí que podéis ocupar para pasar la noche. Privacidad garantizada."

"No. Gracias." Jaida se apretó la sien con los dedos mientras se levantaba. "¿Donde están las demás?"

Ianthe parecía agotada. "No van a venir. Llevo intentado convencerlas a todas desde que te fuiste. Pero ni siquiera quieren escuchar. Quieren quedarse en la fiesta. Quieren quedarse aquí esta noche. Y quieren irse por la mañana." No había rastros de lágrimas, pero ella parecía exprimida.

Ninguno de ellas era inmune a las fantasías que se podían realizar en esta casa. Ianthe se sentó, casi cayéndose en el sofá detrás de ella, y Jaida se preguntó qué había visto y hecho ella en el tiempo que habían estado separadas.

"¿Debería ir a verlas? ¿Debería intentarlo?" Se volvió y examinó la fatiga de Ianthe. "Si vuelvo allí, ¿hay alguna posibilidad de que yo pueda hacer que me escuchen?"

"Podrás verlas por la mañana," le aseguró Juba. "Están bebiendo vino, se están riendo. Ninguna de ellos está de humor para escucharte hablar con sentido común. Mañana, cuando estén, debo decir, más apagadas, podrás volver a hablar con ellas. Por ahora, deja que te muestre una alcoba y podrás descansar y planificar la mejor manera de convencerlas a todas de que se queden en nuestra ciudad."

Jaida consideró esos pensamientos, pero esperó a que su hermana respondiera.

Ianthe negó con la cabeza y se secó los pesados párpados. “No, Jaida. Créeme. No quieren escuchar. Esta noche no. Él tiene razón."

"Yo hablaré con ellas de nuevo." Esa voz le llamó la atención y Jaida se dio la vuelta con el miedo y la euforia unidos en el pecho. La mirada de dolida constricción aún capturaba aquellos hermosos rasgos y él aún se movía despacio cuando se acercó, como si tuviera miedo de asustarla. "Haré lo que pueda para mantenerlas aquí."

De pie ante ella de nuevo, tan cerca, la sensación de anticipación, de esperar a que esa mano se elevara hacia su mejilla, hizo que su corazón se acelerara. Temblores nerviosos se trasladaron a sus rodillas y ella trató de hallar la determinación suficiente para dar un paso atrás.

"Quédate aquí." Las palabras fueron demasiado quedas para haber sido dirigidas a otra persona, esos ojos estaban demasiado concentrados en los suyos.

Ella no pudo hacer más que sacudir la cabeza, su cuerpo no quiso moverse.

Esta última negativa pareció suficiente al final y él bajó la vista con un suspiro y regresó a su escritorio. Los pergaminos que había tenido antes estaban allí y él encontró los dos que necesitaba. No intentó entregarle los papeles a Jaida, sino que le ofreció ambos a Ianthe, sonriendo gentilmente.

“Estas son vuestras cartas. Como le expliqué a Jaida, no son más que una formalidad. Pero tómalas. Mientras estés fuera de esta casa y de nuestra protección, son el mejor paso siguiente hacia mi autorización."

***

En la tranquilidad de su litera, cuando la distancia le prestó una tenue sensación de privacidad, Jaida se abrazó con fuerza y le susurró a su hermana: "Me besó."

"¿Quisiste que lo hiciera?"

Debería haber respondido "No," pero la verdad ardía en su interior y ella volvió a sentir la cálida ola de anhelo bullendo por su sangre. "Sí," susurró.

"No deberías haber estado sola." Dichas sin inflexión, las palabras no llevaron ni sorpresa ni culpa. "No si vamos a servir a la diosa."

"No," coincidió Jaida con tristeza. “¿Mañana...?” Susurró temiendo hacer la pregunta, “¿Me escucharán? ¿Seremos capaces de convencerlas de que se queden? ¿Podrá él?"

Ianthe negó con la cabeza, no más que el susurro de su cabello y un movimiento en las sombras. “Ya han pedido pasaje con una caravana que se traslada a Gaza al amanecer." Sus palabras fueron frías y seguras.

Y dos días después, seis catres fueron retirados de su angosta habitación en la mansión.

Capítulo 9

La luz se estaba desvaneciendo y las nubes sobre el valle pronosticaban inverosímiles lluvias de verano, pero el aire de la tarde era más fresco y a Seth no le preocupaba que la fiesta al aire libre pudiera cancelarse por el agua. Desde arriba, donde el templo de Al Uzza brillaba a la luz de antorchas y braseros, un canto murmurado y una nota redondeada ocasional del gong del templo sonaba en el aire. Ocultas a los ojos curiosos de los hombres reunidos de Petra, las mujeres de la ciudad compartían un ritual solemne, aunque desconocido, para Isis-Mut, la Madre de todos, Señora del Cielo.

Esta noche, debajo del santuario de Al Uzza, las sacerdotisas cortejaban a su congregación con un exótico festival nuevo y muy generoso. Como madre de los dioses, Isis-Mut había traído su cornucopia. Al finalizar los ritos prohibidos a los hombres, las mujeres emergerían y la ciudad entera podría disfrutar de lo mejor en comida y bebida hasta quedar estupefactos. En ese estado, con la bendición de la diosa, podrían compartir una comprensión íntima de los reinos de los muertos.

Seth miró a las masas reunidas. Todos habían descubierto una rara reverencia por la diosa de Egipto cuando se enteraron de su generoso apoyo para festejar en exceso.

La impiedad general a él no le preocupaba, pero se sentía irritable e incapaz de relajarse. Las conversaciones aumentaban y disminuían a su alrededor y varios comerciantes locales se acercaron, tratando de atraerlo a las revelaciones sobre los planes futuros de Drusus.

El propio Drusus había declinado la oportunidad de asistir, rogando ser excusado por motivos de fatiga, y Seth paseaba en agitados círculos, manteniendo su propia compañía cuando podía y mirando cada segundo al edificio de arriba.

Cuatro días habían pasado desde que la había visto. Cuatro largos días en los que se había obligado a prestar atención a los detalles del comercio. Y otras tantas largas noches en vela viendo pasar las

estrellas entre los pilares hasta que el cielo se aclaraba hacia otro día.

Como la mayoría de los hombres que habían visto lo peor que podían hacer sus semejantes, Seth era en su mayoría impío. A veces se sentía tentado a dar crédito a fuerzas fuera de su propio control: cuando lo desconocido se deslizaba por su columna vertebral con pies helados o cuando los terrores nocturnos se movían en la oscuridad justo fuera de su visión. Pero esa pizca de pavor supersticioso no era suficiente, su falta de fe eliminaba toda buena razón para asistir al templo de la diosa.

El orgullo le prohibía la hipocresía de la fingida devoción, y la frustración lo hacía sentir antisocial cuando consideraba las elecciones que Jaida había tomado en nombre de sus creencias.

El recuerdo del miedo y la nostalgia brillando en esos ojos, la dulce calidez de esos labios en los suyos, había convertido la frustración en puños cuando el movimiento de la puerta del templo llamó su atención. La congregación femenina estaba saliendo de sus ritos, bajando los escalones y llegando al patio superior como un nido multicolor de hormigas. A esta señal de que pronto comenzaría la fiesta, los hombres se adelantaron, ansiosos por no perderse el comienzo de la ceremonia. Pero Seth permaneció concentrado en la entrada iluminada por el fuego del auditorio. Si las sacerdotisas se iban a unir a ellos, saldrían de ese lugar, y él no se atrevía a apartar los ojos de la puerta. Si su deber había terminado esa noche, él no tenía ningún deseo de quedarse más tiempo entre la multitud.

Ianthe salió siguiendo a las mujeres hasta el patio inferior mientras los músicos de una de las carpas del festival comenzaban un himno de celebración. Detrás de ella reinaba la quietud, y cuando había bajado al nivel donde se preparaba el banquete, dos de los guardias de Juba se habían colocado en la puerta del templo para sellar efectivamente la entrada.

La multitud se apresuró alrededor de Ianthe, sus manos ya llenas de vino y comida sagradas mientras ella sonreía a la bendición de su diosa y les invitaba a un festín de manos de la gran madre.

No tenía sentido intentar acercarse a Ianthe. Ella estaba radiante

con un sencillo camisón de lino blanco, absorta en su papel de proveedora de sustento a los hijos de dios, y Seth se dirigió a la escalera arriba.

Se acercaba la noche, pero el complejo del templo brillaba con la cálida luz del fuego y él ignoró las miradas curiosas que lo seguían apartándose de la multitud. Estaba en la puerta cuando los guardias se adelantaron, bloqueando el acceso con sombría determinación.

"Nadie puede entrar." Un guardia habló sin siquiera volverse mucho.

"Puedo. Déjame pasar."

"Estamos aquí para proteger a la sacerdotisa. Nadie puede entrar."

"Estáis aquí mientras pago vuestro soldada, ahora hazte a un lado."

El conflicto de intereses pareció confundir a los hombres brevemente y Seth presionó. "¿Y ella qué?" Echó la cabeza atrás indicando a Ianthe, dondequiera que estuviera abajo, y el guardia negó con la cabeza. Él guardia asintió hacia abajo y Seth giró para mirar por encima del hombro. De pie en silencio al otro lado del patio inferior, dos centinelas marcaron la línea entre la luz y la oscuridad.

"Está bien," concedió él. "Excelente trabajo. Déjame pasar y te duplicaré el salario de la noche."

Ante esto, una sonrisa apareció en el rostro del guardia. “Ya nos pagas demasiado. No hay soborno de nadie que sea bastante tentador. Ni siquiera el tuyo." Pero una mirada, pasada de un lado a otro, dijo que se había tomado una decisión. "Adelante. No se lo digas al jefe." El gigante le guiñó un ojo y dio medio paso hacia un lado.

Comparado con el exterior brillante, el auditorio en sí estaba oscuro, pero mientras recorriia el pasillo central, Seth pudo distinguir la figura de una chica arrodillada, medio escondida en las sombras ante el altar. Redujo la velocidad mientras se acercaba, inseguro de pronto sobre lo que había venido a decir o cuál era la

mejor manera de decirlo.

Por el momento, ella estaba inclinada en oración y él esperó respetuoso, deteniéndose al pie del estrado y tomando asiento. ¿Qué había venido a decir? ¿Perdóname? No tenía sentido pedir perdón cuando no había tenido más remedio que dejarlas marchar. Él se lo había explicado. Mas de una vez.

¿Necesito verte? ¿No puedo dormir, no puedo comer, no puedo pensar en nada más que en ti? ¿Estás en mi cabeza y esto me está volviendo loco? ¿Cómo podía siquiera decirlo cuando ella había dejado en claro que lo quería lo más lejos posible de ella? Su dolor no era nada para ella.

¿No estás segura aquí? ¿Sal del templo? ¿Aléjate de esta vida, estas elecciones, este sacrificio? ¿Ven conmigo? Esta era la vida que ella había elegido por encima de todo lo que él podía ofrecer; parecía inútil intentar ofrecerlo todo de nuevo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

En el oscuro cubículo de arriba, ella se puso de pie y él se sentó en el borde de su asiento, impaciente por verle el rostro. Ella se volvió y avanzó con los ojos hacia el suelo y el ceño fruncido de concentración. Cuando ella se acercó al escalón, él se puso de pie y ella alzó la vista de repente, con un jadeo agudo atascado en la garganta.

Una corta peluca negra de trenzas con pesadas cuentas le tapaba el cabello, y un kohl grueso trazaba una exagerada línea de ojos y bajaba por sus mejillas doradas. Tenía las cejas muy fruncidas y la piel debajo estaba pintada de azul celeste; sus labios suaves estaban teñidos de oscuro como cardenales.

Pero toda la obra de arte de Egipto no podía desvíar los ojos de Seth de aquel rostro.

La túnica que ella vestía era dorada, parecía tejida con el más fino hilo de oro, tan rígida y transparente como las alas áureas de una libélula. Caía desde el centro hacia los lados en pesados pliegues, recogida en algún lugar detrás de modo que se abría debajo de los pechos desnudos para revelar los perfectos contornos de su cuerpo

desnudo. Las joyas brillaban al cuello y en el ombligo. Su piel estaba ligeramente aceitada y relucía a la suave luz de las velas. Cada mechón de cabello había sido alisado de su piel y los ojos de Seth absorbieron cada curva y sombra mientras un horno de deseo brotaba de sus entrañas. El calor subió por su espalda y un doloroso anhelo latía en su ingle.

Un sollozo llamó su atención de nuevo hacia aquel rostro. En el estrado frente a él, ella se arrodilló, se cruzó el pecho con los brazos y se acurrucó para ocultar su desnudez.

"¿Por qué has venido aquí?" preguntó ella con voz ronca. Sus ojos se habían llenado de lágrimas de impotencia, y él levantó una mano, ofreciendo en silencio algo que no podía nombrar.

“Tenía que verte. Necesitaba ver que estabas a salvo."

"Estamos a salvo. Tengo mi carta. Muy pronto tendré mi libertad y ya no seré preocupación tuya. Así como mis hermanas no eran de tu incumbencia."

"Jaida..." Las palabras que él quería formar se estaban desvaneciendo mientras sus ojos se extendían de nuevo sobre la crema brillante y el oro de esos hombros desnudos. "No te quedes aquí. No... " Él tartamudeaba como un idiota y se obligó a concentrarse en sus ojos. Quemaban.

"No lo haré," dijo ella. “No tengo gusto por los sacrificios. Cuando tenga mi libertad, intentaré encontrar un templo menos sanguinario."

"No. No es eso lo que quise decir."

Jaida sabía exactamente lo que él quería decir y el conocimiento aullaba dentro de ella como un fuego. Había ardido, bajo y constante, por lo que sus sueños eran sudor y sus horas de vigilia eran un tormento. En los días transcurridos desde que lo había visto, ella no había pensado en otra cosa. Cuando se arrodillaba para rezar, sentía su cuerpo duro apretado contra ella. Cuando santificaba la piedra del altar, sentía esos labios tocándola. Ahora, mientras él estaba frente a ella, el calor ardía bajo el vientre,

pulsando por los muslos en cálidas olas y afilándose en sus pechos desnudos, erizando los pezones.

Desnuda aquí bajo su mirada, sus sentidos febriles dolían por su toque y ella miró dentro de ojos oscuros cargados de deseo. Aquello nunca podría ser. No podía ceder a estas tentaciones. Ella tenía que alejarse. El calor y el frío le pinchaban la piel y ella casi gritó, curvándose más alrededor del dolor que palpitaba a través de su carne. La humillación le golpeaba el pecho y la sien, bombeando sangre caliente hacia los oídos, por lo que sus palabras de él fueron difíciles de oír.

"¿Por qué quieres cubrirte?" preguntó él. “Este es el papel que has elegido. Estás desnuda ante el mundo entero." Él echó mano al cuello de su *thoub*, agarrando la tapeta a cada lado y rasgando la costura central de arriba a abajo. "Pero no ante mí." Sangre oscura le coloreaba la piel bajo los ojos cuando la túnica intrincadamente bordada se le deslizó de los hombros y él se la tendió a ella. "Ante mí," le dijo, "te das la vuelta."

Jaida contuvo lo que pudo recuperar de su temblorosa respiración y apartó las manos de su pecho, fingiendo coraje mientras estiraba la mano para aceptar la suave tela. Le ardieron los pezones al sentir que esos ojos se deslizaban sobre su carne expuesta, la consciencia de él latía a través de ella, temblando a través de las caderas y subiendo por la columna.

"A veces sirvo a la diosa vestida de luz." Levantó los ojos con tanta valentía como pudo mientras se estiraba para subir las mangas demasiado grandes hasta los brazos. "Pero tú no vienes aquí en nombre de la fe."

A salvo dentro de los rituales que ella practicaba, su cuerpo y su mente estaban fijos en rutinas talladas tan profundo como respirar. Pero cuando estaba ante este hombre, las palabras que sabía de memoria se le escapaban de la lengua; la confianza que tenía para pronunciar los ritos de su diosa se desvanecía en un ardiente torrente de sangre.

"Entonces ven tú a mí," dijo él simplemente. “Ven a mi casa y habla conmigo. Vístete con lana tejida desde el cuello hasta los tobillos si

lo deseas, pero ayúdame a encontrar una mejor solución para ti. No puedo dormir por la noche de preocuparme por dónde estarás."

"Estoy más segura aquí," susurró ella mientras su mente recorría el catálogo de peligros envueltos tan fuertemente en esa carne. Tirando de los bordes de su túnica con fuerza, le aceptó la mano y se preparó para ponerse de pie. "No hay mejor solución para mí."

Su agarre se mantuvo en sus dedos y sus ojos se mantuvieron bajos mientras bajaba al suelo junto a él. Los holgados pantalones de lino estaban recogidos en las caderas, las duras líneas de su vientre atrajeron una nerviosa mirada de soslayo, y ella se apresuró a levantar la cara. De pie cerca, perfumes cálidos se aferraban a los mechones de suave cabello que sombreaban su pecho desnudo, y ella trató de encontrar suficiente saliva para tragar.

"Tiene que haberla." Las yemas de sus dedos le rozaron la barbilla, el menor roce fue suficiente para levantar sus ojos y encontrarse con los de él. “No sabes la vida que estás eligiendo. No puedes imaginar lo que vas a perder."

Junto a la mejilla de Jaida, dos pálidos arcos le marcaban la piel. La luz era tenue y las llamas en movimiento hacían bailar las sombras, recordándole a ella de nuevo el peligro, los hombres peligrosos. Y en el baño de ese perfume se le aceleró el corazón al pensar en lo peligroso que podría ser este hombre. En sus sueños, él la besaba y le acariciaba la piel con los dedos.

Conmoción en la puerta apartó la atención de Jaida del pecho de él.

Pies corriendo y sollozos irrumpieron claramente sobre los sonidos del banquete que venían del patio de abajo. Los dos guardias de Jaida entraron rápidamente en la habitación y se acercaron apresuradamente a su sala, mientras Ianthe y un único guardia irrumpieron hacia adentro desde la luz exterior.

"Jaida," gimió ella. "Está aquí. Él está ahí. Ahí fuera." El rostro de Ianthe estaba gris de miedo, con ojos muy abiertos, su respiración sollozaba mientras ella se aferraba a su hermana.

Jaida dijo una palabra, "Ishaq," y Seth sintió la frustración y la furia

golpearle en el estómago. Un gruñido brotó de sus labios mientras se dirigía hacia la puerta, agarrando las correas cruzadas de cuero del guardia más cercano mientras se movía. “Sacadlas," ordenó Seth. "¿Dónde fue visto?"

"Allí afuera. Fuera, ” gritó Ianthe.

Al hombre que sostenía, Seth le dijo: “Vuelve allí fuera, peinad la ciudad. Si no podéis verlo, buscad huellas, testigos, cualquier cosa que podáis usar para decirme en qué dirección se fue."

Desde la puerta exclamó: "Le diré a Juba que doble la guardia. Quiero la ciudad patas arriba. Que nadie se mueva en la calle a partir de ahora a menos que sepa quiénes son y por qué están ahí."

Se giró entonces para bajar los escalones del templo y salió hacia donde la multitud de gente de la ciudad se deleitaba ajena al drama.

Los guardias de las chicas las sacaron del pasillo central, guiándolas de regreso al lugar más sagrado y hasta un salita de uso general. A salvo dentro de la sólida piedra de las paredes y con dos colosos gemelos de guardia, Ianthe se aferró al brazo de Jaida y se obligó a calmarse.

"¿Qué viste?" Preguntó Jaida levantando las cuerdas del cabello de su hermana por encima del hombro y abrazándola.

“Estaba allí. De pie al borde de la luz," sollozó Ianthe, recuperando el aliento y secándose las lágrimas que manchaban el maquillaje de sus mejillas. "No se movía. Se quedó en las sombras sonriéndome directamente, como si solo quisiera que yo supiera que sabía dónde encontrarme."

"¿Que ocurrió?"

“Corrí. Lo vi y corrí tan rápido como pude hasta el templo. Puede que los guardias ni siquiera lo hayan visto. No me detuve a señalarlo y hay una gran multitud ahí afuera."

"¿Estás segura de que era él? Quiero decir, ¿en la multitud, en la oscuridad? ¿No tienes ninguna duda de que era Ishaq?"

"Oh, no. Ninguna. Era el. ¿Qué hacemos ahora? Está aquí mismo. En la misma ciudad."

"Pero no ha hecho ningún daño, ¿verdad? Está aquí, pero es posible que solo nos haya seguido y eso significa que las demás están a salvo y lejos. Nunca las encontrará si se han separado." Jaida se llevó las manos a la frente y trató de aclararse las ideas. Él iba a venir. No podía haber más dudas sobre la diosa ni de su visión. Ishaq había llegado tal como la visión le había advertido que pasaría. Y la advertencia era de peligro, por lo que no cabía duda de que sus razones para estar en Petra eran crueles.

"Si está aquí en la ciudad," dijo Jaida con tanta convicción como pudo reunir, "entonces Aquila y los guardias lo encontrarán. ¿No es así? ¿Es muy grande esta ciudad?

"Es lo bastante grande. Quince mil personas, tal vez más, todas en este pequeño valle."

Eso hacía que la tarea de encontrar a un hombre pareciera mucho más compleja, pero ella tenía la esperanza de que se consiguiera. "Lo encontrarán," rezó.

Sentadas juntas en una polvorienta caja de almacenaje, Jaida apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y cerró los ojos ante las visiones de desesperanza. Aquila ya había dejado claras sus reservas. Había venido esta noche para expresar su preocupación por su seguridad mientras ellas servían en el templo. Pero sus opciones eran tan poca, no había seguridad para ellas en ninguna parte. Aquí vivían bajo vigilancia, rara vez viajaban en público y, sobre todo aquí, mientras estaban en servicio, tenían la protección de la diosa. Ella había reconocido su devoción. Les había dado sus palabras y visiones.

El servicio en el templo era la única forma de garantizar la bendición de Isis.

"¿Qué es esto?" sollozó Ianthe tirando de la tela de la túnica de Aquila.

Jaida se miró la rica tela, frotando con la punta de un dedo una

línea de costura escarlata. "Él entró mientras yo estaba dando las gracias," dijo en voz baja. "No podía quedarme allí desnuda y hablar con él como si nadie se diera cuenta." Se quitó la pesada peluca de la cabeza y se rascó la picazón en el pelo, soltándose el cabello. "Me dio esto para que me lo pusiera."

"Deberías haberte ido," le recordó su hermana.

"Lo sé."

"Así que ahora él está en la calle, casi desnudo." Ianthe rió, pero la nariz empapada en lágrimas hicieron que el sonido fuera un bufido. "No creo que hombres tan ricos como él anden sin sus mejores galas." Se sentó para ver mejor la túnica. "Es más grande de lo que pensaba," dijo tirando del hombro y la manga, y acercó la cara a la tela. "Y él huele bien también."

“Tiene cicatrices en el pecho," dijo Jaida con los ojos fijos en imágenes de amplios arcos suaves inscritos profundamente en la carne de su hombro. "¿Dónde crees que alguien que vive en tal lujo resulta tan gravemente herido?"

"¿Guerra?" Ianthe se encogió de hombros. “Quizá era un soldado. Como Ishaq."

El nombre le devolvió una oleada de terror y Jaida respiró hondo para estirar la opresión de su pecho. "¿Qué podemos hacer?"

"Lo mismo que hemos estado haciendo. Seguimos con nuestras oraciones. Seguimos con nuestras devociones. La diosa nos dirá qué quiere que hagamos. Tenemos que confiar en ella."

"Sí." Esa era la conclusión a la que ella misma había llegado y era reconfortante escucharla repetida. Pero era difícil mantener tanta confianza ahora, con Ishaq en la ciudad. “Aquila dijo que nuestro incienso es hachís y opio. Solo una droga. Dijo que nuestras visiones son solo alucinaciones."

"¿Es eso cierto?"

Jaida se encogió de hombros. “Estaban fumando hachís en su casa. Pude olerlo."

"Eso no significa que la diosa no hablara. Nos advirtió que Ishaq vendría. Ahora él está aquí."

"Sí." Jaida hizo una pausa por un momento, sopesando el beneficio de expresar sus pensamientos en voz alta. "Pero Aquila dijo que eso no era nada que no supiéramos."

Ianthe consideró esas implicaciones, buscando en sus propios recuerdos de su lectura y todo lo que había sucedido desde entonces. "Él no comparte nuestra fe en la diosa, eso está claro. ¿Por qué?"

Esa era la pregunta que Jaida se había hecho repetidas veces. ¿Por qué? ¿Qué sabía él? ¿Qué ganaba con todo esto?"Dijo que ella no nos había dado nada y que solo nos quitaría." Aquila no quería que ellas sirvieran en el templo. Lo había dejado claro. "Quiere que confiemos en él."

Ianthe negó con la cabeza, dubitativa. "Estamos aquí para servir a la diosa. Por eso nos quedamos, ¿no? Estamos aquí, en esta ciudad, escondiéndonos de nuestro mayor temor, porque confiamos en nuestra diosa. ¿No es así?"

"Sí. Por eso nos quedamos." Pero era difícil recordar la convicción que habían sentido cuando todo su cuerpo se estremecía de miedo. Por un lado, dos hombres enormes estaban junto a la puerta. Por otro, los fríos muros de piedra del templo. Entre ellas, las chicas se sentaron en silencio contemplativo. Aquila y la protección que ofrecía, o la fría y dura sacerdotisa de Al Uzza, quien apenas toleraba su presencia.

"Se irán pronto." Ianthe asintió hacia los guardias, sus pensamientos viajaban por las mismos imposibles derroteros que los de Jaida. "Seremos libres. Y él no tendrá que mantener a esos hombres en nuestro nombre. ¿Entonces qué?"

Jaida tanteó: “Tenemos nuestras piezas de oro. ¿Cuánto tiempo pagará ese oro a hombres como estos? Si los templos pagan bien por una sacerdotisa oracular, tal vez podamos negociar para que se queden con nosotras hasta que nos pueda contratar otro templo. De esa forma podríamos pagarles nosotras mismas." Templos, ¿dónde?

¿Y cómo hacían los contratos?

"A veces," suspiró Ianthe con palabras vacilantes y al borde de las lágrimas de nuevo. "A veces me aterroriza darme cuenta de lo mucho que no sabemos."

"Yo también." Jaida apoyó la cabeza en el hombro de Ianthe.

“Tenemos que confiar en nuestra diosa. Tenemos que confiar."

"Sí," asintió Jaida de nuevo. E intenttó creer que ella podía ser tan valiente.

Seth salió rodando de la litera antes de que los muchachos dejaran esta en el suelo, y las puertas de la casa de Drusus se abrieron ante él, abiertas como por arte de magia por los sirvientes de guardia.

"Dec," gritó Seth caminando por el atrio, mirando las habitaciones iluminadas en busca de una pista de dónde podría estar su patrón. Era apenas temprano en la tarde y se encaminó con confianza hacia el pequeño *cenarium*. Los sirvientes se apresuraron como espuma ondeando a su paso, sin atreverse a hablar o intentar detener esta invasión, pero de ningún modo dejándole salir de su vista.

Cuando entró en el desenfrenado *cenarium*, un millón de salpicaduras de luz de colores golpearon su rostro y su pecho desnudo desde el cristal de las linternas festivas.

"Aquí, querido mío." Drusus se puso en pie con dificultad, apartando bandejas de comida y a un criado persa con el brazo extendido. "¿Qué te trae aquí desnudo, Aya?" Estaba empezando a sonreír, especulando sobre un comentario obsceno viniendo a la mente, pero la expresión del rostro de Seth detuvo toda frivolidad.

"El hijo está aquí en Petra, Dec. Acaba de aparecer en la fiesta que están teniendo para su diosa."

"¿Y lo hemos atrapado?"

Seth entró y tomó una copa de plata tallada de la mesa, dio un trago de agua fría y se detuvo para recuperar el aliento. Sacudió la cabeza. "Ni siquiera lo vi. Pero la sacerdotisa sí. Ianthe."

"Pero ¿tú no? ¿Qué estabas haciendo que te perdiste el avistamiento?" Drusus levantó un dedo en la dirección general del pecho de Seth.

"Estaba en el templo," respondió sin rodeos.

"¿Visitando a la diosa, querido?" Había bromeado lo suficiente como para calmar su curiosidad y miró con atención a Seth. "Bien. ¿Qué quieres hacer ahora?"

“Le dije a Juba que doblara la guardia. Ha enviado jinetes a lo largo de los fuertes romanos tras recibir noticias de la caravana a Alejandría. Si ellas han logrado llegar a Gaza a salvo, tendremos noticias en tres días."

Seth encontró un apetito que no había notado antes, recogió comida de la mesa, masticó con irritación y tragó la carne condimentada en trozos duros.

Drusus dijo: "Él te tiene preocupado, ¿no? Estoy seguro de que los muchachos de Juba pueden encontrarlo si está en algún lugar de la ciudad. Pero hay diez formas de salir de la ciudad y cuatro aldeas dentro de fácil acceso."

“No saben a quién buscan. Nadie sabe cómo es. Quiero que las chicas regresen a la casa, que se mantengan fuera de la vista del público hasta que lo encuentren." Seth arrojó un pequeño hueso a la mesa y recogió un pastel dorado, comiendo sin pensarlo conscientemente.

"No. Las quieres donde él pueda verlas, y quieres que los observadores de Juba estén atentos a quién esté tratando de verlas desde las sombras."

¿Colgarlas como cebo? No lo creo. Debería haberlo perseguido desde el principio."

"Sin embargo, ahora tienes el mismo problema que entonces. Él no había hecho nada malo. Aún no lo ha hecho. ¿Has decidido matar a un hombre inocente solo para dormir mejor por la noche?"

Una fila comenzó desde el vestíbulo de entrada y, antes de que

Drusus pudiera pedir calma y encontrar el problema, Zayed fue conducido al comedor, con el rostro pálido.

"Señor." Saludó a Seth con la cabeza y se inclinó con grave deferencia hacia Drusus. “Debeis venir a la casa. Un cuerpo ha sido arrojado sobre nuestros pasos."

Seth dio un paso adelante, colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de su promus. "¿Un cuerpo? ¿Un cadáver?"

Zayed asintió y Seth tomó una copa de vino y se la pasó a la mano temblorosa del hombre. Sus ojos oscuros pronosticaban un horror que Seth temía, y cuando bebió lo suficiente para hablar de nuevo, había una buena razón. "Es una de las mujeres, señor. Uno de las esclavas. Sacerdotisas," se corrigió y volvió a beber. “Ha sido golpeada hasta la muerte. Es terrible. Debeis volver a la casa."

Seth pasó junto a él y se dirigió hacia la puerta cuando Drusus lo llamó: "Te seguiré, Aya. Mantén esto en silencio. No podemos permitirnos tener a la Tercera Legión arrastrándose por toda la casa."

La última preocupación de Seth eran las implicaciones políticas del asesinato. Se arrojó a su litera, indicándole abruptamente a Zayed que se uniera a él. "¿Quién es ella, Zayed?" demandó. Jaida e Ianthe estaban a salvo bajo vigilancia. Las había dejado con al menos dos de los mejores de Juba junto a ellas. Ella estaba a salvo, se dijo a sí mismo.

El sirviente había recuperado su aplomo un poco, pero estaba temblando en el mejor de los casos, y se cubrió los ojos con una mano débil como si pudiera borrar la imagen que tenía allí. “Una de las damas que se fue apresuradamente, señor. Una dama de cabello dorado."

Lailah. Jaida estaba a salvo, por el momento al menos. Seth dejó escapar el aire con un gemido de alivio. Pero las seis que se habían marchado no lo estaban. Si su asesino la había encontrado, lo más probable es que también hubiera encontrado a sus hermanas.

¿Dónde? ¿Y hace cuanto tiempo?"

En el calor de un verano en el desierto, nadie iba a llevar un cadáver muy lejos o mantenerlo por mucho tiempo. Gaza estaba a más de treinta leguas a través de la provincia Árabiga. Treinta leguas en una caravana que cubría seis leguas por día. O bien las chicas acababan de mudarse a salvo a la ciudad de Gaza esta noche, o se habían encontrado fuera de los acantilados de Petra con la pesadilla de la que estaban huyendo.

Los hombres de Juba no habían recibido noticias de que hubieran tenido algún tipo de problema. Entonces, o bien los guardias estaban muertos o Lailah, por razones insondables, había abandonado la caravana en mitad del desierto, sola.

Con el peso de dos hombres, los porteadores se afanaban por las calles adoquinadas y la impaciencia se apoderó de la sangre de Seth. Estaba listo para lanzarse a la calle, para correr adelante antes que sufrir la demora del consuelo. Respiró hondo, cerró los ojos y se concentró en los hechos que tenía. Muy pronto sabría más. Muy pronto sabría lo peor.

***

Decir que había sido golpeada hablaba con demasiada amabilidad del crimen. Había marcas de ásperas sogas en las muñecas, el rostro era irreconocible y la evidencia sangrienta de violación manchaba su vientre y muslos.

Seth le cubrió el cuerpo con una manta y se pasó una mano por la cara. "Báñala," le ordenó a Tamir, apoyando una mano en el hombro del hombre silencioso. “Búscale algunas túnicas y déjala en el anexo. Está más frío allí."

Todo el dolor más profundo del viejo criado pareció inundar sus ojos y este asintió pacientemente.

Drusus retrocedió, no queriendo ver más del crimen de lo necesario. "Tiene que ser incinerada discretamente, Aya." Habló con tranquila convicción y Seth asintió. "Nuestro asesino es romano, antiguo ejército. La Tercera Legión no será de ninguna ayuda de todos modos. Les pedí una vez que encontraran a uno de los suyos que había matado a un esclavo egipcio. Una mujer. Inútil. Pero además,

no puedes tenerlos por esta casa. Si los nabateos descubren que los soldados comunes han tenido acceso a nuestros detalles comerciales, te excluirán antes de que puedas parpadear."

"¿No tienes ninguna duda de que fue él?" Seth caminó lentamente hacia la mesa y tomó un largo sorbo de agua fría.

"No creo en las coincidencias, Sethos. He vivido de mis instintos demasiado tiempo para dudar de esto."

Seth asintió de nuevo. "Tenemos que esperar ahora a que los pasajeros de Juba regresen con noticias de Gaza. Hay sangre fresca en el escalón, Dec. Ella no murió hace cinco días. La ha mantenido viva. En algún lugar entre aquí y Gaza."

"En el camino, tal vez," ofreció Drusus.

Zayed dio un paso adelante con un *khameez* limpio plegado en los brazos y Seth le dio las gracias. "Me volveré a bañar, primero," dijo. "Siento que tengo las manos manchadas de antigua sangre." La culpa le manchaba la piel en zonas pegajosos, picando en a espalda y el pecho y estómago. Aunque se limpiara con aceite y esparto, llevaría consigo esa culpa cuando fuera a enfrentar a Jaida con la noticia.

"Si atrapó a una chica," dijo Drusus con tanta tranquilidad que las palabras eran poco más que temores moviéndose en el aire de la noche, pero Seth las escuchó con tanta claridad como si estuviera gritando, "puede que aún tenga las otras." Hizo una pausa por un momento. "¿Dónde está Juba ahora?"

"En el templo, diría yo. Cuestionando a las chicas." Seth inclinó la taza de agua para beber y se dirigió hacia los baños. "Si Ishaq está en esta ciudad con las mujeres, difícilmente podrá esconderlas por mucho tiempo. A Juba le resultará más fácil encontrarlo."

"Eso mismo estaba pensando," asintió Dec. "Mostró la cara en el templo para asustar a las chicas. Trajo el cadáver hasta tu puerta, presumiblemente para hacer lo mismo por ti. ¿Lo ha hecho?"

"No," siseó Seth mientras se quitaba los pantalones y se sumergía en

el agua tibia. La furia y la frustración hervían juntas en sus entrañas, y las preocupaciones que tenía por la seguridad de Jaida ardían en el fondo de la garganta, pero no le tenía miedo a este hombre.

“Deberías considerar cuánto sabe sobre nuestra posición aquí con los gobernantes nabateos. Si nos mete en un escándalo, puede que sea más una amenaza financiera que física."

“No tengo miedo de lo que pueda hacer. No tengo nada aquí que no me haya sido dado. Si me lo quitan, aún tengo suficiente para encontrarlo. Y lo encontraré." Cuando cerró los ojos, las puertas de la arena volvieron a traquetear sobre bisagras oxidadas. Pero ahora no había miedo por sí mismo ni por su propia seguridad corriendo por sus venas. La imagen de las heridas de Lailah yacía entre los horrores más antiguos de su vida y la idea de esa misma crueldad hacia Jaida le congeló la sangre en el corazón.

Este hombre era un cruel cobarde que ejercía su malicia en las preciosas y frágiles diosas que su padre había creado. "Lo encontraré," repitió.

Capítulo 10

Para Jaida era más fácil encararlo desde detrás de las reconfortantes capas de su ropa. Con su cara limpia y su cabello recogido en un nudo suelto, Jaida encontró una sonrisa tensa para su hermana y tomó su mano mientras se sentaban a esperar la palabra de Aquila.

Juba había supervisado la corta caminata desde el templo hasta la mansión y sus hombres ahora estaban fuera de su casa, así como los cuatro que esperaban adentro junto a sus puertas y ventanas. Pero cuando llegaron Áquila y Drusus, los guardias salieron discretamente de la habitación.

Él se había vestido, pero no con las brillantes galas a las que Jaida se había acostumbrado. Vestía sólo el lino fino blanqueado de un khameez suelto, sin pedrería ni bordados y sin la rígida ostentación del oro y el hilo precioso. La pura prenda colgaba holgadamente sobre los músculos de su pecho y hombros, la tela de marfil se oscurecía con las sombras de la carne que yacía debajo. Aquila se había arremangado las anchas mangas y la luz dorada de la lámpara se enredaba en el fino vello que brillaba en sus antebrazos. Anchas pulseras de cuero estaban abrochadas a las muñecas, y los ojos de Jaida acariciaron la longitud de sus fuertes dedos marrones.

"¿Y bien?" Aquila levantó las manos con aparente irritación, exigiendo a Juba detalles antes de que pudieran promulgarse las cortesías de bienvenida. El oro brillaba en sus dedos, y cuando cerró el puño con agitación, las gemas parpadearon débilmente, como pequeños destellos de violencia. Era más fácil mirar sus manos. Su conciencia de él le calentaba a Jaida la piel y ella se apretó más el aba en la cintura.

"Bueno, aún no tenemos nada." Juba parecía imperturbable por la falta de formalidad, cediendo a la evidente tensión en el estado de ánimo de su jefe. "He duplicado la guardia, he enviado jinetes de relevos por la ruta a Gaza, como sugeriste, y tengo hombres que vigilan de forma encubierta los terrenos del templo. Tengo un grupito peinando los mausoleos abiertos esta noche, buscando

cualquier señal de acampada o vivienda errante. Por la mañana revisaré todas las tabernas y posadas de este barrio en busca de extraños que hayan venido aquí en los últimos dos días." Levantó las manos imitando a Aquila. "Eso es todo lo que puedo hacer por ahora."

Aquila envolvió con los brazos su pecho defensivamente, paseando por la salita. De vez en cuando levantaba una mano para rascarse la barbilla, y cuando alzaba la mirada para encontrarse con la de ella, Jaida captaba la sensación de terror que ardía profundamente en las sombras de esos ojos. Aquia se giró bruscamente, pero no lo bastante rápido para ocultar los nudos de ansiedad en la piel suave debajo de su frente, y se mordió el labio inferior, alzando la vista una vez más para encontrarse con ella y desviándola de nuevo.

El cuerpo de Jaida respondió al mudo contagio, poniéndole la piel de gallina en los brazos y erizándole el vello de la nuca. Ella juntó las manos, agarrándolas para evitar estirar los brazos para detenerle, para atrapar sus pasos inquietos y exigirle que compartiera cualquier conocimiento que lo impulsaba a pulular por la sala.

"Hay más," dijo Aquila, con la voz ronca por la emoción, y volvió la cara hacia la esquina, pareciendo reunir fuerzas o las palabras que necesitaba explicar. Cuando volvió toda la fuerza de su atención, la mano de Jaida se deslizó para encontrar consuelo en el tacto de su hermana.

“Lailah está muerta," dijo, poniéndose en cuclillas frente a las chicas para que sus ojos estuvieran al mismo nivel que el de ellas. “Mientras estaba aquí en la fiesta, dejaron su cuerpo en la puerta de mi casa."

Al lado de Jaida, Ianthe sollozó y apretó los dedos de la mano de su hermana hasta que estos palpitaron, pero ella no intentó apartarlos. Sus palabras fueron sólidas ráfagas de frío que alcanzaron sus mejillas y avivaron su helado impacto sobre su rostro, bajando para llenar su cuerpo. ¿Muerta? ¿Lailah? Esos sonidos eran ridículos, no tenían sentido.

Los ojos oscuros de Aquila, que brillaban tan cerca ante ella, se

colmaron de cruda emoción y le ofrecían una súplica. Él estaba arrodillado ante ella buscando perdón. Era la culpa lo que manchaba sus mejillas. Esta culpa lo aplastaba ante ellas y él quería que Jaida lo liberara de su peso. ¿Lailah estaba muerta?

Si su hermana había sido asesinada, entonces esa culpa era bien merecida y, a medida que aumentaba el horror de su revelación, traía consigo ira. "Muerta," susurró Jaida. "¿Cómo murió? ¿Por qué estaba ella aquí?"

Él se encogió de hombros y se pasó una mano por los ojos, por la cara, y dejó los dedos en forma de copa alrededor de la boca como si eso lo excusara de la necesidad de responder.

Lágrimas le asomaron a Jaida en los ojos y le formaron un nudo en la garganta, pero ella se obligó a pronunciar las palabras. "¿Crees que fue Ishaq quien la mató? ¿Estás seguro?"

Nuevamente él se encogió de hombros, "No veo otra razón por la que la dejarían en mi puerta. Y es demasiado oportuno que él haya sido visto esta noche."

"¿Quieres decir que si simplemente la hubieran asesinado por el oro que le diste, o si hubiera muerto por uno de los muchos peligros que tú mismo mencionaste, la habrían arrojado a los páramos, sin que la llorasen?"

Los sollozos de Ianthe se fortalecieron y ella dejó caer la mano de Jaida, cubriéndose los ojos con las yemas de los dedos y doblándose sobre sus propias rodillas.

Aquila suplicó: “Había guardias en la caravana. Deberían haber estado a salvo. Más seguras."

"¿Ellas?" Jaida se irguió y su voz se tensó, ronca. "¿Crees que las demás también están muertas? ¿Dónde está Lailah? Quiero verla."

"Eso no sería prudente," interrumpió Drusus. "Y, dado que sospechamos de un romano, no denunciaremos su asesinato. La incinerarán discretamente."

"¿Tan brutal fue su muerte?" Jaida mantuvo su mirada fija en

Aquila. Cada detalle del horror debería ser presentado en esa cara. Él debería responder por la decisión que había tomado de enviar a sus hermanas a valerse por sí mismas. Este había sido el resultado de todas sus posturas de alta moral. La diosa le había dado a Jaida una advertencia y esta no podría haber sido más clara. "¿Su libertad ni siquiera les dio una oportunidad de justicia?"

"Ella murió esclava." Las palabras de Drusus fueron afiladas por la molestia y Aquila se puso de pie para enfrentarlo, pero él no se detuvo. “Los esclavos no tienen justicia. Los esclavos egipcios no son nada para los romanos ni para los nabateos. Los esclavos no son nada para nadie más que propiedad. Y estas mujeres se negaron a esperar hasta tener la libertad de la ciudadanía de su patrón."

Aquila puso una mano en el hombro de su padre y pidió calma silenciosamente, pero la ira de Drusus ya había presionado a Jaida más allá de la tristeza soportable. Ella se puso en pie rápidamente, se abalanzó hacia la puerta y se alejó por el oscuro pasillo.

Seth la siguió sin pensarlo. Las paredes de piedra desnuda de la mansión del templo arrojaban ecos oscuros y el humo grasiento y arenoso de las mechas de sebo llenaba el aire, produciendo un picor en la garganta con cada respiración. El pasillo terminaba abruptamente en una pequeña abertura asimétrica.

Una sola llama iluminaba el miserable espacio, dejando dos duros catres y un sofá individual en la penumbra gris. No había ningún agujero en la pared exterior ni lugar para tomar aire fresco. Jaida se sentó en un camastro, arrojada de lado sobre un montón de áspera ropa de cama, sollozando el humo rancio profundamente en los pulmones.

No había forma fácil de llegar a ella. Nada podría ser más claro que su aversión a su tacto, y parecía haber muy pocas palabras que él pudiera ofrecer para tratar de aliviar ese dolor. Él entendía su enfado, pero, por terrible que fuera el resultado final, no podía aceptar la culpa de esta brutalidad.

No había ningún lugar en su corazón donde pudiera asumir el precio de ser dueño de otro ser humano. Si eso era ilógico, que así fuese. Era una aversión cincelada y martillada en cada músculo de

su cuerpo. Toda agonía y humillación que recordaba o bloqueaba de su mente provenía de la inhumanidad de la esclavitud.

Estaba hecho. Lo que importaba ahora era encontrar una manera de minimizar el sufrimiento que esto iba a producir.

"Jaida." Él pasó junto a ella, reteniendo las manos que querían tirar de ella hacia él. En cambio, él se volvió, se sentó en el único sofá y juntó las manos a la altura de las rodillas.

"Puede que las otras chicas estén vivas," susurró él. "Quizá, de alguna manera, aún estén en la caravana hacia Gaza. Pero aunque él las tenga a toaos, no creo que estén muertas."

Si ella escuchó sus intentos de tranquilizarla, no hubo ninguna señal. O tal vez los había escuchado, pero no encontraba motivos para tener esperanza en sus palabras.

El aire sucio hacía que el espacio entre ambos pareciera denso y que ella lo apretaba sobre su piel, encerrándolo lo mejor que podía. Aun así, él se acercó. "Por la mañana sabremos si él está acampando en algún lugar de la ciudad. Para mañana, Juba habrá rastreado el área y exprimido toda la información de las calles. Tendrá noticias de Gaza en tres días. Si él está aquí, lo encontraremos. Creemos que puede estar reteniendo a las chicas. Esta es una posibilidad, al menos. Y eso hará que sea más fácil de encontrar. Mientras estén vivas, existe la posibilidad de que podamos salvarlos."

"¿Por qué?" Ella se sentó erguida bruscamente y se volvió hacia él, conteniendo los ásperos sollozos, con espeso y húmedo pesar en el rostro. "¿Qué te hace pensar que las quiere mantener con vida?"

La respuesta era difícil de dar y él sabía que sería difícil de oír, pero tal vez había más esperanza que horror. "Lailah no murió hace cinco días." Seth trató de mantener un tono uniforme y suavizar los bordes más afilados de sus palabras. "Murió en mi puerta, o muy cerca. Tiene moretones, heridas más antiguas. Pero estuvo viva hasta momentos antes de que la encontraran."

Jaida sollozó cuando las fuertes emociones se contrajeron y se retorcieron en sus rasgos. "¿Momentos?"

El asintió. "Había sangre fresca."

“Ella salió de tu casa, fue capturada y golpeada durante cinco largos días, luego regresó a ti como un cadáver. ¿Va a ser ese el destino de todas mis hermanas?"

"Quizá." Habló en voz baja y estabilizó su determinación de enfrentar su angustia.

"¿Violada?"

"Sí."

La ira en los ojos de Jaida casi se derritió en lágrimas, pero él la miró con suavidad mientras ella continuaba con sus acusaciones. “Así que los peligros del sacerdocio o los comerciantes o cualquier otro hombre libre eran menores que los que la diosa nombró después de todo. Todos los peligros que promocionabas para un esclavo no eran nada comparados con los terrores que atraparon a mis hermanas en el desierto."

“Los peligros eran los mismos. Solo hay un nombre para el perpetrador. Yo podía haberlas mantenido a salvo."

"No lo hiciste."

"No quisieron quedarse."

"Podrías haberlas obligado." El dolor rompió las palabras en su boca y Jaida sollozó de nuevo, doblando desesperadamente las manos.

"Y a ti," dijo Seth en voz baja. "Puedo obligarte a hacer lo que te diga. ¿He de hacerlo? ¿Debo ordenarte a la seguridad de mi casa?"

Los ojos de Jaida estaban oscuros e hinchados, las lágrimas corrían por sus mejillas, pero el fuego salió escupido de sus labios cuando levantó la cara de nuevo y gritó: "¿Ahora vas a ser nuestro dueño? ¿Por qué? ¿Acaso eres menos peligroso que los hombres fuera de tus muros?"

"Mírate." Temblores le recorrían el cuerpo, transmitido por una ola de furia e impotencia. “Tan acostumbrada a conseguir todo lo que

quieres. Todos saltan a tus órdenes. Solo tenías que decirlo, y es era. Solo debías querer, y se te daba."

Seth se puso de pie, apartándose de la vista de ella, con el rostro hundido en las sombras.

“Mis hermanas deberían haberse quedado. Era suficiente que tú quisieras que se quedaran. ¿Es mi destino bajo tu techo tan diferente del que conocieron mis hermanas?" Jaida se puso en pie de pronto y caminó a grandes zancadas a lo largo de la pequeña habitación y habló. "Tú no quieres ordenarme como esclava porque crees que debería darte cualquier cosa que quieras. Eso es. Eso es lo que pretendías ganar. ¿Cuánto le ha costado a tu orgullo que todas te hayamos rechazado?"

"Nada." La frustración le quemaba la lengua, pero no había ira en el tono de voz. “Nada de lo que he hecho me ha costado nada, ni en orgullo ni en oro. Todo lo que tengo me fue regalado y yo he tratado de daroslo libremente."

“Éramos esclavas sin precio, lo dijo tu padre. Sacerdotisas vírgenes incalculables." La respiración de Jaida seguía dudando mientras hablaba, pero lo encaraba directamente con la fuerza de su dolor. "Tú no quieres una sacerdotisa, quieres sacarnos del templo. No quieres una esclava, de modo que todo esto no es para proteger tu inversión. Entonces ¿por qué? No hay otra razón para que nos quieras bajo tu techo. Quieres de nosotras lo mismo que tomó Ishaq, solo que estás menos inclinado a someternos a golpes."

Seth dejó que una risa cortante le saliera de la boca. "Estás equivocada," dijo él. “Quizá tu virginidad pesa más en tu mente que en la mía."

Jaida dio un paso atrás como si la hubieran abofeteado.

“La noche que llegaste discutí con Decimus sobre el valor de una vida. Entonces no sabía lo que él sabía, lo que él había aprendido. Yo aún pensaba en términos de precio, pero él sabía que algunas cosas son tan valiosas que incluso una montaña de oro es irrelevante siempre que se mantengan a salvo en el mundo."

“Mantenida a salvo," dijo Jaida con tristeza, dejándose caer débilmente en su asiento del duro catre mientras el estallido de dolor e ira comenzaba a chisporrotear y menguar. “Entonces gasta tu montaña de oro manteniéndonos a salvo aquí. Encuentra a mis hermanas si quieres, si puedes, y gasta otra montaña de oro en su seguridad. Y cuando yo tenga mi libertad, gasta otra montaña de nuevo para mantenerme a salvo hasta que pueda contratar un templo y pagar mi propia seguridad. Hazlo, si somos tan preciosas, si aún puedes establecer un valor en oro para mantenernos a salvo cuando seamos libres, hazlo. Después de todo," siseó ella, ya sin la fuerza ni el coraje para levantar la voz. "No tenemos precio."

"No lo tenéis," coincidió él. En la puerta él se agachó bajo la piedra irregular y giró. Sin mirarla a los ojos, agregó: "Yo no merezco esta ira. Cuando te hayas calmado lo suficiente para saber qué es lo que quieres de mí, pídele a Juba que te lleve a la casa. Todo lo que yo pueda darte, es tuyo."

Desde el pasillo gris él oyó: "Ya te he dicho lo que quiero. No necesito decírtelo de nuevo."

Jaida no lo vio alejarse. Ella tenía las manos enredadas en el áspero tejido de las sábanas y enterró el llanto entre ellas. Él no se merecía su enfado. Parte de su mente arremetía contra esa afirmación, gritando contra toda la injusticia y la impotencia que ella sentía. Pero otra parte sabía completamente la verdad en lo que él decía, y eso solo servía para alimentar su sentimiento de agravio.

Un hombre que no les debía nada había ofrecido a las chicas condiciones más que generosas. Les había dado la libertad que exigían. Pero ¿a qué riesgo? ¿Y a que precio? Eran niñas y, como niñas, necesitaban orientación y protección, incluso de sí mismas. En cambio, las habían entregado a un mundo hostil sin las habilidades para encontrar su propio camino con seguridad. Sollozos más firmes se elevaron al pensarlo y ella golpeó ineficazmente.con el puño el duro armazón de la cama.

¿Qué queria ella?

Tener de vuelta a sus hermanas. A Lailah a salvo y riendo, atrapando la luz del sol en su cabello dorado. Pero por encima de

todo, si era honesta, si respondía a su corazón donde nadie más podía oirla, por encima de todo quería sentirse segura. Ishaq estaba en las calles, acechando entre las sombras de la ciudad de piedra rosa, y Jaida tenía miedo. Por encima de todo, esta noche quería sentirse segura.

Los pasos en el pasillo la hicieron levantar la cabeza. Con cansancio, se secó las lágrimas y la nariz, se frotó el rostro y lo obligó a adoptar una apariencia de normalidad. Hilos y mechones de cabello flotaban y le hacían cosquillas, y ella los apartó, respirando con fuerza en un intento de despejarse la cabeza.

"Se han ido." La voz de Ianthe se fue apagando como si le hubieran arrebatado todas las esperanzas.

Se movió para sentarse junto a Jaida, arrastrando los pies pesadamente sobre la piedra, demasiado agobiada por el dolor para levantarlos. "Mañana harán su pira funeraria, ¿te lo dijo? En la tumba de su familia."

"No." Jaida negó con la cabeza y observó a Ianthe alisarse las lágrimas de la mejilla. “Él estaba más preocupado por encontrar a Ishaq. Cree que las otras chicas aún pueden estar vivas."

Ianthe asintió. Esa parte de la conversación entre Drusus y Juba debía de haber sonado más o menos igual.

"Y aún quiere que regresemos a la seguridad de su casa."

“¿Nosotras? ¿O te quiere a ti?" Ianthe intentó esbozar una débil sonrisa, pero sus ojos estaban oscuros por la suplica de tranquilidad. "Jaida, no me irás a dejar sola, ¿verdad?"

"No."

"Lo lo comprendría. Al menos lo intentaría, pero Jaida, estoy tan asustada, y Lailah está muerta. Las otras también pueden estar muertas ahí fuera. O estar retenidas y ser golpeadas... "

"No." Jaida levantó la voz para detener el flujo de pensamientos e imágenes. “Yo he sido, nosotras hemos sido elegidas por la diosa. Si alguna de nosotras hubiera seguido su sabiduría y se hubiera

mantenido a salvo en su templo, esto nunca habría sucedido. ¿Crees que yo elegiría a un hombre ahora?"

Su esperanza estaba en la diosa, pero el recuerdo de los dedos largos y fuertes de Seth, tensos y levantando las correosas venas a lo largo del duro músculo de sus antebrazos desnudos, hizo que las promesas de Isis parecieran mucho menos sustanciales que las de él.

En oración y devoción ella podían oír la voluntad de la diosa, pero cuando él estaba cerca de ella, con ese pecho bañado en fragantes aceites y atrayendo la mirada hacia los contornos esculpidos de su flanco, la diosa parecía estar mucho más lejos.

"Podrías hacerlo," suspiró Ianthe.

Las palabras golpearon a Jaida y ella se estremeció, esta reacción la impactó como una llamarada. Esas palabras se hacían eco de una tranquila voz interior y susurrante que incluso la propia Jaida intentaba no escuchar. Ella miró fijamente a su hermana, pero Ianthe rehusaba mirarla a los ojos.

Mirándose las manos, o mirándose los dedos de los pies seguir el dibujo de los adoquines, Ianthe dijo cautelosa: "¿Significaría eso elegir, si regresamos allí? ¿Si tú volvieras y yo te acompañara? ¿No podríamos ir a la casa, solo hasta que sea más seguro? Solo hasta que encuentren a Ishaq. Aún podríamos servir a la diosa, ¿no?

Una nueva ola de lágrimas asomó por los ojos de Jaida, pero eran silenciosas lágrimas de admisión, y ella negó con la cabeza. "Deberíamos quedarnos aquí."

Ambas chicas respiraron reluctantes el aire cruel, con las nasales irritadas por el dolor, e Ianthe tensó sus protestas en un ceño fruncido. Se mantuvo firme en su estudio del suelo, silenciosa e insegura. La calidad de sus comidas había disminuido constantemente y las camas en las que dormían ofrecían poco consuelo. Este pequeño espacio era lo único que ellas llamaban suyo. En la casa de su patrón había habitaciones amuebladas, alcobas con aire limpio y agua corriente. "Sería más cómodo allí," intentó su hermana. "Yo esperaba que nuestras vidas fueran como oráculos," movió la mano por la habitación, "algo más que esto."

“Cuando encontremos un templo que se adapte mejor a nuestras necesidades y un sacerdocio menos antagónico, nuestra vida será mejor," respondió Jaida.

"Pero para entonces estaremos separadas. Aunque podamos establecernos en la misma ciudad, tendremos vidas separadas." Había más confianza o desesperación en los argumentos. "Y hasta entonces, ¿no estaríamos más seguras con él?"

Jaida se miró los dedos. Estos le temblaban de miedo y de debilidad y de la terrible certeza de que si ella se ponía en condiciones de elegir, la elección pondría a prueba su fe más allá de sus fuerzas. “Tenemos gracias que dar cada mañana, dos servicios cada día, audiencias personales y oraciones y ritos de santificación que realizar en el templo. Sería ridículo viajar ida y vuelta todos los días. Si nos dedicamos a la diosa, deberíamos quedarnos aquí junto a su templo."

“Nadie viene al templo para nuestros ritos, no aún. No, a menos que regalemos comida y vino gratis. La sacerdotisa de Al Uzza se ha asegurado de que no mezclemos a las diosas, y ninguno de sus ritos puede reformarse. De sus sacrificios. Todo lo que hemos aprendido en toda nuestra vida se ha convertido aquí en una abominación. Ni siquiera podemos hacer lo que nos han entrenado para hacer mientras estamos aquí."

"Dales tiempo."

"Tengo miedo. ¿Y si no tenemos tiempo?" Ianthe se puso en pie y paseó por el estrecho espacio de la sala. “¿Y si los hombres que Juba tiene ahora protegiéndonos fueran libres para ayudar en la búsqueda de nuestras hermanas? ¿Y si la diosa misma ha traído a Aquila aquí para salvarnos? ¿Y si es su voluntad que nos mantengamos a salvo en la casa de Aquila?"

Jaida apretó los puños y se le formaron hoyuelos en la barbilla por la frustración. "Y si, y si. No lo sé. Pídele dirección a la diosa. Pregúntale dónde deberíamos estar. ¡Lo único que sé con certeza es que yo no estaré a salvo en su casa!"

Ianthe se congeló, su paso agitado se detuvo a mitad de camino.

"¿Crees que él te haría daño?"

Jaida resopló, empujando un puñado de sábana de lino áspera para frotarse la nariz. "No."

El silencio de su hermana trasladaba pensamientos que ella no tenía necesidad de decir en voz alta. Sus años de aislamiento significaban que gran parte de lo que ambas pensaban y sentían se entendía por experiencia común y, en silencio, Ianthe se ponía en la posición de Jaida. Volvían a surgir opciones que nunca habían tenido como esclavas. Habían convenido de mutuo acuerdo que si una permanecía en servicio, ambas permanecerían. Pero ¿y si una tuviera opciones ahora más tentadoras que una vida de celibato y devoción?

"Lo haremos," dijo Ianthe por fin sentándose al lado de Jaida.

A la pregunta silenciosa de Jaida, ella respondió: "Le preguntaremos a la diosa. Pasaremos la noche en meditación y mañana iremos al templo y realizaremos un oráculo."

De nuevo Jaida intentó reír, pero el sonido fue un bufido desagradable. “¿Con su incienso? ¿Con sus hierbas alucinógenas? ¿Crees que eso nos dará su respuesta?"

“Nos la dio antes, no importa cómo. Nos advirtió a todas del peligro, y eso resultó cierto."

Eso era cierto. Le había mostrado a Jaida que había peligros en cada sombra, y ella podía recordar el rostro que había visto con una claridad centelleante.

***

Seth se reclinó con los brazos por encima de la cabeza, agarrando una muñequera con la otra mano. Su pulgar se ocupaba distraídamente con la hebilla y él miraba fijamente el techo sobre él, tratando de leer las respuestas en la grietas del yeso. Drusus había hablado con Juba para analizar lo que sabían, calcular distancias y días y para trabajar en especulaciones y conjeturas.

Seth solo había oído fragmentos de la conversación y la mayor parte de lo que había escuchado, él lo había descartado como irrelevante. Jaida tenía razón en más formas de las que ella creía. Durante los últimos diez años él no había tenido nada que hacer sino querer, y querer era tener. Era una vida fácil y esta había recorrido un largo camino hacia la curación de las heridas de los años anteriores.

Pero las habilidades que lo habían mantenido vivo en el desierto y la arena permanecían dormidas en las oscuras sombras de su mente. Los sudores punzantes de las pesadillas habían funcionado como una piedra de afilar, manteniendo su ingenio tan afilado como cualquier espada. Y ahora, mientras la ira y el propósito ardían en sus entrañas, la necesidad le hacía recordar.

"No hay más que pueda hacer esta noche," concedió Juba, estirando algo de la rigidez de la edad fuera de su columna. "Me quedaré aquí esta noche, Sethos. Traerán noticias de la calle al amanecer. Si estoy aquí, eso ahorrará tiempo."

Seth se estiró y abrazó cariñosamente al hombre mayor mientras este se retiraba.

"No me voy a quedar." Drusus se presionó los ojos con fuerza con los dedos, sosegando la tensión y la fatiga que se adherían a su piel. “Los ancianos necesitan su propia cama para dormir bien y yo pronto dejaré la mía para siempre. Mañana tengo que finalizar mis contratos con el consejo real, y después la chica será depositada en la cripta. Los enterradores vendrán a buscar el cuerpo antes del amanecer y mañana por la noche haremos la pira funeraria. Solo por el bien de las chicas. Ahí hay una excusa para que veas a tu sacerdotisa, querido."

"Eso es desagradable, Dec."

"Pero es cierto. Yo no voy a volverme más joven. Cásate con ella antes de que me vaya. Hazme feliz en mi último viaje fuera de casa."

"Ella no quiere casarse conmigo." Ella estaba perdida, enojada y asustada, y qué no daría él por ver esos hermosos ojos libres de ese terror. "Está enojada, y no la culpo por ello."

“Ella no sabe lo que quiere. Unos años de extravagante comodidad y pronto lo habrá superado. Miéntele. Las mujeres son más felices cuando les mienten."

"Un consejo que viene de tu vasta experiencia con las mujeres." Seth sonrió.

"Oh, son todas iguales. Dales dinero. Dales bebés. Pronto caerán a tus pies."

"Yo no la quiero a mis pies."

“Pues la otra, entonces. Es más hermosa de todos modos."

"No lo creo."

"Te estás poniendo difícil, Sethos." Drusus se puso de pie y deslizó los dedos por la sedosa longitud de su bigote. “A veces hay que aceptar el segundo premio, ya deberías saberlo. Te traje ocho, tiraste seis y la que no te quiere es la única que quieres." Agachando la cabeza para besar la mejilla de Seth, se dirigió a la puerta y la atravesó. "Te he mimado demasiado. No cometas mi error."

“Nunca cometiste un error en tu vida, Pater mío. Y tú lo sabes tan bien como yo."

El estrecho hueco de la escalera se abarrotó claustrofóbicamente mientras Seth subía a sus habitaciones. Al subir recogió el largo de su khameez y se lo subió por la espalda y por la cabeza. Jaida estaba enojada y afligida por su amiga y por todo su pérdida. A Seth le dolía el corazón por todas ellas, pero era sólo a ella a quien deseaba consolar. Lo único que podía hacer era poner a prueba su ingenio contra el hombre que la había lastimado y confiar, si es que había alguna esperanza, en poder salvar las vidas que ella amaba.

Se recostó en la cama y se tapó los ojos con un cojín. Por su cuenta, él sabía que podía protegerla. Y si ella venía a casa donde él podía saber quién iba y venía, mucho mejor. Aunque ella no estuviera en la misma habitación que él.

Seth no podía negar el deseo que le bullía en la sangre, y el recuerdo de esos ojos oscuros y la promesa de esa boca le recorían

el cuerpo. Pero todo lo que tenía no era nada para una chica cuyo corazón pertenecía al templo de su diosa. Si ella quería riqueza, comodidad o placer, había cosas que quería más.

Que así sea.

Por el momento, él necesitaba concentrarse en su oponente.

Dec y Juba habían debatido interminablemente, pero estaban siguiendo el hilo equivocado. Estaban especulando, llenando los vacíos con posibilidades. Ese era un paso sin fin que no los llevaba a ninguna parte. Lo que necesitaban era deshacerse de las conjeturas y suposiciones. Al igual que cualquier otro oponente, no importa cuán fuerte o hábil fuese, cada vez que Ishaq se movía, cada acción, le decía a Seth algo sobre él. Y él yacía en la oscuridad, escudriñando desde las sombras, reuniendo lo que ya sabía con certeza.

Capítulo 11

La luz de la mañana llegaba lentamente a los ojos, pesados por la falta de sueño.

La meditación que las movió más allá de las demandas físicas de sus cuerpos era una de las lecciones de vida que ambas chicas habían aprendido hacía muchos años. Y cuando sus oraciones de petición llegaban a su fin, Jaida se permitió disfrutar de la familiar sensación de volver a hundirse en su propia carne. Dejó que las conexiones se formaran y reafirmaran: su columna, sus hombros, sus manos. Su cuerpo se estiró alejando las tensiones e incomodidades, y ella se volvió hacia su hermana.

Le sonrió. "¿Preparada?"

Había, con tanta terrible incertidumbre, miedo, pena y dolor, cierta alegría genuina en estos pequeños milagros, y Ianthe le devolvió la sonrisa. Tenían que bañarse, lo que significaba un viaje a uno de los baños de la ciudad. Hasta el mediodía, solo las mujeres podían estar presentes, por lo que parecía que no habría ninguna amenaza para ellas allí, y tenían a los guardias nabateos de Juba pululando a su alrededor. Podrían bañarse, aceitarse y masajearse, y eliminar el vello corporal con brea y goma. También había algo de consuelo en los sencillos rituales de la vida. Y cuando regresaran al templo, una vez que comenzara su oráculo, estarían solas y en silencio, salvo por la voz de la Diosa.

Ambas chicas se quedaron deliberadamente calladas, aferrándose como podían a la calma de oración mientras preparaban sus mudas de lino blanqueado y colocaban sus pantuflas y cosméticos.

***

"¿Sabemos dónde cumplió su servicio militar?" Seth arrastró pan por un plato de miel especiada y se lo llevó con cuidado a la boca.

"No. Las chicas no lo sabían. Pero lo veían al menos una vez al año,

por lo que eso estrecha el campo." Juba comía frugalmente para un hombre de su tamaño, y con nerviosismo. Sus espías habían llegado al amanecer, pero las calles estaban en silencio y todas las tumbas y parques estaban vacíos. Al parecer, Ishaq se había levantado de la arena del pavimento y se había deslizado por debajo de esta sin dejar rastro. Nadie había oído ni visto nada de él y no se encontraba ni rastro de él en ningún albergue o posada. Mientras desayunaban, los hombres de Juba estaban extendiendo su red, adentrándose más en los valles y aldeas cercanas a la ciudad.

Seth se enjuagó los dedos pegajosos y bebió vino dulce. La *Legio II Taiana Fortis*, levantada no hacía ni veinte años para las guerras dacias, pero radicada ahora en Egipto con las tropas auxiliares que tenían. La *Legio III Cirenaica*, en su mayor parte aquí en Petra, y la *Legio VI Ferrata* en Bostra. Todas luchaban duro y con cautela, relajándose en paz después de los asesinos años de los levantamientos de *Cirene*. Juntas, estas tres legiones formaban el estrecho campo de opciones de Juba, y esa noticia era mejor de lo que podía haber sido.

"Drusus se está tomando esto mejor de lo que hubiera esperado," confesó Juba viendo cómo el vino tinto se filtraba en su pastel de maíz seco. “Ni siquiera él podría haber predicho esto; no sabía nada de este hijo. Lo miro y me pregunto qué es lo que sabe que no está contando."

"¿Y ahora estás haciendo lo mismo conmigo?" Seth sonrió y abrió un higo maduro, luego partió la fruta en pedazos.

"Vosotros sois más como padre e hijo de lo que crees. ¿No crees que sería mejor que todos compartiéramos lo que sabemos?"

“Dec vive como un rey porque se guarda los secretos. ¿Sabías que anoche sacó a los enterradores de sus camas y que llevaron el cuerpo a la bóveda funeraria antes del amanecer? ¿Qué te dice eso?"

Juba pareció confundido. "¿Que él no la quería aquí? Eso no es de gran consecuencia, ¿verdad? Al final ella es solo una esclava."

"Eso significa que Drusus está esperando problemas y que protegerá

sus licencias comerciales primero y último."

"Tus licencias comerciales."

"Exactamente. Todo lo importante que no esté ya en la Curia, entrará esta mañana. Me sorprende que ya no esté aquí para recoger los documentos él mismo."

"¿Y tú protegerás lo que es importante para ti, primero?" Juba sonrió.

"Para eso estás aquí, amigo."

“Podrías habernos facilitado las cosas a todos si hubieras tomado lo que era tuyo. Nada de esto habría sucedido. No me quejo mientras el coste de toda esta seguridad me está llenando los bolsillos, pero ambas damas estarían más seguras aquí en la casa." Él sonrió con coquetería. "En tu cama."

"Ahí no hay nada mío," respondió Seth con irritación. "Y fue el propio Drusus quien me dio una lección sobre el valor de la belleza. Hay cosas que no puedes poseer, cosas tan valiosas y frágiles que con solo agarrarlas se rompen para siempre."

Juba se secó los dedos y se preparó para ponerse de pie, murmurando: "Padre e hijo."

"Gánate el dinero, Juba. Mientras Dec aún está aquí para protegerlo."

"Tú lo harás bastante bien. Su riqueza estará más segura contigo. Hay demasiados hombres que se alegrarían de verlo arruinado. Algunos en su propia casa."

"Algunos con buena causa."

Juba no se comprometió. No compartía las opiniones liberales de su jefe sobre la esclavitud, pero había bastante verdad en el sentimiento. “No hay muchos de nosotros con una riqueza que no venga a costa de alguien. Ha sobrevivido a la mala voluntad antes. Lo hará de nuevo."

"No lo dudo ni por un momento."

"Espero que no." Drusus entró en la habitación con Zayed tras él, envuelto en resmas de toga, con los brazos abiertos como un orador de teatro a punto de pronunciar su mejor declamación. "Llego tarde, Sethos. He estado entreteniendo a la Tercera Legión. No a todos, gracias a Dios, pero sí a los suficientes como para pisotear con arena mis incalculables alfombras Medianas."

Seth salió rodando del sofá y se levantó para abrazar a Drusus. "Las cosas se están moviendo rápido, Pater."

“Se han marchado en tropel a las criptas en busca del cadáver por el momento. En cuanto regresen aquí nos dirán si tenemos un oficial con el que lidiar o simplemente soldados de infantería buscando la paga de un mes en cada moneda de oro."

"¿Cuál fue la razón que dieron para la búsqueda?" Seth ya se había quitado el khameez y una mirada a Zayed envió al promus de la habitación en busca de un atuendo romano completo. Ishaq no tenía ninguna intención de jugar un juego sutil, y las insignias de la nobleza romana serían una prueba contra los golpes bajos.

"Un informe de una prostituta asesinada, afirman."

"Él no esperaba que su cuerpo estuviera allí, seguramente, así que fueron enviados para comprometer su discreción comercial. Quienquiera que él se haya metido aquí en el bolsillo no sabe que me has pasado las licencias. Aún."

“Y para cuando lleguen aquí, no quedará nada por encontrar. Ahora me lo llevo todo a la Curia. Tendrás que decirles... "

"No estaré aquí." Seth lo interrumpió, caminando tranquilamente desde el *cenarium* y atravesando el atrio hacia su escalera. "Voy al templo."

Juba tomó el caso de Drusus mientras lo seguía. "Sethos espera hasta que hayas resuelto las legalidades. Hasta que lleves el papeleo al sátrapa. Cualesquiera que sean las acusaciones que Ishaq le plantee a los romanos, no podrán sostenerse una vez que hayas

establecido a estas chicas como esclavas, y tus esclavas además." No había ningún delito grave que pudiera cometerse contra un esclavo. Eran bienes, ni más ni menos. Asesinato, violación, mutilación, no eran más que daños a la propiedad, y no eran redimibles por la ley. "Déjame a mí mantener a las chicas a cubierto y veremos cómo imponer cargos de robo en su contra. Eso lo hará salir a la luz."

Drusus había abandonado la persecución y se había trasladado al estudio en busca de los documentos que necesitaba y los que debían mantenerse en secreto, pero Sethos condujo a Juba escaleras arriba hasta su alcoba privada.

“Dec puede ocuparse de las legalidades. Él es mejor en eso que yo, de lejos. Te necesito conmigo y quiero tantos hombres armados como puedas reunir a toda prisa."

"¿Dónde?"

"Yo voy al templo o a la mansión, dondequiera que estén las chicas ahora."

"¿Crees que él se arriesgaría a un ataque? ¿A matar a dos chicas?

"¿Aún crees que quiere matarlas?"

"¿Tú no?"

"Creo que quiere que le devuelvan su herencia, y ellas no valen nada para él muertas." Seth se había vestido con una túnica y estaba de pie con los brazos extendidos, mientras Zayed drapeaba la noble longitud de la toga.

"Ve ahora, reúne a tus hombres y tráelos al templo. Necesito una fuerza lo bastante grande como para resistir en un punto muerto, pero deben estar listos para luchar si viene el caso."

Juba se encogió de hombros. "Voy. Te veré en el templo. Dime, ¿vas a mantener un ejército apostado alrededor de ellas indefinidamente? ¿Allí en el templo?"

"Si tengo que hacerlo."

El anciano negó con la cabeza. "Espero que todo esto valga la pena."

"Esto es solo oro," Seth encontró una sonrisa tirando de sus labios. Una montaña de oro, quizá.

"¿Y cuándo me dirás qué va a hacer Ishaq?"

"Tan pronto como lo sepa, Juba." Seth sonrió. "Te lo prometo, tan pronto como lo sepa."

Drusus estaba en el estudio con tres sirvientes, con la espalda doblada bajo pesados cilindros de cuero para documentos. "¿Vas a ir con la sacerdotisa primero, Aya? Puede que tengas razón." Drusus revisó brevemente el pergamino que sostenía, lo metió en una cartera y caminó hasta donde estaba Seth.

Miró inquisitivamente a su padre, buscando aprobación. “Si vienen aquí, Zayed los detendrá. Si no puede, no hay nada aquí que puedan encontrar. Y los nabateos estarán seguros mientras tengan todo esto bajo su propio techo." Golpeó el cilindro de documentos más cercano, luego se detuvo como si temiera una reprimenda. "¿Cuánto crédito he obtenido hasta ahora?"

"Mucho. No más de lo que puedas cargar. Aún." Drusus sonrió algo de ánimo. "Tendrás que trabajar duro para volver a la cima."

Seth se encogió de hombros. “Hay algunas cosas que he aprendido a lo largo de los años. Más de lo que pensaba." Se inclinó para abrazar a Drusus. "No te arriesgues a venir al templo. ¿A quién conocemos en el senado nabateo que pueda ser útil?"

Drusus hizo una mueca, pero la expresión no le dijo nada a Seth.

“¿Romanos? ¿Tiene alguien en *Jabal Habees* con rango lo bastante alto en quien confiar?"

Una vez más, no había nada que leer en la expresión de Drusus, y Seth dejó pasar la pregunta. Habría tiempo suficiente para encontrar esas respuestas cuando supiera hasta dónde estaba dispuesto a llegar Ishaq.

***

Jaida echó en el brasero un pellizco de su incienso especial, con moderación, y olió el aroma que se elevaba, asegurándose de que Seth le había dicho la verdad en esto, al menos. Aunque encendió pequeños bloques de ambas resinas, no había empapado *khat* en el vino del templo y no había guardias disponibles para avivar el humo sobre el altar.

Ella trabajaba bajo un manto de pavor, los latidos de su corazón impulsaban toda la nutrida calma de su cuerpo mientras ella avanzaba hacia el momento de la prueba. Si esto no era más que una mentira, un truco con hierbas y alucinaciones, ¿qué esperanza había de una respuesta? Y si no lo era, si la propia Isis elegía esta puerta a su consciencia, entonces se debía prestar atención a su respuesta. Si la diosa les había dado a Sethos Asinius Drusus Aquila como protector, era a él a quien tenían que acudir. Jaida observó sus dedos mientras cerraba el cofre de incienso. Y si la diosa exigía su devoción, tenían que dársela y negar las tentaciones de la libertad, incluso allí en casa de Aquila.

Jaida inspiró profundamente y se tranquilizó, se alisó la rígida camisa de lino y ocupó su lugar, arrodillándose junto a Ianthe ante el altar.

Las palabras de su oración eran ilusorias mientras probaba cada sonido y sensación, cuestionando cada pensamiento. Sus pulmones tomaron aire con reluctancia, temerosas de admitir la atmósfera perfumada, y la tensión en cuello y hombros ardía. La copa de plata que tenía en la mano temblaba por el esfuerzo de mantenerla quieta, y Jaida se la llevó a los labios, sorbiendo e inclinando la cabeza con un murmullo de agradecimiento.

Incluso frente a tantas dudas, una larga familiaridad con su encantamiento llevó las palabras a su boca y luego lentamente a un ritmo que se estableció más profundo de lo que pensaba. Con el ritmo llegó el alivio, y con el alivio, respiraciones lentas que llevaron la inspiración elegida por Babu hacia la sangre y el espíritu.

A su lado, Ianthe se inclinó suavemente hacia adelante, con su

equilibrio perturbado por el aire a su alrededor y, cuando su frente tocó la piedra del altar, una ráfaga de risas brotó de su boca. Una sonrisa involuntaria apareció en la boca de Jaida y obligó a sus rasgos a enderezarse. Sus temores habían disminuido con la marea del incienso y su confianza en la sabiduría del universo se expandió. Su oración se había reducido a sílabas murmuradas que no tenían ningún sentido obvio y la forma en que la sacerdotisa residente golpeó el gong del templo con las manos, les pareció graciosa a ambas. Sofocando risitas, Jaida ordenó a sus pesados miembros que obedecieran mientras ella se afanaba por levantarse y ponía a su hermana en posición vertical.

Incluso con sus sentidos agudizados, con la cabeza liviana y los brazos plomizos, esta vez no tenía la sensación de sentirse abrumada por el círculo plateado. Le costaba hablar, tenía la boca seca y la lengua espesa, pero su memoria y propósito no la habían abandonado. Frente a Ianthe, el hermoso rostro de su hermana perdido en una calma dichosa, Jaida se aferró a la importancia de su ritual. Tomando la mano de Ianthe, las condujo desde el denso humo del lugar sagrado hacia la profunda sombra del auditorio sin luz.

En el estrado se pararon una frente a otra, respirando el aire más limpio y dejando que sus mentes se despejaran. No necesitaban preguntas, solo la paciencia y la humildad para recibir las respuestas cuando llegaran.

“Veo a Júpiter,” susurró Ianthe. “Brillando a la luz del sol. Enojado."

Y Jaida dejó que se formara una imagen de Júpiter, tan severa y desnuda, cambiando mientras este observaba desde un mármol blanco cegador hasta una cálida carne dorada. Por encima de ella, esos dedos acusadores se relajaron y curvaron mientras llegaban a su mejilla, sus ojos fríos se oscurecieron y sus labios suaves colgaban a solo un palmo de los de ella. El calor subió por el pecho de Jaida y le arrancó un gemido de la boca mientras daba un paso atrás. Su cuerpo trataba de alejarla de la visión, pero sus párpados se negaban a abrirse, se negaban a renunciar al asidero en el que sostenían.

Jaida tragó registrando la boca en busca de humedad, y se llevó las

yemas de los dedos a los labios. "¿Qué más?" preguntó agachando la cara.

"Él es frío. La piedra está fría. Lo recuerdo, ¿y tú?, el frío de las estatuas en el edículo." La voz de Ianthe era volutas de aire y sus ojos apenas estaban abiertos. "Los dioses tenían frío y nosotras orábamos en el humo de su altar."

Jaida recordaba claramente el mordisco de la piedra sobre sus rodillas desnudas, y el miedo y la confusión, murmurando una aproximación de las oraciones que sus hermanas parecían recordar mucho mejor que ella. Recordó las sombras profundas y las horas que pasaban meditando, recordó que no se atrevía a mirar hacia la escalera que había detrás, donde los rayos del sol de la tarde les decían cuánto tiempo más debían permanecer arrodilladas. Recordó un único rayo de sol en su podio, iluminando interminables bloques de escritura latina y un sinfín de credos que aprender de memoria.

"Ishaq nos trajo fruta," dijo Ianthe. "Y él olía a sudor y cuero, y su piel estaba bronceada por el sol del desierto, y él solía hacernos reír."

Su rostro, en la memoria de Jaida, se abrió como una flor desde el capullo hasta los pétalos. Desde la sonrisa de mejillas suaves de un joven, vio las arrugas de la risa tallarse más profundamente en sus rasgos y convertirse en arrugas de cautela, mientras esas sienes se volvían grises y sus ojos se enfriaban y entornaban la mirada. Su piel se separaba de la sombra oscura como si le hubieran drenado la sangre de la garganta, y allí se endureció él ante ella en un Marte de piedra, el Ares griego, frío, severo y furioso.

"Sin embargo, él dejó de reír." Jaida habló casi para sí misma, con la lengua demasiado seca para conversar, y se volvió hacia el lugar sagrado, moviéndose lentamente para buscar su copa de vino. Bebió un sorbo y llevó la bebida para ofrecérsela a su hermana.

Ianthe gimió, sus finas facciones se retorcieron de angustia. Ella estaba negando con la cabeza, lenta y tristemente. "Oigo llanto."

"¿Quién está llorando?" Preguntó Jaida, sus propios ojos ardían al ver el dolor de su hermana.

"Yo," susurró Ianthe. “En mi interior. Yo. Llorando y llorando, lágrimas que no terminarán nunca."

Jaida también oyó el llanto, todo el miedo y la tristeza de las chicas pegadas unas a otras en la oscuridad. Solas, asustadas y abandonadas.

Jaida cerró los ojos y remontó el movimiento giratorio en su cabeza, tratando de escapar de los recuerdos. Lejos de la fría piedra y la oscuridad había luz y esperanza. "¿Por qué están enojados los dioses?" pensó, y las palabras salieron de su boca espontáneamente. Pero ella sabía la respuesta antes de que su hermana hablara.

"Porque los hijos están llorando." Gruesas lágrimas se deslizaban entre las pestañas de Ianthe y corrían por las mejillas.

En algún lugar había luz y Jaida sabía que tenían que encontrarla. Las palabras en su cabeza brillaban, reflejaban algo más que oscuridad y miedo, y tenían el repique de cristal de la bendición de Isis. Ella quiso ver los sonidos formarse y desaparecer, comprender sus secretos mientras la diosa los aclaraba, pero una pisada cercana llamó su atención.

Seth caminó hacia ella desde las sombras del mediodía del templo. De entre todos los momentos y lugares, este era el último en a que ella se le hubiera ocurrido ver ese rostro. Pero aquí estaba dios. Él solo caminaba entre los guardias que las rodeaban. Hoy de nuevo, vestía como uno de la raza de los señores.

Parecía inseguro, con un pequeño ceño fruncido en su frente y paso vacilante. Antes de llegar a la última fila de asientos, se detuvo, esperando alguna señal o movimiento, cualquier cosa que le dijera lo que ella pensaba.

Ella no pensaba.

El corazón le dio un vuelco que hizo eco en sus ardientes oídos. Las lágrimas y la risa chocaban y ella se mordió el labio, temiendo tanto el terror como el alivio que había sentido al verlo. Él no habló, o si lo hizo, el ruido de su propia sangre era demasiado fuerte en sus oídos, y sus párpados eran demasiado pesados para recoger luz

suficiente para ver. Soltando la mano de su hermana, se volvió y dejó que sus pies encontraran los dos pequeños escalones.

De pie frente a él, dijo: "Los dioses están enojados," y esperó a ver cómo él manejaba la noticia.

Él asintió, su suave mirada fija en la de ella. "Eso no me sorprende."

Una sonrisa tocó esa boca por un momento y ella lo vio respirar el aire, lo vio lanzar una mirada hacia el escenario, hacia donde estaba Ianthe. En ese momento, lo que ella más deseó fue apoyarse en ese calor, descansar la cabeza en ese hombro y sentir la fuerza de sus brazos alrededor de ella, respirar de su piel un aroma más potente que el incienso de cualquier templo.

"¿Por qué estás aquí?" preguntó Seth. "¿Para quién es esto?"

Ella respondió simplemente: "Para nosotras."

"¿Por qué?"

Ianthe gritó, su voz estaba granulada por viejas emociones que habían salido a la superficie. "Porque tenemos miedo." De pie sobre ellos mientras lo dijo, con la luz humeante de las velas del altar enmarcando su esbelta figura, parecía infantil, y Jaida vio su aura ardiente destellar y fulgurar.

Seth la llamó para que ella le encarara, desde la luz del fuego hacia la profunda oscuridad de aquellos ojos, y hacia sus labios mientraa le hablaban. "¿Te ha dicho la diosa que ahora tenéis un ejército a tu alrededor? ¿Te ha dicho que estáis a salvo?"

Observaba a Jaida con tanta atención como ella lo observaba a él, como si la respuesta fuese a llegar desde sus labios en lugar de los de su hermana.

"Ella está llamando a sus hijas," dijo Ianthe. "Los dioses están enojados y la Madre Eterna quiere que sus hijas regresen."

La tristeza se adentró en los ojos se Seth, aunque su expresión no cambió, y Jaida lo leyó allí mientras asentía lentamente para afirmar la visión de Ianthe. "Sí."

"Así que os vais a quedar aquí." Frunció el ceño levemente, pero asintió. "De acuerdo."

Jaida se volvió hacia su hermana, deseando en silencio que respondiera "No," que le dijera que querían quedarse donde había aire limpio y luz solar. Donde había jardines y plantas verdes que suavizaban los bordes de las piedras calentadas por el sol.

Arriba en el estrado, Ianthe se llevó las manos a la frente, cubriéndose los ojos y las mejillas, balanceándose ligeramente. Cuando volvió a hablar, algo de la aspereza de la emoción había desaparecido de su voz, pero aun así habló en voz baja. "¿Hay ejércitos a nuestro alrededor?"

Seth movió su peso hacia adelante y el calor de su pecho alcanzó la piel desnuda del brazo de Jaida. Este calor pareció agruparse allí, creciendo en su consciencia y extendiéndose en silenciosas ondas.

"Sí," respondió él con cautela. "Al menos uno."

"¿Está Ishaq llegando con un ejército?"

"Sí. O parte de uno."

Habían dejado a Jaida al margen de la conversación y la importancia de las palabras que decía se estaba desvaneciendo. Ella recorrió con la vista su propia piel caliente, tan pálida y cremosa al lado de aquel bronceado de Aquila, y su atención se centró en la tela tensa de su túnica donde le cruzaba ese pecho. El lino blanco de la toga caía en elegantes pliegues desde el hombro izquierdo hasta la cadera, y ella siguió cada holgada cresta, rozando con el pulgar dedos que ansiaban tocar la tela.

Ianthe preguntó: "¿Qué ejército representa la mayor amenaza?"

La tensión en Aquila se instaló en el músculo del antebrazo y él inclinó la cabeza. Su silencio pareció alargarse en reverencia, y ella trasladó su estudio hacia donde estaba Ianthe. Por fin, él preguntó: "¿Amenaza para quién?"

"Para nosotras." Ianthe señaló de un lado a otro entre Jaida y ella, luego bajó del escenario y se acercó lentamente adonde estaban

ambos.

"Eso depende de dónde quieras estar."

Ianthe sorprendió a Jaida sonriendo. "Sabemos dónde queremos estar."

Eso estaba claro. No necesitaba inspiración para saber que querían sol. Con cada atisbo de libertad, su mundo familiar de fría piedra y sombra se volvía más opresivo. Su visión, y todos los recuerdos que esta llevaba, había empujado con rudeza las partes más doloridas de sus corazones, recordándoles el dolor y lo que había costado su devoción. Cada momento que pasaba fuera de la mansión del templo de Al-Uzza, con su aire denso y animosidad, hacía que la oportunidad de la autodeterminación fuera mucho más atractiva.

Pero lo único que podía importar era lo que la diosa quería. Habían acudido a ella en busca de respuestas, y mientras Jaida miraba a su hermana en busca de afirmación, sabía cuál tenía que ser esa respuesta. La diosa quería recuperar a sus hijas. Ellas tenían que quedarse aquí.

Elegir el sol haría inútil todo lo que habían soportado.

Ianthe sonreía aún, con ojos desenfocados, la mirada fija en una visión que Jaida no podía compartir. "Y ahora sabemos lo que tenemos que hacer."

Seth preguntó: "¿Qué es? ¿Tu diosa quiere decírmelo o los siervos como yo tienen que imaginarlo?"

"Para servir a Isis, debemos estar a salvo. Para devolver a nuestras hermanas al lugar que les corresponde, se debe derrotar a un ejército."

Él rió con desdén. "¿Qué ejército será derrotado entonces? ¿Está planeando derrotarlos ella misma?"

"La diosa te ha elegido para lograr su propósito."

Los ojos de Jaida brillaron de sorpresa. Ella cerró la boca. Aparte de la seductora llamada del sueño, no había nada en su cabeza que

sonara como una instrucción. Ella no tenía dirección ni guía. Había recuerdos, algunos demasiado dolorosos para contarlos, y un dolor por una vida que nunca había conocido, pero nada que pudiera llamar intención divina.

"¿Eso ha hecho? ¿Y mi juicio no cuenta?'"

"Sí. Cuenta."

Jaida miró vacilante de un orador a otro, el pulso de su corazón subió en pánico. Una vez más, frente a ella se estaban tomando decisiones que cambiarían su vida para siempre, y ella no podía hacer más que quedarse boquiabierta.

Los ojos de Seth estaban puestos en la sonrisa de Ianthe, con la mirada tan concentrada que parecía estar leyendo el rostro de la chica. “¿Y si yo digo que estáis más seguras en mi casa? ¿Qué dice la diosa a eso?"

Jaida intentó hablar, pero se le había cerrado la garganta. La diosa conocía los peligros, tal como los conocía la propia Jaida. En el hogar de este hombre, cada tentación, cada deseo traidor, cada pensamiento o acción perversa podría multiplicarse mil veces. Y de pie junto a él, cada latido del corazón le arrastraba un pulso a través del cuerpo que anhelaba la comodidad de sus brazos.

Ianthe asintió. Más que eso, inclinó la cabeza en reverencia, sus largos mechones de cabello cayeron hacia adelante sobre las manos unidas en súplica. "Como ella desee," dijo.

Las palabras tartamudearon en la lengua de Jaida y Seth se volvió hacia ella, la sorpresa y el deleite renaciendo lentamente en sus rasgos. Ella había visto esa mirada antes y había visto la diversión iluminar la oscuridad de esos ojos. Ella había sentido su cercanía entonces como un viento del desierto, calentando su piel y secándole la boca.

"¿Tu diosa quiere que sus hijas, tus hermanas, la sirvan como lo hicieron?"

Jaida no estaba segura. "Sí," intentó, pero un encogimiento de

hombros la empujó hacia arriba y se volvió hacia Ianthe en busca de ayuda. El pulso le latía en el estómago y en los oídos, la sangre le calentaba las mejillas con una ola de desconcierto.

Ianthe se acercó un paso. "Lo quiere."

“Entonces ellas están mejor donde están. Si eso es lo que vosotras queréis también, salvará vidas si acudís a Ishaq con vuestras hermanas. Ahora bien, los hombres de Juba morirán por nada si la diosa os quiere allí."

Algo como un sol caído le explotó en la cabeza y Jaida dio un paso atrás, jadeando conmocionada. Giró de Seth a Ianthe y viceversa, tratando de darle sentido a tal afirmación. Ishaq representaba todos los terrores que ella podía nombrar. Su hermana había sido brutalmente asesinada, las demás estaban perdidas en algún lugar del desierto. Él se había convertido en materia de pesadillas y, sin embargo, aquí estaba su única esperanza diciéndoles que deberían regresar con su torturador.

Ianthe guardó silencio y Seth continuó: “Él quiere que le devuelvan su herencia. Ninguna de vosotras tiene ningún valor para él, muertas o," hizo una pausa para enfatizar la tristeza de su advertencia, “dañadas." Como si no fuera más que un aparte, dijo: “Y quiere arruinar a Drusus. Quizá a mí también cuando él sepa todos los hechos. Él tiene dinero, ahora, que no contaba con tener antes, y posiblemente suficientes aliados en el ejército aquí para instigar un asedio. Si tiene que hacerlo."

Se volvió para mirar a Jaida directamente. “Entonces dime, ¿quiere tu diosa que os mantengan como estabais, como esclavas a su servicio? ¿Con Ishaq, como pretendía Babu? ¿O quiere que tú y tus hermanas seáis libres?"

A su lado, Ianthe hizo pequeños sonidos de arcadas. Toda la confianza de su visión la había abandonado en un destello de terror y plantó junto a su hermana y a su futuro salvador, ahogándose en la indecisión. Pero Jaida apenas notó su presencia.

La euforia corría para desviar las drogas de su cuerpo. Fortalecía las rodillas débiles y los calambres en su estómago vacío, reemplazando

el enfoque suave y claro de los opiáceos con la dura realidad. Esto era mucho más que sus vidas y futuros, mucho más que discusiones sobre propiedad o intención. Lailah estaba muerta. Y ahora él le estaba diciendo que otros morirían, un ejército, con su palabra.

En el mundo dentro de su cabeza, la diosa estaba en un silencio sepulcral. Solo la respiración crepitaba y su corazón latía con fuerza en la sien, mientras la fría lógica de sus propios argumentos la empujaba contra la pared. ¿Cuántas muertes podría ella poner en la balanza de su propio miedo? ¿Cuánta fe podía poner en la protección de la diosa? ¿Cuán dispuesta estaba a seguir adelante con su propia declaración de que la esclavitud era tolerable y el servicio era lo único que importaba? Servicio en las sangrientas garras de Ishaq.

Ianthe estaba en silencio.

“Mis hermanas ya han elegido su camino," comenzó Jaida con cautela. “Eligieron la libertad. En servicio o no, eligieron ser libres."

Las palabras salieron espesamente de su boca seca y ella tragaba convulsivamente, apretando las manos unidas y ansiando huir de esa mirada. Todo en ella quería encontrar un rincón oscuro y doblarse sobre sí misma y esconderse de las opciones a las que había llegado. "Yo elijo..." Se detuvo, volviéndose hacia Ianthe en busca de algún tipo de apoyo y aliento, pero su hermana se tapó la cara y se dio la vuelta. "Yo elijo," repitió con la voz suspendiéndose en el aire.

Levantándose más alto, dijo: "Elegimos hacer como digas."

Estaba dicho. La elección estaba hecha.

"¿Cualquier cosa qué diga?" Destellos de victoria se habían acumulado en los ojos y la boca de Aquila.

"Sí," dijo Jaida bajando la mirada. Su corazón se aceleró y tartamudeaba, pero había ligereza en su latido. Era un alivio haber tomado la decisión. Aún tendían que ver las consecuencias, pero al final, si la elección era entre la sombra y la luz del sol, ella había elegido lo que debía. "La diosa te ha elegido para protegernos."

Ianthe giró el rostro a su alrededor, mirando con culpabilidad desde las sombras. Asintió ligeramente hacia Jaida.

"Entonces esperemos que os facilite llegar a casa." Señaló el lugar sagrado donde la sacerdotisa de Al-Uzza se cernía sobre pequeñas, pero obviamente críticas, tareas. “Terminad lo que tienes que hacer aquí. No seréis capaces de volver a la mansión. Todo lo que no se pueda reemplazar se puede recoger más tarde."

Aquila giró para volver andando por el pasillo central. "Quedaos aquí hasta que yo vuelva."

Capítulo 12

Seth caminó hacia la puerta, la conmoción aún burbujeaba demasiado cerca de la risa en su pecho. Se mordió el labio para detener la sonrisa que se deslizó sobre su boca de nuevo y forzó su atención hacia el resplandor blanco del día.

La guardia nabatea estaba abiertamente espuesta. Eran los queridos de la tribu real nómada, evocaban con orgullo la antigua fuerza y confiaban incluso en la seguridad de la familia del noble Malichus II. Habían estado in situ desde el primer día y su presencia ahora en mayor número no atraía más que un interés pasajero. Menos visibles para aquellos que no estaban decididos a buscarlos, agrupaciones de milicianos más sutiles tomaban posiciones en las sombras y callejones. A lo largo de los verdes senderos que conducían desde la parte trasera del templo hacia la mansión, y bajo el borde de las colinas cercanas, los hombres merodeaban, demasiado numerosos para pasarlos por alto, demasiado aparentemente inocuos para mirar.

Juba valía cada denario.

El hombre mismo no fue visible de inmediato, y Seth se mordió el labio en la última sombra del pórtico mientras reformaba las estrategias en su mente.

Por encima de ellos, hacia el Oeste, el fuerte de Jabal Habees dominaba la ciudad y el ajetreado recinto del templo. Desde la anexión romana hace más de una década, la Tercera Legión había colocado un gran y creciente destacamento en lo alto del afloramiento natural.

Antaño una residencia real, tenía todas las ventajas naturales para la seguridad y la observación. Y un observador atento en esas alturas sabría de antemano que el número de personas en el templo estaba aumentando. Pero los soldados, romanos o no, tenían que cubrir la distancia y, a menos que ya se estuvieran moviendo hacia la ciudad, la posición del fuerte no les daría ninguna ventaja.

Su ventaja en Petra, la ventaja de Ishaq, él sabía que ahora estaría en los números.

Ningún hombre de uniforme habría registrado la casa de Dec sin la orden de un oficial. Ishaq precisaba la ayuda de un centurión al menos, lo cual implicaba al menos ochenta hombres bajo su mando. Por encima de esa suposición, no había límite. Por encima de él, especular sobre el rango y número se volvía inútil. En esta provincia lejana, pacífica ahora y bajo un mando fácil, la corrupción en las filas ayudaba a aliviar el aburrimiento de los hombres tonificados por la guerra. Incluso el propio *Praefectus Castrorum* no podía estar por encima de toda sospecha. Por el momento eso era irrelevante.

Lo que importaba ahora era viajar de forma rápida y segura entre los leones alados de Al-Uzza y el santuario de su casa.

Seth habló discreta y respetuosamente en arameo, preguntando al más cercano de la milicia de músculos nabateos: "¿Está Juba aquí ya?"

El guardia permaneció en silencio, manteniendo su búsqueda de cualquier sutil amenaza, pero inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, solo sus cejas dirigieron la atención de Seth hacia la mansión. Que Juba supiera, estaban asegurando los terrenos del templo y ese plan acababa de cambiar. Con una rápida mirada atrás hacia las sombras del templo, Seth se deslizó hasta el patio inferior y trotó por el camino hacia la mansión.

Impaciente, gritó desde debajo del pórtico arqueado: "¡Juba!"

El ruido de pies por la entrada precedió a varios guardias personales, y Juba salió a la acera con la mano protegiéndose los ojos.

“Cambio de planes, amigo. Las sacerdotisas necesitan de inmediato una escolta armada hasta mi casa. Si han registrado allí esta mañana, es posible que nos encontremos con el pelotón romano volviendo por aquí. Me ocuparé de ellos rápidamente, espero. Si puedo hacer que las chicas pasen por mi puerta, Ishaq va a necesitar que el mismo gobernador las saque."

Juba tuvo la gracia de no jurar, pero su asentimiento de aceptación fue menos que deferente. "No importa entonces, ¿quién ha visto? Y los hombres que están aquí ahora, ¿deben seguirlas?"

Seth asintió mientras comenzaba a alejarse, su mente ya se movía sobre la ruta familiar a su casa. Caminando hacia atrás mientras hablaba, dijo: “Necesito tu litera. Si no quieres caminar, vuelve dentro y prepárate para salir en cuanto tengas a sus hombres en formación."

La distancia entre su casa y el centro de la ciudad siempre le había parecido un lujo, con prisa en cualquier empresa mal vista por la sociedad nabatea. Los esclavos y sirvientes corrían si se necesitaba velocidad, pero para aquellos con una posición social más alta, ya fueran romanos o nativos de la provincia de Arabia, el decoro estaba a la orden del día.

Hoy las sutilezas de los majestuosos viajes se habían descartado. Guardias nabateos habían reemplazado a los porteadores, y los seis hombres trotaban con cada litera, haciendo que el viaje fuera menos cómodo y la conversación más difícil. Alrededor de los vehículos que empujaban, otros guardias se movían en formación cerrada, pero Seth se afanaba y facasaba en mantener su atención en tales detalles.

Un sol estival iluminaba el dosel de lona y atravesaba las cortinas de cuentas en busca de la piel de la sacerdotisa. Los rayos atrapaban mechones sueltos de cabello, brillando como un halo alrededor de la cabeza y hombros de Jaida, y él se encontró paralizado por el estudio de cada pequeño detalle de su rostro. Incluso el ivestido blanco sin forma que ella llevaba parecía beber la luz del sol y devolverla con un prístino resplandor. Este brillaba como mármol fino, rígido e implacable sobre su piel dorada. Él conocía las suaves curvas color crema que se escondían debajo de esa severa tela, y el recuerdo era más nítido, más alentador por tal intromisión.

Los ojos de Jaida estaban enrojecidos por el humo y la falta de sueño y sus mejillas estaban pálidas, pero ella se mantenía apretada, brazos y piernas encogidos en una bola, rehusando relajarse en los cojines. También rehusaba mirarlo a los ojos, eligiendo en cambio observar el resplandor que blanqueaba los

verdes y los áureos rosas de Petra hacia un polvoriento plata mientras pasaban.

Sin cambiar su estudio, pero consciente, al parecer, del suyo, le preguntó: “¿Nos habrías llevado hasta Ishaq? ¿Hasta nuestras hermanas?"

Esa era una pregunta demasiado difícil de responder con sinceridad. Aquila quiso ser capaz de decir: «si es eso lo que hubieras decidido hacer». pero su corazón se resistió ante las palabras. Esa elección no era menos aborrecible que mantener esclavizadas a las chicas por él mismo. Había sido sincero. Parecía poco probable que ellas sufrieran daños físicos si a su dueño se le devolvía la herencia sin luchar. Pero menudo precio. Ningún oro, ni las montañas ni los cañones que rodeaban la ciudad, podrían redimir tal sacrificio. Cuando su silencio por fin atrajo la mirada de Jaida, tuvo que responder. "No."

Ella asintió muy levemente. Sus ojos pálidos brillaban a la luz, acentuados por una fina línea de kohl negro, y su color rosado parecía llanto que no había caído. "No entiendo cómo íbamos a estar más seguras allí," dijo ella. "Asesinó a Lailah."

Seth giró el oro alrededor de su dedo índice, mirando el destello rojo de su cabujón engarzado. Se había ofrecido a devolverlas a su antigua vida porque ellas tenían derecho de tal conocimiento y el destino de Lailah era parte de ese todo.

La hipocresía ardía como una indigestión. Él no tenía derecho a protegerlas de toda la verdad. No era un pastor cuidando del ganado ni un padre con sus hijas. Si alguna de ellas se hubiera quedado para escuchar las posibilidades y amenazas, esta situación nunca se habría presentado. No, no podría haberlas enviado de regreso. Pero le debía la verdad. “Ishaq perdió su herencia y a su padre. Sin vosotras, no tiene nada. Él no tenía nada con qué negociar, al igual que su padre no tenía nada, excepto sacrificar a una de vosotras. Él nunca podría haber sabido que iba a encontrar a las chicas regresando inmediatamente a Alejandría, por lo que tenía que haber negociado con los hombres para recuperarlas aquí, y luego recibir el pago en la única moneda que tenía. Carne. Sin hombres no podría haber capturado a una chica, y mucho menos a

las seis, en una caravana vigilada. Muchos hombres. Y solo los hombres que lo conocían habrían corrido ese tipo de riesgo con su promesa de pago. Tenían que ser camaradas."

"¿Así que les dio Lailah a los hombres que lo ayudaron?" Su voz era débil, pero no vaciló. "¿Como pago?"

“Compañeros legionarios. Eso es lo único que tiene sentido. Parece que no es un hombre vicioso por naturaleza. Zaliki habría acudido a él por propia voluntad. "

“Él tiene oro. Podría haber pagado a los hombres."

"No podía haber sabido eso cuando empezó. Lo único que habría sabido era que Drusus las tenía y que las había traído a Petra."

"Pero la dejaron en la puerta de tu casa."

Seth se encogió de hombros. "Tal vez. Él no sabe mucho de mí. Fue a en busca de Drusus por quien envió tropas esta mañana. Puede que Lailah les dijera que todas habíais estado en mi casa. O él podría haber intentado llegar hasta ella sola. Cuando terminaron."

Un nudo de dolor se ató brevemente en los rasgos de Jaida, pero ella lo miró a los ojos directamente.

“Él no tiene necesidad de dañar a más. Ahora tiene oro. Si alguien toca a alguna de tus hermanas ahora, solo está poniendo en peligro la fortuna que puede hacer."

Durante largos momentos ella lo miró fijamente, sin hacer caso del zarandeo de la litera. La franca intensidad de su estudio ardía. En todos los preciosos momentos que él había tomado en los últimos días para observarla, ella nunca se había atrevido a enfrentarlo con tanta curiosidad. "Deberíamos haber ido tidas con él, entonces."

No era la confianza lo que alimentaba su valentía, él podía ver eso. Era una desesperada búsqueda de esperanza.

“Habríamos estado lo bastante seguras. No entendí eso, ¿ves? Los hombres aquí, los hombres de Juba, tendrán que luchar ahora por nuestra seguridad."

"No." La idea era repugnante y estalló en una ira que le iluminó los ojos. “¿Cuántas veces tengo que decírtelo? El futuro que habían planeado para ti no era una vida de comodidad y seguridad. Era una apuesta breve pero lucrativa. Os habrían consumido y tirado las sobras."

Las fosas nasales de Jaida se ensancharon por la rápida respiración, pero ella rehusó apartar la mirada. "No lo entiendes. La diosa no te eligió para protegernos. Ianthe se lo inventó. Dijo que era parte de un oráculo porque teníamos miedo y ella quería volver a la protección de tu casa."

Aquila casi dio una carcajada, pero la mortal gravedad de la actitud en ella capturó el sonido antes de que saliera de la garganta. "¿Lo inventó?" No podía insultar la fe que a ella le daba las únicas verdades que conocía. "Eso no supondrá ninguna diferencia ahora. Ni a mí ni a los hombres a los que pago."

Ella se mantuvo firme. "Ishaq no se rendirá sin luchar. Gente morirá por nosotras."

"Ishaq ha hecho de Drusus un formidable enemigo, Jaida. En su forma más cruda, ha robado mercancía muy valiosa que aún nos pertenece. Eso podría haber sido todo, pero esta mañana intentó escandalizar a la familia y comprometer las licencias comerciales de Dec. Trató de arruinarlo financieramente. Un hombre más sabio habría cogido el oro y desaparecido. La codicia y la venganza le van a costar muy caro."

A Jaida le temblaron los labios y ella parpadeó repetidamente, obligándose a continuar con ideas que le dolían o aterrorizaban. “¿Entonces iba a.haber una batalla de todos modos? ¿Iban a morir hombres de todos modos?"

"Espero que no. Pero esa es una posibilidad."

La mirada silenciosa se reanudó, la respiración en ella era laboriosa en el angosto espacio, y Seth se encontró impaciente, anticipando algo más que palabras. El nítido enfoque se aquellos ojos en los suyos y el jadeo de esa superficial respiración insinuaban pasión, placer, y el cuerpo respondió con un pulso duro y distractor. Luego

ella dijo: "Ianthe no mentía al decir que tú nos presentas tantas amenazas como él."

No había respuesta a eso más que esperar.

“Nosotras no conocemos este mundo. Tu mundo." Sus ojos rogaban en silenciosa súplica. “Los frescos, la fiesta, nunca hemos visto la vida que dices que vive el mundo entero. Nuestra fe y servicio son lo único que conocemos. Nunca hemos tenido esas opciones. Hasta ahora. No sabemos lo que está bien y lo que está mal, ni qué hacer ni de qué huir."

"Nadie lo sabe," dijo Aquila con suavidad. “Esas son las decisiones que toma la gente libre todos los días. Podéis aprender."

"Así no. ¿No lo ves?"

Sí, él lo veía. Ella suplicaba espacio, tiempo y comprensión. Pero ninguna parte de él quería alejarse. Los confines de la litera le servían bien, con ella lo bastante cerca para tocarla y olerla, y el recuerdo de su boca, dulce como la miel, se lo recordaba con cada palabra que ella decía.

"Sí." Asintió él. "Entiendo."

Tenía a Drusus como modelo de aceptación y a Kartikeya para recordarle la importancia de los desafíos. Pero él tenía mucha más vida que ofrecerle que cualquier altar humeante. Podía envolverla en la seguridad de sus brazos, más cerca y más segura que cualquier diosa que ella nombrara. Y ninguna estatua ante la que ella se arrodillara podría llevar hasta su sangre una ola de calor o provocar en su carne un deseo como él podía hacer.

Él miró fuera, apartando de en medio la tela con cuentas mientras verificaba el progreso. Él tenía un deseo, al menos, que ella estuviera a salvo dentro de sus muros, o que pronto lo estuviera. Si eso era lo mejor que podía esperar, que así fuera.

Giró la cara y Jaida sintió que la dura determinación que la mantenía erguida fallaba. Ella sintió que la columna se le derretía y se doblaba, y solo la presión de las palmas sobre las piernas

dobladas evitó que ella se hundiera en la suavidad que la rodeaba.

Cada vez que ella respiraba arrastraba más cálido olor de él a sus pulmones. Cuando ella lo miró a la cara, esos ojos la sostuvieron con ternura y la hicieron adentrarse más profundamente en el hechizo que él le lanzaba. Y todo el tiempo, por dentro ella gritaba de miedo mientras su corazón intentaba convencerla de que estaba perfectamente a salvo.

Ella bajó la cabeza y deseó volver al umbral donde las palabras de la diosa estaban a punto de formarse, donde la luz y la guía eran suyas.

Pero su cuerpo la traicionaba una y otra vez. Si bien podía sentarse y envolver las extremidades en una bola de incertidumbre, la litera creaba un espacio demasiado pequeño y Seth podía compartirlo fácilmente. Él yacía apoyado sobre un codo, con los tobillos cruzados junto a ella, sus rojizas sandalias ricamente labradas y tachonadas, y el cálido bronceado de su pantorrilla a un palmo de distancia. Además, si ella se permitía mirarlo de soslayo, los duros músculos de esos muslos, espolvoreados con un suave vello oscuro, se deslizaban bajo los deshilachados e intrincados flecos de su túnica.

La masa de su toga se extendía alrededor de él como fina ropa de cama y la intimidad de la imagen que eso despertaba obligaba a Jaida a mirar al dosel de arriba en busca de distracción.

Estaba cansada, y el ardor seco de las lágrimas no derramadas hacía que sus ojos se sintieran aún más deseosos de dormir. Qué bien sentaría estirarse a su lado allí, con las caderas colocadas en la curva de las suyas y sus fuertes brazos envolviéndola.

El ancho cuero oscuro de las pulseras que él llevaba acentuaba sus gruesas muñecas y, como siempre, el oro de sus anillos llamaba su atención como un canto de sirena. ¿Qué harían esos dedos, largos, fuertes y bronceados sobre ella, extendiéndose sobre la piel? En el cuadro de aquella pared, la mujer había cerrado los ojos, reclinándose y confiando en el tierno toque de su amante. Ella quedó sin aliento con un doloroso tartamudeo y soltó un pequeño suspiro de pesar. Solo por conocer ese toque, solo una vez por sentir

la emoción de rendirse, por acostarse entre sus brazos y dejar que el miedo decayera. Descansar. Y senrirse segura.

Uno de los guardias retiró la cortina y gritó una advertencia en arameo. Seth se incorporó y salió rodando a través de la cortina antes de que Jaida pudiera seguir su ensueño hacia su conclusión.

Delante de ellos, la litera de Juba frenó hasta detenerse ante la dirección de un centurión romano. Jaida espió entre las cortinas delanteras, observando cómo se bajaban las literas y Juba hacía un descenso menos elegante para plantarse junto a Seth, esperando bajo el blanco fulgor del sol.

"Sethos Asinius Drusus, se ha ordenado registrar su casa." Bramó el centurión sin hacer intento de mirarlo a los ojos mientras caminaba hacia Seth.

"¿Por quién?"

Detrás del centurión, Jaida contaba dos *contubernium*, todos con picas y escudos, armados y acorazados. Junto a ellos había cuatro auxiliares árabes vestidos con túnica y cota de malla, con sus pequeños *schenti* de cuero y altas grebas de bronce. El oficial ignoró la pregunta y continuó con su grito oficioso. "La búsqueda se realizó sin su presencia ni consentimiento."

"¿Ah, sí?" Preguntó Seth con calma. “¿Qué estabáis buscando? ¿Había alguna denuncia?"

"Sospecha de sedición." El centurión sonrió, indiferente a los protocolos que deberían haberse seguido. Seth vestía la estrecha franja púrpura del rango ecuestre: nobleza.

"Estás llegando alto. ¿Quién sospecha de sedición? ¿En qué se basa?"

"Estás en medio de un ejército privado, incluso ahora. Eso genera preocupaciones." Roma no sentía aprecio por los ejércitos mercenarios que prosperaban dentro y fuera de las fronteras de sus colonias. En manos de comerciantes adinerados, incluso ciudadanos romanos, podrían representar amenazas o apoyar levantamientos

donde hubiese indicios de malestar.

"Este no es mi ejército." Seth inclinó la cabeza hacia el guardia nabateo más cercano. “Estos hombres tienen un contrato privado con cualquiera que necesite seguridad. Incluidos nuestros anfitriones reales en Petra. Este es su coordinador. Él es el hombre a quien hay que preguntar sobre el despliegue."

Juba inclinó levemente la cabeza en reverencia.

"Y ahora, si ha terminado el registro de mi casa, no tienes por qué retenernos más. Que tengas un buen día."

Un toque de la *vitis* del centurión y, detrás de él, cada uno de los soldados de infantería desenvainó la espada. Jaida se llevó una mano a la boca, atrapando un sollozo de miedo. A su lado y detrás, los guardias nabateos no habían respondido. Estaban de pie como bronceados colosos, indiferentes a la amenaza de la violencia.

La calle en la que habían sido detenidos llevaba un tráfico regular de la ciudad a los mejores suburbios residenciales, y los rostros boquiabiertos eran en su mayor parte rostros adinerados. Un murmullo de disidencia subiendo por la carretera desde atrás hizo que Jaida se agachara rápidamente para espíar entre las cortinas traseras. Unidades desnudas con *khameez* a rayas y pantalones, o con túnicas cortas y tacones ásperos, todos fuertemente armados, se abrieron paso a través de la multitud de público hacia el lado del enfrentamiento.

Seth habló de nuevo, su tono no permitió ningún malentendido o demora. "Centurión," anunció, obviamente hablando en beneficio de los que estaban en las calles a su alrededor. “Si tiene órdenes de detenerme, será mejor que estas vengan de arriba. Cada uno de los hombres aquí presentes resistirá todo esfuerzo que haga para arrestarme a mí o a cualquier otro miembro de este grupo. Habrá sangre de un extremo a otro de este camino. Piénselo bien." Dejó que el oficial considerara el creciente número de irregulares armados que se apiñaban en la calle y las aceras a su alrededor, y el número comparativamente pequeño de soldados a su mando.

"Voy a especular que no desea usted que le ocurra daño alguno a las

sacerdotisas de aquí dentro." Seth abrió la mano hacia las literas y Jaida sintió que se derretía sobre los cojines debajo de ella. “Siendo ese el caso, estarán más seguras en mi casa. Estaré esperando allí con ellas esas órdenes de arriba que usted me traiga." Señaló con el pulgar hacia atrás, hacia las paredes del cañón, muy atrás, donde el fuerte dominaba el valle.

Durante algún tiempo, el veterano soldado sopesó opciones. Su postura y actitud decían claramente que no era un hombre acostumbrado a ser desafiado. Por fin, levantó el bastón de parra y, cuando sus tropas pasaron a posición de descanso, devolvieron sus gladii a las vainas.

"Bien." Seth se acercó más al oficial, habló con voz más baja, y Jaida se esforzó por escuchar lo que pudiera de la conversación. "¿Cuántos años de servicio estás apostando por esto, amigo mío?" preguntó. Sin mirar a los hombres armados, preguntó: “¿A cuántos de ellos estás dispuesto a azotar cuando esto regrese para morderte? Si tienes órdenes, dame un nombre." Seth hizo una pausa expectante, pero no hubo respuesta. "Si no, estás en terreno peligroso. Tendré tu cabeza en una bandeja. Créelo."

El centurión no quedó impertérrito, pero no había miedo en el rostro. Se volvió brevemente hacia Jaida. "Todo esto es un juego," le dijo. "Usa lo que los dioses te dan, yo haré lo mismo. Nos volveremos a ver."

Pasando de golpe a formación cerrada ante un asentimiento de su centurión, los octetos romanos pasaron a marchar hacia el lejano fuerte, dejando las literas atrás.

Seth se giró para dar un brusco saludo a la milicia, luego retrocedió con pasos más pesados hacia la litera y se sentó, levantando las piernas mientras se ponían de nuevo en marcha por la carretera.

Jaida trató de sofocar dudas y temores que pudieran parecer tonterías. La ignorancia de las cosas que estas personas daban por sentadas era una fuente inagotable de vergüenza, pero el ruido de pasos aún resonaba en los adoquines de la calle y, cuando la guardia aceleró el paso, no pudo evitar que se formaran las palabras. "¿Volverán?"

Él sentó encarado a ella, recorriendo con los ojos los suyos de un lado a otro y moviéndose lentamente sobre ese rostro, esas mejillas, ese cuello. Encontró una sonrisita que mostrar y respondió: “Sí. Pero no antes de que estéis a salvo dentro de los muros."

¿A salvo? No había ningún lugar a salvo.

"¿Lo conocías? ¿Era él...? ¿Crees que fue uno de los hombres que...?"

"No lo sé." Seth la interrumpió y ella se obligó a rechazar el empático terror y las imágenes de violencia y violación. “Pero tiene demasiada confianza para alguien tan bajo en el orden jerárquico. No es frecuente que un soldado profesional ponga en peligro su carrera."

Jaida leyó la importancia de ese hecho en la tensión de sus rasgos, pero no había forma de que ella lo tradujera en algo que pudiera entender. Estaba pensando mucho, sacudiendo la cabeza en silenciosa confusión y surgían más preguntas de las que ella podía expresar con palabras. Luchando por lo básico, preguntó: “¿Soldado profesional? ¿Hay algo diferente en él?"

Cuando él centró toda su atención en ella, Jaida sintió que se le revolvía el estómago. Cuando la atrapó en esa mirada, su pulso respondió al toque y ella se inclinó hacia las palabras. “No es nada inusual en sí mismo. Es solo el hecho de que está en el servicio por elección. Pero no está siguiendo órdenes en esto, está actuando por su propia voluntad y se arriesga a una acusación de insubordinación y a la diezma de sus hombres."

Jaida negó con la cabeza y se sintió estúpida. Soldados, ejércitos eran parte de la vida que transcurría a su alrededor, pero ella no entendía nada de ellos.

"Es un centurión," explicó Seth. "Tiene cincuenta años, tal vez cincuenta y cinco. Si es un ciudadano romano, reclutado durante veinticinco años, terminó su mandato hace mucho tiempo. Pero los buenos oficiales son preciosos, son cazados de legión en legión y se les paga bien por su servicio. Él no es de familia adinerada o no estaría aún aquí, por mucho que le ofrezca el ejército. Esta es su

carrera. Su vida. ¿Por qué iba a poner eso en riesgo?"

“¿Podría haber nacido en el extranjero? ¿Como Ishaq?"

"Eso no supone diferencia," respondió. “Si fue reclutado como prisionero de guerra en algún momento del pasado, o reclutado como parte de un impuesto provincial a los hombres jóvenes, aún solo tendría veinticinco años que servir. Luego ciudadanía y licenciamiento. Al final se trata de lo mismo. Aún está de uniforme por elección o por necesidad financiera."

Ishaq había sido soldado desde que alguna de las chicas lo conocía, y él también debía estar cerca de los cincuenta años. Si los hombres sin riqueza familiar permanecían, por necesidad, en el duro mundo de las legiones, su ira por la pérdida de Babu debe ser realmente grande.

"¿Crees que él conoce a Ishaq? ¿Que ambos arriesgan sus carreras con la promesa de un pago cuando...?"

Seth la agarró de la mano y un sollozo que aleó la sorpresa y el placer le brotó a Jaida de la boca. Su pregunta había tocado algo más importante de lo que ella podía imaginar, y ese rostro pareció iluminarse con inspiración. “¿Cuánto recuerdas de Ishaq? Dime todo lo que sabes."

Él mantuvo su agarre y a Jaida le temblaron loa dedos con el calor de esa mano. ¿Qué recordaba ella? Nada. Nada que ella pudiera ver que fuera importante. "Nos traía regalos." Se encogió de hombros. "Era la única persona que nos traía regalos."

¿Qué más? Jaida intentaba obligar a su mente a retroceder años en los que él había traído los días más brillantes que ellas habían conocido, pero el tacto de Seth era una distracción. El movimiento de su litera la hacía sentirse menos firme y el agarre le daba estabilidad y la arrastraba inexorablemente hacia la ruina. Jaida cerró los ojos y arrastró su concentración desde la tentación hacia una imagen de Ishaq.

“Yo no lo conocí mucho. Él ya era un hombre adulto cuando nosotras llegamos hasta Babu. Cuando éramos pequeñas nos hacía

reír. Olía a cuero, a caballos y a sudor, pero lo veíamos muy poco como para recordarlo. Hubo muy pocos días en que lo vimos."

Su memoria saltó a las visiones que habían tenido en el templo de Al Uzza. Ella no entendía nada del mundo de los hombres y las armas, pero entendía algo del papel para el que la habían educado. Ella entendía el oráculo. “Lo vi hoy como Ares. Como Marte," respondió ella. “Isis me mostró al dios de los ejércitos y este estaba enojado. Lo vi envejecer y pasar de la risa a la piedra."

Jaida asintió para sí misma. En su corazón sintió la verdad de lo que había visto. "Este es un momento en que los dioses caminan entre nosotros." Con cuidado, deslizó los dedos fuera de esa mano, manteniendo el rostro hacia abajo y salvándose ella misma del calor de aquellos ojos.

“¿Ishaq, hombre o dios, llevaba armadura? ¿Vestía de romano? ¿O como Nacione?"

Ella presionó la visión, tratando de ubicar recuerdos. "Ambos." La respuesta parecía inútil. “Cuando era más joven, siempre vestía túnica y taparrabos de cuero con calzones de lino. Pero en los últimos años ha llevado una armadura de escamas plateadas."

Seth guardó silencio; la mano que ella había soltado se había cerrado y tamborileaba pensativa en el cojín entre ambos.

“Pero la diosa lo mostró desnudo. Valiente, desnudo y frío." Eso tenía que ser importante, era parte de lo que le habían mostrado, de lo que ella tenía que ver. Había que hablar de la visión.

"¿Y los dioses están enojados?" No había ninguna burla en el tono de Aquila, al menos. "¿Por qué?"

Porque las hijas lloraban. Pero esa era una visión de la que no podía hablar. No tenía derecho a hacer tan poco de la vida que ellas habían vivido. Su miedo. Su dolor. Sus lágrimas. "Tú llegaste al templo antes de que nuestra Dama respondiera."

“¿La Reina del Cielo está enojada? Quiere que le devuelvan a sus hijas," le recordó él. “¿Y los otros dioses? ¿Quién más tiene interés

en este enredo?"

"Júpiter," susurró ella recordando sin esfuerzo la dura piedra blanca fundiéndose en la piel dorada y esos cálidos ojos oscuros. Al alzar la vista, se encontró con esos ojos y sintió que su corazón le exprimía la sangre del rostro. Zeus, rey de los cielos. Osiris, señor de ambos mundos, amado por la propia Isis.

Capítulo 13

Tamir dio un paso adelante cuando llegaron a la casa. Zayed condujo a Seth a través del atrio y al estudio tan pronto como su pie cruzó el umbral, y el hombre mayor condujo silenciosamente a las chicas dentro de la casa.

Con Ianthe siguiendo en silencio, Jaida aminoró el paso y se detuvo al reconocer el *tablinum* de brillantes azulejos. Más adelante, a través de una puerta abierta, se encontraba el jardín privado de Seth. El olor de la madreselva destacaba mientras el agua llenaba el aire con una música sutil sobre las rocas y sobre las ninfas reclinadas. Con el sonido y el aroma llegaron los recuerdos y un repentino arrebato de placer culpable. Esta casa escondía amenazas en cada rincón.

"Jaida, mira." Ianthe pasó junto a ella, caminando con cautela hacia el oasis iluminado por el sol. Extendió la mano hacia los cúmulos de marfil perfumado que se recorrían el balcón de arriba, e hizo pequeños ruidos de arrullo al tocar el agua en movimiento. "Es perfecto. Ven, mira. "

A su lado, Tamir levantó una mano para guiarla a través de un estrecho pasaje ascendente, y Jaida se congeló. "Ya lo he visto," dijo con aprensión. "Y sé lo que hay ahí arriba."

Ella estaba negando con la cabeza, dando pequeños pasos hacia atrás cuando Tamir sonrió cálidamente y puso una gentil mano sobre la de ella. "No tengas miedo, niña." Jaida miró con más dureza al sirviente, a su boca y barbilla y hacia abajo sobre la piel morena del cuello. Las cicatrices se acumulaban alrededor del cuello donde la carne una vez había sido mutilada, lacerada más allá de toda esperanza de reparación. “Elegí la alcoba principal para vosotras. Esas habitaciones están bastante separadas de las de él."

Al otro lado de la estrecha alcoba, otra escalera se elevaba abruptamente hacia las sombras, y Jaida se descubrió mirando al techo de arriba, como si este traicionara evidencia de las dependencias privadas de Aquila, aquí sobre sus cabezas.

"Hay otras salas," dijo ella. "Otras alcobas." Y señaló vagamente a través de la puerta hacia el ala de invitados con sus frescos y sus diosas desnudas.

Tamir parecía horrorizado, cerrando la mano sobre la de ella, con ojos reumáticos suplicantes o amonestadores. "No," reprendió. "Eres una invitada. Una invitada bienvenida. No quisiera que mi propio hijo ocupara una habitación en ese extremo de la casa."

"¿Tan malo es?" preguntó ella, no muy convencida e indispuesta a dar un solo paso.

"Ni tan mal," dijo el anciano. La conversación no era fácil para él, pero no mostró resentimiento por el esfuerzo que esta requería. “Pero vosostras siis mucho más que los huéspedes que usan esas salas. Y los hombres de Juba podrían necesitarlas."

El hombre subió dos escalones de las escaleras y le indicó que lo siguiera. En la clara luz blanca fuera de la puerta, Ianthe volvió su rostro hacia el sol, sonriendo, con los brazos extendidos como si pudiera absorber suficiente luz para desterrar toda la piedra fría y las sombras de su pasado.

"Fui yo quien preparó estas habitaciones para vosotras, él no querría que os importunara con la elección, pero querrá que estéis a salvo y no hay lugar más seguro en toda la ciudad que este."

Y Ianthe también sintió eso. Ella también había elegido este lugar, esta casa, como un refugio contra las amenazas que los rodeaban. Suspirando, Jaida se resignó a la buena gracia y siguió escaleras arriba.

La casa no había sido perturbada por la intrusión de las tropas.

No habían hecho ningún esfuerzo por dañar o perturbar nada, y el registro, aunque necesariamente infructuoso, no tenía una intención obvia. Se habían movido por casi todas las habitaciones, sin prestar especial atención al estudio, ni a los documentos faltantes, ni siquiera a las pruebas del violento final de Lailah.

Seth se enjuagó las manos con agua fría y se pasó un paño húmedo

por la frente y los hombros. “Zayed. Comeremos en el anexo donde hace más fresco. Asegúrate de que las damas tengan todo lo que deseen y tráelas cuando la comida esté preparada. Haz arreglos para enviar a alguien de regreso a la mansión del templo antes del anochecer para recoger todas sus posesiones. Asegúrate de que la sacerdotisa de Al Uzza reciba un pago decente por los problemas." Con Juba siguiéndolo como un leal cachorro, regresó por el pasillo principal hacia los baños, dando las órdenes a medida que avanzaba.

Cuando Juba se desvistió y bajó al agua fría después de Seth, dijo: “Mis muchachos me dicen que el centurión que ordenó la búsqueda no vino de *Jabal Habees*. Parece que está destinado con la cohorte en el wadi del sur. Ahora tengo gente buscando información sobre él. Tengo irregulares colocados alrededor de esta casa y en la residencia de sirvientes. La guardia nabatea ocupará cuartos dentro de los muros."

"Tenemos un problema." Seth cerró los ojos y se recostó sobre el acolchado del mármol, dejando que su cuerpo se elevara lentamente en el agua reconfortante. “Nuestro Ishaq no es un exsoldado. Aún está sirviendo. Y no tuvo que seguir a las chicas aquí. Él ya estaba aquí cuando ellas llegaron."

Juba guardó silencio. La complicación de encontrar su presa acababa de simplificarse. La posibilidad de aislarlo, capturarlo y, por tanto, liberar a las mujeres que había secuestrado se había convertido en una pesadilla logística.

"Cuando sepa el rango de la cohorte en la que sirve en los cuarteles del sur, tendremos una mejor idea de cuántos hombres tiene a su disposición." Seth permaneció quieto, hablando al aire de arriba.

“Esa es la pregunta más fácil de responder. Puedo saber el rango de la cohorte para cuando hayamos comido." continuó Juba, pensando en voz alta: “Puede que él haya recogido la caravana casi tan pronto como esta salió de nuestras puertas. Podría haberlas detenido de inmediato y haber traído a las chicas aquí con escolta, y nadie siquiera habría alzado una ceja. Sea quien sea, podría tener quinientos hombres alrededor de sus prisioneras si crees que las tiene en el cuartel del fuerte sur."

Seth negó con la cabeza. “¿Cuáles son las posibilidades de esconder a cinco chicas, esas chicas, a salvo en un *castrum*? Nada buenas, a menos que todos los hombres de la cohorte estén en la empresa. Y si tiene que pagar a quinientos hombres, no se quedará con gran parte de su herencia."

"¿Dónde entonces?" Juba tomó un paño áspero de un sirviente y se frotó la cara, el cuello y los hombros.

Seth se permitió una sonrisa. Solo había una posibilidad, y eso hacía que el número de soldados romanos en el pequeño destacamento del sur fuese mucho menos abrumador. Al menos en lo que respectaba a encontrar a las hermanas de Jaida. Pero antes de que Ishaq pudiera reunir a sus tropas e impulsar órdenes, reales o inventadas, Seth necesitaba identificar la casa privada que tenía que usar como prisión.

Aunque Roma prohibía el matrimonio de sus tropas, la mayoría de los hombres, en sus veinticinco años de servicio, encontraban la manera de tomar esposa y casa en los *vicus* que crecían alrededor de cada fuerte.

“No puede darse el lujo de tener muchos hombres involucrados en esto, pero debe tener suficiente superioridad para comandar la mayor parte de la cohorte sur. De modo que es un oficial, profesional, con uno o dos hermanos centuriones dispuestos a encubrirlo con la promesa de una parte de su premio. Algunos de esos centuriones tendrán hogares y familias ilícitas en la ciudad, probablemente cerca del fuerte. Necesito la mejor vigilancia que puedas poner en ese fuerte esta noche."

"¿Dawud?"

Seth asintió. Necesito la dirección de la casa de cualquier centurión lo bastante cerca y lo bastante grande como para esconder a las cinco chicas. Y lo necesito mañana."

"Lo tendrás. Han tenido cinco días para prepararse en algún lugar, pero aún comprarán cantidades inusuales de comida. Serán reservados y probablemente también hayan puesto guardia en la casa. No será demasiado difícil de encontrar." La comprensión llevó

una sonrisa al rostro de Juba. "Ahora dime cómo convenciste a tu dulce sacerdotisa para que regresara a este cubil de iniquidad."

"No lo hice yo. Su diosa lo hizo." Seth igualó la sonrisa, pero solo brevemente. “Y los dioses están entre nosotros, me dice."

"¿Cómo lo están pues?"

"No felices. No finjas que eso no te desconcierta, Juba. Irás al santuario más cercano para quemar ofrendas y rociar sangre y aceite antes de cerrar los ojos esta noche."

A pesar de todas las ligerezas de Juba sobre las devociones de Jaida, él era en todos los aspectos un hombre temeroso de Dios, si no devoto. Temía a los dioses obstinados y todos sus mezquinos antagonismos tanto como cualquier hombre. Y viviendo como ellos en una encrucijada cultural, el propio Juba era nativo de Alejandría, tenía muchos panteones a los que temer.

"No te haría daño mostrar algo de piedad. Un poco de buena voluntad divina podría marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso, querido muchacho." Fingió indignación y se volvió para subir las escaleras desde el agua. Los criados estaban listos con paños y perfumado aceite de masaje y él estiró el envejecido cuerpo sobre un estrecho sofá. “Aunque, puedo ver cómo la devoción puede ser problemática para ti. Aquí tienes a esta pequeña encantadora sin ningún lugar a donde huir y solo su estado en el templo para protegerla."

Esta actitud de Drusus era bastante irritante; desde Juba se estaba desgastando demasiado. “Le prometí que no tiene nada que temer aquí. A eso me refería. Dec y tú deberíais dar un paso atrás y dejarla en paz. Necesita algo de tiempo para encontrarse a sí misma." Era un consejo que quería seguir él mismo. Ella no podría haber sido más clara si hubiera suplicado. Jaida quería encontrar su propio camino hacia el mundo, a su propio ritmo. Y ella no quería su compañía más de lo necesario. Pero dar un paso atrás era más difícil de lo que parecía.

“¿Para encontrarse a sí misma? Seguro que tú puedes encontrar eso para ella. ¿Otra fiestecita? ¿Demasiadas bebidas? Ella solo necesita

resbalar una vez, Sethos, y serás tú quien la atrape. Entonces serás más un salvador y menos un demonio cuando ella no tenga a dónde ir." Juba se rió para sí mismo.

“O quizá, Juba, puedo concentrarme en encontrar a sus hermanas e intentar llevarlas a salvo a casa. Y entonces podría dignarse, al menos, a estar de buena gana en la misma habitación que yo. Hasta entonces, déjala en paz."

El lujoso dormitorio de las chicas, con sus amplias camas con pedestal, almohadas perfumadas y cortinas con velos, almenadas cuencas de agua y paredes de cedro perforado, palidecía hasta la insignificancia cuando fueron conducidas al anexo. No había ningún lugar donde el ojo no quedara de inmediato asaltado con color. Telas, que por sí solas serían motivo de asombroso estudio, guerreaban con cristal, latón y mosaicos.

Y contra la descarga del calor del mediodía, el aire se precipitaba con la humedad refrescante en brisas que pasaban a través de cortinas y velos húmedos.

A pesar de todo su brillo, la sala era informalmente acogedora y las chicas se sentaron en un diván acolchado y doblaron las piernas descalzas debajo de ellas. Los sirvientes, Zayed moviéndose prominentemente entre ellos, llevaban bandejas de los bufés colocados alrededor de las paredes. Después de la comida cada vez más modesta del templo, la comida era una maravilla de sabor y sustancia y ambas chicas comieron, olvidándose por el momento de la crisis que se avecinaba afuera.

Sólo cuando su respiración llegó pesadamente sobre un estómago más que un poco lleno, Jaida desvió su curiosidad para considerar a sus compañeros comensales.

Sus ojos se dirigieron naturalmente a Seth y lo encontraron mirándola brevemente, apartando su rostro y su conversación hacia Juba y un extraño mal vestido. El hombre no era diferente a su anfitrión, con cabello y ojos oscuros, pero sus mejillas y garganta estaban ásperas por el crecimiento sin afeitar. Una cicatriz profunda arrugaba la piel sobre un ojo, y otras dejaban profundas hendiduras en la piel bronceada de su antebrazo. Su largo *khameez* de rayas

verdes estaba hecho jirones; los bordes de los tobillos de sus pantalones eran de un marrón grasiento y peludos con crin de caballo; su *ghutrah* grisáceo y sin lavar, manchado debajo del *agal* con sudor y aceite para el pelo.

"Octava," dijo el hombre, estirándose para forzar las palabras alrededor de una boca llena de carne medio masticada. “Las dos cohortes clasificadas más bajas están guarnecidas en la ciudad de Aila. Es la octava cohorte la que tiene interés para mí, es una *turmae* de caballería. Treinta jinetes árabes le dan mucha movilidad. Y velocidad."

Mientras el extraño tragaba y seleccionaba otros pedazos de suculenta carne, Seth preguntó: "¿A cuántos de ellos conoces personalmente?"

El hombre negó con la cabeza, pero algo sutil en la acción sugirió que evitaba la pregunta, más que responderla.

Juba probó de nuevo, "¿Podríamos encontrar oídos dentro del fuerte?"

De nuevo un movimiento de cabeza, pero menos seguro, y lo acompañaba un empujón y tirón de aire con la palma abierta. Parecía que se había dicho suficiente sobre el tema. Que las cejas fruncidas, las yemas de los dedos rozando las palmas y los hombros levantados un poco, habían resuelto el asunto por el momento.

Ianthe se sentaba a los pies de Jaida con el cuerpo vuelto hacia los aceitosos guardias nabateos. Los hombres, al parecer, no hablaban latín. Aunque eran invitados a la compañía, eran autónomos y manifiestamente desinteresados en el resto del grupo.

Jaida deslizó el pie por la seda y tocó la espinilla de su hermana. Cuando Ianthe se volvió, Jaida frunció el ceño y apretó los labios, diciendo claramente «no los mires», y Ianthe sonrió. En ligar de eso, miró a Seth y luego al extraño al que entretuvo, y lanzó una pequeña mueca de disgusto que divirtió a Jaida.

Él no era tan desagradable. En el fondo de sus ojos había una resonancia que Jaida reconocía, y ella se volvía de un hombre a

otro, viendo más en cada momento que era similar. No tenía la inocencia que ella había visto por primera vez en Sethos, su mirada era más fría y dura, su boca no estaba tan llena y no tan sugerente de risa.

Pero la habitación que los rodeaba respondía cualquier pregunta que pudiera haber tenido sobre la relación. El extraño vestía ropa mugrienta mientras que Seth usaba aceite perfumado, profundamente incrustado en sus poros. El pelo que le caía sobre la frente desgarrada estaba grasoso por la negligencia, y desde el otro lado del suelo era evidente su desprecio por la higiene. Tenía cicatrices, no las limpias y cuidadas cicatrices que ella había visto en el pecho de Seth, sino toscas, amenazantes de la vida y mal reparadas. Ni siquiera como soldado, donde sus heridas podrían haber sido supervisadas por cirujanos, más bien de las que habría esperado de un esclavo.

Cuando se puso de pie, sin embargo, Seth se movió para abrazarlo cálidamente en una muestra fraternal de puro afecto que no prestó atención a la suciedad ni al olor. Por encima del hombro de Seth, habló palabras en arameo que hicieron reír a Juba y a los arrogantes guardias casi desnudos. Dio un paso atrás, mirando directamente y con desprecio hacia donde estaban sentadas las chicas, y señaló a Ianthe. De nuevo surgió una carcajada y ambas mujeres agacharon la cara, avergonzadas por burlas que no podían entender. Luego se fue, no por el pasillo hacia el atrio escoltado por el promus, sino por una puertecita en la esquina más alejada de la sala, que conducía al lado de la guarida del tigre.

"Disculpad a nuestro amigo," dijo Seth con seriedad cuando la risa murió detrás de él. "La sociedad romana suele ser más amable."

"Como es Alejandrino," respondió Ianthe.

Un guardia nabateo añadió sus pensamientos a la discusión, la única palabra comprensible "griego," y de nuevo una carcajada llenó la habitación. Una aguda mirada de disgusto por parte del anfitrión calmó la creciente marea de grosera hilaridad, y los hombres, mirándolos tanto como pudieron, castigados, volvieron a su propia conversación tranquila.

"Tendréis esta tarde vuestra ropa y todo lo que dejasteis en la mansión." Las disculpas brillaban en sus ojos y Jaida se encontró inclinada como siempre hacia la oscura bienvenida de sus profundidades. Era trágico, insistía ella apretando el pequeño puño, que él no necesitara hacer más que mirar en su dirección para hipnotizarla y mesmerizarla. Bajó la mirada sobre esad mejillas, la suave piel dorada y los labios, sonriendo gentilmente. En la seguridad de su casa ahora, con la barriga llena y con el aire del desierto civilizado a la palabra de Aquila, ella se cuestinó qué peligros podría haber realmente en su compañía.

"No tenemos mucho." Ianthe retomó la conversación dejando a Jaida observar en silencio.

“Cualquier cosa que necesiteiss, decídselo a Tamir. Él puede hacer milagros. ¿Ropa? ¿Cosméticos? Pedid."

Un suspiro escapó de la nariz de Jaida, largo, cálido y tembloroso. Un suspiro de confusión y aceptación que gimió al final, deseando alguna guía. Ojalá pudiera saber lo que la diosa quería de ellas, cualquier palabra firme en la que ella pudiera confiar y que dijera dónde tenía que estar. ¿En servicio? ¿Como sacerdotisas? ¿Como oráculos? Ella nunca debería dudarlo. Esta era su vida; la abstinencia y la dedicación eran suyas como el poder y el lujo eran de Aquila. Esta era la vida y el destino para el que ella había nacido.

¿La había traído aquí para tentarla a alejarse de sus devociones? Surgió la vieja pregunta y; mientras lo observaba sentado con Juba, hablando en voz baja sobre las implicaciones y posibilidades; ella no estaba más cerca de responderla por él. ¿Por qué?

¿Por qué? Miró a Ianthe, a la pura belleza simétrica de su rostro. ¿Por qué las quería aquí desde el principio, a todas ellas, libres, si no para obligarlas de alguna manera por obligación a su...? ¿Qué? ¿Su cama?

Hubiera sido más fácil y mucho menos costoso simplemente haber tomado lo que tenía. Las barras de oro brillaban intensamente en el lóbulo de la oreja y los pliegues de su mejilla, que aparecían con elocuencia, se formaban también con una sonrisa o con un ceño

fruncido de confusión. Ojos que brillaban y chispeaban con diversión, se oscurecían amenazadoramente bajo un ceño fruncido. Ojos que se movían rápidamente para encontrarse con los de ella y que igual de rápido huían.

¿Había visto ella la verdad a la media luz de la vela de al Uzza? Si no había un precio en oro demasiado alto para pagar por ella y sus hermanas, ¿era solo el orgullo lo que exigía que él solo tomara lo que se le ofrecía libremente?

¿Personal?

¿Espías?

¿Guardias?

¿Le servían todos por amor? Jaida se volvió para mirar a los nabateos. No, seguramente estaban demasiado bien pagados para preocuparse por las buenas o malas intenciones de su jefe. Sin embargo, Juba había dicho que entre las filas de los que él había puesto en libertad había muchos que le servirían sin más razón que la gratitud o la devoción.

No sería difícil querer tal compañía.

Ella lo observaba charlar y el conocimiento le calentó el estómago. Él era deslumbrante, no había duda de ello, y ella se mordió el labio para aplastar el recuerdo de esa boca en la suya. El calor brotó de repente en su pecho, su sangre recorrió la pasión a través de sus miembros y se espesó en su corazón. Cuando su respiración se detuvo y se aceleró inesperadamente, cerró los ojos y le agradeció a la diosa que estuviera demasiado lejos para oler.

A su lado, Ianthe también había dirigido su atención a él, y lo estaba mirando de la misma forma en que los gatos salvajes de los callejones de Alexandria miran un agujero en la pared. El corazón de Jaida dio un vuelco y ella deslizó de nuevo un pie por el sofá. "No mires," murmuró con la irritación arrugándole la frente.

Ianthe respondió a su mirada con las cejas alzadas. “Mírate a ti misma," susurró la hermana devolviendo un empujón con los dedos

de los pies. Había tanta irritación en los rasgos uniformes de su hermana, y tomó un momento de silencioso compromiso antes de que ambas chicas suavizaran sus miradas y forzaran una sonrisa. Mientras el calor bajaba lentamente de las mejillas de Jaida, Zayed se acercó discretamente a la oreja de Seth, quien estaba junto a su promus, y asintió cortésmente hacia las mujeres antes de salír de la habitación.

Drusus entró en pleno vuelo y Seth apenas lo alcanzó el tiempo suficiente para abrazarlo antes de que el primero atravesara el atrio y se dirigiera al anexo, agitando las manos y poniendo los ojos en blanco con operístico celo.

"Monstruosa," anunció, y Seth sonrió al ver el efecto que la llamarada de Dec para el teatro tuvo en sus invitadas. Pasó un momento mientras lo seguía antes de que surgiera la pregunta de "¿por qué?." Ambas sacerdotisas miraban fijamente, se volvieron y casi se levantaron de sus asientos mientras Drusus fluía por la sala y se desplomaba dramáticamente en un sofá. "Vaya mañana. Monstruosa. ¿Dónde está mi bebida?" Zayed estaba de pie junto al sofá, una copa colocada en una bandeja junto a la jalea y la galleta obligatorias, con ojos oscuros y violentos.

"Bebe," animó Seth. “Y luego dime qué ha ocurrido. ¿Fuiste a la Curia, depositaste los documentos comerciales en el consejo y...?”

Drusus apuró la taza y apoyó la cabeza en el cojín, exhausto.

Juba agitó una mano, un gesto apenas más que una sugerencia, y la guardia nabatea se puso en pie como uno para marcharse, dirigiéndose hacia Seth con las manos extendidas. Una vez que la habitación estuvo menos llena, Seth volvió a sentarse en un sofá profundo y esperó.

“He tenido ocasión de reunirme hoy con el joven Malichus. Pregunté por su querida madre, como era de esperar. Parece que la noticia de las sacerdotisas aquí ya ha llegado a la corte real. Nuestra antigua Reina se ha interesado mucho en las damas y en su futuro."

Seth sabía que era mejor no adelantarse al drama interrumpiendo con preguntas. Los tratos con los restos de la familia real nabatea

siempre eran tensos; atraer su interés rara vez era algo bueno. Pero era seguro imaginar que, si Dec había hablado en profundidad con el hijo del rey fallecido, había sido intención suya hacerlo. Y si su madre, la reina Gamilath, se había interesado en el caso, podían estar seguros de que el propio Drusus le había enviado su palabra. Todo lo que quedaba era dejar que la historia se desarrollara como Dec quería que se contara.

"Ella está aquí, ¿lo sabías? En la ciudad durante un mes."

"No lo sabía, Drusus."

"¿No? Debería habértelo dicho. Ella quería tener la oportunidad de hablar con los oráculos del templo. La has confundido ahora al traerlas aquí."

Seth asintió. Podía entender eso, pero claro, Dec sabía que confiaba en traerlas aquí cuando saliera de la casa esta mañana.

“No hubiéramos tenido que preocuparnos por eso. Estoy seguro de que puedes nominar una sala en alguna parte para una audiencia."

Seth asintió de nuevo. "¿Excepto?"

“Excepto que cuando terminé la conferencia esta mañana y convencí al consejo de que no había preocupaciones sobre la seguridad y la reventa de licencias, llamé para visitar a Lucius Aninius Sextius. Él está especialmente interesado en adquirir licencias para las rutas del sudeste y este de África."

Seth consideró la noticia. Sextio era hijo del gobernador romano de Arabia Petraea. “Las caravanas con esas licencias recorren territorio romanizado. Al consejo no le importará si compra licencias fuera de Nafud y Rub ’al Khali."

“Exactamente lo que yo pienso. Pero ¿sabías que él y su esposa querían una audiencia con la sacerdotisa?"

Un pulso caliente comenzó con fuerza en su sien cuando Seth trató de adelantarse a la historia de Drusus. Había ideado algún tipo de rivalidad entre la realeza nabatea y el hijo del gobernador romano por Jaida y su hermana. ¿Por qué? Y lo que es más importante,

¿cuándo pretendía llevar esto a un punto crítico?

"¿Cuál es el problema? ¿Qué les ofreciste? ¿Y cuando?"

En el sofá frente donde estaba sentado, Jaida miraba con evidente preocupación. Aquila podía leer en ella los miedos claramente, en el blanco crudo de su mirada. Mientras la iba conociendo mejor, se daba cuenta de que era solo la incertidumbre y la falta de familiaridad con la gente lo que la mantenía escuchando en silencio. Detrás de esos ojos ardían un millón de preguntas, y él se maravillaba de la agudeza de una mente que podía tallar la comprensión por sí misma de la poca vida que le había dado.

Su belleza era deslumbrante, como lo había sido con cada encuentro. Su mirada pálida y escrutadora, tan llena de miedo y anhelo; desplazada y tratando desesperadamente de encontrar y mantener un lugar seguro para sus seres queridos. Aún no había ningún lugar seguro. El mundo no era un lugar al que le importara la frágil belleza. Era un lugar difícil, donde nada era como lo que ella conocía, y las verdades que le habían contado se estaban convirtiendo en harapos y haciéndose pedazos ante sus ojos.

Y su belleza lo consumía. El recuerdo de ella entre sus brazos, esa boca caliente en la suya y el deseo elevándose oscuramente en esos ojos inquietantes, prendía un fuego furioso sobre su piel durante horas de insomnio. Y cuando él dormía, ella caminaba por sus sueños desnuda y perfecta, hasta que él despertaba con un sudor de pánico, luchando frenéticamente con los incognoscibles peligros que la rodeaban.

Se le había cerrado el puño con el recuerdo, y él se miró las manos mientras enderezaba los dedos, obligándolos a liberar sus miedos. Ella estaba aquí al menos, por fin, y ese hecho le trajo algo de alivio. Una respiración profunda llenó el apretado vacío en su pecho, y Aquila miró a Dec en busca de una respuesta.

La respuesta tardó en llegar. Drusus volvió sus más tristes ojos hacia las chicas. "Me estoy volviendo demasiado mayor para esto, Sethos. Estas reuniones se prolongan. Estoy cansado. Quiero una vida tranquila. Nietos."

Seth negó con la cabeza levemente, observando cómo la compasión se agitaba en la audiencia de Dec, aumentando mientras hablaba. "Lo he estropeado, creo. Debería haber dado un paso atrás y dejarte estos arreglos a ti. Sabía que las sacerdotisas se verían superadas esta noche. Aunque ya no puedan viajar a la cremación, querrán despedirse de su hermana."

Él tocó un nervio tan en vivo y doloroso que ambas chicas bajaron la cara, el dolor se acumuló en sus ojos. Pero Drusus ya pasaba a temas más apremiantes. "Ya había acordado que el príncipe y la reina deberían visitarnos mañana. Ahora Sextius y Agrippina. Rechazar a uno o a otro será una ofensa mortal. Poner uno delante del otro será igual de malo. Y querido, ambos querrán el oráculo. No uno ordinario."

Seth se llevó una mano a la cara y trató de leer el subtexto de la actuación de Drusus. Este no era un juego que le divirtiera, pero la habilidad en él era vital para la distensión en Arabia Petraea. Aquí, las preguntas directas se consideraban groseras, el conocimiento era poder y se atesoraba celosamente, y la discusión abierta se desconfiaba como una trampa. Dec estaba manipulando la habitación para cumplir su propio propósito. Pero ¿cuál?

Comercio, primero y último.

Los deseos de Seth eran importantes, pero iban en un mal segundo lugar.

Las chicas y su futuro iban en algún lugar de la escala cerca de las puertas de un puesto de esclavos, suspendido solo del amor inherente de Drusus por la belleza y la determinación de Seth de tenerlas libres.

Él quería apoyo y protección romanos para sus caravanas, y el oro de Sextius en el bolsillo para las licencias costeras. Quería garantizar para Seth después de su partida la buena voluntad que había construido con los nabateos. Quería que se les proporcionara dirección divina a ambos, en ese sentido. De ahí el oráculo. Entonces, ¿por qué causar fricción?

¿Y a qué venía la tragedia de actuación sobre la edad? ¿Una vida

tranquila y nietos?

Él quería un oráculo y tenía una de sobra,.pero solo conocía a estas dos. Él aún no tenía idea de que pronto se sabría dónde estaban las otras chicas, y tampoco las sacerdotisas. Y entonces les haría una oferta a estas chicas. No solo libertad, damas. No solo un revolcón rápido. Vuestro anfitrión quiere esposa y herederos.

Seth reprimió una sonrisa y se sacó la irritación y la rigidez del cuello. Era poco probable que las chicas mordieran el anzuelo con el primer lanzamiento; seguramente, ninguna de las dos estaba acostumbrada a este juego. Juba prestaba una extravagante atención a su selección de comida, Jaida aún miraba en su propio regazo, pero Ianthe, cuando él se volvió hacia ella, lo encontró directamente. Le sostuvo la mirada, su respiración salía en ráfagas nerviosas, sus ojos se agrandaron y una sonrisa de comprensión comenzó en su boca.

Él la observó deseando poder hablar en voz alta sobre sus pensamientos mientras ocurrían. En lugar de eso, dijo: “El oráculo, Drusus. Un oráculo que da lecturas personales tanto a la jerarquía romana como a la realeza nabatea." Sopló un largo silbido entre dientes. "¿Cuánto valdría un puesto como ese?" Especialmente si ese oráculo se veía envuelta en una guerra de ofertas. El día en que Decimus Asinius Drusus fuera vencido por la edad y la enfermedad, el cielo se derrumbaría y las montañas huirían de sus lugares.

Capítulo 14

Jaida estaba temblando y las lágrimas le colmaban los ojos. Cada vez que los limpiaba, volvían a formarse, y el temblor que le zarandeaba las manos y dedos amenazaba su barbilla y frente. Por fin habían llegado sus posesiones, lo cual le había dado a Ianthe una excusa para remolcarla desde el anexo hasta sus habitaciones, y allí Tamir revisaba un montón de ropa mucho más grande y rica que las que ellas habían dejado atrás.

"Escúchame," gruñó Ianthe. “Olvídate de Ishaq por un momento y escucha lo que él nos estaba diciendo. Se ofrecen dos vidas aquí. Para nosotras. Una como sacerdotisas, no entre el humo, droga y peligro, Jaida, no en la forma en que te la describió. Con patrocinio real. Con la realeza y su protección. Y los romanos también. Y otra como esposa. Mira este lugar. ¿Podrías soportar una vida de lujo como esta? ¿Nos compensaría esto algunos de los años de frío, miedo y vacío? E hijos. Hijos nuestros, como cualquier otra mujer. Y un hombre. Ese hombre. ¿Tan mala es la oferta?"

Ianthe la agarró por los brazos, acercando el rostro de Jaida al suyo, sus ojos oscuros estaban llenos de pasión y el deseo de aprovechar corriendo esta oportunidad.

"No somos dos," insistió Jaida y, desde el lado de la ropa doblada, Tamir resopló en voz baja. Ella lo ignoró. “No es en Ishaq en quien estoy pensando. Nuestras hermanas nos necesitan. Los dioses están enojados y quieren a nuestras hermanas aquí, donde pertenecen."

Ianthe aulló, mesándose el cabello y levantando los brazos hacia el cielo. “Yo inventé todo eso. Me lo inventé para que quisieras venir aquí y dejar que él hiciera lo que pudiera para salvar a las chicas mientras nosotras esperábamos aquí. Me lo inventé todo."

"Yo no me lo inventé. Lo vi todo y lo escuché todo, y sé que la visión fue verdadera. Sé que le dijiste que la diosa lo habiia elegido, pero el resto era cierto. Yo lo vi." La imagen del frío mármol blanco de Júpiter fundiéndose en carne caliente destelló en su vista y Jaida se alejó de su hermana, volviéndose hacia la ropa que Tamir

doblaba.

Ianthe prosiguió: “Pues quédate tú en el templo. Esa será elección tuya. Solo tenemos esta noche para decidir. Mañana hay que leer el oráculo. Tú eres el oráculo, te quedas en el templo y yo lo aceptaré a él y el papel de esposa y madre."

El pensamiento cortó profundamente y las imágenes que se formaron ya habían herido antes de que Jaida pudiera apartarlas de su mente. Manos que conocía en sueños, manos que emocionaban con las yemas de los dedos y se deslizaban sobre la oscura seda del vientre de Ianthe. Sus largos y delgados muslos separados ante el toque de Aquila. Y esa boca con sabor a meloso vino y especias buscaba la suavidad flexible de los pechos de su hermana. Los buscaba. Los encontraba. Los chupaba profundamente.

"¡No!" Casi gritó ella, a la elección y a las imágenes que esta traía. “Nacimos para esta vida, deberíamos permanecer juntas. Él encontrará a las demás, Oseye, Eshe, Rhea, Zaliki y Shemei." Enumeró los nombres en voz alta y dejó el silencio allí para testificar por Lailah. Ellas no eran conocidas a las que una vez habían tenido aprecio, eran hermanas de carne y hueso, más profundo incluso que eso. Eran almas unidas en el horno del sufrimiento compartido. "La diosa quiere que sean encontradas."

Extendió un brazo para tomar un sedoso vestido de la mano de Tamir, y él se lo arrebató, sorprendiéndola con una maldición murmurada. "No seas insensata. Los dioses son volubles y los hombres peores. Yo nací con riqueza y privilegios. Mirame ahora. Pensé que los dioses me sonreirían mientras amontonara oro en sus arcas. Mira a dónde me trajo esa certeza. Tus hermanas estaban condenadas desde el día en que salieron por esta puerta. ¿Encontrarlas? Sí, las encontrará si están vivas. Y las traerá de vuelta si eso es lo que quieres. Si eso es lo que decides. Pero no habrá final feliz para ellas."

"Ishaq no les hará daño ahora," Jaida luchó con su coraje y trató de enfrentar este ataque inesperado. “Nosotras somos su herencia. Él nos necesita a todas a salvo e ilesas."

"Pues déjalas donde están." Tamir dejó caer la bonita tela que

sostenía, la arrojó al montón que tenía delante y caminó lentamente hasta un sofá. Sentado, dejó caer el rostro en manos dobladas y callosas y dejó que su respiración se hiciera más lenta hasta convertirse en un ronquido menos doloroso. “Las mujeres bien nacidas," miró a Jaida, levantando un dedo como si se refiriera a ella, “tienen muy pocas opciones en este mundo. Si tienen la suerte y la riqueza suficiente, se casan bien. Aquellas que se casan esperan el amor o hijos o ambos. Sin esas cosas, acabarán divorciadas y descartadas. Las que no tienen amor ni dinero no valen nada. Pueden ser prostitutas o amantes, algunas bastante lucrativas si se mantiene su apariencia. El resto caerá en la esclavitud tarde o temprano. Y una mujer blanda morirá. Si no puede trabajar, simplemente la usarán como ramera."

“Mis hermanas pueden trabajar. Pueden servir en los templos como mujeres libres. Pueden ganar suficiente dinero para vivir bien en los próximos años." Jaida volvió a intentar mantener las esperanzas que había acumulado.

"Oh, niña," la energía de Tamir lo había dejado plano y él luchaba por mantener la cabeza en alto lo suficiente para terminar. “Ellas no saben lo suficiente del mundo para permanecer a salvo durante tanto tiempo. Un hombre. Un error. Los hombres ricos caen en la esclavitud de la noche a la mañana. Tus hermanas no tienen ninguna posibilidad. Yo era rico y lo perdí todo. Mi esposa y mi hija fueron vendidas delante de mis narices. Sethos me rescató, pero no encontramos a mi familia lo bastante pronto. Y mi hija era tan hermosa como tú." Se puso de pie dolorosamente y pasó un suave dedo por la mejilla llena de lágrimas de Jaida. “Tan hermosa como tú. Y tus hermanas."

Él apartó los recuerdos con un movimiemto de cabeza. “Tenéis que entemder lo que se os ha ofrecido a ambas. Es la única esperanza que tenéis. Aceptadlo. Y tú." Se volvió hacia Ianthe. “Si eliges ser esposa, será mejor que tengas hijos en ese cuerpo magnífico. Sin su amor para mantenerte a salvo, el viejo bastardo," escupió al suelo, negándose a nombrar a Drusus. "te matará en un santiamén. Él quiere nietos, y hay una oscuridad en esa alma que Sethos no quiere ver."

Abajo, Drusus se había recuperado y Juba no dejó ninguna duda

sobre si debían compartir lo que sabían. En unas pocas palabras, le había dado a Drusus toda la inteligencia que habían obtenido, le había explicado las inferencias extraídas de ello y había llegado a la conclusión, para bien o para mal, de que sabrían por la mañana en la casa de quién estaban los rehenes. Ambos hombres mayores llevaban muchos años de asociación y este diálogo abierto representaba hábito y familiaridad. También decía claramente dónde sentía Juba que yacía el verdadero poder y la influencia.

Para Seth eso era un punto discutible. No había nada más que pudiera hacer esta noche y otros asuntos se le acercaban más al corazón.

"Un oráculo, Dec" Lo dijo sin rodeos, sin una pregunta.

"Me voy pronto, Seth. Dias. Esta es solo una forma de hacer avanzar las cosas."

Lo era, de hecho. "¿Cuándo te vas?"

Drusus se encogió de hombros e hizo alegremente un gesto con la mano. "¿No eres feliz? Si ella te elige a ti, que así sea. Si no es así, querido, le construirán un templo. Entre la nobleza romana y la familia real, tendrá más oro que tú en diez años, y aún podrás mirarla con nostalgia desde el otro lado del patio. Incluso puede que descubras un nuevo celo religioso. Y cuando ella haya visto el mundo lo suficiente como para ser menos idealista, tal vez te vea como una mejor opción después de todo."

Había una lógica perversa en el argumento. En verdad, si Jaida optaba por quedarse con su diosa, si nada de lo que él le quería dar podía igualar su devoción por su entrenamiento y su servicio, entonces esta era quizá la única forma en que se le podía garantizar protección. Pero le habría dado tiempo y la oportunidad de tomar una decisión informada. "Yo lo habría hecho de otra manera."

"Y me alegra haber aprovechado la oportunidad. Tú también deberías alegrarte. Mañana por la noche espero que una chica esté en tu cama y sea inútil para su acosador y que la otra esté lista para una vida por encima del alcance de cualquier hombre, como protegida de la familia real. Aprende a confiar en sus instintos."

"Mis instintos no importarán un bledo si Jaida lee ese oráculo mañana." Había un peso en las palabras que se arrastraron en su pecho.

“Querías a las chicas aquí en la casa desde el principio. Deberías haberte seguido con ese sentimiento. Deberías haber apoyado la elección. En lugar de eso, le hemos dado tiempo a ese para que haga sus propios preparativos."

Seth miró fijamente a Decimus, reprimiendo la creciente sensación de pérdida y tratando de escuchar la información importante en este elogio. ¿Tiempo? Las chicas se habían ido de la ciudad hace cinco días. Si su cálculo era correcto, Ishaq las había capturado de inmediato y las había retenido todo este tiempo. Y todo ese tiempo Jaida e Ianthe habían estado bajo ligera vigilancia en el templo.

Pero no se las habían arrebatado. Aunque Ishaq tenía infantería al mando.

"Ahora él está preparado," se percató Seth en voz alta. "Él sacrificó a Lailah y se mostró a Ianthe para tratar de obligarla a hacer un movimiento."

“No corrían peligro de ser molestadas mientras estaban en el templo, él podía permitirse dejarlas allí. Si ellas hubieran estado aquí todo el tiempo, eso lo habría obligado a moverse sin preparación. No podía arriesgarse a permitirles tener acceso a todo esto durante demasiado tiempo." Drusus señaló directamente a Seth mientras hablaba, sugiriendo que eran las tentaciones de la carne que Ishaq temía más que la riqueza y el lujo.

"Pero él quiere que ellas estén aquí, ahora." Seth asintió. Ishaq estaba dispuesto a apostar, al igual que su padre. Dispuesto a arriesgar a una o a ambas sacerdotisas por la oportunidad de vengarse del hombre que se las había llevado. "¿A cuál de nosotros quiere?"

"Vamos a decir que a ambos." Drusus miró a Juba. “Y pregunta en cambio, ¿cómo? Los registros de esta mañana fueron torpes en el mejor de los casos."

Juba se encogió de hombros. “Entonces, ¿qué obtuvieron? Información. Planos. Seguridad. Habrían visto que estás casi listo para salir de la ciudad."

"¿Por qué esperar para averiguarlo?" Seth sonrió con frialdad. “Dawud estará aquí esta noche con información sobre el paradero de las rehenes. Solo eso ya podría bastar si podemos sorprenderlos. Solo será una casa privada y puedo enviar a doscientos hombres para que saquen a las damas. Olvídalas por un momento. Entretanto, mañana tendré a la encantadora Agrippina aquí."

"La mujer dragón," Drusus sonrió burlón.

“Una mujer de pasión y gustos variados. Ella podría tener más amantes en la Tercera Legión que Ishaq *milites gregarii*. Puede que conozca a cada uno de ellos y lo que están haciendo. Y tiene un suegro que es gobernador y es el dueño de todos."

“Sus amantes probablemente son la soldadesca común, querido. Todos, los cinco mil."

Seth dejó que su sonrisa floreciera. El desdén de Dec por sus amantes era legendario, como lo era por la preferencia de esta noble dama por una ligera y tosca transacción. Sin embargo, los oficiales estaban más preparados para este propósito, y a ella también le encantaban. Un centurión que quería saltar un nivel o dos del lento ascenso hasta la cima, alguien que pudiera volverse contra los hombres debajo de él con un salvajismo propio del ejército romano. Agrippina debería de tener oficiales en su séquito de amantes.

“Si ella había querido hacer casi cualquier cosa por mí en otros tiempos, ¿qué no hará cuando sepa que un símbolo de estatus como un oráculo de la vida real esté en juego? Puede que esté atrapada en los límites exteriores del imperio, pero las damas que almuerzan en Roma se pelearán por ser las primeras en invitarla a casa."

Se puso de pie, agarrando y girando por costumbre la muñequera. "¿No te vas a ir pronto, Dec? Zayed se encargará de todo lo que necesite. No tardaré mucho."

El promus miró sombríamente y se inclinó en silenciosa deferencia.

"Voy a buscar a mis invitadas." Mientras la euforia le corría por la sangre y le revolvía las entrañas con un terror exquisito, Seth se volvió para enfrentarse al hecho de que había hecho girar de nuevo la rueda del azar. Jaida debía saberlo, ambas debían saber que esta no era una elección que se verían obligadas a tomar esta noche. La vida, o eso esperaba él, continuaría mucho después de que Drusus se fuera a Roma.

En el atrio se detuvo, estirando los hombros de su *khameez* para enderezarlo y peinando hacia atrás el cabello con nerviosos dedos. Tamir se abrió camino a través de la habitación, la vieja y profunda tristeza definiendo su forma aún más claramente que de costumbre. "¿Dónde están, Tamir?"

El criado señaló vagamente por encima del hombro, gruñendo como si su corazón se hubiera roto de nuevo, y Seth siguió con el dedo a través del *tablinum* y salió a la luz de la tarde. Jaida estaba sentada en un banco cubierto de enredaderas frente a la fuente, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados para protegerlos del sol.

Él nunca estaba preparado para verla. Ya fuese una mirada robada durante el almuerzo o una reunión anticipada durante la noche, su impecable elegancia lo dejaba sin aliento. Por un momento contempló cómo la luz del sol recorría su piel. Se había creído silencioso, pero ella se volvió de repente para mirarlo, saltando un poco de miedo. Había estado llorando, pero sus lágrimas se habían secado al sol y ella desvió la mirada hacia la fuente, aceptando tácitamente su presencia. "No quiero molestarte," ofreció él.

"No te preocupes. Debería hacerte algunas preguntas. Creo que has sido honesto con nosotras."

Un gran elogio en verdad. Él caminó lentamente hasta la columna más cercana al banco y se apoyó en ella, evitando el calor del sol. Ella había tomado una muda de su caja blanca de lino y el cambio era exquisito. Tela hilada áspera en verde pálido atada a la nuca y dividida por delante hasta el ombligo. Una cinta que parecía hecha de brillantes joyas unía las piezas debajo del busto, pero dejaba al descubierto la extensión limpia de su espalda y hombros. No era un

vestido de luto y Seth dudaba que lo hubiera elegido para ella misma.

"Lamento no poder llevaros a la pira funeraria. Drusus había planeado la ceremonia para vosotras."

Ella asintió. "¿No hay forma de que podamos ir?"

"Es posible. Pero es un riesgo enorme." En teoría, había gente a la que podía pedir que la sacaran de contrabando. Quizá la propia Agrippina. Pero el riesgo era demasiado grande para sugerirlo. Mejor un funeral que dos.

"Tamir se ha ofrecido a ir en nuestro lugar."

"Ah." Seth no se sorprendió tanto. El dolor del anciano por Lailah había sido un eco de pérdidas pasadas, y se había preocupado por su cuerpo como si su servicio fuera el pago de una deuda largamente morosa. “Parece haberse puesto a su disposición. Puedes confiar en él."

Era cierto, Jaida lo sabía instintivamente. El anciano, con su rico pasado y sus cicatrices asesinas, nunca le había causado un momento de duda.

“Él crió a una hija. Una sirvienta." Observó a Seth de pie en las frías sombras grises con el rostro hacia abajo. La enredadera que corría por el balcón y las columnas se apiñaba densamente en su hombro, y parecía que tan pronto se escondería en el follaje como se adelantaría para hablar.

Un breve tic le recorrió la frente y él alargó la mano para liberar un ramillete de flores de miel. “Debería haber pensado en eso antes. Deberías haber tenido una mujer que te ayudara a vestirte y bañarte."

Un terror enfermizo se retorció en el estómago, y el frío en ella le recorrió la piel haciendo que se frotara los brazos. Estaban calientes al tacto, afilados en el calor del verano, pero a lo largo de sus huesos se estaba formando una incómoda escarcha. Parecía que a pesar de todo su miedo, no había tanto que perder y tan poco

tiempo. Inspiró profundamente en su pecho y ordenó la valentía que le quedaba y ella dijo: "No la enviaron para ayudar a vestir, aunque ella fue. Tamir la envió para ayudar a mi hermana, o a mí, a prepararnos para... "

Esta noche. La palabra se atascó. El pensamiento en sí era un nudo que dificultaba la respiración o la deglución. Escaleras arriba ahora, mientras hablaban, le estaban engrasando la piel de Ianthe. Sus manos y pies estaban siendo mimados, empapados y pulidos con lociones suavizantes, su cabello estaba siendo perfumado. Le limpiarían la boca y le pulirían los dientes. Durante la tarde y la noche, su hermana, y si ahora decidía volver a subir las escaleras, también Jaida, recibiría largos y sensuales masajes y escucharía historias de pasión contadas explícitamente. Comerían alimentos especialmente preparados y beberían vino endulzado y condimentado para los amantes.

Todos los preparativos, como ella lo entendía, para una novia rica. O concubina.

"Esta noche," terminó en un susurro, alejándose de opciones imposibles. "¿Necesitas una esposa?"

La pregunta lo tomó por sorpresa, la respuesta casi gritó. "No."

Sin mirar atrás, ella preguntó: "¿Quieres una?"

La grava crujió cuando él se acercó y el aire se hizo más fino y difícil de contener. A Jaida le dolían los dedos donde había agarrado el borde delantero del banco y lo había sujetado como un remache. El asiento era lo bastante largo para sentarse cómodamente a tres, pero Seth parecía demasiado grande cerca de ella. No solo hombros anchos, piernas largas y manos capaces, sino que irradiaba un calor que emergía hasta rozarle las mejillas. El perfume de su piel tejía tensas hebras de tensión en el pecho, a través de sus firmes senos y pezones, hasta tirar abajo de los placeres secretos.

Seth se sentó en silencio, triturando las flores y tirándolas a la grava a sus pies. Vio sus dedos pellizcar y magullar los frágiles pétalos, arrancando sus fragantes corazones y desechándolos. Por fin dijo:

“Drusus quiere que todo se arregle antes de regresar a Roma. Eso es todo. Quiere nietos."

"¿Y te quieres casar porque eso es lo que quiere tu padre? ¿No por amor?" Parecía extraño que alguien tan bendecido con libertad y abundancia tuviera tantas limitaciones en su propia vida. "¿Tendrías hijos por su bien y no por el tuyo?"

Seth se encogió de hombros. “No mucha gente tiene la suerte de casarse por amor. Se casan por riqueza, posición o poder político. En las provincias se casan por la oportunidad de regresar a Roma. Y para los herederos, se prefiere el pedigrí."

Cuando le convenía vestirse como tal, vestía el estrecho púrpura de la nobleza ecuestre. Y cuando era un propos, brillaba con la túnica enjoyada de la alta sociedad nabatea. Lanzó oro a los vientos y ordenó a cientos de hombres que cumplieran sus órdenes. Si Drusus podía trasladar la pompa y el teatro de regreso a Roma, parecía probable que su hijo pudiera hacer lo mismo. Entonces, ¿por qué elegiría a un esclavo alejandrino para llevar a sus herederos?

Y seguro que ella no podría ser la única en juzgarlo atractivo. Jaida miró la piedra limpia y brillante del muro que mantenía fuera a la ciudad. No podía adivinar quién vivía y se movía más allá de esos muros, pero debía haber mujeres, ricas o hermosas o ambas, que valoraran todas esas cosas en un esposo y encontraran a Seth tan atractivo como ella. ¿Por qué no había nadie en su puerta?

“¿Preferiría tu padre a alguien sin pedigrí, que pudiera ser desgarrado y descartado? ¿O lo harías tú?"

Él la miró, el enfado escrito claramente en sus rasgos. "¡No!"

“Tamir nos dijo que," continuó ella, “no hay futuro para una mujer que no es rica ni amada. Tamir dijo... "

“Tamir es un hombre amargado. Tiene buenas razones para serlo, pero no todo es tan sombrío como él dice."

"Tú mismo lo dijiste antes de que mis hermanas huyeran. Entonces dijiste que había peligros por todas partes, que no había lugar

seguro. Que las vidas que habíamos vivido estaban destinadas a ser cortas pero lucrativas. Tamir dijo que mis hermanas estuvieron condenadas desde el día en que salieron de tu puerta, e aunque las traes de vuelta, ellas no tienen esperanzas."

Él sacudió la cabeza y se volvió hacia su ramita de vid, arrancando las hojas de sus tallos y los tallos entre sí. "Por eso Drusus quería que las mantuviera como esclavas. Para garantizar su seguridad y su futuro."

"¿Por qué no nos retuvo él mismo? Si sabía que tú no mantendrías esclavas, ¿por qué no nos mantuvo él mismo?"

La pregunta tenía que llegar y Seth se preguntó por qué no había llegado antes. Tenía que responder ahora aunque no había podido explicarlo antes. Habían pasado demasiadas cosas; ya había sufrido bastante por ignorancia.

La ramita se había agotado, ya no había más para apartar sus ojos de los de ella y rodó el último pequeño fragmento en sus dedos y luego lo dejó caer al suelo. "¿La verdad?" dijo él. “Sois un regalo. Para mí. Él podría haberos llevado a todas a Roma con él y vivir como el César de los ingresos que ganaríais. Podría haberos vendido a todas en los mercados de la ciudad de Gaza y no traer nada más que oro. Yo nunca lo hubiera sabido y él no hubiera perdido el sueño por eso. Él podría haberos enviado a templos provinciales, y haber aceptado un buen dinero mientras pudiera venderos, y luego haberos dejado en burdeles en la costa. No tienes idea de lo que podía haber hecho. Pero no lo hizo. Él tiene un amor por la belleza casi tan apasionante como su amor por el oro, por eso os trajo a todas aquí para mí."

"¿Porque quiere nietos?"

El asintió.

"Pero ¿tú no quisiste obligarnos a quedarnos?"

Una vez más, asintió.

“Y ahora que solo quedamos dos de nosotras, nos vas a obligar a

elegir entre tú y el templo. Esta noche. Por su bien."

"No, no os obligaré a elegir," dijo. “Una de vosotras puede leer el oráculo mañana, y tampoco se preocupes por eso. Drusus te dirá lo que hay que decir. No se arriesgará a un colapso político por algo como esto. Quien elija interpretar ese papel tendrá su propio templo. Podría ejercer más riqueza y poder político que la mayoría de los senadores de Roma. La otro aún puede irse. O quedarse." Entrelazó los dedos y apretó las manos entre las rodillas. “Y espero saber esta noche dónde están retenidas las otras chicas. Si estoy en lo cierto, podremos entrar directamente y sacarlas."

"¿Esta noche?" El corazón de Jaida se lanzó contra sus costillas, lo que hizo que su cabeza se iluminara cuando su significado se hizo más claro, y envió sollozos de alegría en una risa ahogada. "Pueden estar libres esta noche." La diosa lo había elegido después de todo. Esto era más de lo que había podido esperar y quiso abrazarlo. No había mayor regalo que él pudiera ofrecerle; incluso solo la oportunidad, la esperanza, la posibilidad de que sus hermanas perdidas fueran llevadas a casa a sus brazos. "¿Tú crees? ¿Estás seguro?" Ella rió, atrapando sollozos en su mano y dejó que lágrimas de alegría corrieran por sus mejillas.

Fijó su estudio de ella con tanta intensidad que apretó su corazón y ella quería aún más envolverle consigo misma. Temblando como si la nieve del invierno se hubiera asentado en su columna, ella se estiró con cuidado para tomar su mano entre las suyas. "Gracias," dijo Jaida. "Gracias. Gracias."

Jaida se miró las manos y se obligó a soltar el agarre que tenía. Quería correr hacia Ianthe, necesitaba asegurarle que habían elegido lo que debían. Como había decretado el destino. Hoy no tenían necesidad de tomar esta decisión irrevocable. Pero el calor se coló en la punta de sus dedos, vibrando a lo largo de los nervios sobreexcitados y zumbando en sus codos y hombros.

Si él la acercaba más ahora, estaría demasiado débil de esperanza y alivio para alejarse, y cada palmo de ella anhelaba ser atraído. En ese momento de alivio no había agradecimiento para la diosa y no había duda de a quién se debían los laureles. No había ideales ni dramas. Si él se hubiera movido en ese momento para tomar la

decisión por ella, para tomar la decisión él mismo y hacer que ella se sometiera a su voluntad, su espíritu se habría disparado con alas de perfecta alegría.

"Agradécemelo cuando estén aquí," dijo él. Luego, poniéndose de pie, retirando bruscamente la mano, dijo: "Entonces, ya ves que tu elección no fue tan urgente como sugirió Drusus. Me preguntaste si quiero esposa. Sí. ¿Preferiría casarme por amor? Sí. De todos los regalos que tengo de Drusus, tú eres sin duda el más fino y precioso, pero ¿te obligaría a quedarte? ¿Te obliga a elegir entre tu diosa y yo? ¿Robar herederos de tu cuerpo y descartarte? No, nunca."

Caminando lentamente, con los hombros encorvados agresivamente y el ceño fruncido de profunda molestia que parecía apuntar a sí mismo, se deslizó bajo el velo de la enredadera y se adentró en las sombras de la casa.

***

Había llegado otra noche inquieta, aún sin noticias de los espías y sin dormir. Dec y Juba habían debatido y especulado hasta bien entrada la noche, dejando por fin a Seth en una ansiosa soledad.

Caminar leguas por las habitaciones y los pasillos de la casa sentaba mejor, más seguro que estar despierto en la masa de seda de su ropa de cama. El triclinio, vasto y sin luz excepto por la luz de la luna, atrapaba la brisa nocturna por encima de sus balaustradas y él se desvistió hasta quedar con unos pantalones holgados. Mirando hacia el patio central, pudo distinguir la forma inquieta de Kartikeya, encorvado de un extremo al otro del recinto, estirándose sobre las rocas y gruñendo inútiles canciones de amor a la noche.

La casa estaba casi iluminada y los hombres se movían por las habitaciones de abajo. Pero su alcoba privada, con su balcón y habitaciones contiguas, estaba oculta por la pared y el techo de tejas de los pasillos.

Y escondidas con estos estaban las respuestas a preguntas que no quería hacer.

Una imagen de Jaida, desnuda a la luz del fuego como la había

visto en el templo, brilló ante él y un escalofrío recorrió su espalda, retorciéndose incómodamente en sus entrañas. Existía la posibilidad de que ella estuviera esperando, esa piel y cabello como un fragante lavado de embriagadores perfumes. Y en esa visión, ella no se dejaba caer para esconderse de la vergüenza, sino que daba un paso adelante, le tendía una mano a modo de invitación y le ofrecía labios abiertos y ojos cerrados.

Pero con la misma probabilidad, quizá más, la encantadora Ianthe hubiera optado por renunciar a su servicio en el templo. Los dioses de arriba y de abajo sabían que había destinos peores que considerarla la madre de sus bebés. Era exquisita, al igual que todos las hijas robados de Babu. Ella tendría su regalo de la libertad y sus hijos heredarían su ciudadanía romana adoptada. Ciertamente, no habría duda de que sería abandonada. Como madre de sus nietos, el propio Drusus la vería envuelta en sedas y entronizada en un palacio en Roma si alguna vez Seth decidía divorciarse de ella.

Seguramente Jaida habría devuelto sus esperanzas a su hermana. Había que leer el oráculo y cualquiera de las chicas podía optar por quedarse o irse, pero, en realidad, Seth no quería enfrentarse a la elección.

No obligaría a ninguna de las chicas, como Dec había esperado. Tampoco podía cambiar su gratitud por poder. Mirando hacia abajo sobre este extenso símbolo de su riqueza, viendo en los bloques y enrejados una sólida representación de la adoración de Dec, crecía la certeza de que la vida guardaba secretos más importantes. Los verdaderos regalos llegaban sin compromiso.

Sí, preferiría casarse por amor. Pero el amor era libertad. Significaba que la felicidad de otro era lo que más importaba. Y el calor abrasador que le arañaba el estómago con afilados dedos y le apretaba los hombros y la mandíbula, que ardía para ser gritado contra el cielo y lo llevaba a caminar leguas a través de esta jaula fortificada, tenía que ser dejado de lado.

Mientras tanto, el amanecer no podía estar muy lejos y ya había esperado a Dawud antes. Juba usaba hombres de todos los sectores de la ciudad, en cualquier capacidad que se adaptara a su propósito, y Dawud era uno de los mejores. Vivía, cuando quería, en partes de

la casa. Otras veces frecuentaba las criptas y tumbas, o las cuevas de los riscos y mesetas que enmarcaban la ciudad de piedra rosa.

Seth lo había conocido desde la infancia, o tan cerca como podía recordar, y en su forma llena de cicatrices y oscuramente desequilibrada yacía el modelo de lo que hubiera sido la vida si no fuera por Drusus.

Kartikeya gruñó, encontrando a Seth en las sombras azules de la luna, volviendo los ojos del cazador definitivo hacia su salvador y atormentador. Hubo juicio en el calor de esa mirada naranja y lo persiguió desde el balcón, por pasillos y pozos de servicio a través del peristilio y subiendo, silenciosamente, a su habitación.

Su alcoba estaba oscura y silenciosa y cerró la puerta, excluyendo cualquier esperanza persistente. Esta noche, la habitación parecía demasiado grande para un solo hombre. Había demasiados lugares vacíos; el único sonido provenía del agua en movimiento debajo y su propio pulso.

La madreselva se elevó en el aire de la noche y él se sentó, con los puños apretados, en el borde de la cama, mirando la luna llena a través de los paneles de pared de cedro tallado. El aroma traía recuerdos a la luz de la luna, recordando ojos verdes oscuros por el deseo y labios tan suaves como los pétalos de una rosa de Damasco. En el jardín de abajo, le había prometido seguridad y había probado esos labios y había mantenido ese deseo. Y allí también, había dejado de decir las pocas palabras simples que podrían haberle garantizado todo lo que ansiaba.

Como estaba ahora, mañana ella podría leer el oráculo. Ella podría hablar por los dioses y tener los poderes del mundo conocido en su mano. Y marcharse. Y marcharse para siempre jamás de su alcance.

Un sudor frío se formó sobre sus hombros y Seth se puso de pie, caminando para presionar el tallado de la pared con la frente. Las brisas nocturnas llegaron a su piel, pero el calor en su vientre empujó su toque refrescante y él dio un paso atrás, empujando la sección de la pared hacia adentro sobre las rígidas bisagras, y caminando silenciosamente hacia su balcón.

A menos de diez lentos pasos de distancia, claramente iluminada en azul y brillando en el aire caliente y espeso, estaba la pared que lo separaba del objeto de deseo. Al igual que los suyos, los paneles de las paredes procedían de algún palacio persa desaparecido hacía mucho tiempo, y a través de ellos la luna antigua se deslizaba silenciosa y sin aliento.

La penumbra lo acercó para mirar hacia la sombra moteada.

Vio que los velos rodeaban la cama de Jaida, pero en el calor de una noche de verano los habían recogido, extendidos y saliendo de sus vigas. En el techo entre ellos, moviéndose lentamente en las sombras, un abanico de caña agitaba el aire sobre la forma fantasmal que dormía debajo. La seda blanca se pegaba a la piel suave y, en la oscuridad, mientras él miraba, la seda comenzó a deslizarse.

Capítulo 15

Jaida escuchó los silenciosos pasos mientras caminaba por el estrecho pasillo entre sus alcobas. Sintió cada paso como un toque inesperado, y el golpe de la puerta al cerrarse sacudió su cuerpo como una bofetada. La noche era cruel. Larga y caliente y estrecha por la indecisión.

Seguro que no podía haber ninguna noticia. Si sus hermanas estuvieran a salvo, si las hubieran encontrado, la casa habría estado viva con la noticia. Esperaba algo sobre su destino, se dijo a sí misma, lo cual la dejaba tirada rígida e insomne, con su propia respiración temblorosa en la habitación sin ruido.

Se había bañado cerca de la medianoche, siguiendo a su sirvienta hasta los baños solo después de que la mayoría de los hombres se habían retirado. En el agua tibia había dejado enfriar su carne ardiente, por lo que su piel estaba limpia de sudores que picaban y su mente se calmaba un poco. Ella había rechazado todas las demás atenciones, aceptando un masaje de aceites refrescantes solo después de una prolongada discusión.

"¡Ksirakakoli!" La chica insistió en latín fracturado. "Refresca la piel."

La había refrescado. A través de su espalda, el calor de las manos que se movían lentamente dio paso al frío, al frío de un viento invernal, y Jaida se deleitó con la sensación. Rodando, arrullada hasta quedar dormida por la suave presión del masaje, su sangre caliente enfriada bajo la piel hormigueando con Ksirakakoli, dejó que la chica dirigiera su atención a sus brazos, sus manos, sus pechos, vientre y muslos.

Cuando se puso de pie para vestirse, su piel saltó ante el deslizamiento de seda sobre sus brazos, fría y viva. Mientras caminaba, cada movimiento de aire cambiaba la suave tela sobre ella y cada nervio, cada centímetro de su piel, respondía al toque. En su habitación, cuando la sirvienta le quitó la humedad del cabello, los mechones le hicieron cosquillas en los hombros

desnudos y se quedó sin aliento, errático. Había magia en el aceite, magia que le daba vida a su piel y que estimulaba su imaginación, por lo que el aire de la noche lamía y mordía sus pechos desnudos.

Ella podría haber discutido si hubiera algún sentido en el ejercicio. La joven entrenada en el dormitorio hablaba poco de cualquier cosa que Jaida pudiera entender, y una pequeña parte de su corazón anhelaba ser conducida por estos senderos deliciosos y malvados. No podía negar el pulso duro que se afianzaba en su carne, o el terror húmedo que se apoderaba de sus entrañas cada vez que consideraba sus opciones.

La diosa la había elegido a ella, pero al parecer también lo había hecho Seth.

La diosa tenía planes para ella, un destino trazado, y ahora seguridad en un mundo rico que no había tenido el valor de esperar.

Pero claro, al parecer, también Seth.

Ella yacía en su suave cama con sus fragantes cojines, bajo un ventilador movido por la sirvienta apenas despierta, escuchando los sonidos de él moviéndose en su alcoba. Al otro lado de la habitación dormía Ianthe, de espaldas a Jaida, sus pensamientos eran propios.

Cuando el crujido de las rígidas bisagras la atravesó, su propia respiración agitada aserró en sus oídos como un gemido, y la piel que había sido helada comenzó a arder.

Había peso en el silencio, un peso que presionó el aire caliente sobre su cuerpo, amoldándose a sus curvas. Una fina sábana de seda era todo lo que mantenía su piel hechizada de la brisa nocturna y volvió la cara hacia la luz plateada moteada de la pared. Una sombra se movió allí, un destello azul y negro, y su corazón se detuvo. Estaba de pie allí, tan cerca y silencioso en la noche pesada, mirando, quizá, por encima del agua en movimiento de su fuente.

Solo inhalar fue doloroso y cerró los ojos, perdida en el latido de su pulso y su eco a través de su carne. Se le puso la piel de gallina bajo

la seda y ella gimió. Recordó el ardor de sus ojos sobre su piel desnuda; conocía el calor de sus labios y la dura presión de su cuerpo apretado en el de ella.

A su lado, su mano se cerró, asiendo la tela vaporosa en un agarre que contenía cada terror y sueño perverso que había conocido. La seda resbaladiza se arrastró lentamente sobre sus pechos y el aire salió de su boca en un largo estremecimiento de placer. La sábana se movió, deslizándose sobre los pezones que dolían, sobre la suave piel del vientre y los muslos ardientes, para erizarse sobre sí misma en una pila en el suelo.

El ventilador movió la brisa sobre los calores de sudor mientras ella yacía desnuda y ardiendo. La luz de la luna la alcanzó en jirones moteados que florecieron contra su piel. Ella cerró los ojos con fuerza, imaginando su mirada sobre ella ahora, su aliento en su mejilla, la fuerza de sus largos dedos buscando a través de su cuerpo. En la oscuridad cargada, lentamente para que ningún crujido o jadeo pudiera romper el hechizo de anticipación silenciosa, movió la pierna, doblando la rodilla y levantando el muslo, para que la luz de la luna pudiera encontrar su camino hacia sombras secretas.

El calor floreció sobre el pecho y la garganta de Seth, rozando sus mejillas con una emoción deliciosamente erótica que no había conocido durante décadas. Ella era magnífica, absolutamente fascinante en su candor inmaculado. Había anhelo en esta visión vagamente inicua que se movía dolorosamente a través de su carne. Su sangre bombeaba fuerte y urgente, expulsando todos los pensamientos menos ella. No había más tiempo ni lugar, solo su cuerpo y esta mujer, y el aire caliente de la noche que se extendía entre ellos.

Y la pared. Su visión se amplió de repente cuando un suave paso y una mano en su hombro lo devolvieron a la realidad.

"Aquila," el gruñido de Dawud hizo que la mano de Seth se cerrara en un puño y levantara el codo para golpear una garganta desprotegida, pero el movimiento se detuvo al reconocerlo. "No es fácil encontrar a un hombre que pase sus noches merodeando fuera de las habitaciones de sus invitados."

La elección particular de las palabras en arameo y su sonrisa de dientes marrones le dieron a la burla una falta de gusto que a Seth le resultó incómodo. Pasando un brazo rápidamente alrededor de los hombros del informante, lo apartó de toda posibilidad de compartir la vista, llevándolo de regreso a la oscuridad de sus propias habitaciones.

"¿Y bien?" Preguntó Seth. "¿Qué sabemos?"

"Las encontré." Tan simple como eso, la respuesta se encogió de hombros como si fuera una conclusión inevitable. "Tal como adivinaste, la casa del primer centurión de lanza, octava cohorte."

"¿Cerca del fuerte?" Seth se había mudado a su baño y estaba arrastrando un *khameez* oscuro sobre su pecho mientras pasaba junto a los percheros de ropa. Arrancó un trozo de turbante de muselina, lo ató rápidamente por encima de la cabeza y debajo de la barbilla, lo volvió a colocar alrededor de la frente y luego lo enrolló en resmas sueltas alrededor de su cuello y hombros.

"Suficientemente cerca."

Lo bastante cerca como para pedir ayuda rápidamente, razonó Seth. Eso lo hacía arriesgado. "¿Qué tipo de guardia tienen?"

“Solo cuatro y un jinete. Pero están listos para los problemas. Hay una pira de señales con brea y nafta. Puede contar con el apoyo de lugares tan lejanos como *Jabal Habees* en el tiempo que lleva recorrer la distancia."

Primera lanza, *pilus prior*, era el centurión de mayor rango de la cohorte. Si ese no era el propio Ishaq, no se quedaría muy atrás en su posición: *pilus posterior* o *princeps prior*. Aún así, parecía poco probable que tuviera una relación con los oficiales de las cohortes de mayor rango. La primera y la segunda cohortes de la Tercera Legión habían tomado la posición privilegiada en *Jabal Habees*. Pero la infantería romana era toda una sangre cuando se trataba de resistencia armada. El apoyo vendría para los comandantes de la octava cohorte, y cualquier pregunta se haría más tarde.

"De acuerdo." Seth se sentó, ordenando sus pensamientos. “Cuatro

guardias y un jinete. Tenemos cuarenta hombres, aquí, ahora, pero no tiene sentido intentar un asalto frontal." A través de la pared abierta, la luna aún brillaba, pero las estrellas se habían desvanecido con la promesa de que se acercaba la luz del día. Tenían una hora, dos en el mejor de los casos, antes del amanecer y un cambio de guardia. "Hay otros cien dentro o cerca de la casa de Drusus." Juba se había llevado un contingente completo con él a la mansión de Dec. Puede que los buscadores hubieran sido torpes, pero sus acciones hablaban de reconocimiento y eso sugería un ataque. Esta casa también había atraído su atención, y Seth miró a través de la oscuridad hacia la pared más cercana a la alcoba de Jaida, sin querer dejarla sin vigilancia. Su piel desnuda a la luz de la luna moteada se elevó ante sus ojos, curvas suaves y sombras hendidas, recobrando el aliento y enviando una rabia defensiva hirviendo a través de su cuerpo.

"Tomaremos a veinte hombres de aquí, pero los retendremos." En la medida de lo posible, había elaborado su plan de acción. Dejar a Jaida aquí no era una opción que pudiera considerar. "Las sacerdotisas las llevaremos a través del bab al-sirr. Tamir puede esperar con ellas en la *tutus caverna*."

Si Dawud tenía pensamientos o reservas, no deseaba compartirlos, y siguió en silencio mientras Seth se dirigía a la puerta de la alcoba de Jaida. La sirvienta le dedicó poco más que una mirada a Seth cuando abrió la puerta, sus ojos oscuros encontraron al hombre detrás de él, su sonrisa cálida, sus caderas hacia adelante.

“Traed a las damas," dijo Seth en arameo. “Traed vestidos y ropa de cama al anexo. Ahora."

***

Tamir siguió a un criado hasta el anexo, llevando años de insomnio sobre hombros cansados. Asintió con tranquila resignación cuando Seth le ordenó a él, con las chicas, que se escondiera, y se apartó de la luz brillante de las lámparas, encontrando sombras o proyectando las suyas. Un destello que podría haber sido esperanza tocó sus ojos cuando Jaida e Ianthe entraron en la habitación, su sirvienta detrás de ellas, medio enterrada bajo un alto fajo de telas.

Los momentos separados la habían perfeccionado. Ningún recuerdo hacía justicia a la realidad de la presencia de Jaida. Su cabello estaba suelto, cayendo hacia adelante sobre un hombro, una túnica de seda bordada pálida envuelta alrededor de su delgada figura. Cuando se cruzó nerviosamente con los brazos a la altura de la cintura, apretó la fina tela. En el calor y la euforia del conflicto que se avecinaba, ahora más que nunca, el cuerpo ansiaba estar cerca de ella, sus brazos, rodearla. En todo lo que había sido cómplice de su tristeza y su peligro, él le había prometido seguridad y era una promesa que tenía la intención de cumplir.

Sin pensar, dio un paso hacia ella, hablando como si solo ella estuviera en la habitación.

"Dawud ha encontrado a tus hermanas," dijo, buscando su rostro en busca de alivio y alegría. "Voy a ir con él ahora para ver cuál es la mejor manera de sacarlos a la luz, si pueden, pero no os dejaré aquí así."

Señalando detrás de él, a lo largo de una pared que terminaba con una puertecita sin adornos, indicó las cosas que había más allá. “Ninguna casa decente en Arabia se construiría sin un refugio. Ahí es donde quiero que esperes."

En sus ojos, sus pensamientos y sentimientos se manifestaban claramente, la esperanza y la alegría teñidas de miedo y el oscuro zumbido de la emoción. Quería tanto besarla. Llevar la palma de la mano a sus labios, acercarla más y anudar los dedos en su cabello mientras ponía la boca en la suya. Ahora no era el momento y gimió para sus adentros mientras daba un paso atrás, indicando al pequeño grupo que lo siguiera mientras Dawud lo conducía hacia la puerta.

A Jaida no le importaba ya quién se moviera a su lado.

El miedo y el insomnio, la esperanza y el deseo ardiente, la habían dejado en un mundo aparte, mareada y separada de todo lo que sucedía a su alrededor. Y frente a ella, manteniéndola quieta con el poder de sus ojos, incluso cuando su mano le pedía que diera un paso adelante, estaba el hombre que encarnaba toda esa emoción.

Representaba todo lo que ella temía y más de lo que se atrevía a esperar. En sueños y fantasías había conocido sus ojos y sus manos, y su boca, sobre su piel. Dormida, o inquieta y ardiente, era este rostro, este hombre, quien había despertado en ella todos los sentimientos que la vida había querido negarle. Se puso de pie, sin moverse y sin apenas respirar. Él la estaba esperando, se dio cuenta de eso, confianba en que ella lo siguiera a un lugar más seguro. Mientras él salía a la noche en busca de sus hermanas y sus enemigos.

Lo había visto como un noble romano y vestido con las mejores galas de un estadista árabe. Y lo había visto informal, vestido de lino suelto que mostraba los contornos oscuros de su pecho y vientre. Y ella lo había visto de pie casi desnudo por el bien de su propia vergüenza, pero nunca su belleza había sido tan clara como lo era ahora. Temblando tanto que pensó que sus rodillas iban a desmoronarse, ella abrió lentamente el puño que había apretado protectoramente en las costillas y extendió la mano para tomar la suya. "Estoy lista," susurró, las palabras traicionaban decisiones que aún no se había dado cuenta de que había tomado.

En su mano temblorosa, sus dedos eran cálidos y firmes y él la atrajo, no hacia él, sino más allá, para seguir donde los demás ya habían ido.

La puerta era pequeña, demasiado baja para que Seth la atravesara sin agacharse, y por ella salieron a la luz de la luna. Junto a ellos, una estrecha pasarela conducía entre la pared de la casa y la alta valla de estacas del recinto del tigre. Jaida se esforzó por vislumbrar el peligro cuando pasaron por la guarida del gran felino, temerosa de que este pudiera arrojar su peso contra la cerca en cualquier momento. Pero lo que era peor, al final del camino, una puerta se abría al propio patio. Dawud lideraba al grupo mientras cruzaban silenciosamente, con Kartikeya observando su progreso con benigno desinterés desde su pila de rocas.

"¿Esto es seguro?" Preguntó Jaida, su tono aumentando con incredulidad.

"Suficientemente seguro."

Ella miró el rostro de Seth, asombrada por la sonrisa que movió su boca.

"Lo peor que puede hacer es caerte encima." Él sonrió.

Donde el triclinio se abría paso de regreso a la roca sólida sobre sus cabezas, la luz de la luna falló, dejando solo un oblongo negro como la tinta. Más adelante, el acantilado se elevaba hacia estel en estrías grumosas, la cara en bruto de la pared del cañón quedaba natural y desnuda; y donde una piedra descansaba contra otra, Dawud se escondió en la sombra y desapareció por completo. Después de él, la sirvienta, Ianthe y Tamir.

Jaida se agachó en la oscuridad, girando para encajar entre enormes rocas, con los dedos libres extendiéndose hacia adelante, buscando huecos que no podía ver. Su otra mano sostenía los dedos de Seth con la certeza de que estaría perdida para siempre si dejaba de agarrarla.

Los ecos se esparcieron por el espacio a su alrededor y sintió que el camino se ensanchaba cuando Seth le devolvió el agarre de la mano y la detuvo. En la densa oscuridad, se acercó más, acercándola al firme calor de su pecho. Con un brazo alrededor de ella protectoramente, él levantó la mano, tocándole los labios con los dedos, luego el dorso de la mano. De nuevo, sus labios se movieron hacia el interior de su muñeca, por lo que las chispas saltaron a lo largo de sus nervios y apuñalaron su ingle con un placer caliente.

Ella podía retirar su mano. El conocimiento atravesó su conciencia, pero brevemente. Si el mundo fuera como debería ser, si pudiera concentrar su mente en los deberes que había elegido, podría dar un paso atrás ahora y para siempre.

El aliento se estremeció de sus labios y apretó su cuerpo más cerca, con fuerza contra él en las sombras donde los pensamientos eran esquivos. Arqueándose, estirándose hacia la oscuridad sin fin, dejó que su boca encontrara la de él y dejó que los miedos que había tenido con tanta fuerza se derritieran en su sangre. Diminutos ruidos, sonidos agudos que se atascaban entre el terror y el alivio, se deslizaron por su garganta, pero fue más que la suavidad de sus labios y el perfume caliente de su piel lo que la hizo sollozar de

alegría y miedo. Representaba todo lo que su vida había proscrito, un mundo que apenas había vislumbrado, lleno de oscuros peligros y deseos.

Como si sus pensamientos fueran carbones encendidos, brillantes y calientes en las sombras, él dijo: "Aquí estarás a salvo." Sus brazos eran fuertes alrededor de ella y había una rectitud en su abrazo, una pertenencia que ella nunca había conocido y una seguridad que alivió los latidos de su corazón. Su pecho estaba tan duro y cálido como una piedra bañada por el sol, pero su pulso, donde ella presionó su rostro contra su garganta y hombro, latía con vida y pasión.

Los pasos de sus compañeros se habían arrastrado hacia el silencio y Jaida se sentía aislada en una vasta y negra irrealidad. Aferrarse a la fuerza de Seth en lo desconocido le daba valor, pero sabía que había peligros en las sombras.

Mirando hacia ese rostro, Jaida no pudo entender sus rasgos y su mente se centró en su Júpiter, calentándose del mármol a la carne, con esos dedos acariciando suavemente su mejilla. Pero en esa imagen, Marte también estaba de pie, frío, valiente y furioso.

Había advertencias allí, advertencias tan claras y tan reales y tan presentes como el firme consuelo de la carne, pero ella no podía nombrarlas por él. La diosa le había advertido en visiones que no tenían ningún sentido obvio, pero había que decirlas. Había que leer el oráculo.

"Los dioses se mueven entre nosotros," le dijo ella de nuevo. Estaban enojados, chocando y causando estragos en la vida de los hombres. Solo había una certeza a la que se había aferrado, de Isis. "Están enojados," asintió para sí misma y agarró la fuerza de sus brazos. “Pero Marte solo tiene sus ejércitos. Donde está Júpiter, está Juno. Donde está Zeus, está Hera. Osiris e Isis. Hermana-esposa y Reina del Cielo. Dondequiera que vayas, la diosa estará contigo y quiere que sus hijas estén a salvo."

Un pequeño gemido sonó a través de la oscuridad y sus dedos rozaron suavemente su mandíbula, levantando su barbilla, su rostro, su boca. Acercándose a ella infaliblemente, como si fuera

visible, iluminada desde dentro, sus labios tocaron los de ella. "Nunca los había visto levantar una mano en los asuntos de los hombres, Jaida. Nunca."

Ella guardó silencio un momento. Eso era imposible. No había parte del día o de la noche que no se dejara llevar por los caprichos de las divinidades. "Entonces no supiste dónde mirar," dijo ella sin rodeos.

Brazos poderosos la sostuvieron tiernamente contra él y una pequeña risa retumbó en su pecho. "Tienes razón, no lo supe," respondió. "Pero ahora lo sé."

Hubo un relámpago en la penumbra, casi imperceptible al principio, pero a medida que sus ojos se acostumbraron, se tensaron y reunieron jirones de luz distante de la lámpara. En algún lugar más adelante, más allá de rocas destripadas y fisuras retorcidas, los otros habían llegado a la caverna segura y habían encendido antorchas en espera. La luminosidad apenas tocaba la llanura de sus mejillas y su frente sombreaba los huecos de sus ojos, pero ella podía sentir la intensidad de su mirada.

Ese aliento en su mejilla era una cálida caricia y su carne se tensó hacia él, ansiando arrastrar su fina túnica y el áspero tejido de él, presionar su piel ardiente contra él ante la luz, y la noche, y sus demandas. Pasión ante el terror. Antes de que los peligros venideros pudieran robarle esta sensación de seguridad y certeza, susurró: “Ella está contigo. Ella te eligió."

"¿Estás segura?" preguntó él, y las sombras se movieron por su rostro. "¿Y ella te eligió a ti?"

No hubo vacilación. La confianza que no había sentido aumentar y una convicción que resonaba con la claridad de las campanas de cristal hablaba por ella. "Sí. Pero no entendí por qué. Hasta ahora."

La luz se encendió en la caverna y un pequeño grito de vergüenza se escapó de los labios de Jaida cuando dio un paso atrás. Las maldiciones arameas guturales de Dawud resonaron en la piedra y Seth envolvió sus dedos deliberadamente alrededor de los de ella mientras se movía hacia el sonido. La conversación pasó de un lado a otro entre los hombres y él la hizo trotar, agachándose y

parándose para esperar mientras ella pasaba junto a él y entraba en una habitación cortada en la roca nativa.

“Tamir conoce las salidas y las habitaciones ocultas. Espera aquí; no te muevas hasta que volvamos por ti." Los ojos de Seth brillaron, feroces por la oleada del peligro que se avecinaba y sostuvieron los de ella hasta el momento en que él dejó caer sus dedos y se apartó de la luz.

Jaida no pudo verlo irse. El suave roce de pasos que resonaban débilmente y se alejaban era prueba suficiente de que se había ido. Volviéndose a la habitación iluminada, se enfrentó a una llamarada de alegaciones silenciosas. En el largo momento que siguió, Tamir se volvió silenciosamente hacia una línea de urnas selladas y cestas con tapa, y la sirvienta sonrió lascivamente y reanudó su disposición de los paños de cama, pero Ianthe le sostuvo la mirada, fría y con reproche.

"¿Qué te contuvo?" Una sonrisa se dibujó en la boca de Ianthe, pero se apartó dejando sólo unos labios apretados y un aliento demasiado fuerte por la nariz. "¿Hubo algún problema?"

La culpa, la vergüenza y la ira avivaron el fuego en las mejillas de Jaida, el pulso le latía con fuerza en la garganta mientras se enderezaba y respondía: "No. No hay problema."

"Habíamos decidido," susurró su hermana, acercándose para que sus palabras tuvieran una apariencia de privacidad, pero no miró a los demás que compartían su confianza. “Que tú tenías que aceptar la única opción. Y yo iba a aceptar la otro."

Las últimas palabras fueron un siseo, y Jaida tiró de sus hombros hacia atrás y dejó que su pecho se llenara de confianza. “No hay dos opciones. No somos dos. No se decidió nada."

“Jaida, elegiste permanecer al servicio de la diosa. Lo elegiste desde el principio."

"Tú también. Cuando nuestras hermanas se fueron, decidiste quedarte y seguir este camino hasta su conclusión."

“Eso fue antes de que tuviéramos esta oferta. Esta elección."

"Lo diré de nuevo." Ahora la frustración llevó a Jaida a cruzar el suelo de la caverna. “Las opciones que teníamos no han cambiado, no desde el día en que llegamos. Los dioses se mueven entre nosotros y solo somos polvo agitándose en sus sombras. Nuestra diosa lanzó los dados y fuimos regaladas al único hombre en todos los reinos que haría su voluntad en esto. Yo lo sé y ahora tú también."

"¿Estás llamando a tus deseos la voluntad de la diosa, ahora?"

"Quizá. Pero sé con certeza que él me ha elegido, como la diosa sabía que haría. No hay nadie más en ningún lugar, ningún hombre en el Imperio o más allá que hubiera renunciado a nuestras hermanas para dejarlas vivir en la luz. Ninguno. Ella sabía que él haría su voluntad."

“¿Y qué hay de nuestra voluntad? ¿Las elecciones de nuestras hermanas? ¿Las mías?"

"Todos vivimos con las consecuencias de las decisiones que tomamos por nosotros mismos, Ianthe. Y hay otros dioses con sus propias piezas en juego. Todo lo que sé con certeza es que estamos aquí ahora y nuestra diosa quiere que sus hijas estén a salvo."

Ianthe gimió y se envolvió con los brazos con fuerza, alzando los ojos cerrados hacia el techo bajo y girando para seguir la impaciencia de Jaida. “¿Y si ella cambia de opinión? ¿Si pierde interés? ¿Si es derrotada?"

“¿No aprendiste nada en los años que pasamos de rodillas? Nos ha llevado demasiado lejos para dejarnos ahora. Es un milagro que incluso hayamos sobrevivido. ¿Y en cuanto a ser derrotada? Hay dioses y dioses y dioses: dioses de piedra, dioses de madera, dioses perros, dioses leones y dioses con alas de águila. Pero Isis es la Reina del Cielo. Ella es toda diosa. Para cada dios, ella es su madre, su hermana, su amante y su némesis. Con ese tipo de poder, ¿cómo será ella alguna vez derrotada?"

“Una reina, pero una reina con solo estos pocos hombres para usar

en sus batallas mientras Ares tiene el ejército romano. En Troya, ¿Detuvo Hera a su propio hijo cuando era Reina del Cielo?"

"No, ella hizo que Pallas Athene lo detuviera por ella." Jaida frunció el ceño por los miedos que no quería tener. "Nuestra diosa mantendrá a salvo a su elegido porque lo ama."

Contra la pared, el gruñido burlón de Tamir resonó, amplificado por la fría piedra. “Si dejáramos su protección a los dioses, todos deberíamos haber corrido lo más lejos posible de aquí. Mientras aún tengamos la oportunidad."

Jaida se pasó la palma de la mano por los ojos con irritación y se volvió hacia donde trabajaba el anciano y dejó su alijo de conservas en una bandeja de oro batido.

“¿Hay algo que sabes, Tamir? ¿Hay peligros de los que Sethos no sabe nada?"

El viejo criado volvió a gruñir mientras se enderezaba lentamente y ofrecía una bandeja de higos almibarados y pasas, bolas de queso de cabra que goteaban aceite de oliva dorado y piel de limón, y tiras de carne ahumada. “Sethos estará lo bastante seguro. Desde que lo conozco, ha sido un pensador. Cuando otros hombres se apresuraban y atacaban con espadas y hachas, él daba un paso atrás, miraba y pensaba." Él se rió y tosió.

Mirando directamente a Jaida con una mirada que insinuaba cierta satisfacción sombría, dijo: “Dejó que otros hombres confiaran en sus dioses para protegerse. ¡Así! Rescatará a las chicas si es posible, si tu diosa realmente lo quiere. Y rezaremos para que lo haga. ¿Después de esto? Dejaremos que los dioses de este mundo y el siguiente tengan lo que se les debe."

Escalofríos de pavor en Jaida recorrieron su piel; los finos pelos a lo largo de su columna le cosquilleaban contra la suave seda. Había amenazas que no podía esperar identificar a la fría luz de los ojos de Tamir, y su promesa de pago por los dioses sugería una deuda que se estaba acumulando durante mucho tiempo. “Por favor, Tamir. Si hay algo que sabes... "

Siempre que los hombres hablaban en esta ciudad desértica, decían tanto en silencio y gestos como en cualquier sonido que hicieran. Saber esto solo aumentaba su sentido de ignorancia y miedo. Quizá había cosas que se decían entre Tamir y su maestro que ella había pasado por alto por completo. Quizá en esos últimos gruñidos enojados del arameo, Dawud había dado una advertencia tardía. Pero había peligros, por vagos que fueran, y parecían dar un renovado vigor a la dolorosamente rígida edad de Tamir. Fueran lo que fueran, lo hacían sonreír.

“Sethos dijo que la codicia y la venganza le costarían caro a Ishaq. La venganza siempre ha costado caro. ¿Qué se les debe a los dioses aquí? Por favor, dime. ¿Sethos ha engañado a los dioses? ¿Drusus?"

Tamir escupió como si su boca se hubiera llenado de veneno, y sus labios rotos se torcieron en una mueca de desprecio. “Hay hombres," dijo, “que apoyarían a Sethos aunque les costara la vida. Lo protegerían aunque los dioses estuvieran enojados o mirando para otro lado. No todos los hombres pueden confiar en la misma promesa."

Ianthe se había acercado, atraída a la tensa conversación por todo lo que no se decía. "¿Hombres a los que él liberó? ¿Esclavos? ¿Esas son las personas que darían su vida por Sethos? ¿Gente como tú? Pero ¿no por Drusus? ¿Qué hizo él para que tenga tanta deuda que pagar?"

Ahora Tamir se encogió de hombros. De repente, pareció que la pregunta había perdido todo interés para él y le dio la vuelta a su plato brevemente a Ianthe y luego lo devolvió a las canastas junto a la pared. “¿Qué ha hecho en todos sus años? ¿Quién podría llevar esa contabilidad?" Se sacudió el polvo de las manos, se las limpió de suciedad o responsabilidad y se sirvió dos vasos de vino rubí.

“Su dinero ha pagado vuestros salario. Su hijo comprado vuestra libertad. Vivís bajo este techo. De nuevo, su dinero. ¿Por qué desearías tal juicio sobre él?"

Desde su lugar contra la pared, acurrucada con la cabeza apoyada en la palma de la mano, la sirvienta murmuró algo en su lengua materna que hizo sonreír a Tamir.

“Los dioses son volubles, chica," le dijo directamente a Jaida, como si ella sola se hubiera unido a la conversación. “Hacen la vista gorda cuando un hombre arruina a otro por despecho, y no importa un bledo quién era devoto y quién era un canalla. En algún lugar tiene que haber una contabilidad y yo viviré para verla."

Había demasiado que ella no podía entender. En las densas sombras de la caverna, los peligros se agolpaban a su alrededor y Jaida los sintió con mayor intensidad porque no podía verlos. La ansiedad le recorrió la piel y se frotó la piel de gallina de los brazos mientras tomaba una copa de vino.

En algún lugar de la noche afuera, Seth obraba para mantener la promesa que le había hecho, tal vez sin darse cuenta de los daños que provocaba como vapores silenciosos a su paso. Fuera lo que fuese lo que sabía Tamir, confiaba en que no había ningún riesgo para Seth. O al menos que podría enfrentar el desafío cuando surgiera. Pero el daño dirigido a Drusus ciertamente cortaría la médula de su hijo. Jaida conocía con demasiada claridad el ardor y vacío doloroso de la pérdida y el dolor del corazón que llenaba cada momento cuando los seres queridos estaban sufriendo o en peligro.

Ya estaba enfrentando peligros en su nombre, respondiendo no solo con oro sino también con su propia carne y sangre, por las decisiones que habían tomado sus hermanas. "Tamir, ¿qué sabes?"

Sonriendo, a pesar de una tos que no logró aliviar alguna obstrucción invisible, el sirviente se inclinó profundamente. “Sé que soy un anciano que ha trabajado duro para pagar una deuda de gratitud; y que he conocido suficiente sufrimiento para compensar todo el sufrimiento que causé por ignorancia y arrogancia; y que si los dioses son justos, he vivido lo suficiente como para verlos resistir."

"¿Te arruinó? ¿Drusus causó tu ruina? Así que estás amargado y con buena razón. Pero su hijo trajo tu libertad. ¿Cortarías al hombre que te salvó matando a su padre?"

Tamir se enderezó y asintió como si estuviera de acuerdo, pero dijo: "No. No levantaría la mano contra ningún hombre. Sethos hará lo que pueda para salvar a tus hermanas y luego los dioses tomarán lo

que se les debe."

"Si libera a mis hermanas, ¿será ese el principio del fin para Drusus?"

Otra reverencia, pero no tan baja ni deferente, y otra sonrisa. "Ponte cómoda mientras esperamos. Todo está en movimiento ahora. Se han hecho todas las elecciones y terminará como deba terminar, tal como lo decidan los propios dioses. Mañana el cielo mismo podría caer." Dicho esto, se volvió y caminó hacia la oscuridad de la fisura.

No tenía más que decir y el interrogatorio circular solo se sumó a la inquietud que se agitaba en su estómago. Moviéndose hacia donde los suaves cojines estaban apilados cómodamente contra la pared, Jaida se puso de rodillas y se dejó caer en una bola apretada.

En la oscuridad, más allá de los muros de piedra tallada, lo desconocido esperaba, haciendo sonar las cadenas y las contraventanas de su imaginación. Allí, en la oscuridad, más allá del familiar frío de la piedra, Seth se movía por el patio de recreo de los dioses. Y no sabría los peligros hasta que los enfrentara. No conocería a sus enemigos hasta que los viera. Jaida miró brevemente a la sirvienta que yacía contra la pared, con ojos cerrados y labios curvados burlonamente. Había enemigos, temía, en los que estaban a su lado. Pero Tamir había dicho que había quienes estaban con él que lo amaban, lo amaban más que a sus propias vidas. ¿Sería suficiente contra los dioses que los hombres lo amaran?

¿Y la diosa lo amaba? El calor fluyó dentro del corazón de Jaida ante el pensamiento y lo hinchó hasta estallar. Sí, Isis lo amaba y lo había elegido, al igual que ella misma había elegido a Jaida, para moverse, retorcer y manipular sus circunstancias como debían. Tal como decretaba su corazón. Él nunca se había cuestionado lo que había ganado, había actuado como debía, ofreciendo libertad porque era más preciosa que el oro. Y en las decisiones del corazón reside el secreto para comprender la voluntad de los dioses.

Seth también la había elegido a ella. Le había dado la libertad de elegir entre la vida que conocía y la vida que él le ofrecía, porque, había dicho él, era más preciosa que todo lo que Drusus le había

dado. Él la había elegido a ella.

El calor lavó de nuevo los nervios tensos y subió por su garganta, apretando su corazón y calambres en su pecho. Él había seguido su corazón como la diosa sabía que debía hacerlo. Y él la había elegido a ella.

"¿Dónde me dejará esto?" Preguntó Ianthe en voz baja. De pie, rígida, su columna vertebral bloqueada por las últimas reservas de coraje, sus manos vacías temblando contra sus muslos. "Tú irás a él. Lo harás, debes. Lo sabía. Antes, cuando teníamos que dejar la mansión, sabía que era la única elección que podía tomar."

Dio un paso tentativamente hacia donde Jaida estaba acurrucada y se bajó lentamente al suelo. Sus ojos oscuros estaban muy abiertos de terror, llenos de lágrimas. “Puedo dar la lectura mañana. Yo puedo hacer eso." Su voz falló y ella tragó y tragó, tratando de humedecer su miserable garganta. "Pero no habrá un solo oráculo para entonces, ¿verdad? No si nuestras hermanas están aquí con nosotras, a salvo. No habrá oro ni palacios para las queridas de los nobles, no si hay tantas para elegir."

Su aterrorizado estudio de posibilidades se centró en Jaida, y extendió una mano para tocar el hombro de su hermana. "Todo esto desaparecerá si Drusus se arruina, ¿no? Todo se habrá ido."

Jaida le devolvió la mirada y luchó por encontrar consuelo cuando no tenía ninguno para ella. "Estaremos juntas," ofreció esperanzada. "Y estaremos vivas. Si no hay más que eso, tenemos una oportunidad."

“Esto es lo que quería decir Tamir. Tomad lo que se te ofrece. Los dioses son inconstantes. No pidáis más, esta oportunidad no volverá." Una lágrima corrió por su suave mejilla marrón y Ianthe se la secó, sacudiendo la cabeza con desesperación. “Deberíamos haber hecho nuestra elección entonces, Jaida. Deberíamos haber aceptado su oferta esta noche. Yo habría elegido un hogar e hijos antes que las riquezas del templo."

"¿Y las demás?" Jaida le tendió una copa de vino y Ianthe se humedeció los labios.

"Ellas..." Quiso decir que ellas habían tomado sus propias decisiones, Jaida vio el miedo y la recriminación en los ojos de su hermana, pero las palabras no salieron. Todas habían pasado por demasiado juntas como para ignorar los lazos que las mantenían tan cerca. Ianthe se encogió de hombros. "Aquí estamos de nuevo. Con miedo, y ni siquiera sabemos con miedo a qué. Solo de nuevo en una celda de piedra. ¿Vas a decir que tenemos que confiar en la diosa?"

Una risa resopló por la nariz de Jaida, húmeda y provocando lágrimas. "Sí." Se rió de nuevo y se secó las lágrimas de su propia mejilla. "Y en Sethos. Si ella lo eligió, lo protegerá."

Capítulo 16

Seth siguió calles que no sabía que existían. En ocasiones habían abandonado la ciudad, moviéndose por caminos secretos perforados de una tumba antigua o triclinio funerario a otro. Dawud conocía cada vuelta y escondite en la oscuridad, y lo único que Seth podía hacer a veces era mantenerse detrás de él.

La ciudad estaba despertando con plata en la cúpula de arriba, pero las sombras daban suficiente cobertura para la ruta que eligió Dawud. Corrió por un callejón sombreado por toldos de lona andrajosos y subió bruscamente una escalera hasta un tejado de piedra plano y anónimo.

El amanecer no había iluminado su posición ventajosa, y Dawud había corrido hacia el borde elevado en cuclillas antes de que Seth distinguiera la forma de un hombre durmiendo contra la pared. El hombre no despertó cuando Dawud empujó su cuerpo a un lado, limpiando la sangre de una cuchilla corta en el muslo de su *khameez*.

"Centinela." Escupió al cuerpo e hizo un gesto impaciente para que Sethos se uniera a él en la pared. "Mira alla." Señaló por encima de la mampostería en una casa anodina, abajo y al otro lado de la calle. "La señal de fuego, dos guardias, uno más en un tejado de allí." La mano de su cuchillo brilaba indicando zonas de luz y sombra debajo, y Seth entornó los ojos, forzando la vista en el oscuro mosaico de sombras.

"¿El soldado de caballería?" Preguntó Seth, buscando en cualquier lugar donde se pudieran mantener o almacenar caballos.

"Quiero el caballo," gruñó Dawud.

"Es tuyo. ¿Dónde está?"

"Calle lateral, ahí abajo."

La luz de la mañana se acercaba cada vez más y pronto sonaría la

hora desde el *castrum* cercano. Habían cortado bien su vía de escape, tal vez demasiado, y estaban aquí solos, con veinte de los milicianos armados de Juba apostados en el valle a instancias de Dawud. No se podía ocultar a veinte hombres y no se podía confiar en que veinte hombres conocieran los caminos secretos de Dawud. No quedaba tiempo para reflexionar sobre las opciones y, sin embargo, Seth se tomó otro momento, tanteando visualmente cada bloque y ventana de la casa que miraban. “Un centinela menos, quedan cuatro. ¿Quién está adentro?"

“Una mujer, dos niños. El árabe el-Hajaya es uno de esos dos hombres junto al fuego; el cuarto centinela romano está dentro, junto con tu hombre, Ishaq."

"¿Ishaq es dueño de la casa?"

"No. Es del centurión que nos encontramos en el camino, con los buscadores, pero está de guardia en el *castrum*. O lo estaba. Regresará aquí con el cambio de guardia al amanecer."

“Tenemos que movernos. Cuida a los hombres junto al fuego; dile al jinete de Hajaya que quieres su caballo." Seth sonrió. "Voy al centinela en el otro techo y luego a la casa."

Dawud se volvió y se movió silenciosamente hacia la escalera de abajo, mientras Seth se tomaba más tiempo para familiarizarse con el edificio de enfrente. El sol aún estaba muy por debajo del horizonte artificial de Petra, pero la luz gris se filtraba sobre la piedra, lo suficiente como para indicarle adónde tenía que ir.

No tenía un corazón fuerte para el derramamiento de sangre, pero Seth encontró que su mano era tan rápida y competente como nunca para quitar una vida, y el sigilo y la velocidad seguían siendo armas efectivas contra la fuerza bruta.

En la ventana de la casa del centurión, Seth se acurrucó en la sombra, inmóvil a pesar de las espinas en los arbustos circundantes, mirando el interior iluminado. La casa era típica de las viviendas de los campesinos, su única gran sala delantera era a la vez un atrio, un *cenarium* y una cocina. Las puertas con cortinas en dos paredes conducían a lo que serían las cámaras para dormir y el *ablutium*.

Dentro había dos hombres, como se esperaba, y con ellos dos mujeres. A las chicas las reconoció al instante.

Oseye estaba de pie junto a la pared del fondo, su hermoso rostro contraído por el dolor, sus ojos oscuros ardían con silenciosa furia. El lino blanco de su túnica estaba rayado y manchado, su cabello era un caos salvaje que hacía juego con los ojos. Detrás de ella, con un brazo sobre las costillas y sobre el pecho, el otro presionando una hoja triangular corta con fuerza contra su garganta, estaba un guardia romano.

Toda su atención estaba centrada en las figuras que tenía ante él, sus ojos oscuros con deseo animal, su lengua húmeda tocando los labios jadeando y secos.

Un movimiento detrás de él apartó a Seth de la luz y se volvió hacia el acercamiento de Dawud, con los dedos presionados contra sus labios en advertencia. El operativo de Juba estaba sonriendo, conduciendo a un caballo sin ensillar, y se agachó más bajo en el alféizar de la ventana para compartir la vista interior.

Seth no tardó en ver y conocer a su oponente. Ishaq era como Jaida lo había descrito: la diosa lo mostró desnudo. Valiente, desnudo y frío donde yacía en un sofá de comedor. Su cabello oscuro y su piel oscura estaban encaneciendo con la edad y las dificultades. Un rubor malsano enrojeció su garganta y sus mejillas, donde una erupción de sudor le cubrió la barbilla toscamente afeitada.

Se echó hacia atrás, apoyado torpemente sobre un codo, estirando el otro brazo sobre la vasta y redondeada hinchazón de su vientre. El cabello oscuro y áspero se arremolinaba sobre toda su piel, más espeso y oscuro en la línea media de su pecho y panza y densamente enmarañado sobre sus hombros y brazos. Miró hacia abajo, su barbilla presionada con fuerza contra su pecho, su boca se volvió en una mueca de desprecio y placer mientras empujaba la cabeza rubia cobriza de Eshe hacia su ingle. Ella tenía las manos atadas a la espalda, la túnica desgarrada en los hombros y se abría para revelar la translucidez rosada de la espalda y el pecho.

Los muslos del hombre estaban muy abiertos alrededor de donde ella estaba arrodillada, sus pies se ponían de puntillas a medida que

aumentaba la presión de su gratificación.

Seth se puso de pie, deslizándose de lado junto a su compañero hacia la pesada tabla de madera de la puerta de entrada. Una furia ciega y temblorosa se enroscó en el músculo de su muslo cuando levantó un pie y pateó la barra de cierre. Una segunda patada y la puerta se partió en la jamba, volviendo a entrar hacia la habitación con el sonido de gritos y un bramido de rabia.

Seth clavó los ojos en Ishaq cuando el hombre se liberó de la conmoción y el delirio para ponerse de pie. Desde el muro, el guardia romano fue más rápido, arrojó a Oseye a un lado y se lanzó hacia adelante, con la hoja de su cuchillo balanceándose en un arco asesino a un pelo del hombro de Seth. Seth se quedó helado, aprovechando el impulso de su carrera. Girando para enfrentar a su atacante, volvió a clavar su puño y la empuñadura de su daga en el puente de la nariz del hombre. Cartílago y hueso se aplastaron bajo la fuerza del golpe de revés, y la sangre brotó en un grito de dolor. El hombre estaba cegado, detenido por un momento por la pura agonía de su herida. Pero la conmoción mantuvo a los hombres luchando en posición vertical en defensa de la vida, y Seth supo que no tenía más que unos pocos segundos de gracia.

Ishaq había cruzado la sala, curvado incómodamente sobre un priapismo doloroso, su miembro enojado estaba morado y mojado con saliva y bilis y golpeando el vientre. Cuando Dawud entró por las contraventanas abiertas, la casa a su alrededor estalló en un pandemonio.

Tumbada donde la habían pateado, Eshe gritó con todo el poder de sus pulmones, arrancando el horror, la vergüenza y la mortificación y gritando guturalmente. Oseye se quedó de pie durante no más de un segundo, dividida entre saltar ante la desnudez expuesta de Ishaq y apresurarse a cubrir, abrazar y calmar el dolor de su amante.

Desde el interior de los dormitorios, niños se pusieron a gritar, con su madre corriendo a través de las pesadas cortinas, su rostro iluminado por las pesadillas, gritando y chillando pidiendo ayuda mientras luchaba hacia el terror de sus hijos.

El guardia fijó a Seth en la mira y se pasó una monstruosa garra por la cara, manchando el desastre ensangrentado. Se llevó el cuchillo a la mano libre y soltó un gemido de rabia mientras sacaba su gladius de la vaina y comenzaba a perseguirlo.

Dawud cruzó frente a Seth, una cimitarra ornamentada sostenida en alto, su hoja ancha y curva intrincadamente grabada, su empuñadura rica en gemas. Las espadas chocaron con la ferocidad del odio profundo. Dawud tenía todo el bronce adornado y la complejidad de diez mil años de cultura; el romano tenía la fría precisión de acero del nuevo orden.

Afuera, la buccina sonaba la hora claramente desde el fuerte cercano. Con él llegó el cambio de turno, en unos instantes llegaría un nuevo guardia a la casa.

Corriendo agachado, como si pudiera escalar bajo los gritos desgarradores, Seth esquivó la lucha, tropezando con un trozo de ropa desechada mientras trotaba hacia Ishaq.

El hombre se había escapado, arrojado desnudo y desesperado por una ventana hacia el amanecer.

Oseye luchó por poner de pie a Eshe, protegiéndola con el hombro cuando la madre de la casa salió blandiendo una espada de estaño de juguete. La mujer se abalanzó sobre Sethos, cortó el juguete sobre el brazo, los hombros y la cara, y golpeó con la parte plana de la hoja.

"Oseye," gritó él defendiendo los golpes lo mejor que pudo, tratando todo el tiempo de atrapar las manos frenéticas que se agitaban a su alrededor. "¿Donde están las demás? Sácalas de aquí. ¿Dónde están?"

La vida y la muerte estaban en juego, pero Oseye se mostraba reacia a liberar a su amada. Gritaba con tanta vehemencia que el solo sonido le prendía fuego en la médula y le ponía los nervios en carne viva, ella tropezó, casi cayendo, hasta una trampilla con anillos de latón y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas.

Seth agarró a la madre, le sujetó los brazos con fuerza contra el

cuerpo y la arrojó bruscamente por la cortina hacia sus hijos. A su lado, Dawud le dio el último golpe furioso a su oponente. Empapado en sangre y sudor, con el rostro en un rictus vicioso, Dawud rió bien alto y gritó horribles blasfemias a los dioses.

Seth se estremeció, y salió con toda la claridad del sol naciente hacia los días en que esta sangre y este dolor, y este saludo con un dedo a los dioses y sus fechorías había sido su modo de vida. Por un momento quedó de pie cubierto de mugre y piojos, con cortes supurando y miembros débiles por el hambre, blandiendo una espada mellada hacia la multitud como si hubiera ganado. No había habido victorias en aquellos días. Él solo había matado a aquellos demasiado débiles o descorazonados para sobrevivir a los juegos.

Un repentino e irresistible brote de náuseas se apoderó de él y la bilis le subió a la garganta, ardiendo mientras él se obligaba a tragar el pasado y fijar sus pensamientos en el presente.

Había sonado la primera vigilia del día, los hombres llegarían aquí. Ishaq andaba suelto y la señal de fuego sin guardias. las chicas estaban aquí, y él las necesitaba a salvo en su casa, de alguna manera, lo antes posible.

Cuando su visión se aclaró y el polvo de la arena abandonó su garganta, los vio emerger lenta y temerosamente desde la cisterna de abajo. "Dawud," exclamó. “Tenemos que llevarlas a las cuevas. ¿Por dónde se va?"

"No." Dawud se volvió, una media sonrisa cambió su semblante salpicado de sangre. "Llévate el caballo y regresa con los hombres de Juba, rápido, luego a casa. Yo llevaré a las mujeres más al sur. Esos estarán esperando que ellas vayan hacia el norte, cruzando la ciudad, para dirigirse a tu casa, o a «El Palacio»." Había evidente desprecio en esta jerga que hacía referencia a la casa de Drusus, pero Seth no tenía tiempo para lecciones de etiqueta. "Diles a los hombres de Juba que estaré esperando en las cuevas blancas hasta el mediodía. Luego llevaremos a las mujeres, una a una, de regreso por las calles de la ciudad."

Seth encontró su mirada plana. No había tiempo para discutir, y se enfrentaba a un hombre que podía cortarte la garganta con igual

facilidad que seguir tus órdenes. Dawud conocía cada cueva y sendero escondido en la ciudad de piedra rosa; conocía cada tumba y catacumba. No había mejor hombre para esconder a las chicas que éste. Si se pudiera confiar en él. "Como les hagas daño, te mataré," dijo Seth con calma.

"Nunca fuiste lo bastante rápido." Dawud sonrió.

“Nunca antes había tenido una buena causa. No me pongas a prueba."

"Eres blando ahora, Aya. Un juguete de peluche." Usar su nombre de infancia como hacía Drusus sirvió para colorear las palabras con burlas fraternales y escarnio, y Seth dio la vuelta para indicar al asustado grupo de mujeres que dieran un paso adelante.

"Id con él. Ahora. Haced todo lo que os diga sin cuestionar. ¿Lo entendéis?"

La mayoría de las chicas asintieron temerosas.

“¡Oseye! ¿Lo entiendes? Todo lo que diga." Horror y odio ardiente llenaron esos ojos oscuros cuando se encontraron con los de él, pero ella apretó los labios en una línea firme y asintió una vez. Seth giró hacia las cortinas que cubrían las puertas, las arrancó de las barras y las arrojó en una pila a los pies del grupo. "Cubríos con esto. Vamos. Id rápido."

Eshe extendió la mano para agarrarle el antebrazo, con ojos muy abiertos por algo roto. “¿Seremos libres ahora? ¿Es esto realmente libertad?" El dolor y la desesperación brillaban en su rostro pálido, sus rasgos se fundían en una incolora máscara de confusión.

"Sí," respondió Seth. "Si vas ahora y haces lo que él dice."

Dawud tomó a Rhea del brazo y tiró de ella, y las demás con ella, a través de la puerta. Riendo por encima del hombro, Dawud dijo: "¿Qué sabes tú de la libertad?"

Como si no estuvieran hechas de más que humo y polvo, las chicas siguieron a Dawud hacia la oscuridad, desapareciendo entre arbustos y paredes de piedra. Seth subjó al caballo de un salto, se

agachó y lo llevó al galope mientras el ruido y el rugido de la señal de fuego prendía en el patio detrás de él en una brillante luz dorada.

No tenía más remedio que confiar en el espía. Con dos rápidos movimientos de la mano, se envolvió el rostro con un trozo de muselina, dejando solo los ojos visibles para los cautelosos comerciantes locales. Tenía que hacer correr el caballo hasta donde esperaban los hombres de Juba, advertirles de que las tropas que se acercaban y darles las instrucciones de Dawud.

Moviéndose sin prisa y en pequeños grupos, la milicia se filtraría más allá de cualquier vigilancia romana y llegaría a las cuevas blancas en el extremo sur del wadi a media mañana. El plan no estaba nada mal. Entonces sería casi imposible para los romanos identificar a las chicas, que regresaran por la bulliciosa ciudad en solitario con uno o dos hombres.

Pero su mente rehusaba aferrarse a los detalles del rescate. Una y otra vez volvía a las palabras que aún estaban en sus oídos. ¿Qué sabía él de la libertad? ¿Qué sabía él de la esclavitud? Las preguntas eran tontas, pero se le clavaban en las entrañas como un puño de hielo y le apretaban las entrañas. Quizá había pasado tanto tiempo que él ya no lo sabía.

***

Jaida se había cansado de estar acostada apretada en su bola de miedo, y ahora caminaba con pasos lentos de una pared a otra, luego de regreso más allá de la línea de provisiones hacia sus cojines. La sirvienta seguía durmiendo, con un paño de damasco pesado sobre los ojos, e Ianthe dividía su atención entre mirar fijamente las paredes y recoger distraídamente la fuente de entrantes de carne.

Tamir no había regresado a su compañía, aunque a veces Jaida podía oírlo moverse en el pasillo más allá de la luz. Seth había mencionado habitaciones y pasillos, pero ella no podía imaginar dónde estaban o qué contenían. Era cierto, como le había dicho a Ianthe, lo único que sabía con certeza era que estaban aquí, esperando y confiando en que, ahí fuera en el mundo, sus hermanas

estuvieran a salvo. Esperando horas, días, años... Esperando, parecía toda una vida.

Cuando Tamir regresó, fue con una cesta de ropa doblada. Al parecer, había vuelto a la casa, pero no había necesitado pasar por la habitación donde ellas esperaban. Los indicios de alegría que habían coloreado sus mejillas al amanecer se habían vuelto grises y lo habían dejado más viejo y, si era posible, más triste. Tamir dejó caer la cesta, inclinándose sobre ella, demasiado cansado o agotado para levantar la cara.

“Ahora, aún tienes que elegir. Así que elige."

Jaida caminó hacia la cesta y sacó piezas de un traje adornado con joyas. En la parte superior había una túnica interior de seda color carmesí, hilera tras hilera a lo largo de su longitud muy fruncida. Con esta había una *stola* color marfil, hecha de lino fino y bordeada en el cuello de capucha baja con gruesos bordados de oro. A juego iba una transparente palla azul celeste con extremos y flecos tan pesados que Jaida temía que el peso del vidrio fuese a rasgar la suave tela. Y en el fondo de la cesta, un palio púrpura grueso con más abalorios y bordados en los bordes.

Ianthe miraba boquiabierta cada prenda mientras Jaida sacaba la ropa.

"Hay más allí," dijo Tamir con voz ronca. "Joyería."

"¿Qué es esto?" Preguntó Jaida. "¿Qué significa eso?"

"¿Qué significa eso?" El anciano sonrió y se movió rígidamente para sentarse en las cestas de la tienda junto a la pared. ¿Ese manto púrpura de ahí? Para cualquier romano del imperio, eso otorga un rango similar al del propio César. Es ceremonial. Honorario. No te sirve para enviar al mundo a la guerra o hablar fuera de lugar en la corte. Pero ese manto púrpura te garantiza protección. Tanta.como se puede garantizar. Y riqueza. Y una vida de privilegios." Se puso las manos en las rodillas. "¿Quien lo quiere?"

Las chicas se miraron sin comprender.

"Cuando Seth regrese...," comenzó Jaida.

"Él ha vuelto."

"¿Ya? ¿Están las chicas a salvo? ¿Por qué no ha venido?"

"Tiene invitados."

"¿Y nuestras hermanas?"

"Supongo que están a salvo. Pero no están aquí. Te dije que Sethos era inteligente." Se pasó una mano por la cara, pareciendo hundirse y Jaida dejó escapar risitas de alivio en su pecho. "Ahora, mientras aún tienes la oportunidad, ¿cuál de vosotras va a vivir como Sacerdotisa de Isis y Oráculo de la nobleza de Arabia?"

Ianthe se acercó lentamente a la cesta y se puso de rodillas, apartando con cuidado las capas de fina tela. Tenía los ojos pesados, pero plasmó una amplia sonrisa en su rostro y miró a Jaida. “Ten bebés para mí. Pon a tu hija mi nombre y tráemela para bendecirla." Sacó del fondo del cesto un cordón de trenzas de oro, atadas por delante en un nudo redondo del tamaño de una granada. Hizo una mueca por su peso. "Mira este." Lazos de oro que pendían sobre la oreja, recorridos con discos de ámbar, ébano y lapislázuli, colgaban de los dedos de su mano libre. "Tendré todo lo demás que pueda desear."

"Sí. Las chicas están a salvo. Estaremos a salvo. Seth encontrará el modo. Si no ha sido traicionado." Jaida se volvió hacia el anciano. "¿Lo ha sido, Tamir? ¿Ha confiado en personas que quieren hacerle daño?" Caminó hasta donde él estaba sentado. "Si le haces daño a su padre, también le harás daño a él."

"¿Su padre? Ese monstruo no es su padre. Sethos fue comprado y pagado. Drusus lo vistió y le construyó esta cúpula de placer alrededor porque le encanta poseer cosas hermosas. Le dio su libertad y lo adoptó como su hijo solo porque Seth no quería vivir como su amante."

Jaida retrocedió dos pasos tratando de obtener alguna perspectiva sobre la magnitud de esta revelación. ¿Sethos había sido un

esclavo?

"¿Un esclavo?" susurró ella. Seth había actuado como debía; no era de extrañar que odiara la esclavitud con tanta pasión. Había liberado a Jaida y a sus hermanas porque conocía la verdad sobre la esclavitud. Y a otros. ¿A cuántos más les había concedido la manumisión? A toda la casa de Drusus. Al mismo Tamir. "A ti también. Seth te liberó."

“Sí, lo hizo. Pero eso fue al final de una historia que comenzó cuando me negué a venderlo a Decimus Drusus, hace diez años." Su mirada reumática se volvió introspectiva y él agachó la cara, sacudiendo lentamente la cabeza. “Solo yo podía ver lo valioso que era para mí. Una propiedad muy lucrativa." Una pequeña sonrisa apareció en su boca un instante. "Quizá no tan lucrativa como tú o tus hermanas. Pero no andaba lejos."

Tamir se afanó por ponerse de pie, cojeando e incapaz de enderezarse. Cuando apoyó las muñecas en los hombros de Jaida y le tomó la cara entre las manos, no había fuerza en los dedos temblorosos. “Y perdí a mi hija. Mi devota esposa y mi hermosa y preciosa hija. Llegamos demasiado tarde para salvarlas, aunque lo intentó. Tanto como tú."

"¿Drusus te arruinó porque no quisiste venderle un esclavo?"

“No solo me arruinó financieramente, aunque eso lo hizo por completo. También me calumnió, así que no tuve ningún recurso de apoyo. Un hombre rico puede ignorar los rumores, pero un hombre pobre no puede arriesgarse a un escándalo. Una cosa es estar en bancarrota, en tiempos difíciles un hombre rico puede recurrir a los amigos, pero ¿ser avergonzado y marginado por la sociedad? No hay esperanza después de eso."

Había odio calentando la sangre del viejo sirviente, pero puede que solo fuera eso. Tenía las manos frías y el rostro colgando laxo de los huesos del cráneo.

"Niña, recuerda que aunque Sethos lo pierda todo hoy, aúun tendrá cien hombres para darle un techo y encontrarle suficiente comida."

Eso era una advertencia y Jaida la oyó claramente entre las garantías y promesas.

"Si solo decides ser su esposa por el lujo que conlleva darle herederos a Drusus, puede que te convenga luchar con tu hermana por esas túnicas."

Capítulo 17

Drusus parecía tranquilo, vestido de un blanco asombroso con el púrpura de su rango familiar colocado casualmente en el regazo, pero Juba caminaba en círculos inquietos, murmurando: "Son buenos hombres. Mis mejores hombres. Traerán a las sacerdotisas sanas y salvas." Un pensamiento repentino brotó de sus labios. "¿De dónde las traerán?"

Seth le entregó un cáliz de vino de plata casi tan grande como su cabeza y él lo echó hacia atrás, tragando. Seth se encogió de hombros. “En las paredes y cuevas. En algún lugar de la casa. Es Dawud, ¿quién sabe?"

“¿Sabes?, Sethos. Maldita sean todos los hombres, seguro que ahora puedes compartir algo de lo que sabes. Has recuperado la herencia robada de este romano, eso debe obligarle a actuar. Te esperan represalias, y más temprano que tarde."

"No sé dónde están. Se nos acababa el tiempo, tuve que confiar en Dawud."

Drusus se echó a reír a carcajadas con lo que parecía una auténtica diversión y revolvió con inquietud entre las pegajosas gelatinas del plato a su lado. "Tú no naciste jugador, Aya. Debes de haber eso aprendido de mí. ¿Qué es la vida sin la emoción del azar?"

"Este no es un juego que me guste, Pater. Prefiero saberlo todo de antemano. No me gustan las sorpresas."

"Entonces, es una suerte que tengas tu oráculo, querido. ¿Ya la has convencido de que se quede?"

Seth ignoró la pregunta, mordiéndose nerviosamente la piel seca del labio inferior mientras veía a Juba caminar. “¿Cuándo vamos a esperar a la familia real, Dec? Zayed tiene al personal haciendo milagros, pero no hemos tenido noticias de ellos, ninguna advertencia de sus intenciones."

"Pronto. Nuestra adinerada reina no sale normalmente de los aposentos hasta la tarde, pero tiene que considerar a Sextius. Conociendo la convención romana para tratar con socios comerciales en orden de importancia durante la mañana, yo diría que estará aquí mucho antes del almuerzo."

"Nadie quiere perderse." Seth miró su promus, asegurándose a sí mismo de que Zayed estuviera a la altura de cualquier arreglo que debiera hacerse. "Si él las trae aquí, las damas podrán estar en nuestra puerta después del mediodía."

"¿Discutiste mi propuesta con estas mujeres anoche, Aya?"

Drusus sabía que él había hablado con Jaida sobre su propuesta. No le estaba preguntando si ella conocía sus opciones, le preguntaba si ella había elegido. Seth se mordió las uñas y giró los anillos de oro alrededor de los dedos distraídamente.

La sensación de vacío, de nada, de ser nada ni nadie, se deslizó por sus entrañas. No sabía qué había elegido ella. Si es que había elegido. La diosa la había elegido, había dicho ella. Pero la calidez de su beso; el hambre y el deseo que ella había apretado sobre él; prometían algo que había comenzado a parecer esperanza. Era una esperanza que él no quería alimentar por miedo a que se quedara en nada.

Él había enviado a que buscaran a Tamir y le había dicho al sirviente que le preguntara a las sacerdotisas cuál de ellas iba a ser el oráculo hoy. Podría haber ido él mismo y preguntárselo directamente a ella, pero la posibilidad de oírla elegir el servicio al templo pesaba demasiado en su corazón.

La devoción de Jaida por sus hermanas también se sumaba al peso. Si él hubiera pasado por el bab al-sirr, sosteniendo la seguridad de estas como un premio, habría sido recibido con esperanza, alegría y alivio. Y en ello habría estado la tentación de usar esa inocencia, esa gratitud y júbilo, para arrastrarla hacia la elección que él haría por ella.

Y esta podría ser una promesa vacía, pues él estaba, después de todo, apostándolo todo por Dawud.

"Aún están en la sala segura. Tendrás que dar instrucciones al oráculo, y supongo que pronto. Ella no sabrá lo que quieres que diga." Seth tiró de la muselina para liberarla del cabello y enrolló en una bola el largo sobre sus manos. “Puedo enviar a alguien por ellas. A menos que quieras entrar tú mismo."

"Envía a alguien, yo soy demasiado mayor para las cuevas. ¿Dónde nos reuniremos todos? ¿En el triclinio?"

Seth se puso de pie, asintiendo hacia Zayed, quien salió de la habitación. “El triclinio. Querrás teatro." Se volvió hacia Juba. "¿Tienes hombres a mano?"

"Siempre."

“Voy a bañarme y a vestirme. Zayed llevará a las damas al salón de banquetes. Recuerda, Dec, ellas no conocen este mundo. Dales un poco más de lo que normalmente les das. Por mí."

***

Jaida estaba sentaba inquieta, incapaz de relajarse en el sofá del comedor.

En un extremo del triclinio se habían colocado enormes paneles de cedro con incrustaciones de oro y chapas pálidas, creando un templo en miniatura, y el humo de las lámparas y los incensarios se extendía por el techo en lo alto. Dentro del recinto, Ianthe esperaba, vestida con el magnífico atuendo de una sacerdotisa romana, con Tamir y Juba aún guiándola en su actuación.

Drusus caminaba lentamente por la longitud del balcón de triclinio, con las manos entrelazadas a la espalda y el rostro hacia abajo. Era lo más cercano que Jaida había visto a un aspecto de preocupación. No había extravagancia en sus movimientos, él estaba pensativo y sometido, y eso se sumaba a los temores que se le instalaban incómodamente en el estómago.

El bullicio de los sirvientes colocando bufés y arreglando la decoración pasaba casi desapercibido para ella, excepto cuando se acercaban, esparciendo pétalos y colocando lámparas.

Se sentía enferma, físicamente enferma. Se le revolvía el estómago al considerar su posición y lo que debía o no debía decir. Drusus se movía por su consciencia, pero ella no quería mirarlo. La atención del hombre había estado fija en Ianthe, asegurándose de que ella memorizara los puntos que él quería decretar divinamente. No le había decidado a Jaida más cortesía que el toque de una mano y un franco elogio de su apariencia.

Tamir veía en él a un monstruo, un mentiroso de alma oscura que tomaba sin conciencia y arruinaba lo que no tomaba. A ella le había parecido un anciano elocuentemente afligido por la juventud perdida y dedicado al éxito de su hijo. Y Seth había parecido su hijo de verdad, y no una adquisición. ¿Debería ella advertirle?

¿Cómo? ¿Qué podía decir ella? No sabía nada de las circunstancias que se movían a su alrededor, ni de las personas ni de sus motivos ni los oscuros peligros que estos representaban.

Podría nombrar a Tamir, pero eso sería inútil. Él llevaba años viviendo bajo este techo como sirviente de un esclavo. Tenía suficiente odio para sellar los labios contra cualquier interrogatorio o coacción. Pero su lealtad era para Sethos y ella esperaba que hubiera suficiente de esta para mantenerlas a todas a salvo.

Lo mejor que podía hacer era decirle a Seth lo que había oído, ojalá pudiera verlo solo por un momento. No tenía detalles que compartir, pero podía transmitirle sus miedos. Él sabría qué hacer de estos.

Jaida apartó los sudores nerviosos de las palmas de las manos y probó algunas respiraciones más profundas. Fuera, el cielo estaba alto y azul. Si estaba a punto de caer, no se veía evidencia de colapso.

El ruido de un mensajero corriendo rápido hizo que su atención se centrara en la puerta y un joven casi se cae sin aliento en el salón de banquetes al entregar un mensaje a Zayed. Era una citación, eso estaba claro y, aunque el él ignoró a Drusus, se movió rápidamente para dar un golpe en la pared del templo y dirigir groseramente a Jaida a un sofá más alejado del centro de la habitación.

Ella lo vio pasar una mirada experta por los preparativos, incluso mientras desaparecía de la vista y bajaba por la salida.

Los hados estaban avanzando.

Las elecciones estaban hechas, había dicho Tamir, aquello terminaría como los dioses decretaran. Isis ya había apoyado a Sethos contra Ishaq y contra sus ejércitos. Sus hermanas eran libres y todo estaba en movimiento. Y el miedo que la agitaba la recorrió como si ella cabalgara sobre rápidos o en la cima de una avalancha.

"¿No hay *locus consularis* hoy?" Juba se sentó cansinamente a su lado y señaló la curva de sofás, la posición que le habían asignado la noche de la fiesta de Seth. "No hay que preocuparse. Estoy seguro de que Sethos lo habría hecho de modo diferente si pudiera. Pero la realeza. Y el hijo del gobernador de Arabia Petraea. Alguien tiene que retroceder amablemente."

Jaida lo miró como si hablara una lengua extranjera. Sus palabras habían sido lo bastante claras, pero ella no tenía idea de si debían tener sentido para ella. %Todo en lo que podía pensar era en cuándo podría entrar Seth y en mirar con inquietud hacia la puerta, con respiración entrecortada y superficial.

"¿Retroceder?" preguntó ella temblorosa y reanudó su estudio de la puerta.

"Sabes que este oráculo es para la reina Gamilath, matriarca de nuestra familia real nabatea, y su hijo Malichus."

"Y para el hijo del gobernador romano, sí."

“Así que tomarán la posición de honor allí en la cabecera de la sala. Tú ocupaste ese lugar la última vez, pero te prometo que no hay ningún insulto al situarte aquí. Es una cuestión de protocolo, eso es todo."

"Oh. Sí." Ella contó los sofás, suponiendo que la distancia desde la cima relataba la historia del rango. Los dos sofás principales se encontraban en un ángulo en un extremo y otros fluían a ambos lados en líneas escalonadas, curvándose hacia afuera y hacia atrás

desde el centro de la habitación. El lugar donde le habían asignado era el tercero en la fila.

"No está tan mal. Los dignatarios tomarán su propio sofá, no tres para cada uno como haríamos nosotros. Lo único que tienes que recordar es que cualquiera puede moverse de arriba hacia abajo. Pero no debes colocarte allí sin una invitación."

“¿Dónde estará Seth? Necesito hablar con él." Volvió a mirar a Juba. Él había sido honesto con todas ellas, y amable. Parecía servir a Seth de buena gana y sin dudarlo.

Pero mientras sopesaba los beneficios de pedirle consejo, Drusus ocupó la posición opuesta y Juba dijo por encima del hombro mientras caminaba: "Dónde estaba la última vez que estuviste aquí. Disculpa."

Ahí radicaba la lealtad de Juba. Sin mirar atrás, caminó por la sala y se sentó junto a Drusus.

Jaida resistió la tentación de pasarse una mano por la cara, de limpiar suavemente el sudor del labio superior y presionar las yemas de los dedos ligeramente bajo la curva de cada ojo. El maquillaje le había costado a la sirvienta eones de trabajo y ella no tenía ningún deseo de mancharse las mejillas. Su cabello había sido enrollado en rizos desde una parte central y sujetado a la nuca en un nudo enjoyado. Su vestido era de diáfana seda, resplandeciente como una perla y sujeto con broches de oro desde los hombros hasta las muñecas. El amplio escote se hundía profundamente y estaba atado a la cintura con un grueso cordón color marfil, por lo que su corpiño se ensanchaba elegantemente hacia las mangas aladas.

Drusus y Juba se pusieron en pie de un salto mientras los sirvientes caían de rodillas y se acurrucaban con la frente en el suelo. Jaida se puso de pie, sin saber qué acción emular. Ella estaba sentada en tercer lugar desde arriba, supuso que eso significaba que debería ponerse de pie.

Un séquito atravesó la puerta y Jaida habría sabido que la mujer que lideraba era la reina aunque la mujer hubiera estado envuelta

en barro y arpillería. Era alta, su rostro estaba cubierto en su mayor parte por una pesada malla dorada colgada de un tocado abovedado, y agarraba a Seth del brazo como si se le hubiese ocurrido en el último momento.

Detrás de ellos venía un joven lujosamente vestido con un *bisht* oscuro bordado, con el pelo espeso y engrasado sobre los hombros. A continuación, ya parcialmente oculto por los apresurados ayudantes, un romano de nariz aguileña escoltaba a una mujer delgada y enjoyada, con el pelo una gran masa de intrincados rizos.

La reina Gamilath marchó hacia adelante con la intención de ganarse al grupo del templo, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha. La mujer romana, sin embargo, estiraba un elegante cuello, fijando sus oscuros ojos alquitranados en Jaida y mostrando una curiosa sonrisa en sus labios. Seth se detuvo en la acortinada entrada del improvisado temploce hizo una reverencia a sus invitados mientras estos entraban detrás de los paneles de cedro. Drusus se unió a la fila y entró también, y el músculo siempre presente de Juba se diseminó lentamente por el salón de banquetes.

Pasaron en un momento y Jaida finalmente recordó respirar. Estaba congelada por las dudas, perdida en un mundo desconocido, y miraba sin pestañear a Seth. Él había dado varios pasos a través de la habitación hacia ella antes de que ella se diera cuenta de que se esraba acercando.

Esos ojos la mantenían cautiva, suavee y cálidos, y ella se inclinó hacia ellos, extendió la mano en el espacio entre ambos en busca de guía o consuelo. Él cerró los dedos alrededor de los suyos y una pequeña descarga de placer abandonó los labios de Jaida.

"Sacerdotisa," dijo Aquila. "¿Vienes a escuchar la lectura?"

"No." Jaida escudriñó su rostro, las advertencias que había preparado y el miedo y la urgencia que conferían se volvieron menos vívidos. Tamir había prometido servir a este hombre con su vida, y estar cerca de él tenía perfecto sentido. Los hombres y los dioses lo amaban y ella también. Obligándose a respirar y pensar, dijo: "Eso no es adecuado. No puedo."

El latido de su corazón lanzaba oleadas de calor a lo largo de sus nervios, sentía débiles las rodillas y los dedos temblaban en los de Aquila, pero ella tenía que intentar decírselo. Si todos sus miedos eran infundados, él lo sabría. Él haría lo que la diosa sabía que debía hacer.

"Hay peligros," le susurró ella inclinándose más cerca de su oído, y él bajó la cara instintivamente para que su mejilla estuviera junto a la suya, el calor de su aliento en su hombro.

"En las sombras, lo sé." Él sonrió.

"No. Tamir sabe algo, una amenaza para Drusus. Dijo que él nunca levantaría la mano en su contra, pero espera que suceda algo hoy que arruinará a Drusus. De alguna manera te han protegido a ti, pero no a él."

Seth miró por encima del hombro a Juba, frunció el ceño y asintió pensativo. "¿No vas a entrar?"

Jaida negó con la cabeza.

"Esto tomará un rato." Seth le apretó los dedos suavemente y se volvió para unirse a sus invitados de honor, dejando a Jaida encontrando la mirada inquisitiva de Juba.

***

Seth se sentó, irritado por el denso incienso. No había nada esclarecedor en lo que quemaban. Dec no se arriesgaba con la memoria de su oráculo para los detalles. Y el disfraz de Ianthe era una obra de arte. Nada de la piel desnuda y la tela vaporosa de sus lecturas anteriores, nada diseñado para vender sexo primero. Este era el atuendo de una mujer poderosa, rica pero modesta, envolviendo la exquisita forma de Ianthe en capas pesadas de sólida y sensata opulencia romana.

Sus oraciones le resultaban a Seth vagamente familiares y la observó llevarlas a cabo lentamente el ritual, abstraído de las complejidades de sus propios pensamientos por la convincente actuación. Gamilath estaba absorta, con atención intensamente

centrada, casi desesperadamente, en la chica que tenían delante. Malichus y Lucius Aninius también estaban paralizados. Dec observaba con una pizca de satisfacción iluminar sus rasgos, mientras Ianthe cubría cada punto sobresaliente y tejía un sentido de magia alrededor de la contundente diseminación de la política. Con estudiada gracia, transformaba los rumores y los chismes que le habían dicho en una malla de milagrosa percepción.

Agrippina dividía su atención entre el ritual y el propio Seth. Ella no tenía vergüenza, estaba sentada al lado de su esposo con su mano acariciando a lo largo de su muslo, con expresión de deseo dirigida hacia Seth.

Tan importante como era esta empresa, no había atractivo dentro de este cubículo que rivalizara con el que esperaba afuera. Y saber que ella estaba ahí fuera, sin actuar en este escenario, le llenó el estómago de fuego y mariposas, y se filtró a lo largo de las extremidades cada vez más calientes y felizmente pesadas. Esto no demostraba ninguna elección, se advirtió a sí mismo. Solo le había dicho que ella no estaba dispuesta a fingir un ritual sagrado. Pero ella estaba ahí fuera, no estaba haciendo cola para ser instalada en estas inviolables vestiduras. Ianthe había elegido el papel de sacerdotisa, y si los huesos no se hubieran mantenido firmes, Seth se habría derretido en un lodo caliente de puro alivio.

Jaida estaba preocupada por la traición y el subterfugio, y más porque no estaba familiarizada con tal presencia constante. Él ya conocía el peligro, al igual que Drusus, aunque no hubieran podido definir la naturaleza exacta de la amenaza.

Drusus habría nombrado a Tamir como enemigo, él mismo. Zayed a su lado también. Ambos querrían ver caer a Dec pronto. Pero ellos no tenían nada que ver con Ishaq y sus compinches. Lucharían por Drusus antes de ponerse del lado de los soldados comunes, y nunca brindarían a un enemigo de Seth la ayuda o apoyo directo.

Pero estas personas trazaban una línea oscura entre las ideas, que Dec llamaría pedantes. Em este mundo, guardar silencio o rehusar detenerse no era lo mismo que ayudar.

Aquila se mordió el labio, agradecido de que la lectura estuviera

llegando a su fin.

Se podía confiar en Tamir para mantener a Jaida a salvo. Él la había adorado a ella y a sus hermanas desde el principio. Pero si el desastre se acercaba a su puerta, un anciano marcado por las bestias de la arena no era suficiente para garantizar tal seguridad. Seth volvió a mirar a Agrippina cuando la audiencia finalmente comenzó a ponerse de pie. Había una mejor opción para esa protección.

***

Apuntar su estudio sobre Ianthe ayudaba a que dejara de mirar a Seth. Incluso mirando hacia donde su hermana yacía en el único diván, apartada y prodigada con la atención de los sirvientes, podía sentir su presencia detrás de ella. Jaida habría corrido hacia su hermana, pero nadie se acercaba al oráculo, se la dejaba aislada mientras reían, hablaban y comían.

Detrás de ella, Seth compartía el sofá principal con Malichus. El príncipe claramente cedía al rango de su madre, y las sutilezas de la etiqueta exigían que compartiera el *lectus* del anfitrión para que la reina tuviera el suyo. Lucius Aninius Sextius ocupaba la segunda posición principal, y su esposa había decidido no compartir el diván de su marido, sino ocupar el suyo entre donde comían Sextius y Drusus.

Jaida no tenía apetito; la avalancha la empujaba hacia el desastre.

"Jaida," dijo Seth en voz baja y ella se sobresaltó por el sonido. Él se inclinó sobre el sofá, estirándose para yacer a su lado, y el calor de su cercanía le vibró a lo largo del cuerpo, de la cabeza a los pies. “La lectura fue bien," dijo dejando que la charla en el pasillo abierto cubriera sus palabras. Había comenzado una música discreta y los guardias nabateos, ya relajados de sus horas de servicio, aumentaban el volumen.

"Bien." Ella miró hacia donde yacía su hermana. "¿Ianthe está bien?"

"Sí. Está lista para hacer lo que tiene que hacer. Pero tú ya sabes qué."

"Sí." La palabra se desvaneció. La idea de lo que vendría y las decisiones que habían tomado le colmaba el pecho y le dificultaba la respiración. Su propia elección yacía a su lado y el peligro los rodeaba.

Jaida quiso decirle que lo seguiría de buena gana, aunque su viaje se desarrollara en las calles, aunque esta casa se redujera a escombros y el cielo fallara. Él tenía una peligrosa senda que recorrer, a través de personas e intenciones que eran un misterio para ella, pero ella lo seguiría. Si él se lo pedía.

"Seguramente deberías estar con tus invitados. Estas son personas importantes, ¿no es así? ¿Mantendrán a Drusus a salvo?"

“No. No sin una buena causa. Pero la mayoría de la gente tiene un precio por el que empezará a regatear." Él sonrió, no ampliamente, pero eso conmovió su corazón y ella trató de devolver el gesto. “Y esta gente se mira como halcones. Si hablo contigo el tiempo suficiente, se acercarán para ver echarte un mejor vistazo."

"¿Qué les has dicho sobre mí?"

"Sólo que viajaste aquí con el oráculo. Cuanto menos les diga, mejor. Se inventan su propia ficción de esa manera y todos son más felices. También hace que sus interminables chismes sean mucho más jugosos."

Ella encontró una sonrisa más segura. "Parece que todos elegimos lo que queremos creer."

"¡Aquila! Ya he visto a tus nuevas compañeras. ¿Por eso te has estado escondiendo? ¿Por qué no te he visto últimamente?"

Seth se volvió para sentarse derecho, tomando la mano de la mujer que estaba frente a ellos. “Agrippina. ¿Cómo está tu marido? Se ve en forma."

Agrippina rió de buena gana, tal vez para atraer las miradas de la habitación hacia ella o tal vez porque estaba divertida y no le importaba quién la mirara. "Lo bastante en forma como para sudar, querido."

Era mayor de lo que Jaida había pensado, y no era bonita. Su rostro tenía claras líneas abiertas y clásicas que había visto en los bustos romanos, con cejas espesas y oscuras sobre la suave piel pálida. Tenía los ojos entrecerrados. Perversos.

"¿Es esta la acompañante de nuestro oráculo? Encantadora." Dio la vuelta para yacer junto a Jaida, chasqueando los dedos con impaciencia hacia el servicio. "¿Te gustaría ir a Roma, querida? ¿Crees que al oráculo le gustaría?"

Seth rió y Jaida lo miró en busca de dirección. "¿Vas a la capital, Agrippina? ¿Qué te hace pensar que nuestros anfitriones en Petra dejarán que te lleves a su sacerdotisa? Y además, Lucius quiere las licencias comerciales del norte de África. Tampoco puede llevarse esas a Roma."

"Él no, querido. Yo. Voy a tomarme un año sabático. Quiero dejar las colonias para una cura de cultura. Solo uno o dos años." Se volvió para reevaluar a Ianthe. "Y qué impacto tendría si me la llevo a Roma conmigo."

"De hecho, lo harías," convino él.

Los muebles rasparon y los sirvientes corretearon cuando Gamilath se puso de pie y se dirigió hacia el asiento del oráculo como un trirreme con una pesada vela. Agrippina volvió a reír. "¿Crees que me ha oído?"

"¿Qué diferencia haría? Ella sabe lo que quiere con la misma certeza que tú. Lo único que importa ahora es lo que vale."

"Refrescantemente directo, Aquila. Es lo que me gusta de ti. Una de las cosas que me gustan de ti. Estas personas y sus interminables encogimientos de hombros y apretones de manos, pero contigo sé cuál es mi posición. ¿Cuánto quieres?"

"Me ofendes, Agrippina. No puedo vender a la reina del templo. ¿Y qué hago yo con el oro?"

"¿Entonces qué? Lucius quiere las licencias africanas y tú quieres vendérselas, así que obviamente es más que eso."

Un esclavo aterrorizado, que no era más que un niño, derrapó hasta detenerse sobre las piedras a los pies de Seth y se arrojó al suelo para someterse. “Señor,” dijo claramente. Nuestra señora quiere su asistencia.

Seth se puso de pie y le devolvió la sonrisa a Agrippina mientras caminaba hacia la reina. "Prepara tu puja."

Al otro lado del pasillo, Drusus se había trasladado, con invitación o sin ella, al lugar que Seth había dejado libre. Tanto Sextius como Malichus estaban enfrascados en una conversación muy seria con él, y Jaida se preguntó cuánto sabía Seth, cuánto necesitaba y cuánta influencia podía ejercer. La confianza llenaba todos sus movimientos. Parecía seguro.

"Precioso, ¿no es así?" dijo Agrippina

Jaida miró a Drusus, luego a Sextio confundido.

"Ellos no. Aquila. Con la mayor bendición de la diosa, podrías quedarte con tu oráculo si yo pudiera tener eso."

"¿Aquila?" Apenas pudo formarse la pregunta.

"Sí. Míralo."

"Tú estás casada," dijo Jaida.

“El matrimonio es solo un precursor del divorcio en estos días. Dejaría caer a mi pobre y querido esposo como una piedra caliente si pensara por un momento que pudiera retenerlo."

Jaida miró a Seth y sintió que la sangre le desaparecía de la cara. Ella se había estado preguntado dónde estarían las mujeres nobles con las que él debía casarse. ¿Y cuántos de ellas había? ¿Había elegido sin más quedarse soltero hasta ahora? ¿Qué detendría a una mujer noble u otra de retenerlo?

"Él quiere casarse," instó ella tratando de recordar el consejo de Seth. Cuanto menos les dijera, mejor.

"¿Sí? ¿Eso es lo que te dijo?

Jaida sintió que el escrutinio de la mujer ardía profundamente en su médula, pero permaneció en silencio.

"Quizá sí."

Jaida se mordió el labio y calló deseando que Agrippina continuara con su explicación. Sethos había sido un esclavo y tal vez ni el oro ni las túnicas de la nobleza pudieran borrar ese hecho de su *curriculum vitae*. Agrippina pareció estudiarla durante mucho tiempo, su oscuro sondeo se extendió hasta la mente de Jaida para leer los secretos pensamientos que allí escondía, midiendo cuánto podía compartir.

"Yo lo he considerado, ¿sabes? Casarme con él. Pero no le digas eso. El estigma no sería tan malo si me quedara aquí en las colonias. O mejor, si me mudara aún más lejos. Pero tengo una familia en la que pensar, un nombre y una herencia en Roma que proteger. Nunca podría traer esa vergüenza a mi familia." Su mirada se tornó introspectiva y el arrepentimiento se dibujó en su rostro, haciéndola parecer más vieja que un momento antes, y su silencio seguía a su ensueño interior.

Jaida quería entender. Necesitaba entender. "¿Porque ha sido un esclavo?"

"¡No!" Agrippina soltó una fuerte risa cínica. "Dioses ardientes, Roma habría derramado su noble sangre por el desagüe si permitiéramos que algo tan común se interpusiera en el camino de la herencia. No, Drusus no solo lo liberó, lo adoptó. Tiene el nombre y el título y toda la fortuna hereditaria que reclamar. Tiene más riqueza por derecho propio que Lucius. No. Es el escándalo lo que yo no podría soportar. Habría tenido que abandonar a mis hijos. Ellos son una raza aparte, celebridades. Todos quieren conocerlos, tocarlos y mostrárselos a sus amigos, pero nadie resistiría el estigma de una asociación pública formal."

"No lo entiendo."

"¿No?" Una sonrisa apareció en los labios de Agrippina y esta se ensanchó a medida que sus pensamientos se aclaraban. "Drusus, ¡ja!" Ella se rió de nuevo. "No lo sabes, ¿verdad? Ese hombre es

afilado."

Un millón de hormigas se precipitaron sobre la piel de Jaida, cada una con patas en forma de gancho y caliente aliento. Se amontonaron sobre sus hombros y se movieron en una línea sólida sobre sus mejillas, estimuladas por su ignorancia y vergüenza. ¿Qué era esta espantosa vergüenza? ¿Tan terrible podría ser?

“Él fue gladiador, mi niña querida. Aquila era su nombre en la arena, y era muy conocido en todo el imperio. ¿No sigues los juegos?"

Jaida negó levemente con la cabeza.

“Él era una estrella. El más bajo de los bajos, pero adorado por la plebe. A Drusus no le importa que sea un paria, él no tiene familia inmediata de todos modos, y nunca le importó lo que los hombres tuvieran que decir. No tiene ningún interés en la política y ningún asiento en el Senado que arriesgar, así que no le importó. Pero a ninguna mujer con estatus se le permitiría casarse con Aquila."

Ambas mujeres se volvieron hacia donde estaba Sethos arrodillado, hablando seriamente con la reina nabatea.

“Es una lástima, pero antes llegaría una prostituta a reina que él fuese recibido en Roma. Bueno." Ella aleteó con los párpados y puso los ojos en blanco. “Messalina. Ahí está la prueba. Pero vosotras sois una historia diferente. Seríais adoradas en Roma. Si lograras convencer a tu oráculo de que me acompañe... "

Una fuerte orden en arameo se escuchó a través de la habitación, haciendo que la guardia nabatea se pusiera en pie en un instante y se reuniera en formación cerrada alrededor de su reina. Seth fue expulsado del grupo, el joven príncipe fue escoltado hasta ellos e insinuado a ocupar su lugar dentro de la masa protectora.

La música se detuvo y Zayed cruzó la sala, encontrándose con Sethos mientras corría hacia la puerta. "Soldados se acercan." Zayed trató de ser discreto, pero su agitación era clara, su voz era varias octavas demasiado alta.

"¡Juba!" Seth convocó al coordinador de su seguridad a su lado. "¿Cuántos?"

"No es la octava cohorte, señor. Es el *Praefectus Castrorum* Axius Villius Cinna, y solo tiene un destacamento con él."

El corazón de Jaida dio un vuelco al galope y ella luchó por incorporarse, queriendo sin pensar correr al lado de Seth. Juba dio instrucciones a sus hombres y Seth se volvió hacia Jaida. Esos ojos eran oscuros y un ceño fruncido le surcaba la suave frente, pero él sonrió con la suficiente calma como para mantenerla en el asiento. Luego se volvió para caminar de regreso adonde estaba esperando la reina.

Capítulo 18

Dos cosas eran obvias cuando Axius Villius fue dirigido al salón de banquetes. Primero, que conocía al hombre al que había venido a arrestar. Seth se repitió el nombre a sí mismo; le resultaba familiar, pero ante las preocupaciones que planteaba el prefecto, no podía ubicarlo. La segunda, evidente por la forma en que él volvía la cabeza mientras hablaba, era que estaba entristecido o avergonzado por el cumplimiento de su deber. Se tomó un momento, reconociendo la gravedad de la empresa en la que había entrado, antes de cumplir con los protocolos que le indicaba su presencia entre los superiores.

Nadie en la sala lo superaba en rango técnicamente, pero con la realeza nabatea y el hijo del jefe de la provincia imperial como testigos, no tenía más remedio que cumplir sus deberes al pie de la letra.

"Decimus Asinius Drusus," anunció formalmente al suelo a sus pies. “Hoy se hicieron acusaciones de que usted estuvo involucrado en el robo de esclavos durante la noche. Cuatro hombres de la Tercera Legión Cirenaica, la Octava Cohorte de Infantería y un oficial de caballería auxiliar de la Segunda Cohorte del ala árabe murieron en el ataque."

Respiró y Drusus intervino. "¿Crees que madrugo para matar soldados romanos?"

El prefecto no se permitió distraerse del cargo que tenía que acusar. Era ridículo afirmar que Drusus había estado presente en un robo, pero igual de ridículo era negar que él había podido pagar a otros hombres para que lo hicieran por él. "El superviviente del ataque informó que se robaron valiosos esclavos."

“Ya tengo suficientes esclavos, Axius. ¿Eran estos chicos particularmente guapos como para querer robarlos?"

"El centurión Marcus Ulpius Ishaq alega que se llevaron a varias esclavas jóvenes."

"Bien." Drusus rió y levantó las manos en un gesto de rendición. "Yo no necesito esclavas."

"Como resultado de estas acusaciones, mi oficial superior, Legatus Titus Arius Lucullus Gallius, ordenó un registro que se llevó a cabo hoy en su residencia." Levantó la vista del suelo, con el ceño fruncido profundamente en su frente cicatrizada y seca por el sol. "Durante la búsqueda se encontraron documentos que muestran su apoyo a los levantamientos militantes en las provincias de Arabia y Judea." Hizo una pausa y adoptó una postura firme y oficial.

"Drusus, te arresto por cargos de sedición."

Drusus no hizo más intentos de humor. "Bueno, Aya," dijo en voz baja. "Ayer no estaban buscando pruebas, la estaban dejando. Deberías haber pensado en eso."

Axius Villius se volvió hacia Seth. "Sethos Asinius Drusus Aquila, también tengo órdenes de registrar su propiedad. Mirando hacia el suelo, finalizó: "Puede acompañarnos en el registro si así lo desea. O quedarse con sus invitados; no importará al final."

"Supongo que no," dijo Seth claramente, "pero te acompañaré." Asegurándose de que los invitados escuchaban cada palabra, agregó: "Tú sabes que esto es una trampa. Hay una historia detrás de esto y tus centuriones terminarán en una estaca por estas acusaciones."

"No," respondió su prefecto. "Yo no sé esto en absoluto y no importa lo que piense. Como ciudadano de Roma, tiene derecho a asistencia jurídica. Úsela."

Sethos se inclinó profundamente ante la reina Gamilath y su hijo antes de salir de la habitación, siguiendo a Drusus y dejando a un lado al personal doméstico. Juba estaba entre ellos, pero Seth sabía que no habría resistencia armada. Como había temido, Ishaq había entregado la lucha a Roma, y los mil hombres de la *Legio III Cirenaica* en Petra hoy podrían convertirse en diez mil en una semana. Y con los cargos de sedición, todo signo de resistencia beligerante se curaría con un derramamiento de sangre. Puede que Ishaq hubiese esperado tal resistencia.

"¿Puedo esperar el arresto domiciliario, Axius?" Preguntó Drusus, y Seth escuchó una nota del más raro miedo en la voz de su padre.

"No." Con un paso tan preciso y directo como su tono, el prefecto condujo infaliblemente a su destacamento, a su prisionero y a los demás, al estudio y a una cartera vacía que una vez había contenido licencias comerciales. "Ábrala."

Zayed giró el broche del cierre de latón y liberó la tapa, exponiendo el interior vacío. Axius Villius miró el espacio vacío durante unos momentos, antes de pasar al estuche al lado y hacer la misma demanda. "Ese."

El resultado fue el mismo.

"Estas." Impaciente ahora, el prefecto señaló con la mano la pilas de cilindros de documentos y cajas. Sus hombres avanzaron a sus órdenes, confiscando rudamente archivos y fajos de pergamino, descartando cada uno cuando los artículos que buscaban eludían su registro.

"Atrás," ordenó a Seth y a sus asociados, despejando un espacio más amplio en la sala abierta para los buscadores.

"Sus informadores le dieron instrucciones muy claras, prefecto. ¿Cómo sabían exactamente dónde estarían estos documentos?" Seth no esperaba respuesta, y la creciente agitación en el comportamiento del oficial lo alentó a dejar esas preguntas para el tribunal. La frustración converttía en impredecibles a los hombres violentos y el hecho de que él conociera a Drusus socialmente tenía poco peso si las cosas aquí se ponían feas.

"Correcto. Esta casa es demasiado grande para que la registren ocho hombres. Drusus, te acompañaré a las celdas de Habees. Drusus Aquila, tú y tu personal están confinados al triclinio en espera de más búsquedas. Vuelvo enseguida."

Hacía solo una semana, Dec había querido caminar por las calles de su ciudad. Ahora tendría que caminarlas más lejos y más rápido de lo que habría decidido: bajo el calor del mediodía y las cadenas.

"Mis invitados," preguntó Seth. "¿Vas a ordenar la custodia de la reina Gamilath y Lucius Aninius Sextius también?"

El prefecto se movió incómodo. "No. Ellos pueden irse cuando quieran."

Estaba hecho y este era el juego final de Ishaq. Mirando hacia donde estaba Zayed, Seth estaba seguro de que no se encontrarían documentos incriminatorios en las instalaciones, pero la casa era enorme y la búsqueda sería minuciosa. No tenía ninguna duda de que su personal sabía lo de los papeles incriminatorios, tanto aquí como en la casa de Dec. Cuando el oficial se fue, con solo soldados de infantería de la Primera Cohorte para protegerlos, Seth se llevó a Juba aparte.

"Eres un invitado, así que puedes irte. Cualquiera de tus hombres que no vaya con Gamilath, llévalo contigo. No los necesitaremos aquí.

“Acércate a Abram y pídele que abogue por Drusus. Llévalo a *Jabal Habees* y ponlo en guardia constante también. Si puedo sacarlos de las manos de Tamir, le enviaré los documentos que deberían haber encontrado aquí. Eso le dará una idea de cómo argumentar la defensa de Dec. Si superamos esta acusación, encontrará nuestros regalos extremadamente generosos. Y trata de averiguar dónde está Dawud. Si él sabía lo que iba a pasar aquí hoy, podría estar en cualquier parte. Confío en que aparecerá en el bab al-sirr con las sacerdotisas antes del anochecer, y tiene a veinte de los mejores con él."

Juba apoyó una mano reconfortante en el hombro de Seth mientras subían por el pasillo ascendente hacia el triclinio. Juntos montarían todas las defensas que pudieran. Pero en estas provincias distantes, más conocidas por Roma por su arrogancia y resistencia armada, la sedición era una acusación difícil de desechar. Ninguna influencia sería suficiente si el fiscal pensaba que los cargos tenían algún fundamento.

Dec tenía razón, deberían haber pensado en esto. Pero entonces como ahora, sus pensamientos se habían distraído. Entonces como ahora, su preocupación había sido tanto por la seguridad de Jaida

como por la suya propia.

Sus invitados no mostraban la agitación que él esperaba o que él mismo sentía.

Jaida e Ianthe se sentaban juntas, como lo habían hecho tantas veces en el poco tiempo que las conocía, tomadas de la mano en silencio, mirando en silencio terrores que no podían nombrar.

Los miembros de la realeza estaban muy a gusto, deleitándose con el opulento banquete de Zayed como si este fiasco pasara desapercibido. Sextius se reclinaba con los tobillos cruzados y sonrió cuando Seth entró, como si le acabaran de entregar el Rub 'al Khali en un mapa.

Agrippina estaba hablando un poco con el guardia nabateo, pero se puso de pie cuando regresó su anfitrión, moviéndose rápidamente hacia los sofás principales. "¿Sedición, Aquila?"

"Aparentemente. Es mentira. Los esclavos que dicen que robó eran míos para empezar. Sus papeles están de camino a Bostra ahora, en busca de manumisión. El cargo de robo fue solo una excusa para exigir una búsqueda de documentos que ellos mismos habían colocado allí."

Siguió hablando con Agrippina, pero se volvió hacia la reina Gamilath y le imploró que escuchara la sinceridad y seguridad de sus tratos con el estado nabateo. "Sabíamos que se avecinaba algo como esto, pero no sabíamos qué. Todos nuestros documentos comerciales y privados estaban almacenados en la Curia y, sin embargo, alegan que dejamos pruebas de traición en la casa. ¿Y qué podía él ganar con eso? Drusus tenía planes de abandonar Arabia Petraea hacia Roma en los próximos dos días. Esto es absurdo."

Gamilath se encogió de hombros sin comprometerse. "Es una posición precaria en la que encontrarse, Aquila. No tienes espacio para moverte."

"Si el fiscal Lucullus Gallius aprueba este cargo y lo entrega, irá ante el gobernador," dijo Seth con gravedad, mirando a Sextius mientras hablaba.

La sonrisa que le dirigió Sextius era la de un hombre fuera de su profundidad, pero que no se daba cuenta de ello. Si la distensión fuera menos importante, Seth habría borrado la sonrisa de esos labios y alterado para siempre la aguda curva de su nariz. "Mi padre escuchará el caso con simpatía, Aquila. Pero él tiene su propio asiento en el que pensar. Esta provincia siempre ha despertado sospechas. Estamos demasiado lejos de Roma, nos hace parecer reservados."

Levantó una mano hacia Agrippina y luego la movió hacia Ianthe. “Mi esposa valora el oráculo. Mi padre también valoraría sus consejos en asuntos como este. En cuanto a mí, Aquila. Yo valoraría las rutas comerciales a través de los páramos de Nafud."

"¡No puede verder lo que no es suyo!" La explosiva respuesta de la reina sorprendió a todos en la habitación, y la reina Gamilath se puso de pie con más gracia y agilidad de lo que Seth hubiera sospechado. “Una palabra mía y las licencias, las caravanas y todas las rutas que él usa no serán más que patrones en la arena. Pensaste que me ibas a traer aquí hoy para regatear sobre lo que podrías ganar por el favor de la diosa. Pues esto es lo que ganas. Me iré de aquí ahora con el oráculo. Hay un final para esto. Si eso no es aceptable para usted, no será bienvenido en Rekeem al amanecer."

Seth lanzó una mirada interrogante a Ianthe, rezando a esos dioses que Jaida juraba que estaban a su alrededor por que su respuesta en este momento fuera la correcta. No tenía forma de juzgar los poderes que brillaban en la habitación, pero él rezó para que su instinto la guiara.

En un instante, cada mota por la que Drusus había trabajado se amontonaba en la balanza, y su vida, y la vida de Seth, dependían de lo que dijera la sacerdotisa. "El oráculo es, y siempre fue, libre de elegir," dijo conteniendo la respiración y haciendo una profunda reverencia.

Ianthe estaba perdida y asustada, él podía ver eso, pero si todos sus años de entrenamiento le habían enseñado algo, era gracia frente al terror. Se había hecho más alta y la túnica que vestía le prestaba autoridad y estatura.

El equilibrio de poder debería haber sido claro. Los romanos, a pesar de que representaban el imperio más grande de la historia, eran pequeños al lado de la dinastía nabatea que había reinado durante mil años y había visto a los imperios ir y venir. "Su Majestad," comenzó Ianthe. Sus ojos saltaron por un instante hacia Seth, suplicando o disculpándose, antes de decir. "Me siento honrada de servir a la diosa bajo vuestra protección."

El alivio sopló con fuerza a través de los labios de Seth, y sus rodillas estaban débiles cuando se inclinó en reverencia ante la sacerdotisa. Sin mirarla, podía sentir el miedo en los ojos de Jaida y sentir su corazón romperse mientras veía a su hermana dar sus primeros pasos vacilantes hacia otra vida.

"Nos iremos ahora," anunció Gamilath, sin escatimar siquiera un regodeo de satisfacción mientras tomaba el brazo de Seth y caminaba hacia la salida. "Que los bienes del oráculo sean enviados a mi residencia cuando esta debacle se haya resuelto."

Pero al oráculo en sí, la reina se la estaba llevando ahora. No había riesgo en esos vientos de cambio, ella se iba con moneda fuerte y condenando a los que se quedaban atrás a cuidar de sí mismos.

Por segunda vez esa tarde, Jaida vio a Seth irse, pero esta vez se llevaba a Ianthe con él.

En todos los horrores y trastornos de su vida desde la muerte de Babu, Ianthe había sido la única constante y la única alma en la que había podido confiar sin cuestionarlo. Al verla alejarse, volvió atrás el rostro y las lágrimas brotaron de sus ojos oscuros, extendió una mano para suplicar lo imposible.

Su hermana se iba. A la seguridad y el lujo, confiaba Jaida. Pero se iba y se le llevaba el corazón. Había habido demasiadas lágrimas, el pozo estaba seco. Cuando el grupo se perdió de vista y escapó por el pasillo en sombras hacia la casa principal, Jaida se volvió hacia su sofá y se dejó hundir en su suavidad.

La engreída confianza en sí mismo que Sextius había demostrado había desaparecido. Este caminaba a grandes zancadas a lo largo del balcón, maldiciendo rotundamente y pateando maceteros y

amenazando obstáculos. Agrippina había descubierto la sed, había recogido una gran jarra de vino y una copa y se había sentado a ignorar el ejército de sirvientes domésticos, temporalmente cautivos, que entraban en fila por la parte trasera del salón.

Juba se acercó más, a la deriva para no llamar la atención, y no se sentó, sino que se inclinó discretamente hacia el oído de Jaida, como si sólo quisiera compartir una afectuosa despedida. "Si sobrevive hasta que le ponga las manos encima, sabes que puedes confiar en Tamir," susurró. "Tú conoces una forma de entrar en bab al-sirr. Si estamos en lo cierto, Dawud tendrá a sus hermanas allí en la habitación segura esta noche."

Juba dio un paso atrás, con ojos suaves y femeninos, con sus pestañas espesas y la promesa de lágrimas, él mantuvo la mirada y le acarició la mejilla con un dedo. "Todos hemos hecho todo lo posible para mantenerte a salvo aquí, por Sethos, sacerdotisa. Eres muy querida para todos nosotros. Pero no dudes ni por un momento en que si lo traicionas ahora, haré que te desollen perfecta la piel de tu cuerpo." Con un solo movimiento de su mano, Juba hizo que la guardia nabatea se reuniera a su espalda, y abandonó el *triclinium* y a Jaida solos con el furioso romano y su esposa.

¿Traicionarlo? Ella nunca podría traicionarlo. Si pudiera encontrarlo, le abrazaría y rezaría para no separarse nunca de él, pero esa posibilidad parecía demasiado lejana. Todos los que se movían en este mundo sombrío de engaños tenían sus propios motivos, y ella fácilmente podía hablar imprudentemente. Sin otra mano para sostener la suya, Jaida cerró los ojos y rezó a su diosa para que la mantuviera firme y le diera todas las palabras que necesitaba. Seth era el amado de la diosa, y ella apretó con dolor los puños tratando de forzar convicción en sus palabras de súplica.

Necesitaba el ritual. Necesitaba bañarse y vestirse y el ritual de la oración. Necesitaba, sospechaba, el incienso especial de la diosa. Necesitaba, ahora más que nunca, el aporte directo de la propia Isis. ¿Qué quería la diosa?

"Venga, Agrippina, nosotros también nos vamos. No tiene sentido esperar aquí, él no tiene nada que ofrecernos y será persona non grata por la mañana."

Agrippina estaba menos inclinada a alejarse. Por todo lo que había dicho antes, parecía que Seth ya no era reconocido por su sociedad. Su dinero y su apellido habían sido suficientes para darle gracia, pero ahora el voluble mundo estaba retirando su benevolencia.

La reina tenía su oráculo y le había dado permiso a Seth para que resolviera los dilemas. Pero si sus aliados en el mundo romano se negaban a apoyar a Drusus, su dinero y su título dejarían de ser suficientes. Y, sin embargo, Agrippina se quedó, bebiendo pensativamente su copa de vino.

Jaida se puso de pie, enderezándose a pesar de que una rodilla amenazaba con doblarse, y se obligó a moverse en silencio hacia donde estaba sentada la mujer. Nunca había conocido la emoción del juego y, si así era como se sentía, no quería volver a saberlo nunca más. Aun así, se obligó a moverse, aferrándose a lo único que sabía con certeza. La diosa quería que sus hijas estuvieran a salvo.

Alargando el brazo para poner una mano fría sobre la de Agrippina, Jaida dijo en voz muy baja: "Mi hermana no es el único oráculo."

"¡Esposa!" espetó Sextius. "Nos vamos."

"Déjame en paz, Lucius. Toma, come. Bebe. Continúa y déjame hablar con mi amiga aquí un momento."

La promesa había llamado su atención al menos, y Jaida tragó y trató de sonreír. "Hay otras. Vienen de camino aquí ahora."

"¿Otras?"

Jaida asintió. "Hemos viajado un largo camino y el viaje no ha sido fácil, pero esta noche, con la bendición de la diosa, habrá cinco mujeres entrenadas en los ritos secretos de los templos aquí en Petra."

"Drusus dijo..." comenzó Agrippina, luego se detuvo cuando la sonrisa que Jaida había visto antes se extendió por su rostro. "Qué zorro." Sus ojos se movían de un lado a otro, contando posibilidades y ventajas. "¿Y puedo quedármelas?"

"Ellas son libres de elegir," dijo Jaida. “Pero ciertamente puedes

verlas. Nadie las ha visto ni sabe que están aquí. Si les ofrecieras tu guía en Roma... " Jaida pensó en las complejidades que Seth había compartido, en los gastos y peligros que existían para los sirvientes de los templos.

Agrippina era rica, las joyas brillaban en su garganta y orejas, pero no al mismo nivel que Seth o Drusus. Y Jaida se dio cuenta de que el mayor motivador de todas estas maquinaciones era el dinero. Y Drusus tenía dinero, si es que este podía protegerse. “Si un oráculo te acompañara a Roma, sería espectacular. Imagínate si otras, si las cinco eligieran seguirte." Hizo una pausa, “Aunque el coste sería enorme. Llevarlas sanas y salvas a Roma sería una pesadilla. Solo el oro de Aquila las ha mantenido a salvo hasta ahora."

Los ojos entornaron volvieron a estudiar a Jaida, buscando duplicidad y juzgando riesgos y recompensas. "¿Drusus se va a Roma?" le preguntó.

Jaida asintió. "Si es liberado. ¿Sabes?, él podría haberse llevado los oráculos con él y disfrutar de la aclamación. Imagínate, no solo una sacerdotisa de Isis, sino de Diana, Minerva, Ceres, Vesta y Venus. Él podría haber elegido. Pero tal vez ellas sean más felices ahora si viajaran bajo tu nombre. Bajo tu protección, por supuesto, pero en tu nombre."

"¿Por qué debería fiarme de ti? Puede que tú seas tan resbaladiza como el propio Drusus. Podrías desaparecer en cuanto me diera la vuelta."

"Podría jurarlo por mi vida, pero eso no vale mucho para ti. Así que lo juro por la vida de Aquila. Después de todo, eso es lo que tienes en la mano." Si Agrippina hubiera dado todo lo posible para que él viviera con ella, Jaida rezó para que hiciera todo lo posible para que él viviera.

“Creo que tendré que irme después de todo, mi marido tiene un ensayo urgente que enviar a Bostra, a su padre." En un susurro aparte, dijo: "¿Estarán aquí esta noche, dices? Regresaré entonces para encontrarme con ellas."

Jaida se obligó a respirar y se tragó las náuseas que la amenazaban.

“Mañana sería mejor. Necesitarán descansar después del viaje."

Agrippina se puso de pie, enderezando su vestido y el colgante en su cuello. "Por la vida de Aquila," siseó, y luego en voz alta. "Haré una visita a mi buen amigo, Legatus Lucullus Gallius. Asegúrate de decirle a Seth lo que estoy haciendo." Y se movió para tomar el brazo de su esposo.

Capítulo 19

Había demasiada dulzura en la despedida de Agrippina y demasiada determinación para irse. Seth consideró su posición mientras caminaba, ignorando a los silenciosos soldados romanos que lo perseguían. No le quedaba nada concreto para ofrecerle y ellos no iban a quedarse a regatear. Necesitaría otros aliados. En el triclinio, el personal de la casa se había reunido, una masa de gente de pie en silencio, esperando, la mayoría de sus rostros familiares para él.

"Coman," les exclamó al pasar junto a los pesados caballetes del banquete. Si no hubieran estado detenidos de esta manera, habrían tomado lo que necesitaban de las sobras. Estar aquí no tenía por qué cambiar ese hecho. Como una ocurrencia tardía, se volvió hacia sus guardias romanos. “Sírvanse ustedes mismos," ofreció sin mirar ni importarle si obedecían.

Un rápido escrutinio de las sombras en el vasto salón no mostró señales de Tamir. Jaida se sentaba en el sofá de Ianthe, con Zayed rígido a su lado. Ella estaba exquisita. Cómo alguien que buscara una diosa podía no verla en ella, era un misterio.

La gente de Seth se movía rápidamente hacia los caballetes ahora y comenzaba a festejar. No había evidencia de miedo a un futuro incierto, más bien una determinación de comer como si esta comida fuera la última. Cuando él llegó a la cama de día y se volvió para sentarse, gritó "Música," y Zayed se alejó para dar instrucciones.

Jaida levantó su impecable rostro hacia él, interrogando. "¿Música? ¿Quieres una fiesta ahora?"

"No. Quiero privacidad y la diversión es lo mejor que puedo esperar."

Ella sonrió y él podría haber caído al suelo a sus pies. Jaida preguntó: "¿Qué pasará después?"

"Es desearía poder decirte. No encontrarán nada incriminatorio aquí, que yo sepa. La Curia tiene todo lo importante en custodia.

Drusus abandonaba la colonia, por lo que es un candidato poco probable a la insurrección. Ishaq se ha nombrado a sí mismo en asociación directa con las sacerdotisas, y su papeleo ya estará en Bostra con el gobernador. Si es necesario, las propias chicas pueden testificar en nuestro nombre. En general, el argumento de Ishaq es endeble. Pero Drusus tiene más enemigos que amigos. Y la exoneración no vale de mucho una vez que estás muerto."

"¿Puede él salir del problema pagando?"

“Estamos poniendo cada dinar que tiene ahora. Si podemos comprar un indulto, lo haremos, si le cuesta todo. Lo que más importa es mantener el caso dentro de esta provincia. Si el fiscal lanza el peso contra nosotros, si la idea de sedición se levanta fuera de esta ciudad, estamos hundidos."

“Espero que aún tenga dinero cuando sea liberado. Lo necesitará para sobrevivir."

Seth la miró, inseguro de adónde conducían sus pensamientos. No tenía idea de con quién había estado ella hablando o qué había escuchado. Si Tamir le había llenado los oídos de veneno, quizá incluso ella podía desearle daño a Drusus. "¿Estás pensando en sus enemigos?"

“Tamir dijo que un hombre rico puede sobrevivir a la bancarrota, pero no si esta viene con un escándalo. ¿Eres tú sufciente escándalo como para arruinarlo?

¿Qué le habían dicho y quién? ¿Tamir? ¿Zayed? Improbable. ¿Agrippina? Se estremeció ante la imagen de sexo y exceso que esta amante en particular podría haber dibujado de su pasado. "No, no lo creo. Dec tiene una historia más colorida que la mía y la ha superado bastante bien. Y ahora, casi todo lo que posee es mío. Su oro está en Roma. No le queda mucho aquí para perder."

"Bien. Porque le prometí a Agrippina que él pagaría por quedarse con mis hermanas si iban con ella a Roma."

El suelo de piedra, el acantilado y mil años de construcción en la ciudad de piedra rosa se redujeron a la nada debajo de él, mientras

miraba a la mujer a su lado. "¿Que hiciste qué?"

“Agrippina iba a ir a Roma. La reina Gamilath se había apoderado del oráculo y te había prohibido venderle a su marido las licencias que él quería. Tú no tenías nada. Ellos iban a irse. Así que le hablé a Agrippina de las chicas. Que ellas iban a llegar aquí esta noche y que nadie sabía de su llegada." Ella lo miró con ojos que parecían hincharse de su rostro de puro terror por lo que había hecho. Ella era un fantasma, sin apenas aliento para formar sus palabras, y sin sangre para colorear sus mejillas o labios delicados. Solo ojos brillaban, grandes y pálidos, suplicando la absolución. "Ahora ha ido a visitar al fiscal. Su marido le escribe a su padre. Vendrá mañana para conocerlas."

Ella era inigualable. Elegante, transparentemente ingenua y sin igual en ningún plano de existencia. La pura intensidad de su miedo hizo que él quisiera reír a carcajadas y abrazarla mientras agradecía a los dioses y diosas que la hubieran traído. Lo mejor que pudo hacer fue cerrar los ojos, sostenerle el rostro con manos suaves y besar esos labios perfectos.

Cuando el vacío a su alrededor comenzó a transformarse en piedra, y su corazón reanudó un latido fracturado, la miró a los ojos y dijo: "Podrías habernos salvado a todos."

Por un momento él se concentró en respirar, luego en lo que implicaría su confesión. Apoyó la cara entre las manos, aclarando sus pensamientos. "¿Crees que considerarían ir a Roma en el servicio del templo?"

"¿Por qué no?" preguntó ella, sonriendo levemente, obteniendo confianza en él. "¿Qué opción tienen? Si se niegan, estarán solas y desamparadas en las calles. Aunque Drusus sobreviva, sin el apoyo de Agrippina, no le quedarán medios para mantenerse a sí mismo ni a ellas. Si ella acepta ayudarlo a reducir y aislar la lucha legal, él podría tener su libertad y su riqueza. Y si ellas van, pueden aprender. Pueden disfrutar del sol y observar el mundo y aprender. No somos estúpidas, ¿sabes?"

"Nunca pensé que lo fuerais." Ella no había visto a sus hermanas y no tenía idea de lo mal que las habían tratado, ni de cuántos daños

habían sufrido a manos de su captor. "Solo espero que puedas convencerlas de que tienes razón, esta vez."

Él necesitaba noticias de Juba. Necesitaba llegar a *Jabal Habees* y darle a Dec la noticia. Pero primero necesitaba saber dónde estaba Dawud.

"Señor," Zayed se inclinó para susurrar. Si los dioses se movían entre ellos, elegían corazones negros para sus piezas. Siguiendo la mirada de Zayed hacia la entrada de una sala de usos varios, Seth miró a Dawud, asintió y lo vio desaparecer en las sombras detrás de él.

Los guardias romanos estaban junto al caballete, hablando con el personal mientras apilaban bandejas con comida de lujo. Seth miró su promus. “Zayed. Asegúrate de que los guardias estén ocupados un momento."

Tomó la mano de Jaida. "Tus hermanas están aquí," susurró. “Quiero que vayas a la segunda puerta desde el final, allí. Dawud está ahí, te mostrará el camino hacia la sala segura. Jaida, no sé cómo las han tratado," advirtió. "Pero mantenlas allí, mantenlas a salvo hasta que alguien venga por vosotras. Cuando termine el registro, enviaré a alguien a buscaros. Tengo que ir a *Jabal Habees* y espero poder llevarme conmigo la decisión que ellas hayan tomado."

Él esperaba que ella se levantara, que se dirigiera hacia la puerta con sus hermanas, pero ella le apretó los dedos con más fuerza y tiró de su mano entre las suyas. "Me ofreciste una opción," susurró, inclinándose para que sus palabras se movieran sobre su mejilla. “Entre la vida que nosotras habíamos conocido en el templo o las riquezas de la vida que tú nos podrías proporcionar. Quiero decirte que la vida que ha elegido Ianthe no es la que conocíamos. Aquella vida no tenía sol ni esperanza. Pero ella tiene esas cosas, ahora, y lujo. Tú le diste esas cosas y espero que mis hermanas también las elijan. Pero yo no las elegí. Y tampoco elegí el lujo que ofreciste ni las riquezas que conlleva dar herederos a Drusus."

A Jaida le temblaban los dedos y se le quebraba la voz por la emoción. Los ojos eran oscuros y escrutadores, su respiración

entrecortada sobre los labios húmedos. Pero el silencio de su pausa se hizo tan pesado que Seth lo sintió con tanta seguridad como si cadenas de hierro estuvieran colgando sobre sus hombros.

“Quiero que lo entiendas. ¿Lo entiendes?"

Él quiso gritar "¡No!" Levantarse, apartarle la mano y gritar de frustración al cielo. No, no entendía. Eso no tenía ningún sentido. Ella no tenía otra opción, ningún lugar seguro, ninguna certeza fuera del templo o las paredes de su casa. ¿Todo lo que había pasado no le había enseñado nada? ¿Volvían a una lucha entre la libertad y la esclavitud, y el valor de la virginidad? ¿De vuelta al miedo y al prejuicio?

Fuera lo que fuese lo que ella había descubierto sobre su pasado, había dado cuerpo a su imagen de la vida aquí como una orgía continua.

Paciencia, se dijo Seth, y aplastó entre los dientes la furia que había formado tal pensamiento. Más paciencia. Un poco más. Por el momento, debía centrar sus pensamientos en Drusus y en su celda en la prisión. Después de eso, encontraría una manera de demostrarle a la encantadora sacerdotisa que podía prometerle más que oro y libertinaje.

"Entiendo," dijo él avergonzado del tono amenazante que se había elevado con las palabras. Retiró la mano rápidamente y dijo en voz más baja: "Ve. Mientras los guardias comen. Enviaré a alguien a buscaros."

Jaida huyó por la sala, resistiendo impulsos contradictorios. Una parte de ella anhelaba correr con toda la velocidad de su cuerpo hacia la puerta y el camino secreto hacia sus hermanas. La otra ansiaba dar media vuelta y regresar corriendo adonde él estaba sentado.

Ella maldeciría con la ceguera a todos los hombres y mujeres de la habitación si podía ella apartar la riqueza que ocultaba aquella piel, si podía luchar con no arrancarle estas ricas ropas y tirar el oro y las joyas y el peso de todo lo que estas representaban. Despojado, valiente y desnudo, con el toque de sus labios aún cálidos sobre los

de ella. Si pudiera volver ahora y rasgar el precioso lino blanco de su pecho, le cubriría la piel de besos y vería y conocería su cuerpo en toda su gloria desnuda.

Sus pensamientos la hicieron tropezar y ella aceleró el paso, alejándose del ardor de sus ojos en su espalda y del calor en sus mejillas.

El inmundo espía se sentaba en un pequeño taburete, llenándose la boca de hojaldre dorado, y gruñó cuando ella entró en la habitación. "Aquila dijo que me llevaras con mis hermanas," dijo, deteniéndose junto a la puerta con el ardiente deseo de quedarse allí y mirar hacia atrás.

Él no dijo nada, pero movió la cabeza para indicarle que lo siguiera, apartó una barra y ella se deslizó detrás de él. El camino hacia abajo era poco más que una empinada rampa sin luz y Jaida maldijo los zapatos finos que usaba cuando sus pies resbalaban y patinaban por la pendiente. Cayó sin gracia en la abertura de la pared hacia la penumbra del túnel de acceso. Tamir estaba esperando para ayudarla a levantarse.

"¿Los hados han sido amables, chica?" preguntó él con tristeza, sabiendo que parecía que Drusus no había renunciado a nada en esta batalla con los dioses.

"Seth tiene alguna esperanza de que podemos salvar a Drusus. Puede que cueste mucho, pero al final todo saldrá bien." No pudo evitar sentir simpatía por el viejo sirviente. "¿Qué ibas a hacer si sobrevive?"

"Ya sea que sobreviva o no, chica, no me queda nada aquí. Iré a buscar a mi familia perdida y les contaré historias de la vida que he tenido desde la última vez que los vi." Él se había alejado, arrastrando los pies por la fisura, llevándola hasta donde esperaban sus hermanas.

Las preocupaciones de Seth sobre su seguridad parecían estar bien fundadas, mientras ella miraba hacia el interior de la *tutus caverna*. Ellas estaban en harapos, sucias y miserables. Sentada contra una pared, Eshe llamó la atención de Jaida por la extraña quietud en su

postura. Estaba rígida y pálida como el alabastro. Oseye caminaba por un arco delante de ella como si estuviera atada allí y no pudiera alejarse más de medio paso.

"¡Jaida!" Rhea se abalanzó sobre su hermana y la envolvió en un cálido abrazo, riendo y sollozando en su hombro mientras las otras chicas se les unían. Estaban balbuceando, riendo y llorando histéricamente todas juntas, de modo que Jaida no podía entender nada de lo que decían.

"¿Estáis bien? ¿Estáis heridas?" Trató de retroceder y ver a cada una de sus hermanas, tocándose, abrazándose y retrocediendo hacia la calidez de sus abrazos.

"¿Dónde está Ianthe?" Preguntó Shemei manchándose la mejilla al secarse las lágrimas.

“La reina nabatea le ha brindado protección como oráculo privado a la familia real. Estuvo aquí hasta hace unos momentos. Pero sabe que estáis todas a salvo. Seth le dijo que os había encontrado a todas."

“¿Estás ilesa? ¿Estuviste a salvo aquí?"

"Sí." Jaida sintió una punzada de culpa por la amabilidad con que la habían tratado. Lailah había sido brutalizada y los labios sin sangre de Eshe estaban quietos. Oseye tampoco se había movido entre la multitud de bienvenida. “¿Y vosotras? ¿Eshe? ¿Oseye?"

"No, no estuvimos a salvo," gruñó Oseye. "Él tenía razón, no hay seguridad ahí fuera."

"La hay," Jaida se apresuró a tomar la mano de Oseye, pero cuando abrazó a su hermana, estaba rígida, fría e inflexible. Ella dio un paso atrás. “Hay seguridad y libertad. Pero tenemos que tomarnos el tiempo para aprender. No podíais saber que os íbais a encontrar de cabeza con el hombre del que estabais huyendo, pero debisteis haber escuchado. Ojaláa hubierais esperado. "

"No quiero libertad, Jaida. Quiero venganza. Quiero matar hasta que su sangre elimine algo de esta rabia. No quiero aprender a vivir

entre estos hombres. Quiero matarlos."

La simple declaración sin pasión, iluminada como estaba por los feroces fuegos de los ojos de Oseye y murmurada con los ricos tonos sedosos de su voz, era demasiado espantosa para ponerla en duda. "¿Que pasó?" Preguntó Jaida, temerosa de la respuesta.

"Jaida," Rhea se acercó y tomó la mano de su hermana, dándole la espalda a donde estaban los demás. "¿Dónde estamos ahora? ¿Cuándo podemos irnos de aquí?"

Zaliki habló, "¿Dónde podemos ir?"

Zaliki nunca dudaba. Ella era valiente y decidida. Pero sus días en manos de Ishaq le habían quitado todas las esperanzas y su confianza se había desvanecido.

"Enviarán a buscarnos. Hay una larga historia y os lo contaré todo. Estamos en los acantilados detrás de la casa de Aquila. Una vez que sea seguro, podremos salir. Y luego sois libres de tomar una decisión. Otra vez. Es la misma elección, las calles o el templo, y de nuevo, hay que hacerla a ciegas."

"¡Yo no quiero libertad, Jaida!" Oseye levantó la voz un poco, pero no lo suficiente para explicar la resonancia que parecía sacudir el aire a su alrededor. "Quiero venganza."

"Déjame explicarte," suplicó. "Déjame contarte todo lo que ha pasado y lo que está en juego. Entonces dejaré que todas toméis vuestras decisiones."

"Me dejarás, ¿verdad?" La voz de Oseye se había reducido de nuevo a un susurro peligroso.

"Sí. Y esta vez hablaré y tú te callarás y me escucharás. Esperarás y escucharás lo que necesitas saber. Y no arriesgarás la seguridad de las demás con miedo, ira y venganza. Ya he visto el precio de eso, y tú también."

Oseye se volvió para compartir el banco de Eshe. Había dicho todo lo que quería decir por el momento. Demasiado emocionada ahora para sentarse, Jaida paseaba por la estrecha habitación mientras

contaba lo que podía del tiempo desde que ellas la habían dejado. A veces, Rea intervenía con extractos de los días de miedo y oscuridad que habían conocido. Y de cosas peores.

Cuando Jaida hubo explicado lo que pudo de la precaria situación que se había presentado, y dónde dejaba eso a las hermanas, esperó a través del silencio.

"No seré el juguete de esa gente." dijo Oseye simplemente. "Ya no seré su víctima."

“Pues asume el poder para el que fuimos criadas," suplicó Jaida. “Fuimos elevadas hacia el poder, aunque Babu no lo supiera. Fuimos entrenadas en los ritos de las diosas. No seas una sirviente ni una víctima. Sé Venus, Minerva o la misma Diana. Sé la diosa para la que naciste. Oseye, esto es poder. Estos son los derechos con los que nacimos. La diosa no permitirá que los hombres escondan a sus hijas en la fría piedra y la oscuridad. Puedes elegir. Así que elige. Vete a Roma bajo el cuidado de una mujer. Y usa el poder que te han dado para controlar a los hombres que se arrodillan ante ti. Si hubieras visto lo que yo he visto en tan pocos días: las mentiras, los secretos, los juegos de poder. Puedes aprender eso, y la mujer que te llevará a Roma es excelente para aprender."

"¿Queremos volver donde hemos estado? ¿O a algo peor?" Rhea habló para apoyar a Jaida. “En las calles sin nada somos carne muerta y nada más. Oseye, no hay elección en esto."

Jaida se sintió mareada por el simple alivio. "Ya es hora de que seas importante, Oseye. Puede que esta posición no dure para siempre. Puede que al final falles o te canses de todo. Pero tendrás tiempo para encontrar otro camino. Esto no es sumisión, es poder."

Habían discutido esto antes. Las palabras, las esperanzas y los temores eran todos los mismos que el día en que Seth había hecho su oferta por primera vez. Lo que había cambiado era el tiempo y las experiencias que habían llegado a cada una de ellas. Lo que había cambiado era la confianza que Jaida había encontrado para mantenerse firme y no dejarse intimidar. Ella podía ocuparse de esta causa durante horas, durante días, durante años si fuera necesario. Pero Seth enviaría a buscarlas cuando terminaran los

registros, y ella quería darle la respuesta que necesitaba. Si el registro tardaba horas, Jaida iba a usar todas y cada una de esas hora para tratar de convencer a sus hermanas de la sabiduría de esta elección.

Y lo hizo.

Cuando Zayed finalmente entró en la sala segura, Jaida caminó rápidamente hacia él, ansiosa por seguirlo a donde esperara Sethos. "Damas," dijo él inclinándose tentativamente hacia el grupo de mujeres. "Debeis subir al ala de invitados. Los baños están disponibles y la comida y la ropa están preparadas."

El hombre se hizo a un lado, su habitual rigidez gélida aun más evidente mientras dirigía al grupo hacia la oscura fisura y hacia la guarida de Kartikeya. Tras las rocas que oscurecían la entrada, el cielo había arrojado toda la luz, y la casa estaba brillantemente iluminada cuando ellas entraron. No fue la puerta del anexo de Seth lo que tomaron, sino más adelante y hacia la galería que conducía a las alas de invitados y hasta el triclinio de arriba.

El familiar atrio, con sus orgías de azulejos y diosas desnudas, estaba abierto ante ella, iluminado por antorchas y perfumado por racimos de flores y aceites.

"Zayed." Jaida hizo una pausa mientras sus hermanas desfilaban hacia la opulenta alcoba donde varias sirvientas estaban de pie, cabezas gachas, esperando. "¿Dónde está Aquila? Dijo que enviaría a buscarme."

"Fue citado ante el tribunal de Habees."

"¿No esperó noticias de la decisión de mi hermana?"

"Me atrevo a decir que tenía preocupaciones más urgentes."

"¿Te atreves a decir?" Jaida sintió que se le erizaban los pelos del cuello. Ella no había hecho nada para ganarse el desprecio de este hombre, pero el desafío que enderezó su columna fue más de lo que pudo soportar. "¿Hace mucho que se fue? ¿Cuánto tiempo estuvimos ahí abajo, esperando?"

Lo llamaron al cuartel poco después de que tú bajaras al bab al-sirr. Os sacamos en cuanto fue posible." Se volvió, obviamente decidido a realizar tareas más importantes.

Jaida reafirmó su voz. “¿Dónde está Tamir? ¿Puedo ir a la alcoba que preparó para mi hermana y para mí anoche?"

El mayordomo ignoró la primera pregunta e inclinó la cabeza mientras respondía a la segunda. “Aquila ha pedido que las sacerdotisas se sientan cómodas. Todo lo que necesitas está aquí."

“Me gustaría hablar con él. ¿Cuándo va regresar?"

"No podría saberlo. Estos son asuntos complejos, podría estar fuera toda la noche."

"Entonces, ¿por qué has venido a buscarnos ahora? Lo esperas pronto o nos habrías dejado ahí abajo." Ella encontró esa mirada helada, su estómago se revolvió violentamente con la audacia de su postura. "Por favor, envía a alguien para que me avise tan pronto como él regrese."

Zayed asintió y se inclinó rígidamente.

Jaida lo dejó ir, con el corazón en un puño para calmar su aceleración. Seth podría venir a buscarla él mismo en cuanto pudiera. Por ahora debía ayudar a sus hermanas a bañarse, comer y vestirse. A pesar de todo lo que habían hablado, aún tenían que decidir cómo presentarse ante Agrippina. Jaida había recopilado consejos al ver a Drusus enseñar a Ianthe, y sus hermanas habían sido elegidas por el impacto que tenían como grupo. Su trabajo estaba mayormente hecho. Solo necesitaban crear una gama de oráculos, cada uno individual y cada uno indispensable para el todo. Cada uno como un aspecto de lo divino.

Y necesitaban encontrar palabras para su dolor. Independientemente de lo que ocurriera por la mañana, necesitaban saber qué les haría decir la diosa.

Seth se quedó mirando la cara llena de la luna que flotaba en el cielo. Dormir era imposible una vez más y la esperanza, aunque

aliviaba el terrible miedo de su estómago, no podía aliviar las tensiones en su carne. Apretó las manos en puños a su lado y apretó los dedos de los pies en las sábanas a sus pies.

Se sentiia aliviada. Agrippina valía su libido en oro, y su codicia por el estatus les había servido bien. Ella les había hecho ganar tiempo.

Drusus sería liberado mañana en espera de esta investigación; siempre que pudiera hacer testificar a las sacerdotisas antes de que se formalizaran los cargos y comenzaran los procedimientos. Ser un ciudadano romano adinerado tenía sus recompensas. Técnicamente, las chicas aún eran esclavas, pero la manumisión estaba a solo unos días de distancia y valía la pena tener hombres supersticiosos en el poder.

También valía la pena tener al hijo del amante de Drusus como prefecto aquí en Petra. Axius Villius Cinna, sabía que había escuchado el nombre. Él era la razón por la que Dec y Quinto se habían conocido, y si Drusus se arruinaba en un escándalo como este, los cargos de sedición también mancharían a Quinto en Roma. Y su hijo, aquí en Arabia, caería con ellos. Treinta años de servicio militar terminando en desgracia.

Se sentía aliviada. Profundamente aliviada.

Pero al otro lado del pasillo de la puerta cerrada de Seth, la alcoba de Jaida estaba abierta y vacía. Ella no había respondido a su llamada, sino que había seguido a sus hermanas hasta el ala de invitados de abajo, y todas las prendas de vestir, joyas y cosméticos habían sido despejadas de la habitación de al lado con sombría finalidad.

Una fuerte brisa se apresuró a lamer el calor de la noche del vientre y muslos de Seth y él retiró la sábana de seda hacia arriba con irritación, protegiendo los sobreexcitados nervios de su roce. El ojo de su mente observó la seda blanca volar y caer desde el cuerpo de una diosa dormida, con la luz de la luna manchando su piel dorada de plata.

¿Que queria ella? ¿Tiempo? ¿Espacio? ¿La misma Isis de pie en la cabecera de la cama dando instrucciones?

Paciencia.

Reriró la sábana y se dirigió al balcón a observar el agua en movimiento. Agarró la balaustrada con tanta fuerza que la superficie de piedra arenisca se convertía en arena bajo sus dedos. El olor a madreselva transmitía imágenes de Jaida; sus labios suaves, sus ojos oscuros de deseo, su piel desnuda a la luz de las velas.

Ella no había elegido el templo como habían hecho sus hermanas. Ella no había elegido la riqueza y el lujo que él le ofrecía. ¿Qué más había? La vasta luna no tenía respuestas. Las aguas de la fuente que reflejaba su luz también callaban sobre el asunto.

Su pie descalzo pateó con frustración la piedra tallada e instantáneamente lamentó el movimiento, cojeando de regreso a su cama, gimiendo. Tirándose de nuevo sobre el suave jergón, se tapó la cara con un cojín. ¿Qué más había?

Capítulo 21

Mientras el sol iluminaba el ala de invitados, las cosas no estaban tranquilas. Oseye no estaba menos determinada y la tensión del insomnio se mostraba claramente en sus ojos. Se movía por montones de ropa desechada, caminando sobre cualquier cosa que no sirviera a su propósito, reuniendo los artículos que mejor encajaban con la imagen que se había formado en su mente. Frustrada por la insistencia de sus hermanas en charlar durante el desayuno, continuó su búsqueda de pequeños accesorios, buscando una hoja que tuviera filo.

Su plan para Eshe era simple. Ella había elegido una tela vaporosa, teñida de rojo sangre en los bordes y desvaneciéndose a través de naranjas y dorados hasta una crema casi transparente en el centro. Con una simple túnica de lino informe, Eshe se sentaba en silencio bajo su velo, un pesado tocado de malla dorada sujeto como un sudario. Podía ver bastante bien, pero su propio rostro encantador estaría cubierto, su espíritu lleno de cicatrices protegido de los ojos de los extraños. Eso al menos le había dado algo de consuelo.

Ella misma tenía una ornada pechera de cuero adornada de un conjunto de armadura infantil atada sobre la túnica. La falda de cuero que iba con ello era más corta de lo que ella hubiera querido, y estaba segura de que elegiría otra tan pronto como fuera posible. Grebas griegas en bronce labrado le cubrían las espinillas y un casco con cresta sujetaba con fuerza su mejilla y mandíbula. Eso serviría.

Rhea rió nerviosamente entre sus heridas. Estaba emocionada y aterrorizada en igual medida, y necesitaba distanciarse de la rabia concentrada de Oseye. No podía compartir la confianza de Jaida y los últimos días la habían dejado con un pavor creciente y una ardiente necesidad de refugiarse en algún lugar seguro. Se sentía bastante segura por el momento, y hambrienta, y aliviada al ver las caras que amaba sonriéndole durante la comida.

Era menuda, eligió una túnica y una vaporosa *stola* en verde combinaba con su color, y para tapar los brazos, gavillas de trigo

nuevo a juego con las motas doradas de sus ojos.

Shemei miró a Oseye, asintiendo y accediendo tácitamente a usar un traje casi idéntico al conjunto militar que su hermana había elegido. La variación estaría en los detalles, pero el aspecto general era sólido. Su delgadez y sus pequeños pechos musculosos se adaptaban a las corazas de cuero repujado en oro, y el brillo oscuro de sus muslos bajo la túnica corta blanca y la falda de cuero negro atraería todas las miradas.

Zaliki, de entre todas las chicas, era la más exquisitamente cómoda, vestida con su propia piel dorada. Inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que la miel goteara en su boca desde un trozo de peine de cera. Aún vestía la túnica suelta que se había puesto al despertar, pero no tenía reparos en aparecer con el disfraz que se le asignara. Con un chal largo y cuentas de lino tosco en jaspeados azules y verdes marinos atado a la altura de las caderas, estaba orgullosa con sus pesados pechos desnudos, pero con un brillo nacarado de polvo cosmético. Un casquete con joyas y lazos de cuentas en el cuello bastarían para sugerir la espuma de un océano enfurecido, y ella emergería perfecta como Venus.

En un rincón de la habitación, casi desvaneciéndose en las sombras, el viejo criado que les había proporcionado sus tesoros preferidos estaba sentado solo, comiendo higos de una pequeña bandeja y sonriendo para sí mismo. Asintiendo.

***

Cuando llegó Agrippina, varias horas antes y en un estado de nerviosa agitación, no prestó atención a los modales convencionales. “Aquila, ¿dónde están estos oráculos? ¿Me las tienes? ¿Están preparadas para partir hacia la capital?" Mientras hablaba, arrinconó a Zayed, lo hizo retroceder por la sala y se sirvió un plato de rezumantes pasteles rellenos de nueces. "Si voy a ser su matrona exclusiva, quiero ver lo que obtengo."

Hizo una pausa y una joven criada que había estado corriendo tras sus pasos le sostuvo un cuenco y un paño para que remojara los dedos pegajosos. "Pero no habrá ningún problema, ¿verdad? Con los oráculos." Ella se movió detrás de Seth, desafiándolo a que no

cumpliera su trato con Jaida.

"Llegas temprano, Agrippina. ¿Tan alta estima tengo en tu agenda diaria que interrumpes mi desayuno?"

"Siempre, querido mío." Ella sonrió y hundió los labios en la mejilla de este. "No he dormido. Me di cuenta de que no había tenido tu palabra ni la de Drusus, para el caso, en ningún tipo de acuerdo vinculante. Lo sé, es una tontería por mi parte darle tan poca fe a Drusus. Pero espero que mi amiguita te haya contado nuestro plan. ¿Donde esta ella?"

“Los oráculos están aquí. No he hablado con ellas esta mañana, pero estoy seguro de que están dispuestas a ir contigo, como invitadas."

"Como mis invitadas, a expensas de Drusus."

"A la suya o a la mía, lo que prefieras."

“¿Y la compañera se ellas, Aquila? ¿Ella también es mi invitada?"

Seth no estaba seguro. "Improbable, supongo." Improbable, esperaba él. "Pero claro, ¿quién puede saber la voluntad de una diosa?" No había convicción en sus palabras y Agrippina rió. "Siéntate," ordenó él señalando a su visitante hacia un sofá. “Dec aún no ha sido liberado y Juba no está aquí. Tenemos otros asuntos esta mañana y tendrán que tener prioridad sobre sus arreglos de vacaciones. Ni siquiera sé si las sacerdotisas están listas para verte."

"¡Oh, tonterías!" Agrippina agitó una mano con desdén. "Si estás hablando de vestirlas y pintarlas, querido, eso no me preocupa. Preferiría verlas recién salidas de la cama y juzgar por mí misma el efecto que podrían tener en Roma."

Incluso sabiendo la importancia del papel que desempeñaría, Seth no pudo evitar la irritación al escuchar la forma despreocupada en que se refería a estas chicas. Se habían vuelto tan impotentes, sus vidas no eran más que fichas en un tablero cuando él había querido la libertad para todas. “No son juguetes para vestir y exhibir, ¿sabes? Son oráculos y mujeres que podrían ejercer al menos tanto poder como tu amado esposo. Y, sin embargo, son niñas. Si te

ofreces a acompañarlas, debes comprender lo seria que será tu responsabilidad hacia ellas."

“Oh, lo comprendo, querido. De verdad. Yo no lo haría de otra manera. Y tendrán su propio acompañante con ellas, ella decidirá venir. Estoy segura de que ella hará que me comporte, ¿no crees?"

La idea no atraía a Seth. Era un papel para Jaida que no había considerado. Una elección que no pensaba que ella pudiera tomar.

Juba entró en el *cenarium* mientras Agrippina paseaba impaciente. Seth se puso de pie rápidamente, tomando su mano cálidamente entre las suyas. “¿Has hablado con Decimus? ¿Está satisfecha la investigación de que puede ser liberado a salvo hoy?"

"Bueno…." Juba levantó ambas manos y se encogió de hombros.

Seth se volvió hacia Agrippina, la besó suavemente en cada mejilla y dijo: “Discúlpame. Hay cosas que debemos discutir. Conoces el camino, las chicas están en tu alcoba. Hablaremos de nuevo en breve."

Seth consideró la información que Juba había podido reunir. Ishaq había utilizado una disidencia real para desarrollar los cargos que había formulado contra Dec; pequeñas escaramuzas, sobre todo en Judea, y que por sí solas no eran más que murmullos en un estado rebelde, pero agrupadas junto con la sugerencia de un intento general de reavivar la insurrección, podrían parecer más siniestras de lo que eran.

Su única esperanza era retratar a Dec como un ciudadano de Roma leal, incluso emprendedor, y llevar las sospechas de la corte hacia el acusador. No sería difícil mostrar que los hombres involucrados serían recompensados con su acción. No había duda de que las esclavas, las sacerdotisas, fueron robadas por el propio Ishaq, y sus razones también eran evidentes.

Las acciones de los hombres bajo su mando, y bajo el mando de sus hermanos centuriones de la octava cohorte, se convertirían en un asunto de disciplina del ejército y Seth prefirió no contemplar sus destinos.

Los oficiales serían ejecutados: desollados, crucificados o quizá empalados. Pero los hombres que comandaban bien podrían ser diezmados: una décima parte de ellos sacados al azar y golpeados hasta la muerte por sus propios compatriotas.

Siempre que los cargos pudieran revertirse.

Eso dependería de las sacerdotisas y del testimonio que dieran, y del propio Ishaq y de lo desesperado estuviera. Como su padre antes que él, había decidido apostarlo todo, incluida su vida y la de sus hombres, y ya no había forma de ganar.

Puede que Ishaq destruyese a Decimus, podría hacer caer Roma sobre las cabezas de todos los comerciantes de Arabia Petraea; incluso podría enviar una nueva limpieza de sangre por Judea y Egipto, pero no había nada que él pudiera ganar. Las chicas, y el sueño de su padre para ellas, estaban lejos de su alcance. Sus fatuas acusaciones, la denuncia de robo y la muerte de los legionarios eran evidentes calumnias. Al menos su carrera militar estaba terminada.

Entonces, ¿tan desesperado se había vuelto? Seth tamborileó con los dedos. Tenía el oro de las sacerdotisas ahora, que era más de lo que había planeado tener. Pero Ishaq ahora luchaba por su vida, lo mejor que podía esperar era escapar con la piel intacta; y si realmente ya no tenía esa esperanza, si creía que se enfrentaba a la muerte y al deshonor de todos modos, ¿qué podría hacer un hombre desesperado?

"Él podría huir." Seth respondió a su propia pregunta en voz alta. “Juba, ¿tenemos a alguien vigilando el fuerte del sur? ¿Dónde están Ishaq y sus amigos ahora?"

"No, no lo he seguido. Anoche estuvo en el tribunal para presentar los cargos, con una docena de testigos entre sus hombres. Yo los dejé marchar." Juba agitó un puño con impotencia frente a su propio rostro. "Ni siquiera consideré la oportunidad." Dio una patada con un pie igualmente inútil, antes de dominarse y poner sus pensamientos en orden.

“Tengo a Dawud aquí, y un destacamento de irregulares. Necesitamos jinetes, y de los mejores que tengamos." Él frunció el

ceño. “Puede que aún estén aquí y no haya ningún problema. Pero si han decidido huir… ” Ya se estaba moviendo por el pasillo, dando órdenes a medida que avanzaba.

***

Jaida encontró a Agrippina mientras cruzaba el atrio de la casa de huéspedes, usando el cuerpo para obstaculizar el camino. "Siento tener que detenerte. Mis hermanas no están listas para ser vistas."

"¿Tus hermanas?" Miró más allá de Jaida, la tomó por los hombros y la movió lo suficiente para despejar el camino hacia los sofás. "¿Qué ha encontrado Aquila aquí?" reflexionó en voz alta. “¿Una princesa egipcia? Griega, ¿verdad?" Alta y delgada, Agrippina apoyó una rodilla en su *lectus* y se estiró, sonriendo mientras se acomodaba cómodamente. "Siéntate, siéntate." Ella sonrió. "Y dime, ¿cómo es que tienes tantas hermanas bendecidas?"

Los nervios aumentaban en forma de erupciones de sudor, picando a medida que avanzaban y Jaida intentó esbozar una pequeña sonrisa, juntando las manos con fuerza. “Mis hermanas," enderezó la espalda, echando los hombros hacia atrás, “son hijas de nuestra diosa. Hemos recorrido un largo camino juntas y ahora, si así lo deciden, seguirán adelante contigo." Un poco de terror se le escapó de la garganta cuando volvió a sonreír. “Les dije que eras una buena mujer, fuerte y capaz. Les dije que les enseñarías cosas del mundo fuera del templo."

"¿Lo hiciste? Sí, bueno, ciertamente puedo hacer eso. Pero primero... " Ella abrió las palmas de las manos y sonrió con entusiasmo. "¿Puedo verlas?"

"Sí. Sí, debes. Tan pronto como estén vestidas." Estas personas bien podrían jugar con dinero y poder, pero no iban a usar las vidas de sus hermanas como adornos en su juego. Desde el remolino de casi pánico en su cabeza, continuó. "Pero esta no es una fiesta de disfraces, señora. No hay nada que hagan mis hermanas sin propósito. Si van a hablar por la diosa, lo harán con sus vestiduras."

Agrippina asintió, al parecer de acuerdo, para tratar de mostrar paciencia.

"¿Qué pasará hoy si Drusus es liberado?" Preguntó Jaida. “¿Eso garantiza su libertad? ¿Podrá viajar contigo inmediatamente a Roma?"

Agrippina hizo una mueca y sopesó las posibilidades, consciente al menos de que había problemas que resolver antes de poder hacerse cargo de su recompensa. “Hoy lo pondrán en arresto domiciliario, estoy casi segura de eso. La sedición es el único cargo que puede mantener bajo custodia a un noble romano en cualquiera de las jurisdicciones provinciales, y hay pruebas más que suficientes para sugerir que se trata de un cargo malicioso. Pero la sedición también es el único cargo que impedirá que un romano exija su derecho a que su caso sea escuchado en Roma. A Roma no le gustan los ricos comerciantes armados en provincias distantes y disidentes como Arabia y Judea. Los gobernadores y los fiscales tampoco quieren parecer cómplices. Invariablemente optan por errar por precaución. Eso significa que Drusus aún está firmemente bajo la espada. Hoy, Lucullus vendrá a la casa. Es un hombre muy devoto, nuestro fiscal, y creo que sus hermanas, si son tan convincentes como todos esperamos, lo convencerán para que apoye a Drusus. Y estoy segura de que Sethos le ofrecerá algunos bonitos y raros obsequios de agradecimiento. Si no se conmueve, remitirá a Drusus al gobernador en Bostra. Mi suegro es un hombre devoto, pero también ambicioso. Entonces." Ella se encogió de hombros. "Haremos que los oráculos hablen de sus experiencias y le den sus consejos a Lucullus hoy, y luego todos rezaremos para que tu diosa sea realmente la madre de sus hijas."

"¿Y si sale mal?"

Agrippina volvió a encogerse de hombros. “Si sale mal, Drusus será ejecutado y todos sus bienes y propiedades confiscados. O podría morir de un accidente. Tenemos que rezar, entonces, para que el fiscal no considere a Aquila comprometido. Lamentablemente, eso es poco probable."

Jaida asintió. Era como ella temía. Pero la diosa no los había llevado tan lejos para abandonarlos a todos ahora. Sus hermanas se habían preparado y hablarían con convicción.

Y ella rezaría por todo lo que más quería.

Había otras cosas en las que ocupar la mañana de Seth y parecía estar desapareciendo demasiado rápido. Una vez más, Zayed tendría que producir un banquete digno de impresionar a los dignatarios locales. Legatus Titus Arius Lucullus Gallius era un hombre duro, famoso por su valentía en la batalla; e igualmente famoso por deleitarse con la carne fuera del campo. Se enorgullecía de ser un gourmet y nunca escatimaba.

Se necesitarían obsequios, lo bastante grandes como para atraer su buena voluntad y lo bastante sutiles como para ser simples obsequios, no sobornos.

Él habría oído, al menos a través de Agrippina, sobre la lectura del Oráculo de Isis, y esperaría que los misterios fueran igual de espectaculares cuando se representaran para él. Lo que las chicas dijeran e hicieran hoy sería la clave de su éxito o fracaso. Tenía que escuchar lo que planeaban, tal vez incluso entrenarlas como haría Dec.

Antes de que pudiera salir de la habitación, Zayed hizo una reverencia. "Señor," aplazó, inclinándose profundamente desde la puerta. “Axius Villius Cinna, *Praefectus Castrorum* de Petra y un escuadrón de sus hombres están en camino mientras hablamos. Creo que son una escolta para su patrón a su regreso."

“Gracias, Zayed. ¿Dónde las vas a poner?"

"He preparado el pequeño *cenarium*, y he encendido y perfumado los baños."

"¿Y Lucullus?"

“El triclinio. Las mujeres se han trasladado al pasillo y se están preparando para su llegada."

"Si Dec está en camino, el fiscal no se quedará muy atrás, ¿estará todo listo?"

Los ojos de Zayed proyectaron una sombra muy breve. "Sí, señor."

"¿Qué?"

"Nada que le preocupe, señor."

"¿Qué es? Ahora."

“Tamir está muerto, señor. Esta mañana comió higos envenenados con su desayuno. La joven esclava, la sacerdotisa, está molesta, pero Dama Agrippina lo tiene todo en la mano." No miró hacia arriba mientras hablaba, y no había duda de su deliberado insulto a Jaida. Seth no tenía ninguna duda de que persistiría hasta que la manumisión la convirtiera en una mujer libre.

"¿Cómo de molesta?"

"Como he dicho, la Dama lo tiene todo en la mano."

Seth se enderezó y se resignó a las costumbres de la cultura. "Tú tráeme a Dec directamente cuando llegue."

Lo que sea que Tamir sabía de las tramas se lo guardaba para él, pero se había preocupado por las chicas y por eso Seth habría perdonado casi cualquier cosa. O lo sabía de antemano, o ya no le importaba cómo el destino trataría a Drusus.

Drusus, por su parte, estaba cansado y demasiado callado para el gusto de Seth cuando llegó. Sonrió y le dio la bienvenida con bastante cordialidad, pero no lo habían llevado a su propia casa y la túnica que vestía estaba arrugada y sucia.

“¿Vas a comer, mi pater? ¿O bañarte?"

"Sí, ambos, pronto." Se sentó pesadamente en mullidos cojines. “Soy demasiado mayor para haber llegado a esto, Aya. Demasiado viejo."

Axius Villius también se sentó, pero con torpeza, en el borde de un sofá con las manos entrelazadas entre las rodillas. Estaba completamente incómodo, era un luchador con aversión a la política, y Seth no tenía forma de saber cuánto se podía decir en su presencia. Su escuadrón se posicionó fuera del estudio, fuera de la vista y de la mente por el momento.

“¿Eres libre de moverte por la ciudad? ¿Sabemos ya si estos cargos serán admitidos?"

"No y no." Axius habló en nombre de Dec, casi en tono de disculpa. "No veo una buena razón para continuar con esto," dijo, "pero no tengo que responder por la seguridad del estado." Su agitación era evidente; el impulso de caminar tensó los duros músculos de sus muslos. “No quiero tener que responder por qué mis hombres se han comportado como lo han hecho y nuestro fiscal no es un hombre tolerante con el melodrama. Prefiere la acción rápida y decisiva, y le he pedido a los dioses que hagan una pausa para considerar todas sus decisiones con mucho cuidado hoy."

"Tenemos a los dioses con nosotros aquí, hoy." Dec sonrió, y solo una profunda familiaridad reveló algún cinismo en sus palabras.

¿Están tus centuriones bajo custodia? Si se ha demostrado que han presentado cargos falsos de robo y se sabe que se han robado a sí mismos, ¿pueden ser retenidos?" Seth se inclinó hacia la pregunta e instó al prefecto a que le asegurara que Ishaq estaba bajo vigilancia en algún lugar de la ciudad.

"No. No fueron encontrados con las mujeres, y hasta que el cargo se pueda presentar formalmente, solo tienes la palabra de esclavos y la palabra de un traidor acusado."

“Esos esclavos son los oráculos que hoy hablarán para el fiscal. Y sus documentos de manumisión se enviaron por adelantado a Bostra días antes de que se presentaran cargos contra Drusus."

"Si y cuando se presenten formalmente cargos contra mis hombres, actuaré sobre ellos." Su tono era menos de disculpa y más de amenaza.

No tenía sentido enemistarse con ninguno de los jugadores en este juego, y Seth dejó ahí las preguntas, volviéndose hacia Dec. “Baja a los baños, Pater. Habrá comida, pero límpiate y será más fácil afrontar lo que venga después."

***

Agrippina tomó la mano del fiscal cuando pasó junto a Seth y entró en el triclinio. El incienso anegaba la habitación tan densamente que picaba la garganta, pero servía para atenuar el brillo del cálido

sol de la mañana y realzar la atmósfera.

"Titus, mi querido amigo, estoy muy contenta de que pudieras hacer tiempo para nosotros con tan breve aviso." La voz de ella era almibarada, y los ojos del fiscal brillaron con una luz cercana a la adoración mientras el tocó con los labios el dorso de sus dedos.

"Mi señora, ¿cómo podría hacer otra cosa?" Se enfrentó a Seth directamente, con frialdad. “Si la palabra que oí dada por los oráculos en esta casa es cierta, tienes grandes expectativas, pero todos sabemos que hay un abismo entre las palabras de una diosa y las cavilaciones de un grupo de esclavas ansiosas por salvar a su amo."

Sus palabras sugerían amenazas y recriminaciones, pero parecieron divertir a Agrippina. "Oh, ahora sabes que te habría invitado a la primera lectura del oráculo, pero ¿cómo pude haber adivinado que alguien tan intrascendente como Decimus Asinius Drusus habría encontrado una criatura tan rara?" Ella lo había tomado del brazo y dirigía una marcha hacia el centro del pasillo. "Y nadie podría haber adivinado lo que él no mostró en la primera lectura, pero aquí estás, exclusivamente, para verlo por ti mismo."

No por primera vez, Seth sonrió ante la elegante facilidad con la que esta matrona manipulaba a los hombres de poder. Cualquier cosa que ella hacía, la hacía sin esfuerzo.

“Una vez que vea y oigas a estas sacerdotisas, sabrás quién sacaba mejor provecho. Aquí, siéntate conmigo." Se sentó y luego se reclinó con gracia en un sofá, palmeando el espacio frente a sus caderas.

Si alguien en el imperio podía inclinar a Titus Arius hacia una comprensiva audiencia, era esta mujer, y Seth se sentó en un sofá más atrás del estrado, con Dec tendido rígido a su derecha, solo y expuesto. No tenía más consuelo que ofrecer a su padre, y solo una confianza en Jaida y su predicción reservada para él. Y él no podía verla.

No había dulzura de hachís en el incienso que los rodeaba. Jaida había optado por renunciar a las mezclas especiales de las diosas y solo incienso perfumaba el aire. También había renunciado al altar,

utilizando los paneles de cedro con incrustaciones para formar un tosco semicírculo detrás de las chicas, como las alas de un escenario, enfocando los ojos de los espectadores en las estrellas del espectáculo. Las chicas no necesitaban más aumento que la carne que los dioses les habían dado.

Si Babu hubiera vivido para verlo, no podría haber estado menos que asombrado por el cumplimiento de su sueño.

Bajo su velo, el rostro pálido de Eshe era visible; la luz de la llama de Vesta ante ella provocaba movimientos y sombras que danzaban como espectros en su rostro. A todos los efectos, los observadores podrían haber jurado que una brisa errante la alejaría de ellos y la llevaría de vuelta al éter humeante.

A su lado, de pie en actitud protectora, Oseye se convirtió en Diana, con su espada desenvainada y lista para la sangre. Los fuegos de Apolo ardían en sus ojos oscuros, como si su gemelo hubiera cedido su derecho de nacimiento a la hermana que adoraba. La placa en la mejilla y la protección de la frente de su casco ocultaban todo menos el calor de su mirada, y la determinación o la impaciencia reafirmaban los largos músculos de sus muslos.

Igual de triste pero más relajada, Shemai se reclinó en un sofá oscuro como la sangre, su armadura griega más sugerente de Atenea que de su tocaya Minerva. Encaramado sobre ella, con los ojos muy abiertos y alerta a cada movimiento, un búho faraón gris exploraba la audiencia en busca de cualquier señal de amenaza. Cuando Diana se acercó, este agitó sus alas con repentina alarma.

"Hombres de Roma," la voz de Diana era tan rica y resonante como siempre; silenciosa, pero demandando la atención de todos los oyentes en la sala. "¿Qué es lo que has venido a escuchar?"

Sonriendo condescendientemente, Lucullus se volvió hacia Agrippina. "Vaya mierda de adivina..."

"Silencio." Oseye no levantó la voz. “Esa no era una pregunta. Si has venido aquí para divertirte, has sido engañado. Las palabras de la diosa son claras y exigen sangre. ¿Te apoyas en tu autoridad para actuar o te sientas a la espera del teatro de luces?"

La sonrisa había desaparecido y él entornó los ojos, pero Lúculo era lo bastante devoto como para aguantar un insulto, incluso de una esclava, mientras tenía la esperanza de que realmente pudiera venir de los dioses. Lenta y silenciosamente asintió, reconociendo el derecho de la mujer a hablar, dispuesto por el momento a suspender sus dudas.

“Primero puedo decirte que conoces la verdad de este asunto; y que los centuriones Ishaq y Basim han presentado cargos falsos contra este hombre." Ella levantó su espada para indicar a Drusus. "Sabes la verdad de este asunto, pero te conviene fingir lo contrario."

Agrippina se movió incómoda y miró a Sethos. Él estaba en silencio con la cabeza agachada.

“Se adapta a tu propósito proteger a los hombres que han golpeado, violado y asesinado a las hijas de la diosa. Crees que estás a salvo y que César recompensará la apariencia de vigilancia. Pero te lo aseguro, yo me volveré contra ti y contra tu línea familiar. Yo te aniquilaré. Yo mataré a tus descendientes en sus lechos. Yo arrasaré a tus padres y a tus hijos hasta que no haya memoria de ellos en el mundo. Yo buscaré a los hombres que cometieron estos crímenes y aplastaré sus vidas. Yo encontraré a los hombres que les apoyaron y estuvieron con ellos, y su sangre acabará en mis manos. La gente hablará en susurros, diciendo «Los dioses se vengaron», pero nadie mencionará sus nombres. Porque Yo caeré sobre esta ciudad y sus hombres como una tormenta de viento y fuego, y no habrá refugio contra mi ira."

El fuego con el que ella amenazaba ardía en rojo en sus ojos, y la silenciosa magnificencia de su discurso dejó un silencio a su paso, con cada oído esforzándose por oír las advertencias que ella iba a dar.

Lucullus parecía incómodo, pero a Seth le parecía tan probable que se burlara de la rabia de Oseye como que aceptara su revelación divina. Seth no tenía ninguna duda de que ella era capaz de cumplir cada palabra. Ella estaba llena de rabia, una rabia que él entendía demasiado bien, una rabia contra la frustración y la injusticia y la absoluta indiferencia de quienes tienen el poder.

Eshe susurró solo una palabra, haciéndose eco de su hermana y su diosa. "Fuego." Y en el silencio de la anticipación, aquello transportaba la fuerza de un mandamiento.

"Te traemos la elección." Shemai rodó hacia adelante, sin abandonar su sofá, sino inclinándose, sosteniendo una granada hacia el fiscal. Su voz no tenía la fuerza ni certeza de la de Oseye, y su ansiedad estaba claramente escrita en sus ojos y labios, pero ella mantenía firme la ofrenda de Minerva. “Toma el fruto bendito si quieres. Su jugo fluirá como sangre, si ese es tu juicio."

"O toma el mío." Zaliki salió de las sombras humeantes, con otra granada en la mano derecha, la mano izquierda cubría su propio generoso seno. “Y acepta la vida, la alegría y la abundancia."

Si Titus Arius Lucullus Gallius era un soldado, un hombre para quien la sangre fría y la guerra eran fascinantes, también era un hombre de lujuriosa carne, para quien la sangre caliente y la pasión eran igualmente bien recibidas.

El hombre no salivaba, pero se rozaba los labios carnosos con la lengua más de una vez en los momentos en que estudiaba la forma de Venus. Esa faja atada a las caderas bajaba lo suficiente para mostrar su suave y afeitado *mons veneris*, la encantadora almohada de su vientre justo encima. La fruta, a pesar de su brillante escarlata y oro, con el jugo que goteaba sobre la mano pálida que la sostenía, no tenía encanto al lado de la carne color crema que ella ofrecía.

No sangre ni muerte, sino leche, tibia y dulce en la lengua. Esa piel brillaba a la danzante luz de la llama de Vesta y una sonrisa oscura tocaba esos labios y ojos. En la simetría de aquel rostro y la suave plenitud de su cuerpo, Lucullus podía imaginarse rindiéndose a todos los placeres carnales. Ella era deseo, así como la guerrera de la luna a su lado era la muerte, y él preferiría que el espectáculo se centrara más en Venus. Cuando su pequeña hermana se coló entre la diosa y el fiscal, él movió la cabeza imitando al búho, tratando de despejar la vista.

Pero Rhea habló por Ceres claramente, su mirada directa exigiendo la de él, y siendo recompensada. "¿Te arriesgarías a la ira de las diosas vírgenes en nombre de un anhelo que nunca podrás

cumplir?"

Ella estaba sonriendo, un rizo amenazante en la suave piel del labio. "¿Arriesgarías la prosperidad y la abundancia?" Tiró sus gavillas de grano y caminó sobre ellas para tomar la granada de los dedos de Venus. "¿Concederán tu orgullo y arrogancia nuestras bendiciones, o las de César, si ignoras las advertencias de nuestras hermanas?" Retorciendo bruscamente la fruta, la abrió y se la tendió a la audiencia, moviéndose mientras lo hacía hacia Decimus.

“Solo nosotras podemos ofrecerte la vida. Solo con nuestra palabra puede esta ser sustentada."

"O podemos quitártela." se burló Oseye.

Seth miró a Lucullus. Las sacerdotisas iban demasiado lejos; él podía leer la irritación en el rostro del fiscal, y era difícil observar en silencio cómo las palabras y acciones más allá de su control impactaban su vida.

Debería haber reservado tiempo. Debería haberles dado declaraciones cuidadosamente redactadas. Se frotó los dedos tensos sobre el sudor y la barba incipiente del labio superior y maldijo su falta de preparación. Sus actitudes podían marcar la diferencia entre la vida y la muerte para Dec. Ahora no podía hacer nada más que esperar en silencio e intentar defenderse de lo que surgiera.

Oseye le dio la espalda y caminó hacia el arco lleno de humo del escenario, pero Rhea llevó su fruta sagrada a donde yacía Seth, entregándole la mitad con una sonrisa. La segunda mitad se la tendió a Decimus, inclinándose levemente mientras él aceptaba con cautela el fruto de su mano.

Seth miró fijamente las bolas de rubí, apretadas bajo la capa de jugo.

Cuando Seth volvió a mirar a Titus Arius, Oseye estaba frente a él con una sonrisa que era más una burla amenazadora mientras sostenía la fruta de Shemai para que el fiscal la aceptara.

La irritación desapareció de los rasgos del hombre, y el nerviosismo

que disparó sus ojos desde la guerrera y su espada tan cerca de él, hasta Sethos y de vuelta a la fruta, hablaba de un creciente pavor supersticioso. Su garganta se movía convulsivamente bajo la carga de la barbilla, y su mano estaba lejos de ser firme cuando extendió el brazo.

Antes de que sus dedos tocaran la fruta sagrada, Oseye bajó la hoja de su espada lenta pero firmemente a través de la carne del fruto. Las mitades se abrieron y, entre los granos rotos de zumo había una pequeña cornalina roja.

El Nudo de Isis. El amuleto estaba profundamente enterrado en la carne y Lúculo apartó la mano del regalo con la velocidad de la repulsión. Mojado con jugo, el amuleto mágico parecía estar formado de la misma sangre, y el miedo del fiscal cristalizó en acción. Deslizándose de lado para alejarse de la diosa, se puso en pie, colocando rápidamente el *lectus*, y a Agrippina sobre él, entre él y la espada.

Carcajadas comenzaron silenciosamente en la boca de Oseye, pero ella nunca había necesitado volumen para dejar claro su mensaje. “La diosa quiere que sus hijas estén a salvo, señor de Roma. ¿Quieres hacer lo que ella desea o quieres morir en tu arrogancia?"

Aún riendo en silencio, ella le dio la espalda a su audiencia y regresó al escenario.

Capítulo 21

En el aire limpio del *cenarium*, Agrippina apoyó un brazo reconfortante sobre los hombros del hombre que yacía frente a ella. La angustia se estaba convirtiendo en agitación ahora que había una distancia segura entre él y la esclava, agitación que amenazaba con convertirse en resentimiento y violencia.

"Un truco estúpido, un accesorio encajado en fruta fresca por mujeres desesperadas por sorprenderne." Aunque se estiró en el sofá, el admirador de Agrippina no mostraba indicios de relajación. Metió un trozo de carne asada en una salsera, salpicando salsa por la mesa. Si la lectura le hubiera hecho sentirse ridículo, el mejor remedio sería la sangre. Esa sangre bien podría incluir a las sacerdotisas de Agrippina, y ella consideró que bien valía la pena luchar por salvarlas.

"Hmmm," ella le pasó por las sienes los dedos fríos entre el cabello mientras él se metía la carne en la boca. "Aunque es difícil ver qué podrían ganar ellas, Titus. Para que los esclavos hablen con tanta valentía... " Torciendo sus largas piernas hacia abajo y volviéndose para sentarse, se arriesgó a echar una breve mirada desesperada a Seth, luego se puso en pie para caminar hacia la mesa frente a donde él yacía. "Hubo tanto derramamiento de sangre en los levantamientos de Judea y, aunque había restaurado la paz y ejecutado a los rebeldes, el gobernador Quietus fue asesinado por César debido a los problemas que causaba. Creo que hay una lección que aprender en ello."

El prefecto, Axius Villius Cinna, se mecía inquieto en el borde del sofá, sin unirse a la fiesta y sin comentar sobre la lectura.

Drusus también permaneció en silencio. Su vida, su riqueza y su reputación estaban atrapadas entre las creencias y prejuicios de este hombre, y podría ser salvado o condenado en un impulso.

Seth trató de apoyar a Agrippina, con la esperanza de mover la balanza de su miedo de la superstición de pánico que lo instaba a matar a los mensajeros, a la amenaza más concreta de un César que

toleraba tan poco a los aliados populares como a los súbditos cascarrabias. "Es cierto," dijo él. “Hadrian no se arriesgará a otra rebelión. Trajo hombres de los rincones más lejanos de Roma para repoblar estas colonias y no me gustaría ser el hombre responsable de derramar toda esa nueva sangre romana. Él mismo fue Fiscal de Siria hace solo tres años, sabe lo rápido que puede surgir una idea aquí y hará llover fuego sobre todas las provincias del sur si oye algún indicio de malestar."

"¡Por supuesto que dirías eso!" Lucullus se volvió repentinamente furioso sobre Seth. "Tú mantienes a estas Trivias y diriges sus declaraciones."

Sethos abrió la mano y le mostró el pequeño amuleto rojo de Oseye yaciendo en la palma. “Esto no es más que un trozo de piedra, Lucullus. Una baratija para su diosa, Isis. No tiene ninguna inscripción, no hay maldición. Se lidia bastante fácil con esto." Descuidadamente, Seth tiró el amuleto por encima del hombro. Una nota vítrea sonó hueca cuando la gema golpeó la piedra lisa de la pared y rebotó, resbalando por las baldosas para descansar junto al pie de Agrippina.

"¡Ah!" Lucullus se sentó erguido, su rostro se oscureció rápidamente de rabia. Lo que había comido de su comida se estaba endureciendo hasta convertirse en un bulto que le quemaba la garganta y le incomodaba la respiración. "Has tenido suficiente tiempo para entrenar a estas esclavas para que digan cualquier mentira que elijas, y yo sería tonto si creyera que harías lo contrario. Pero tenías otra chica aquí, un oráculo probado, respaldado por la propia reina. No sé qué entender de esto, y me parece que hay demasiadas amenazas en el aire de esta casa. Yo mismo iré al Oráculo de Isis. Ahora. Hablaré con ella a solas, y luego, solo si ella me da la seguridad de la gran diosa misma, consideraré las palabras de estas esclavas." Se golpeó el pecho, gruñendo en un intento de quitar la quemadura. "Drusus, ningún noble que haya conocido había tenido un peligro tan grande en su piel. Si esto ha sido un truco, tanto si descubro que has estado conspirando contra el estado como si no, haré que te comas tus propias pelotas." Se volvió hacia Seth. "Y a ti con él."

El Fiscal de Petraea Arabia se estaba moviendo ahora con violento

propósito hacia la puerta, y el personal y los sirvientes se precipitaron sobre las baldosas en un intento de anticipar sus necesidades antes de que su ira cayera sobre ellos.

En el silencio que quedó, Seth se presionó con fuerza el rostro con la manos y escuchó su propia respiración. Cuando se hubo quitado de los ojos todo el estrés que pudo, miró a Drusus y luego a Agrippina. "¿Dónde está Jaida?"

En el ala de invitados, Jaida se arrodillaba junto al jergón de Tamir, descansando la frente en el antebrazo de este, esa mano fría entre las de ella. En silencio, ella se movió entre sus oraciones. Años de prácticada meditación mantenían su mente en un trance tranquilo y constante, mientras ella se abría paso a través de la letanía de peticiones. Le había rezado a Isis, la madre de todos, para mantener a salvo todo lo que Seth amaba. Había recitado cada adoración e invocación a las tres diosas vírgenes, suplicando su favor y dirigiendo su indignación hacia los enemigos de Drusus.

Le había prometido sacrificios a Ceres y dedicaciones completas cuando comenzaran los meses oscuros. Y había abierto su corazón y su alma ante Venus: Isis como amante. Hermana esposa y amante. Isis, quien la había visto tomar estas dolorosas decisiones, todo para que sus hermanas pudieran estar a salvo. Isis, quien había elegido a Sethos y quien lo amaba tanto como ella.

Le dolían las rodillas contra las frías baldosas del suelo y, en sus manos, los desgastados dedos de Tamir se pusieron rígidos, regresando su agarre. Ella le llamó para que la recordara mientras viajaba al otro mundo; esperaba con él, para ser su consuelo hasta que encontrara a su familia perdida. Rezó para que llevara su caso ante los dioses, dondequiera que viajara, para que sus hermanas pudieran salvarse de la esclavitud y la muerte. Si bien odiaba a Drusus, Tamir había amado a las chicas. Quizá cuando le devolviera todo lo que amaba, vería la inutilidad de la venganza y diría lo que pudiera en defensa de las sacerdotisas.

***

Ianthe yacía en un sofá con adornos dorados, mirando el agua caer en su *nymphaem* privada, aquí dentro de las paredes de su propio

conjunto de habitaciones. Más allá de los baños de mármol y la fuente, su cama descansaba sobre un piso elevado, con cortinas con piedras preciosas y montones de cojines de seda. Las amplias habitaciones estaban planificadas como abiertas, con luz que caía sobre todas las superficies desde el amplio balcón oriental.

Había pedido a la legión de sirvientes que abandonaran su alcoba, incapaz de soportar su silenciosa sumisión, y yacía sola en la luz y las riquezas, rogando al destino por una única oportunidad de ver a sus hermanas. Desde algún lugar debajo de su patio, la risa y el parloteo de los niños creaban una música en el aire que rompía el corazón.

Sus pesadas puertas se movieron hacia adentro, sorprendiéndola de sus lamentos.

"¡Oráculo!" El wazir de la reina entró haciendo una profunda reverencia mientras cruzaba la sala, una ola de sirvientes inundaba su estela. “Su graciosa majestad requiere audiencia. El asunto es urgente."

Ianthe se puso de pie. Iba descalza, el cabello caía en sueltas trenzas y solo vestía una ligera camisa de lino.

Siguiendo sus ojos hacia abajo sobre su ropa, el wazir dijo rápidamente, “Permítanme sugerir una palla pesada y un velo. Puede ponerse unas sandalias, pero sus chicas no tendrán tiempo para peinarse o maquillarse."

Ella asintió, agradecida por la dirección clara, y trotó por el suelo hacia sus bastidores de ropa. Se envolvió rápidamente con un damasco azul de medianoche sobre un hombro y debajo del otro, mientras un sirviente levantaba un vaporoso velo encima de su cabello.

“Se están gestando algunos problemas. El fiscal romano ha llegado sin ser invitado y ha pedido audiencia. Dado que nuestra reina no ha objetado, creo que debe ser un asunto de gran importancia. Lo poco que he oído planteaba la cuestión de que teníais hermanas. Se menciona la lectura de maldiciones, y todo tiene que ver con Decimus Asinius Drusus."

Las sandalias eran de tacón bajo y solo tomó un momento. “¿Escuchaste cuál fue la maldición? ¿O de quién? ¿Está furiosa la reina?"

"No. Rápido, rápido. No, la reina parece muy tranquila, pero el fiscal no. Quizá sea él quien está maldito. ¿Quiénes son estas hermanas a las que teme?"

Los ojos de Ianthe estaban muy abiertos por la confusión, y se colocó varias bandas de oro sobre la muñeca mientras se las entregaban. "Mis hermanas. La sacerdotisas. ¿Cómo voy yo a saber lo que dijeron o hicieron?" Se colgaron largos hilos de cuentas de ámbar sobre los hombros, se enrollaron y colgaron de nuevo, y ella trató de quitarse el velo de debajo de su peso enredado. “Decimus Asinius fue el hombre que nos liberó a todas. Fue acusado de sedición cuando yo abandoné la casa con nuestra reina."

"Sí. Sí, bueno. Eso es todo lo que podemos saber, supongo." Él retrocedió, inspeccionando el oráculo, asegurándose de que la reina estaría complacida con su conjunto. "Más," dijo rápidamente, y le colgaron pesados pendientes de oro en las orejas, cada uno con un amuleto de cornalina, un pectoral de plata con abundantes abalorios atado sobre el pecho, y ella tomó su corto cetro de oro. Buscando la aprobación que vino con un brusco asentimiento, el Oráculo de Isis levantó el peso de su atuendo mientras salía por la puerta con una indecorosa prisa.

En la antesala se detuvo para recobrar su dignidad, fue anunciada y caminó lenta y sobriamente hasta quedar ante el monarca de Petraea. Ella no habló, solo asintió muy lentamente hacia la reina Gamilath, una pequeña reverencia, se movió tranquilamente hasta un sofá y se sentó erguida.

Lucullus estaba agitado, e Ianthe estudió su desconcierto en busca de alguna pista que pudiera aprovechar. El hombre tenía los ojos estaban muy abiertos, entornándose ferozmente mientras se inclinaba cerca de ella y examinaba su presentación, luego se inclinó y retrocedió para sentarse torpemente en un sofá. Detrás de ellos se cerraron las puertas y se bajaron las contraventanas, por lo que la habitación se oscureció casi de inmediato.

“Oráculo,” dijo Gamilath solemnemente. “Nuestro fiscal representa a Roma hoy y me trae la palabra de muerte y fuego para toda nuestra provincia. Se han leído maldiciones en nombre de Diana y sus vírgenes consortes. ¿Conoces tú a estos oráculos?"

El aire se había vuelto demasiado denso para respirar, e Ianthe escondió el temblor de sus manos en las resmas de rígida tela azul. "Si la palabra ha llegado a través de Sethos Asinius Drusus Aquila y la gente de su casa, entonces, sí, conozco estos oráculos."

“Entonces habla por tu diosa, si puedes. Dime por qué las diosas han amenazado nuestro hogar. ¿Por qué Isis se ha convertido, en un día, de madre y protectora en portadora de la muerte?"

Ianthe no lo sabía. Tenía la boca seca, le temblaban rodillas bajo la túnica, y ella buscó inspiración en los rincones oscuros de la habitación. Sabía que Drusus había sido acusado de sedición. Lo único que sabía de sus hermanas era que Sethos las había traído a casa. Y sabía que Jaida lo había elegido…. "La diosa está enojada, mi señora."

“Enojada,” la reina se estaba acercando, su volumen aumentaba mientras respiraba aire. “No estaba enojada ayer y no se ha dicho ni hecho nada que le cause gran preocupación. ¿Qué defecto ha encontrado en mi reino?"

Tragando, Ianthe repitió el mantra silencioso que las había liberado de las sombras. “La diosa está enojada porque sus hijas estaban llorando. Mis hermanas fueron robadas por crueles hombres que solo querían sacar provecho de sus dones y su visión. Ella eligió a Sethos Asinius para sacarlas a la luz y ahora esos hombres quieren destruirlo." No había forma de saber qué no debía decir. No había ninguna dirección en las preguntas de la reina que le diera más pistas sobre las amenazas o la maldición.

Al tratar de respirar más profundamente, Ianthe echó los hombros hacia atrás y el pesado cetro se le resbaló de los temblorosos dedos. Observó con horror cómo el pesado módulo de la parte superior se agrietaba contra las baldosas a sus pies, haciendo pedazos el marfil de la sujeción y liberando la esfera dorada, la cual rodó en ángulo extraño hacia Lúculo.

El gemido de vergüenza de Iathe fue ahogado por los gritos del fiscal al saltar de su asiento y apartar de una patada la granada dorada. Él estaba temblando, con el rostro gris en las sombras y los ojos muy abiertos. La boca había formado un arco babeante de absoluto terror y él cayó de rodillas, suplicando, “¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Cómo muestro mi elección?" Su lloriqueo hizo que Ianthe se sintiera incómoda, su primer impulso fue tomarle del brazo y hacer que se pusiera de pie. Pero estaba perdida en una ciega confusión. Su propio terror la tenía congelaba en el sitio mientras ella trataba de encontrar algo que decir, cualquier cosa.

"Ordenaré que haya azotes," prometió él crípticamente y el miedo en Ianthe se acercó al pánico. “Que haya muerte. Ahora. Hoy."

"No." Casi gritó ella. Necesitaba saber a quién pretendía azotar. "Aún no." Luchando contra el aumento de las lágrimas histéricas, dijo: “Debes darle tu respuesta a Diana. Debes preguntarle su voluntad en esto. Ella es quien debe nombrar el precio que has de pagar."

"No puedo," se quejó él, perdido del mundo que lo rodeaba, ignorando cuán profundamente se había descarrilado. "No puedo enfrentarla, no cuando la rechacé y dudé de su palabra. Ella me borrará de la tierra."

"Debes." Ella no tenía otro camino a seguir, y la luz de la inspiración llenó su mente con la repentina claridad de las campanillas de cristal. "Yo te acompañaré." Lanzó una mirada esperanzada a la reina. "Si nuestra majestad lo permite."

El miedo aún se movía en fuertes temblores en el cuello y hombros del fiscal, pero la pequeña esperanza pareció ayudarlo a dominarse. Asintiendo, tragando, miró a su alrededor, descubriendo que estaba de rodillas, y se levantó con todo el decoro que la euforia le permitió.

***

"Tus esclavas te han condenado, Aquila." Axius Villius Cinna habló en voz baja, pero su rostro estaba surcado por la tristeza y la incredulidad. "Drusus. Mi padre también. Todos los años he

trabajado y sangrado para labrarme un lugar. Desaparecido." En la puerta, su *contubernium* permanecía en perpetua posición de firmes, escuchando deliberadamente y no viendo nada de lo que pasaba a su alrededor.

Seth se había levantado y caminaba, ansioso por pasar al ala de invitados. Ahora estaban atrapados en el torrente de eventos que ya no podían controlar, y él quería esperar la muerte o la liberación donde pudiera ver a su sacerdotisa. Independientemente de las opciones que ella hubiera imaginado para sí misma, si Lucullus regresaba hoy con una guardia y una orden judicial, ni él ni su padre ni ningún esclavo de su casa tendrían elección sobre sus propios futuros.

Él quería verla. Explicarse. Pero el prefecto estaba consumido por las implicaciones para sí mismo, y quería echar la culpa ante Seth y Decimus.

Agrippina estaba viendo cómo se le escapaba la oportunidad de ser una celebridad, y aprovechó la oportunidad para excusarse para ir en busca de sus oráculos mientras aún pudieran ser suyas. Si Decimus era acusado hoy, ella argumentaría que las chicas estaban cerca de la manumisión. Aunque, en el peor de los casos, Aquila cayera junto a su padre, ella encontraría el dinero por su cuenta para llevarse su premio a la capital. Se mordió la uña mientras trotaba hacia el triclinio. Si ocurría lo peor, siempre podía subastar discretamente los favores de alguna de sus adorables vírgenes.

"Aún no tenemos una decisión, Axius. Esperemos la audiencia antes de saltar el uno sobre el otro." Seth ofreció una sonrisa tensa. “Eres un hombre piadoso; ya has oído la advertencia. ¿No estás dispuesto a dar algo de confianza a los dioses que pides? Puede que aún lo tengan todo bajo control."

“Yo no soy Lucullus. Él es un general, un veterano de mil sangrientas batallas, y no es un hombre que se pueda amenazar. No, volverá pronto y no puede hacer nada más que encontrar culpable a Drusus. Cualquier otro camino lo hará quedar como un insensato."

Zayed se acercó silenciosamente a su amo, inclinándose para susurrar. Seth puso una mano sobre el hombro del promus y sonrió.

"Gracias. Bueno, no tendremos que esperar mucho. La reina y su séquito, el fiscal y el Oráculo de Isis están en camino hacia aquí mientras hablamos." Se volvió hacia el promus. "¿El triclinio?"

Zayed asintió.

"Caballeros." Seth dirigió a sus invitados hacia la galería, tomando el brazo de Dec en el suyo mientras ambos comenzaban lo que podría ser su último paseo juntos.

Mientras jugaban a ponerse cómodos y se preparaban para esperar, el ruido de las voces elevadas y los cuerpos que se empujaban llegaba más rápido que el de los pies corriendo. Zayed irrumpió en el comedor, pero lo hizo lo suficiente para girar y caer de rodillas y rostro cuando la reina nabatea entró con una ola de esclavos, funcionarios y musculosos guardias. Detrás de ella, aunque la propia reina caminaba, una pequeña y ricamente decorada *lectica* fue introducida y colocada en el suelo.

Lúculo entró más sedadamente, escudriñando la habitación en busca de los rostros de los oráculos y palideciendo al encontrarlos.

"¡Aquila!" La reina no estaba de humor para cortesías. "Hay una amenaza para mi tierra y mi pueblo y está surgiendo a tu alrededor."

Seth estaba de pie, inclinándose profundamente ante la reina. Decimus ocupó un lugar unos pasos detrás de su hijo, inclinándose con la misma gravedad, pero era difícil saber qué podía decir alguien. La gran dama estaba alborotada y su rabia podía apuntar a cualquier parte.

"¿Qué es esto?" Detrás de la malla dorada de su velo, sus ojos eran feroces. Un dedo largo apuntó a las chicas y los hombres se agacharon bajo el poder de su demanda.

Desde donde estaba sentada al lado de Eshe, en un exuberante diván en el centro del salón, Oseye se puso de pie y respondió: "Una advertencia."

"¿Una advertencia?" Repitió Gamilath con incredulidad. "¿Una

advertencia?"

Oseye asintió, acercándose unos pasos mientras hablaba, su mirada fija se encontró con la de la reina sin parpadear. “Este hombre," su espada seleccionó al prefecto romano, y Axius se enderezó, “y este hombre, Lúculo, han protegido a los romanos que torturaron a mis hermanas. Ahora hemos salido a la luz con el poder de las diosas para exigir justicia."

Luchando entre las cortinas de su *lectica*, Ianthe se puso de pie, avanzando rápidamente hacia el debate, diciendo: “Majestad, estas son las hermanas que me robaron. Ellos también son sacerdotisas, oráculos nacidas y criadas. Aquila les ha dado la oportunidad de hablar por las diosas," escaneando los atuendos de su hermana, luchando contra las lágrimas mientras miraba a cada rostro adorable, enumeró: "Diana, Vesta y Minerva. Ceres y Venus. Las muchas caras de nuestra diosa, Isis."

"No me hablaron de diez oráculos, o veinte."

“Las creíamos muertas, majestad. Asesinadas. Pero la diosa eligió a este hombre para liberarlas y devolverlas a la luz." Surgía de nuevo el tema de El Oráculo e Ianthe rápidamente se convirtió en el foco del debate. "Diosa." Le habló claramente a Oseye. “Este señor nos ha oído hablar y ha venido a rescindir sus dudas. Ha venido a preguntar qué precio exiges para dejar a un lado tu ira."

"Yo no dejaré a un lado mi ira."

Seth sintió que las esperanzas que había comenzado a alimentar se marchitaban y se desvanecían. A pesar de toda su rabia, Oseye no tenía ninguna oportunidad de atacar a Roma. Agrippina estaba de pie junto a sus acurrucadas sacerdotisas, queriendo suplicar, pero sin ningún terreno sobre el que asentarse. Drusus se volvió, encontró un asiento y dejó hundirse su cuerpo, resignado, en sus cojines.

Sobre el balcón, resonando desde la guarida de Kartikeya, los hombres gritaban maldiciones en arameo, y Sethos, Axius, Lucullus y varios de los guardias nabateos de la reina se apresuraron a mirar la escena de abajo.

Dawud estaba de pie en las sombras de la tarde del patio del tigre, manchado de sangre y riendo, inclinándose para cobrar impulso mientras giraba para arrojar una bolsa ensangrentada sobre la balaustrada de piedra. Su regalo golpeó el suelo de piedra con un ruido sordo, y rodó, dejando un rastro rojo y negro sobre los gallardetes.

Con él iban cinco de los irregulares de Juba, reconocibles sólo por el peso de sus armas, y otro grupo, siete hombres, con las manos atadas y sacos en la cabeza. Todos tenían suficiente sangre para hablar de violencia y muerte. Siete quedaron, y una bolsa sin cuerpo, pero no había forma de saber cuántos habían comenzado la batalla.

"¡Aquila! Aquí está tu adversario. ¿Qué partes de él te vas a quedar?" Dawud empujó el hombro de un cautivo, haciéndolo tambalearse. “Los encontramos en los yermos de Paran. A algunos los dejamos allí."

La risa siguió y Axius Villius tembló visiblemente al agarrar la empuñadura de su espada y ordenar, "Tráelos aquí arriba."

Kartikeya movió la cola y gruñó al oler las nuevas y atractivas oportunidades que se le presentaban, pero Dawud y su moteado grupo empujaron a sus prisioneros hacia la puerta y subiendo la galería.

***

Jaida terminó sus oraciones. Había murmurado y cantado cada palabra que había aprendido, y ahora, con un poco de náuseas por la ansiedad y el estómago vacío, cubrió con cuidado el cadáver de Tamir y suspiró. Había hecho todo lo que había podido.

Había oído a los invitados pasar por delante de su puerta y volver al triclinio. Había oído el alboroto cuando llegaron nuevos invitados, pero entonces no había estado en posición de apartarse de su letanía. Cuando el miedo comenzó a retorcerse en sus entrañas, trató de aferrarse al núcleo de su fe. Sethos era amado por Isis. Él era su Júpiter, su Osiris, carne de su carne.

Ahora era el momento de unirse a ellos y oír lo peor. Solo la diosa podía saber a quién favorecería al final. Jaida se secó el sudor de las temblorosas palmas. Toda ella quería correr ahora a su lado, pero toda también quería esconderse del miedo a lo que pudiera traer la nueva noche.

En el atrio hizo una pausa, mirando los mosaicos mientras la clara luz del día comenzaba a desvanecerse. Le ardían las yemas de los dedos con anhelo de deslizarse sobre los azulejos de colores, de sentir la carne pintada allí, de conocer ese tacto. Las palabras susurradas de Seth eran ecos en su memoria: «Este regalo del tacto, del consuelo, de la paz divina, no lo quieres. Tú quieres algo de mucho mayor valor. Yo también.»

Pero él no la había llamado. Durante las horas de insomnio, mientras se preocupaba por los cómo y los porqué de lo que dirían sus hermanas y cómo se presentarían, siempre había la esperanza de que llegara la noticia. Una citación. Una invitación.

Pero él no había llamado.

Jaida había elegido una sencilla túnica ocre, algo que podía permitirle deslizarse hacia las sombras mientras la voluntad de las diosas se manifestaba en el escenario. Para que sus hermanas tuvieran todos los ojos para que sus palabras conmovieran todos los corazones. Jaida ya no quería formar parte de los roles de sacerdotisa. Ella había elegido su lugar en esta vida. Solo quedaba por ver si el destino lo iba a permitir.

Mientras se movía hacia la puerta, las guturales maldiciones de Dawud y el tira y afloja de su banda al pasar la asustaron. Los observó mientras estos subían por la pasarela ascendente, la intuición nombró al hombre cuyo rostro ella no podía ver.

Sollozos suaves entrecortados comenzaron en el fondo de su garganta. Ishaq. ¿Lo habían traído aquí? Quiso volver a rezar, suplicar, pero había agotado cada oración. No había más palabras. Reunió todo lo que pudo de su coraje, respiró hondo tres veces y avanzó tímidamente por la pasarela que conducía al triclinio, donde Sethos y todo lo que ella esperaba y temía aún esperaban.

Dawud dejó de rodillas a Ishaq de una patada y retiró de un tirón la bolsa que le tapaba el magullado y ensangrentado rostro.

Odio violento, frío y feroz, colmó la vista de Seth con una rabia rojo sangre. Su boca se torció y sus puños y hombros se tensaron con la necesidad de aplastar hasta hacer pulpa al hombre arrodillado. Por un instante, la austera compañía, sus protocolos y los pesos que pendían de cada palabra y acción, se convirtieron en nada ante la ardiente necesidad de acabar con esta indigna vida.

Pero Lucullus entró en el espacio entre ellos. "¿Paran?"

Dawud respondió en fracturado latín. "Ahí es donde los encontramos."

Ishaq guardó silencio. No vestía uniforme y la túnica empapada de sangre que vestía era de gran calidad, con costuras bordadas y refuerzo de ante. Cuando había eligido la huida, obviamente lo hizo con la esperanza de una rica jubilación, pero no había ni rastro del oro de las sacerdotisas. Los oficiales romanos no sabían nada de eso y los hombres de Dawud no tenían nada que decir sobre el tema.

"Centurión," exclamó el prefecto, caminando a grandes zancadas por la sala, afirmando su propia autoridad. Había tranquilidad en la acción y alivio en la familiaridad con el deber. “Dejaste tu puesto. Estás sin uniforme." Miró a los otros hombres, con las cabezas inclinadas aún cubiertas. "¿Cuántos octetos de mis hombres estaban contigo?" La ira era una carga más fácil que el miedo.

Como Ishaq permaneció en silencio, Dawud lo golpeó con fuerza en el costado de la cabeza, pero este mantuvo el equilibrio y dijo: "Dos."

"¿Dos? ¿Dieciséis hombres de un destacamento de quinientos? Axius Villius escupió, aliviando el ardor en su garganta y expresando desprecio. "¿Eso es todo?"

"Por mi vida, señor," Ishaq bajó el rostro, sus palabras eran una súplica desesperada por la vida de los hombres de su cohorte. "Sólo dos escuadras."

"¿Tu vida? Exigiría más que lo que vale la costra de un excremento. ¡Tú!" Señalando a uno de sus propios guardias, Axius pasó a lo largo de la línea de prisioneros, quitando la cubierta de cada rostro a medida que avanzaba. "Averigua quién está dentro de la bolsa." Al borde de la apoplejía, siseó: "De rodillas." Y la fila de prisioneros cayó sobre la dura piedra. Se informó de la muerte de cuatro legionarios y un jinete auxiliar cuando se presentaron los cargos originales; la posibilidad de que sólo estuvieran implicados dos escuadras era demasiado pequeña para creerla. Las vidas de quinientos hombres, la octava cohorte completa, goteaban sobre balanzas ya muy cargadas de sospecha.

Sangre seca sellaba el saco y el legionario hizo una mueca mientras tiraba de la tela y luego rodaba su contenido al suelo. El grito de Basim estaba congelado en su boca, una profunda caverna negra y coagulada donde habría estado su lengua. Las cuencas de sus ojos también eran vacías costras negras.

Seth miró al muerto directamente. Sus heridas eran repugnantes, pero saber que había vivido la tortura revelada no conmovió ninguna parte de su corazón hacia la piedad. Este hombre, y los rostros acobardados que ahora se arrodillaban ante ellos, habían reunido sus fuerzas combinadas contra una chica indefensa, y las heridas de esta no habían sido menos horribles.

Ishaq también había sido golpeado, pero podía ver y hablar. Al igual que su padre, había apostado más de lo que podía permitirse y había perdido. Ahora, de una forma u otra, tenía que hacer bien sus apuestas.

"Cuéntales." Seth se acercó al centurión capturado. No tenía un arma, no había nada cerca que pudiera usar para moler su frustración en sangre, pero sus manos estaban dispuestas. "Cuéntales lo que ha hecho."

"Vete a la mierda."

Dawud se interpuso entre Seth y el prisionero, sonriendo torcidamente mientras usaba su cuerpo como un bloque. "Aún no, Aquila." Las palabras fueron susurradas. "Tengo promesas que cumplir." La mano que presionó contra el pecho de Seth estaba

manchada de sangre; trozos de sangre seca caían en los pliegues de la tela, pero él estaba mirando hacia donde estaban las hermanas.

Sus ojos se acercaron más, y Seth se volvió para ver qué estaba llamando su atención. Su sonrisa era para Oseye, quien estaba cruzando el pasillo con lenta y deliberada intención. La tensión temblaba a través de sus brazos y la espada de Diana ya no estaba laxa en sus largos y fuertes dedos. Su agarre en la empuñadura forrada de cuero era feroz mientras ella avanzaba hacia el hombre arrodillado.

Seth empezó a moverse. Por mucho que su propio instinto fuera estrangular al prisionero, Ishaq tenía que hacer confesiones para despejar a Dec de toda sospecha y la sacerdotisa claramente no tenía tiempo para hablar. Todo el dolor de su vida estaba aquí, ante ella, indefenso y golpeado, y él la miraba con los ojos hinchados y amoratados con la misma intensidad que ella lo miraba a él.

Titus Arius Lucullus y Axius Villius Cinna se interpusieron entre la sacerdotisa y su objetivo. Sethos y Dawud también estaban a su izquierda, frente a Ishaq, y desde detrás de esa línea, su confianza era mayor de lo que debería haber sido. Con una mueca de desprecio que le sangró el labio partido, sangre que manaba ignorada en una delgada línea por la barbilla, Ishaq la miró con su oscuro desprecio, incitándola con el silencio.

"Sacerdotisa," comenzó Seth, pero ella se volvió hacia él con un gruñido feroz, siseando como una bestia acorralada y levantando la espada en su cara. Lúculo se hizo a un lado, con la mano en el hombro del prefecto, apartándolos a ambos de su camino como si no fueran más que niños asustados o perplejos devotos.

Seth se movió de nuevo, golpeando con el codo el brazo de Dawud y deslizándose mientras cambiaba el peso. "No. Es hombre muerto, Oseye. ¡Y eres una esclava! Él será sometido a consejo de guerra." Mientras hablaba, levantó ambas manos, tratando de calmarla, de romper su mesmerismo. “Morirá, pero tú no puedes tocarlo. Déjqlo en manos de sus superiores." Incluso con Ishaq aquí de rodillas, las chicas no tenían derecho a actuar. Eran esclavas. No tenían más remedio que entregar a su torturador a Roma.

"Yo no soy esclava de nadie."

No había duda de su confianza, pero la verdad estaba en su contra. Si levantaba una mano contra Ishaq, contra cualquier hombre libre, ella se condenaría hasta la muerte. Seth miró al fiscal con recelo, buscando alguna señal de que él, o el prefecto que estaba a su lado, pudiera moverse para detener a la furiosa joven.

"¿Vas a detenerme tú?" Ella levantó la espada, avistando a Lucullus a lo largo de su longitud mientras continuaba hacia adelante. "¿O tú?" Axius Villius parecía más inclinado a exigir subordinación, pero dado el silencio de sus superiores ante la pregunta, dio un paso atrás y miró a Ishaq como una forma de evitar aquellos ojos.

"Yo hablo por la diosa." Oseye levantó la voz. Eso era innecesario, pero nadie dudaba de su intención de actuar por derecho divino. “Yo hablo por cada diosa, y hablo por cada mujer, cada esclavo y cada víctima." Con la última palabra, bajó la espada y la punta se chocó en la tela de la túnica de Ishaq y cortó la fina piel sobre su pecho.

"¿Vais a detenerme?" Demandó ella de nuevo a sus superiores mientras Ishaq soltaba un involuntario gemido de dolor y se inclinaba ligeramente bajo el nuevo flujo de sangre.

Seth agarró la muñeca del brazo de la espada mientras ella preparaba un corte de revés y él trataba una vez más de evitar del fuego de la venganza. "Ellos no tienen que detenerte. Pueden permitirte que hagas su voluntad, observar y dar aprobación, ¡y luego pueden hacer que te maten, Oseye! ¡Eres una esclava!" Seth estaba suplicando, pero había visto el miedo en los ojos del fiscal. Aquí y ahora había teatro y espectáculo y el impulso que estos traían. Pero en las horas más tranquilas, cuando Lúculo se quedara solo con el recuerdo de una mujer, una esclava, que había amenazado su propia memoria, entonces ella se quedaría sin más protección que el coraje y la fe.

Gamilath le habló a Ianthe desde detrás de su cordón de hombres de armas. “Oráculo, ¿esta mujer es tu hermana? ¿Habla ella por la diosa?" Ianthe asintió, temerosa de hablar, temerosa de permanecer en silencio. "Entonces, ¿a quién de entre vosotras llama esclava?"

Los oficiales romanos respondieron con un tenso silencio y miradas interrogantes iban y venían, el prefecto dispuesto a ceder ante su comandante, el fiscal animando a su prefecto a asumir la responsabilidad. Cuando Axius Villius inclinó la cabeza y dio un pequeño paso hacia atrás, dejó a su superior con todo el peso de Roma.

Lúculo aún estaba claramente desconfiado de enfrentarse al oráculo en persona, ella ya se había fijado mucho más en él de lo que era bueno para cualquier hombre. Y su rango no le daba un gran estatus a los ojos de la reina de Nabatea.

Agrippina habló detrás de él, sus palabras fueron una ola de aliento y apoyo. “Titus, recuerda que estas mujeres eran propiedad de Sethos Asinius. Él les concedió la libertad hace días, y su manumisión ya está siendo considerada en Bostra. Sé que el padre de mi esposo simpatiza con su afirmación. Es cuestión de días, eso es todo. Días hasta que ellas tengan prueba de su derecho a actuar como mujeres liberadas."

"Cierto." Lucullus comenzó con cautela, sintiendo su propio camino más seguro. A Axius Villius le dijo: "¿Hay algún motivo para creer que tus centuriones y sus hombres estaban bajo órdenes en los yermos de Parán?"

"Si es que es ahí es donde estaban," respondió Axius con la misma cautela.

Dawud juró y escupió en el suelo, caminando desde la mitad del conflicto hasta el banquete donde se servía comida y bebida, señalando con un movimiento de cabeza para que sus hombres se unieran a él. Él había terminado con Roma. Sus argumentos y procedimientos a partir de aquí no le interesaban.

La reina se mantuvo firme. “Has atraído la ira de las diosas sobre mi reino y aún te quejas sobre los puntos de la ley. Entrégale a este hombre al oráculo y haz que ella aleje su ira. ¿Sois idiotas o qué?"

Oseye permanecía apretada con fuerza sobre Sethos, con la mano de la espada tensa entre ambos y ojos ardientes recorriéndole el rostro.

"No lo hagas," le susurró Seth, sus palabras conmovían el aire. "No mates."

En un silencio igual de duro, ella apretó los labios en su oído y siseó: "Aún no he comenzado a matar."

“Libera el oráculo," ordenó Gamilath cuando pareció que ninguno de los romanos iba a tomar la iniciativa. "Si los hombres de Roma no tienen el valor de seguir la voluntad de los dioses, seré yo quien gobierne en su lugar."

"Libérala." Las palabras de Lúculo brotaron de sus labios, temiendo que la reina hubiera usurpado su derecho a apaciguar a la diosa y a su oráculo sedienta de sangre. Considera esto como su consejo de guerra y su ejecución. Entrégalo a este oráculo y a la voluntad de la diosa."

El aire abandonó el pecho de Seth en una ola de arrepentimiento cuando Oseye retorció la muñeca luchando por liberar el brazo de la espada de su agarre. "¿Y Drusus?"

“No continuaré con los cargos. Creo que son calumnias traídas contra él por el centurión Marcus Ulpius Ishaq, un cobarde y un desertor, y no digno de acción."

"¿Esta eso testificado?" demandó Seth. "¿Es ese el juicio de Roma?"

"Ese es el juicio de Roma."

Seth sostuvo la muñeca y los ojos del oráculo durante un momento más, suplicándole en silencio que lo reconsiderara, pero todos los poderes de Arabia Petraea le habían dado su bendición y ella tenía la intención de usarla plenamente. No era por su víctima que él suplicaba, sino por ella.

Desde donde se encontraba en las sombras de la entrada, Jaida gritó: "¡No!" y avanzó rápidamente hacia la línea de prisioneros. Aunque nunca iba lograr cubrir la distancia. Entre ellos estaban la reina y su séquito, e Ianthe intentó contenerla con la mano, agarrándola rápidamente del brazo al pasar.

Tropezando al pasar entre ellos, zafándose del agarre, Jaida se

acercó a la escudra de Axius, en fila detrás de los prisioneros arrodillados. Antes de que pudiera correr a lo largo de su línea y encontrar un camino despejado hacia Oseye, Sethos e Ishaq, su hermana había liberado el brazo y llevado la espada arriba y abajo cruzando el rostro de Ishaq, abriéndole una herida en la mejilla.

"¡No, Oseye, por favor!" Gritó Jaida.

Seth se interpuso entre las hermanas. Tirando de Jaida hacia su pecho, se giró para protegerla de la sed de sangre en esa espalda. Si Drusus no tenía más que temer de Roma y las acusaciones de sedición, entonces no tenía ninguna razón o inclinación para defender a Ishaq de su ira. Oseye había elegido su curso ella misma, de nuevo, y si aquello iba a ser un río de sangre, al menos protegería a Jaida de la vista de cerca.

El Oráculo de Diana se elevó sobre el hombre arrodillado con la espada levantada en ambos puños. Un rodillazo debajo de la barbilla, le empujó al hombre la cabeza hacia atrás. Mientras ella deslizaba la punta de su corta espada en la boca, él lanzó un grito de tormento tan brutal que Seth cerró los ojos y giró la cabeza. Invocando cada grano de pena, dolor y pérdida, Oseye se puso de puntillas y empujó hacia abajo, conduciendo la hoja por la parte posterior de la garganta y columna.

Oseye gritó de nuevo, su dolor y furia llenaron el salón de piedra y resonaron en las paredes. Tiró hacia arriba con fuerza, soltó la espada y volvió a gritar: al cielo, a las paredes, a los dioses. Las lágrimas le corrían por el rostro, pero ella estaba inmóvil cuando Ishaq se desplomó sobre el suelo a sus pies.

Los hombres de la Tercera Legión se movieron nerviosamente, sacando sus *gladii*, mirando a sus comandantes en busca de dirección, por temor a que aquel *Djinn* que gritaba pudiera moverse a continuación hacia ellos.

Cuando Sethos miró de nuevo a Oseye, sus hermanas se apresuraron a unirse a ella, con la excepción de Eshe, quien permaneció sentada junto a Agrippina; Ianthe, quien estaba detrás de su reina; y Jaida, quien se apretaba suavemente las manos al pecho, retrocediendo para liberarse del abrazo de Seth. Ella era cálida y suave, mirándolo

con una lastimera mezcla de miedo y tristeza que oscurecía sus pálidos ojos. Seth se habría arrodillado allí mismo para suplicar, si con eso conseguíia que ella pudiera permanecer entre sus brazos.

Liberándola despacio, Seth dio un paso atrás y ella se movió temblorosa hacia sus hermanas, bajando la vista hacia el cuerpo de su torturador.

Dec no se había movido. Su rostro estaba plano y sus ojos llenos de un dolor demasiado profundo para las lágrimas. Había sido indultado y, sin embargo, permanecía sentado, en silencio y quieto, mientras la conmoción de tan pocos días recorría los viejos huesos. Seth caminó con cuidado alrededor del pequeño grupo de mujeres y tomó asiento al lado de su padre, con una mano en su hombro. Su movimiento señaló un regreso a las armas, Lucullus y Axius Villius despertaron de su breve inactividad en un aluvión de protocolo oficial.

“De pie,” exigió Axius a los prisioneros, su escuadra enfundó las espadas desenvainadas y se puso en fila, listos para escoltar a los hombres atados hacia las celdas. Un hombre metió a Basim en la bolsa, dos retrocedieron reluctantes hasta donde estaban las sacerdotisas y levantaron a Ishaq.

Lúculo se acercó a la reina, ansioso por demostrar su afiliación con el propio oráculo de la reina y por distanciarse de la impredecible ira del augurio de Diana. “Estos hombres serán interrogados extensamente. Todo lo que encontremos en la investigación de su deserción que se relacione con cargos falsos en su contra será tratado adecuadamente. Recibirá las multas acumuladas." Habló más suavemente, esperando hasta que los hombres salieran en fila de la habitación, y agregó: "Y tienes mis disculpas, Drusus. Hablé con dureza y sin motivo."

Seth ayudó a su padre a ponerse de pie. "Majestad, ¿cenaría usted con nosotros?" Tratar de mantener la cortesía tras las secuelas era agotador, pero él logró sonreír, mirando alrededor de las paredes mientras lo hacía, buscando a Zayed.

Gamilath miró fijamente a su oráculo, luego al grupo de chicas y la espada ensangrentada. No se había perdido los intentos furtivos de

Lucullus por evitar al grupo, y tal miedo despertaba su curiosidad. En efecto, era una mujer poderosa la que tenía nervioso al Fiscal de Arabia Petraea. Pero el Imperio enseñaba a los hombres a estar cerca del más fuerte, y él había elegido su oráculo, su lado, y eso pareció tranquilizarla. Estudió la palidez de la enfermedad bajo el rostro engrasado de Agrippina, el estrés del pavor, el miedo a perder algo precioso, luego volvió a mirar a las chicas.

¿Precioso? Tal vez. "Oráculo, ¿de dónde son tus hermanas y adónde van?"

Ianthe miró suplicando a Jaida. No tenía idea de qué planes se habían hecho o cómo responder con seguridad.

Jaida esbozó una pobre sonrisa y se inclinó levemente. “A Roma, reina Gamilath. Estos oráculos están prometidas a los diversos templos de la propia Roma." Se acercó más, reuniendo coraje. "Así como la diosa ha dirigido su propio oráculo a su cuidado, así ha enviado ella a estos otros a Roma."

Había ardor en su regio escrutinio. Por un lado, el diminuto vestuario de las muchas, y al lado de ella, la riqueza y la estudiada gracia de su propio oráculo. Volviendo la cara bruscamente, pareció llegar a su conclusión y respondió a Seth. "No. No hay nada más que hacer aquí. Al menos hoy no." Miró de nuevo, estudiando a cada una de las chicas con cuidado, antes de conducir su séquito directamente hacia la puerta, con Lucullus detrás. Ianthe hizo un pequeño gesto a sus hermanas, un movimiento de los dedos antes de que la metieran en su *lectica* y la alejaran.

Agrippina se hundió en su sofá con un audible gemido de alivio. “Mañana, Aquila. Me marcho de aquí mañana con mis sacerdotisas. Si nuestra reina va a cambiar de opinión, quiero estar cruzando el océano y planificando mi fiesta de bienvenida cuando lo haga."

Eshe volvió una sonrisa suave, apenas visible, hacia su matrona, asintiendo gentilmente con la cabeza.

"Y yo, Aya. Soy más viejo incluso de lo que pensaba. No me quedan muchos días para ser feliz. También me iré mañana a Roma y a la civilización." Dec miró a su alrededor con tristeza, agregando un

peso más a la carga que soportaba. "¿Juba no ha vuelto?"

"No." Seth frunció el ceño. Señaló brevemente hacia Dawud y a los milicianos, que seguían comiendo con avidez del banquete. “Envió a los mejores en busca de Ishaq, lo cual estuvo bien. Pero la amistad no detendrá la hemorragia de un hombre, Pater. ¿Qué podemos esperar? Hizo lo que tú hubieras hecho en su lugar."

Decimus asintió levemente, frotándose con dedos lentos la fatiga o las lágrimas de los ojos. “Quiero irme a casa, por ahora, y descansar. Quiero ir a casa. Ven conmigo, Sethos. No puedo comer esta noche, pero puedes hablar conmigo y decirme cómo vas a mantener vivo mi recuerdo dorado." Dio un pequeño bufido de risa, encogiéndose de hombros y abriendo las palmas de las manos mientras decía: "Basta de cabras, querido. Casi nos atragantamos con esta, tú y yo. Come sólo lo mejor de los corderos y gordos terneros. Nada de cabras."

"Nada de cabras," coincidió Seth.

A menos de diez pasos, Jaida estaba con sus hermanas, mirando en silencio la espada ensangrentada que colgaba de la muñeca flácida de Oseye. El fuego que había contraído en nudos de rabia cada músculo se había enfriado en esos ojos, y el rostro de su hermana estaba relajado, libre de toda señal de ansiedad o culpa. Si sus acciones habían impactado a los demás en la habitación, no había preocupación en la chica. Si ella se hubiera limpiado la hoja en el muslo en aquel momento, no habría parecido fuera del personaje.

Ninguna de las chicas parecía saber exactamente cómo acercarse a ella. Se habían acercado, convergiendo y apoyando a su hermana, pero no habían logrado encontrar palabras para su sorpresa. Jaida estaba de espaldas a Seth, su cabello iba recogido en una trenza que le caía por la espalda, una simple túnica le caía en holgados pliegues desde los hombros. Ella se mantenía erguida. No se veía nada de su timidez habitual. Parecía, incluso desde atrás, más segura, más cierta de sí misma y de su lugar.

Mirándola, estudiando los pequeños movimientos que temblaban en la suave tela que recorría su piel, Seth no quería nada más que tomarla de la mano, conducirla fuera y lejos del día y de todos sus

horrores, y encontrar un lugar tranquilo para hablar. Las chicas se irían. Por la mañana, antes de que saliera el sol, Agrippina haría guardar su botín y estaría corriendo, cruzando la arena en persecución de la gloria y la notoriedad en Roma.

Él tenía que hablar con Jaida antes de que ella pudiera tomar decisiones que afectaran la vida de Seth tan profundamente como las que ya se habían tomado hoy. Sí, como creía Agripina, Jaida tenía la intención de viajar con sus hermanas, no en el papel de sacerdotisa, sino como protectora y consejera, entonces él tenía que hacer que oyera sus súplicas. Tenía que lograr que ella considerara una vez más su propuesta.

Ese sería el punto crucial, ¿verdad? Si podía llevarla a un lado antes de que saliera el sol en un nuevo viaje y una nueva vida, entonces podría hacer una propuesta, una propuesta completa de matrimonio y seguridad, con todo lo que él poseía y todo lo que a él le habían ofrecido puesto ante ella como regalo.

Tenía que llevar a Drusus a casa y ayudarlo a recuperarse de las tensiones que había soportado. Primero, eso es lo que tenía que hacer. No había ninguna cuestión de prioridades cuando se trataba de la angustia de Dec. Y si todos los dioses de Jaida lo permitían, a Seth le vendría bien el tiempo, las horas que tuviera, para decidir qué era lo que iba a ofrecerle. Ella había rechazado el oro y el lujo. Ella había rechazado el servicio del templo para el que había sido criada. Y ella había rechazado a Seth, rechazado lo que fuese que ella creía que él era. Ella se había detenido, tomado su mano y su atención, para decirle claramente que ella no lo había elegido.

No había nada más. La elección de Jaida tenía que ser como había dicho Agrippina, partir hacia Roma y hacia una nueva vida con sus hermanas. Ella no tenía nada más que elegir. Entonces, bueno, si no quedaba nada, él tenía hasta el amanecer para intentar una vez más hacerla cambiar de opinión. Pero, verdaderamente, no tenía nada más que ofrecer.

Capítulo 22

Oseye paseaba por la alcoba oscura como una profecía moviéndose suavemente a través de las sombras.

Su inquietud no había despertado a Jaida, pero ella oía cómo el paso lento y mesurado sonaba en la noche como un latido pesado. Las otras chicas estaban durmiendo, soñando con la vida que aún estaba a punto de abrirse para ellas. Soñando con libertad, lujo y poder. Si Oseye hubiera estado soñando, habría sido con sangre.

Jaida oía, sin importarle nada la riqueza, el poder o el derramamiento de sangre. Contemplaba los oscuros mosaicos de las paredes, ilegibles de noche, pero aún más intrigantes por su oscuridad. Eran escenas de amor, sexo y pasión, y relataban historias que Jaida ansiaba escuchar. No entendía más que los conceptos básicos de los actos que describían las imágenes, pero su cuerpo conocía instintivamente sus ritmos y su carne palpitaba con un anhelo cálido y húmedo.

No había llegado ninguna noticia, de nuevo. Seth no la había llamado. Y donde estaban, aquí en el ala de invitados, dejaban la casa principal para continuar con sus asuntos sin ser molestadas. Puede que él no hubiera regresado, no había forma de saberlo. Él había salido de la casa sin más que una mirada críptica, y ella maldijo la vida que no le daba una clara idea de tales sutilezas.

Los latidos de su corazón se aceleraban hasta ahogarla mientras ella pensaba de nuevo en ir a buscarlo por sí misma. Quería decirle su decisión, sus promesas. Seguro que estas a él le importaban. Y ella quería conocerlo, ver el lugar que guardaba para sí mismo, el lugar privado en medio de tanto lujo.

¿Qué diría eso de él, si la alcoba de Seth estuviera revestida de oro y las piedras preciosas formaran engarces en los postes de su cama? ¿Revestía las paredes con imágenes de amantes? Ella lo habría seguido hasta una cama de paja, un establo o una pocilga, pero era igual de bien que se acostara con él sobre fragante seda y un esplendor de abalorios.

Una imagen de sus hermosas manos la llenó de placer e impaciencia. Esas manos que le habían rozado la piel con fuego en sueños nocturnos y fantasías diurnas, y ella ansiaba sentir su toque. Pero él no había venido a buscarla, y la temblorosa ansiedad le helaba la piel y los huesos en el calor de su cama.

Manos fuertes, capaces. Cálidas. Y esas muñecas, esos largos y fuertes brazos y hombros anchos. ¿Y debajo de la ropa? Sólo Júpiter le venía a la mente, su vientre de mármol blanco como la leche y una erupción de desordenados rizos sobre un pequeño órgano sobresaliente, frío y desinteresado.

Lentamente, con los codos debilitados por el terror ante su decisión, Jaida se incorporó y se subió una bata ligera por los brazos y por los hombros. No había nada frío y blanco en el pecho de Seth. Él tenía un bronceado dorado, pesado en músculos, perfeccionado por suaves remolinos de cabello sedoso y caliente y duro apretado contra ella.

Se mordió los labios ardientes mientras la imaginación los movía por el centro de aquel pecho hasta las contorneadas planicies de ese vientre. Esa piel era suave y fragante, el músculo debajo de ella estaba firme. Y ella anhelaba saber cómo lo habían creado los dioses. Cómo sentiría ella el cuerpo de un hombre, muy dentro de ella. Y cómo se hacía el cuerpo de una mujer para aceptar placer de un hombre.

Pero él no la había llamado. En la oscuridad, Oseye se detuvo en su círculo sin fin, mirando a Jaida en silencio, sin emitir ningún sonido ni juicio. Encontrando valor en el silencio, Jaida se obligó a enderezar las piernas, a levantarse. Mirando por última vez a su hermana, se dirigió a la puerta.

Antorchas intermitentes iluminaban el amplio arco del pasillo, y ella salió con cautela, medio asustada de ser vista o de ser detenida e interrogada por un guardia. Pero el camino estaba despejado, la galería en silencio excepto por el susurro de sus propios pies descalzos.

No tenía ningún riesgo de perderse, el acortinado camino de servicio que conducía al jardín de Seth era inconfundible. La grava

le mordía las plantas de los pies mientras ella cruzaba el peristilio y sumergió las manos en la fuente, enfriándose las muñecas y secándose las manos húmedas por el cuello ardiente. La puerta de Seth estaba abierta, la luz suave de las habitaciones principales fluía a través del *tablinum* mientras ella subía al suelo de baldosas. Al principio de la escalera, se detuvo para recuperar el aliento y reunir el valor.

La risa estalló contra ella y la asustó casi hasta la muerte, mientras los guardias reunidos en una de las pequeñas habitaciones notaron su presencia y compartieron sus obscenos comentarios. Ella no entendía ninguna de sus palabras, pero su significado no le era ajeno. Eso la estimuló y nadie trató de detenerla. Tenía las rodillas temblorosas, pero las obligó a subir.

En la oscuridad de tinta del pasillo entre las alcobas, pasó los dedos suavemente a lo largo de la fría pared de piedra hasta que deslizarlos sobre la áspera madera del marco de la puerta. Se preparó, colocó en silencio las manos sobre la puerta y empujó.

No hubo cesión. La puerta estaba cerrada con cerrojo desde el interior y ella se quedó en la oscuridad, mirando la forma oscura de la puerta que la mantenía fuera, sin saber qué hacer.

No podía llamar. Y no podía dar media vuelta y volver sobre sus pasos pasando junto a los hombres de Juba.

Seth se sentaba en el borde de su jergón, escuchando la risa de los hombres de abajo. La luna estaba llena, la noche avanzaba hacia el amanecer y no había encontrado ninguna palabra que pudiera convencer a su sacerdotisa de quedarse. Ella no quería su oro y él no tenía nada más.

Estirándose hacia atrás, enderezándose para poder respirar un poco mejor, consideró de nuevo ir hacia ella. Debería haber ido directamente a su alcoba al llegar a casa, pero se había entretenido primero con un baño y había estado a remojo tanto tiempo en el agua fría que la noche se había esfumado sin una respuesta a las preguntas que él se hacía. Ahora yacía solo a la luz de la luna, alimentando un vacío que sabía a desesperación.

Cuando los ojos de Jaida se adaptaron, ella volvió hacia el espacio un poco menos oscuro detrás de ella, donde el viento entraba desde el jardín. La puerta de la alcoba que ella y Ianthe habían compartido estaba abierta y la luz se filtraba por la agujereada pared y el balcón. Respiró de nuevo y entró en las habitaciones, pasando rápidamente por el vestidor y el baño hasta el gran dormitorio.

Las paredes perforadas habían sido echadas hacia atrás y la luz de la luna inundaba la cama donde ella había dormido. Sus velos estaban tan abiertos como cuando ella había yacido debajo de ellos, desnuda y anhelando su toque. En el silencio que la rodeaba, su respiración gimió temblorosa y miró hacia el balcón donde lo había imaginado de pie.

Siguió la luz de la luna y se detuvo un momento afuera para recordar dónde había estado Seth. El viento provocador atrapaba la suave seda de su holgada bata, rozando suavemente los pezones que le ardían, y una caliente ola de placer se hundió profundamente en su sexo. Ella confiaba en que él estuviera cerca ahora, como entonces, y un anhelo tan feroz como los fuegos de la Gehena le bulló en la sangre.

Obligándo a sus piernas a llevarla, ella se movió silenciosamente por el balcón hasta las paredes abiertas de la siguiente alcoba y hacia el hombre que, esperaba desesperadamente, dormía detrás de estas.

La luz de la luna pintaba la escena pálida, lavando los cálidos dorados de la piel se Seth, pero ningún dios en piedra fue jamás hecho tan perfectamente. Él estaba recostado con los brazos cruzados sobre la cara para que dar sombra a los ojos de la luz que lo cubría. Un trozo de seda brillaba en color blanco sobre la piel, fluyendo descuidadamente por un muslo. No había dios tan perfecto, y un pequeño gemido escapó de los labios de Jaida.

El sonido bien podría haber sido un golpe de trompeta, a juzgar por la velocidad de la reacción de Seth. Él se sentó erguido de golpe y las piernas de Jaida temblaron bajo el peso del deseo que la atravesaba. Ella no podía hablar, su pecho se apretaba y se estremecía con cada respiración y la sangre caliente latía a través de

su carne temblorosa.

Ella se había congelado, pero obligó a sus dedos hacia la cinta atada a la garganta. Él no había hablado y ella buscó a tientas el fino cordón de seda, tirando nerviosamente del nudo hasta que este resbaló y cedió.

La brisa del desierto aún jugaba por la pared, succionando y levantando la ligera tela, alejándola de los hombros de Jaida. Se le puso la piel de gallina bajo el suave vello cuando la seda cayó resbalando por los brazos y ella se plantó ante él desnuda y vulnerable.

La sangre palpitaba con el fuerte ritmo de los tambores, ahogando todos los pensamientos menos a él y este terror exquisito. Él estaba quieto y en silencio, pero esa mirada rozaba su piel con el cálido peso de una caricia, moviéndose lentamente sobre sus pechos desnudos, bajando por su estómago y muslos, y ella tembló mientras veía ese rostro suavizarse en apreciación.

"Yo," intentó ella, pero las palabras murieron en su cerrada garganta, y ella se inclinó hacia él, tropezando hacia adelante y tratando de mantener el equilibrio.

Esa mano se acercó a la de ella y ella la agarró, dejando que el calor, la fuerza y el coraje fluyeran entre ambos mientras ella se acercaba cada vez más.

La luna del desierto y su voluntariosa brisa parecieron empujar desde atrás, sus millones de ojos buscando lugares secretos, sus millones de dedos hormigueando sobre los nervios desnudos, y ella levantó una mano vacilante hacia ese pecho. Un sollozo de placer se le escapó de la boca y ella cerró los ojos mientras su mundo se convertía en el recorrido ardiente de esas yemas de los dedos rodando sobre un pezón dolorido.

Y allí contra la cadera de Seth, su vientre se estremeció con fuerza ante el roce de su mano; y ahí, el calor de esos labios en su esternón. Jaida retuvo las manos, como si su incertidumbre las hiciera inadecuadas para usarlas, mientras esa caricia de pluma y esos labios penetrantes subían por su pecho, subían por su cuello y

por su mejilla y él quedó frente a ella.

"Sacerdotisa," murmuró él en su oído. La cálida palma de esa mano cubrió su mejilla, esos dedos se deslizaron por su cabello. "Diosa," decía él, y un escalofrío recorrió su cuerpo, arqueando su espalda para que sus pechos se presionaran con fuerza contra él. Le martilleaba el corazón en las costillas y cada respiración contenía y tartamudeaba en la boca. Ella se estiró de puntillas, estirándose hacia esa boca, fundiéndose en esa piel, desmayándose de alivio.

Esos labios eran suaves, se movían despacio despertando impulsos animales escondidos profundamente en la carne. La columna llevó el movimiento a lo largo de su cuerpo, caderas rodando al mismo tiempo, deslizando piel desnuda contra el cosquilleante vello.

La espalda y hombros de Jaida cobraban vida bajo ese toque. Las yemas de esos dedos eran calientes y ella deslizó los brazos alrededor de él, acercándolo más.

No había paz divina en esto. Le ardía el cuerpo como un carbón desnudo, ella tenía los huesos en llamas, y cada nervio, desde su centro hasta su piel, gritaba con el dolor de la excitación. Había desesperación y una necesidad de violencia y terror absoluto. Comenzó a pegársele la piel en él, mojada por el calor de su propio deseo y ella se obligó a dar un paso atrás, liberó la boca para jadear por aire que no podía encontrar.

La lujuria hervía pesadamente bajo el estómago y debajo de la piel y el fuego le palpitaba en la ingle. Ella no sabía las palabras para lo que necesitaba ni cómo moverse para que el cuerpo de Seth tocara el doloroso anhelo que allí crecía, pero ella quería esas manos encima. Tenía miedo de la desesperación que la impulsaba. Y estaba confundida por deseos contradictorios. Quería yacer, silenciosa y sumisa, estirarse hacia atrás en la seguridad de esos brazos y confiar en esas fuertes y conocedoras manos.

Y quería envolverle el cuello con los brazos, pasar los dedos por ese cabello y obligar a esa boca con fuerza contra la suya, envolverle la cintura con los muslos y sentir esa lujuria impulsada con fuerza dentro de ella, gritar ante los fuegos que le abrasaban el alma.

"No sé qué hacer," jadeó ella con palabras contenidas como sollozos.

En el calor iluminado por la luna de la noche del desierto, él brillaba y ella quiso llorar por la belleza revelada. Levantó los dedos, arrastrándolos sobre el músculo liso de ese pecho y hacia abajo por ese vientre. Pero ella no se atrevía a ir más lejos, alzó la cara hacia él y vio que esos ojos ardían oscuramente por la sombra de la frente.

"Cierra los ojos," susurró él, girándola suavemente hacia la brisa para que esta lamiera el sudor de sus tiernos pechos. De pie detrás de ella, él movió esos brazos atrás para que las manos descansaran en sus nalgas y muslos, y su cabeza descansara en la curva de ese hombro. Esos labios tocaron su cuello y ella gimió, tirando de él instintivamente más fuerte hacia ella mientras esas manos recorrían su vientre expuesto y costillas.

Jaida se mordió el labio mientras sollozos de placer brotaban de su garganta. Le dolían los pechos por esas caricias, le latían los pezones en el aire de la noche con el fuerte pulso que la recorría. Esa boca era ardiente en su cuello y hombro y esos labios rozaban su oreja con un aliento caliente que amenazaba con doblarle las rodillas.

Besos recorrieron su mejilla, esa barbilla áspera sobre la suya, y él acarició la suavidad de sus senos, atrapando sus cimas bajo lentos dedos. El tacto florecía en éxtasis, con cada palmo de su piel gritando su necesidad. El estómago se contrajo y la respiración tartamudeaba bruscamente sobre la lengua mientras esa mano se deslizaba por el vientre y la cadera, hasta su muslo.

Con miedo repentino, ella le asió la muñeca con un agarre débil y febril, succionando bruscamente el aire hacia la garganta. Él hizo una pausa y le tocó la mejilla con los labios, así que ella volvió la cara hacia él, inclinándose hacia atrás para encontrar ese beso.

No había nada que temer en esta cálida y luminosa noche. Este era el hombre que ella había elegido por encima de cualquiera que pudiera haberla elegido a ella, y con él no tenía nada que temer. Ella aflojó deapacio su agarre hasta que este no fue más que una caricia en el dorso de esa mano, y esa mano le rozó la parte interna

del muslo, le puso la piel de gallina y se deslizó entrando hacia las sombras.

Ni en sus sueños su toque había sido tan exquisito. Las yemas de esos dedos se deslizaron fácilmente entre los delicadamente creados pliegues de su sexo, recogiendo el rocío de su excitación y deslizándose sobre la carne hinchada con lenta y maravillosa precisión.

Jaida se reclinó hacia atrás con rodillas débiles, enviando oleadas de temblor a través de ella. Su respiración se convirtió en un suave gemido, mientras se sostenía en la fuerza de ese brazo, consumida por los fuegos que él avivaba en su cuerpo. Sollozos brotaron de sus labios, sus caderas se movieron lentamente contra la brillante presión blanca de esos dedos.

En los días transcurridos desde que su presencia había despertado por primera vez estos feroces deseos, sus propios esfuerzos por despejar esa caricia de sus sueños de pronto le parecieron groseros y torpes. Él extendió la mano para acariciar lugares secretos en las profundidades de su interior, esos dedos empujaban suavemente más allá de la resistencia de la carne casta, y ella se aferró a él, sollozando de placer.

El deseo de convertirse en su abrazo se volvió insoportable a medida que la naturaleza lo exigía. Conocimiento más allá del pensamiento dolía en su carne ardiente, anhelando la penetración y la consumación. Pero ese estable agarre la mantenía firme mientras los dedos acariciaban y acariciaban, deslizándose húmedamente, resbalando, moviéndose hasta que la apretada bola de calor y presión que él había nutrido explotó, enviando ondulaciones de placer a través de su vientre y temblores de alivio por sus piernas.

Seth atrapó su caída cuando la fuerza abandonó sus muslos, luego relajó el agarre mientras ella se enderezaba lentamente y se giraba sobre él. Necesidad más dolorosa que nada que él hubiera conocido nunca chirriaba por nervios en carne viva. No había espacio en el pecho de Seth para respirar, el ardor agudo de la lujuria le apuñalaba y comprimía el diafragma, y su estómago sufría espasmos dolorosos. En sus manos, la suave curva de las nalgas de Jaida estaba caliente y parecía extrañamente frágil, como si el

miedo a lastimarla hubiera aumentado el sentido del tacto.

Él obligó a su columna a enderezarse, aspirando profundamente aire denso en loa pulmones mientras los labios y lengua de Jaida buscaban los suyos. Contra el calor del vientre desnudo de ella golpeaba el duro pulso de su erección, retrocediendo en el estómago y latiendo ardientemente en las sienes. Moviéndose sin pensarlo claramente, Seth dejó que su peso lo hiciera retroceder un paso y se sentara en la lisa y firme ropa de cama que había detrás.

Por un momento, Jaida se levantó frente a él para colocarle la dulce carne de sus pechos ante los labios, Seth jugueteó con la lengua entre la dura perla de su pezón. Temblando, mientras la adolescente urgencia se oponía a todo lo que él había aprendido sobre el autocontrol, alargó la mano para tirar de ella hacia su regazo.

Le temblaba la mano al acariciar la longitud de ese muslo, atrayéndola hacia abajo. Fuegos húmedos se deslizaron sobre él, la lujosa suavidad de su cuerpo se cerró con fuerza alrededor de él mientras Jaida se acomodaba. Él cerró los ojos y dejó que el aire se filtrara por la boca, abrumado por tener tanta belleza entre sus brazos. Se habría reído en voz alta por el puro placer de hacerlo, pero no tenía aliento para reír.

Un placer a sottovoce escapó de la boca de Jaida cuando ella descansó la mejilla sobre ese hombro y movió los labios lentamente a través del músculo tenso hasta ese cuello.

"¿Está eso bien?" Le susurró ella. Seth sentía esos dientes duros que le pellizcaban suavemente la piel suave debajo de la oreja, y su respiración se cortó bruscamente, pues ella cerró la boca sobre la de él antes de que él pudiera responder. En cambio, las manos de él se movieron para levantarle suavemente a Jaida las caderas, incitándola hacia ritmos innatos y ella le presionó la boca con más fuerza mientras el instinto y el deseo se movían en su carne.

Si ella sentía alguna incomodidad, la pasión quemaba el aguijón, y los gritos que ella soltaba eran gritos de placer, no de dolor. Cuando él abrió los ojos para mirarla, el destello de una criatura salvaje alzando el vuelo iluminaba aquellos ojos pálidos y esos labios estaban oscuros como la sangre, calientes e hinchados cuando se

inclinó para besarle

Manos que apenas eran propias se deslizaron hacia arriba y hacia abajo, el sudor de ella era resbaladizo y su respiración se entrecortaba en desgarradores jadeos que se perdían en el aire. A la luz de la luna, entre las brisas del desierto, ella se convirtió en una fuerza de la naturaleza, atrayendo vida, amor y aliento al interior de su propio flujo y sacándolos a gritos de éxtasis con el poder que ella había encontrado.

Jaida era la novicia y su carne era nueva para los principios de hacer el amor, pero en esto ella tenía el control y Seth no podría habérselo quitado ni para salvar su propia vida. Solo podía respirar y remontar las olas de calor abrasador que se elevaban a través de él. El alivio, cuando llegó, fue doloroso en su intensidad. Músculos y tendones parecieron desgarrarse profundamente y una resonante euforia le colmó la cabeza con fragmentos de luz cristalina.

Cuando su visión se aclaró, Jaida estaba desplomada hacia atrás, suspendiendo el peso con las manos aferradas en la nuca de Seth. Su cuerpo aún se retorcía contra el de él y estaba temblando. Los ojos que habían estado encendidos ahora estaban cerrados, y ella soltaba breves y agudos jadeos con las mejillas oscurecidas por el rubor del placer y el esfuerzo.

"Sí," susurró él cuando encontró el aliento. Acercándola y yaciendo sobre suaves sábanas de seda, la abrazó con fuerza. "Así es exactamente."

***

Jaida despertó en las sombras de Petra, escondida del sol de la mañana por las antiguas paredes del cañón. Su cuerpo, cuando se movía, estaba tierno, despertando sonrisas ante el recuerdo del exceso, pero no tenía ningún deseo de moverse. Esta era la paz de la que él había hablado. Paz divina que pesaba sobre ella como el oro, presionando cada aliento en un pequeño suspiro de satisfacción. Seth dormía con lenta respiración cálida sobre su cabello, sus brazos y piernas alrededor de ella como la promesa de seguridad. Y mientras soñaba, sus labios se movían suavemente sobre su coronilla.

Debajo de su mejilla estaba el suave arco de una cicatriz, pero ella había encontrado otras. Llegaría el día en que oiría la historia de todas, en que pondría los labios sobre ellas y curaría el dolor que seguía enterrado profundamente en la carne debajo.

"Se estarán preparando para irse," susurró él, sorprendiéndola. "Drusus. Agrippina. Tus hermanas."

Jaida asintió, sin querer apartar los pensamientos de esta crisálida de paz y seguridad.

"¿Y tu?"

Ella le lanzó una muda mirada interrogante.

"¿Qué has elegido?" En la luz turbia, él trazó con los dedos una suave línea por la mejilla de Jaida y él estudió su progreso, como si con el toque pudiera memorizar cada línea de sombra de su rostro. "¿Por qué estás aquí?"

La pregunta parecía extraña. "¿Por qué?" Ella ya se lo había dicho claramente una vez. Ella había elegido seguir su corazón, ponerlo por encima del servicio y el entrenamiento, y lo había elegido a él sin importar la vida que iban a llevar cuando todo estuviera arreglado. Había hecho lo que debía, tal y como decretaba su corazón. "Si no lo sabías, ¿no deberías haberme preguntado eso anoche?"

Seth rió suavemente, abrazándola más. “Anoche no me habría arriesgado a preguntar nada por si cambiabas de opinión. Anoche no me atreví. Pero ahora tengo miedo de moverme de esta cama, de perderte de mi vista, a menos que comprenda qué es lo que tú quieres de mí. Qué necesitas."

"¿Necesitar?" repitió ella en voz baja. "No necesito más que esto." Su mano se movió suavemente sobre la fuerza de su brazo y bajó hasta su pecho. “¿Y mi elección? No tengo elección, no más que tú. Fuimos elegidos porque teníamos que seguir nuestro corazón." En este mundo, al menos, a Jaida se le había mostrado la codicia de los hombres. Un hombre que hacía lo que su corazón exigía, que no aprovechaba el poder ni arrojaba montañas de oro al viento, era

una criatura realmente rara. Si bien Jaida y sus hermanas estaban solas en el imperio, también lo estaba Seth.

“Jaida, por favor. Haces afirmaciones que no consigo descifrar." La confusión le arrugaba la frente y brillaba en las sombras de sus ojos, y él tomó gentilmente la mano de Jaida entre las suyas. “Lo que tu diosa dice y quiere decir, y a quién elige y por qué, son misterios para mí. Te estoy preguntando tan claramente como puedo: ¿por qué decidiste venir a verme? ¿Qué has decidido para tu futuro?"

Había miedo en la confusión de Sety y Jaida sonrió al ver cuán completamente se habían invertido sus papeles. Ahora era ella la que tenía confianza y certeza. Tenía, por primera vez en su vida, la satisfacción de saber una cosa sin la menor duda. "Vine a ti," sonrió, "porque no mandaste a nadie a buscarme. Vine a ti porque sabía sin lugar a dudas que este era el lugar al que yo pertenecía. Vine a ti porque no me importa si vas vestido de lino fino o con los harapos de un mendigo." Estirándose para llegar hasta sus labios, lo besó suavemente. "Vine porque tú eres mi futuro, donde quiera que estés."

Él sacudió la cabeza, el más mínimo movimiento. “Toda la noche me he despertado, una y otra vez, comprobando y volviendo a comprobar y comprobando de nuevo que esto es cierto, que tú eres real. Que existes y que yo no podría haber esperado más." De nuevo el menor movimiento de cabeza. "Eso será suficiente por ahora." Él sonrió. "Cuando entienda siquiera una parte de tu mundo, te lo preguntaré de nuevo."

Moviéndose hacia atrás, él deslizó un brazo desde debajo de ella y se apartó rodando para sentarse y levantarse. Sombras azules se movían como la seda sobre su esbelta musculatura mientras se dirigía a la estantería y seleccionaba un *khameez* largo y holgado.

Jaida se apoyó sobre los codos para buscar su bata. La habitación que la rodeaba no era nada que pudiera haber imaginado para su amado. El ojo de su mente había pintado paredes y joyas doradas, vidrio y ricas telas, pero aquí encontraba una cama sencilla y firme, con el más suave lino y una sábana sedosa.

Detrás de ella, la pared tenía una hilera de torres almenadas para

lámparas y una única tela ancha de vivos colores. Un árbol extendía sus ramas a lo largo de la parte superior de la pintura, cargando una gran cantidad de criaturas, pájaros y reptiles. Abajo en la sombra, diminutas figuras retorcidas y acopladas. Y sentado en el centro, con los ojos cerrados, sonriendo, había un único hombre, más grande que el resto y lleno de paz.

Era apropiado.

FIN

Glosario

Aba, Abaya: el abaya (manto), a veces también llamado aba, es una sencilla prenda holgada, esencialmente un vestido similar a una túnica, que usan algunas mujeres en partes del norte África y la Península Arábiga. Los abayat tradicionales son negros y pueden ser o bien un gran cuadrado de tela que cubre los hombros o un caftán largo. El abaya cubre todo el cuerpo excepto la cara, los pies y las manos.

Ablutium: Baño.

Aedicula: (plural, ediculae) pequeño santuario. Edículo.

Agal: banda o cordón que rodea la parte superior de la cabeza para sujetar en su sitio la tela superior del *gutrah* (o keffiyeh).

Al siq: al-Siq (traducido: el eje) es la entrada principal a la antigua ciudad de Petra en el sur de Jordán. El desfiladero tenue y estrecho (en algunos puntos no más de 3 m de ancho), que recorre 1,2 km, termina en las ruinas de Al Khazneh (El Tesoro).

Al Uzza: Al-Uzzá fue el diosa principal adorada por los nabateos, quienes (finalmente) la equipararon con la diosa griega Afrodita. Ourania (Venus romana, Caelestis).

Alkanet: raíz utilizada en Cosmética romana para una mancha roja brillante en los labios. También se utilizó como abortivo.

Árab el-Hajaya: Jordania, Área, Zona tribal.

Ares: Dios griego de guerra. Marte romano.

Aureus: El aureus (pl. aurei "dorado") era una moneda de oro de la antigua Roma valorada en 25 denarios de plata.

Bab al-sirr: Las casas árabes a veces tenían un Bab Al-Sirr, una puerta secreta utilizada como una salida de emergencia incorporada en las paredes y oculta con el alféizar de una ventana o un estante

con libros. El nombre proviene de una de las seis puertas abiertas en un antiguo muro en Adén (actual Yemen), que se abría sólo en caso de emergencia de seguridad del estado.

Belladona: Planta tóxica de la familia Solanum, fatal incluso en pequeñas dosis.

Bétyle: Los nabateos veneraba a sus deidades en betyls (losas de piedra anicónicas). El betyl indica la presencia divina de cualquier deidad que se está representando, y no es restringido a Dushara y Al-Uzza.

Bisht: Un bisht es un manto de los hombres árabes tradicionales. Es esencialmente una capa exterior fluida hecha de lana, usado sobre el thobe. A diferencia del thobe, el bisht es suave y es generalmente de color negro, marrón, beige, crema o gris. Como los inviernos son cálidos, esta región, el bisht generalmente solo se usa por prestigio en ocasiones especiales como bodas o festivales.

Buccina: Una buccina es un instrumento de bronce utilizado en el antiguo ejército romano similar al *Cornu*. Un *aeneador* que soplaba una buccina se llamaba «buccinador» o «bucinador». La buccina se utilizaba para el anuncio de las guardias de noche y varios otros propósitos en el campamento.

Carpentum: Carreta cubierta con madera o cortinas, usada principalmente por mujeres. Debido a que los vehículos con ruedas eran ilegales en muchas áreas de las ciudades romanas, el más pequeño de estos vehículos podían separarse y transportarse como una parihuela.

Carra: Carro pequeño popular entre los celtas. Pequeño carruaje.

Castrum: La palabra latina *castra*, con su singular *castrum*, era usada por los antiguos romanos para referirse a edificios o parcelas de tierra reservados o construidos para uso como posición defensiva militar.

Compluvio: Un espacio sin techar, en el patio de una vivienda romana, a través del cual la lluvia caía en el *impluvium* o cisterna.

Contubernium: Escuadrón u octeto moderno. Ocho hombres.

Flagrum: es una fusta o látigo o azotador, especialmente de tipo multi-cuerda, utilizado para infligir castigos corporales severos o automortificación en la espalda.

Gens Togata: Personas u hombres de la toga. La implementación de la toga, con su capacidad de cambio, demuestra rango y el estado y las formas en que los elementos de adorno se pueden utilizar para afirmar, defender y manipular identidades en respuesta a cambios políticos y circunstancias sociales. Como herramienta para mantener el orden demostrando legitimidad, la toga cambiante fue adoptada por Augusto cuando él y cada élite de los miembros de Roma negoció su propio lugar en el mundo romano.

Ghutrah: El keffiyeh / kufiya, también conocido como ghutrah, es un tocado árabe tradicional formado a partir de una bufanda cuadrada, generalmente de algodón. Por lo general, lo usaban los hombres árabes. Se encuentra comúnmente en regiones áridas para proporcionar protección contra la exposición directa al sol, así como para proteger la boca y ojos de polvo y arena.

Hera: Hera es esposa y una de tres hermanas de Zeus en el panteón olímpico de la mitología y religión griegas. Su función principal es la de diosa de la mujer y el matrimonio. Su contraparte en la religión de la antigua Roma era Juno. La vaca, el león y el pavo real son sagrados a ella. La madre de Hera es Rea y su padre Cronos. Representada como majestuosa y solemne, a menudo entronizada y coronada con el *polos* (una alta corona cilíndrica usada por varias de las Grandes Diosas), Hera puede llevar la fruta de la granada en la mano, emblema de sangre fértil y muerte y sustituto de la cápsula narcótica de la adormidera. Hera era conocida por sus celos y naturaleza vengativa, sobre todo contra las amantes y la descendencia de Zeus, pero también contra mortales que la traicionaran; como Pelias. Paris la ofendió al elegir a Afrodita como la diosa más hermosa, ganándose el odio de Hera.

Hierba mora: Belladona.

Hookahs: un *hookah* (narguile), también conocido como pipa de agua, es un instrumento para fumar de una o varias varillas en el

que el vapor o el humo se pasa a través de un recipiente de agua (a menudo de vidrio) antes de la inhalación. Cuando la pipa de agua se utiliza para producir humo (como es común en los Estados árabes del Golfo Pérsico), generalmente se le conoce como *hookah*, que significa "tarro" en árabe.

Isis-Al Uzza: Isis como la diosa Al Uzza.

Isis-Mut: Isis como Mutt, la diosa madre de todos.

Jabal Habees: Fortaleza de Al-Habees en Petra.

Khameez: Un vestido tradicional usado por mujeres y hombres. Los *shalwar* son pantalones holgados que parecen pijamas. Las piernas son anchas en la parte superior, y estrecho en el tobillo. El *kameez* es una camisa o túnica larga. Las costuras laterales, si se deja abierto por debajo de la línea de la cintura, brinda al usuario una mayor libertad de movimiento.

Khat: Khat (Catha Edulis) es una planta con flores nativa al Cuerno de África y la Península Arábiga. Entre las comunidades de estas áreas, masticar *khat* tiene una larga historia como costumbre social que se remonta a miles de años. La *khat* contiene un alcaloide monoamínico llamado catinona, un estimulante similar a la anfetamina, que se dice que causa excitación, pérdida de apetito y euforia.

Kohl: tinte negro, hecho de polvo de antimonio, usado en cosmética desde tiempos del antiguo Egipto. Se usaba como sombra de ojos.

Ksirakakoli: nombre latino: Fritillaria roylai. Es un bulbo antiasmático, antirreumático, febrífugo, galactógogo, hemostático, oftálmico y oxitócico. La planta se usa para masajear a pacientes con hinchazón de las articulaciones causadas por la artritis. Reduce la inflamación y las lesiones, alivia y reduce la hinchazón, los hematomas y el dolor en las articulaciones. Refresca la piel, revitaliza circula y estimula la oxigenación.

Lectus: suntuosos asientos o sofás de forma semicircular donde los romanos ricos comían reclinados alrededor de una mesa que tenía la misma forma. El *lectus* fue quizá el elemento más importante del

mobiliario de estilo romano que se utilizaban para dormir, sentarse, relajarse o comer. El *lectus* tenía un marco de madera con correas de cuero que sostenían un colchón relleno con paja o lana o plumas. En un extremo del *lectus* siempre había un brazo aunque muchos de estos sofás también tenían respaldos y dos brazos. El *lectus* se hizo aún más cómodo con la adición de almohadas, cojines y un colcha confeccionada con los mejores tejidos. Las patas del *lectus* eran a menudo caras, decoradas con preciosos metales y marfil. Se hace mención incluso de monturas de plata maciza. La costumbre de reclinarse a la hora de comer se introdujo en las naciones del Este y fue adoptada al principio sólo por los hombres, pero luego se le permitió también a la mujer. Para los pobres, o en las comidas informales, se comía en las mesas y sillas normales.

Legio II Taiana Fortis: DATA

Legio III Cirenaica: DATA

Legio VI Ferrata: DATA

Locus Consularis: El lugar designado para la persona principal de la compañia.

Manumisión: Liberación de un esclavo.

Messalina: Valeria Messalina, a veces deletreada Messallina, (17/20–48) fue la tercera esposa del emperador romano Claudio. También era prima paterna del emperador Nerón, prima segunda del Emperador Calígula y bisnieta del emperador Augusto. Poderosa e influyente mujer con reputación de promiscua, se afirmó que conspiró contra su esposo y fue ejecutada cuando el fue descubierto la conspiración. Su notoria reputación es posiblemente el resultado de políticas parciales. Ha sido perpetuada por obras de arte y literatura en los tiempos modernos. Con su acceso al poder, Messalina entra en la historia con una reputación de despiadada, depredadora y sexualmente insaciable. Su esposo es representado como fácilmente conducido por ella e inconsciente de sus muchos adulterios, hasta informó que había llegado a casarse con su último amante, el senador Cayo Silio en el 48. El Senado romano ordenó entonces que el nombre de Mesalina y todas sus estatuas fueran retirados de todos los lugares públicos o privados *(damnatio*

memoriae).

Milites Gregarii: Hombres de armas no nobles. Soldados regulares..

Nacione: Soldados extranjeros alistados o reclutados para Roma. Obtenían la ciudadanía por el servicio.

Nafud: El Nafud o Al-Nefud es un desierto en la parte norte de la Península Arábiga que ocupa una gran depresión ovalada. Tiene 290 km de largo y 225 km de ancho, con un área de 103 600 km^2. El Nafud es una región desértica de dunas de arena con poca o ninguna vegetación. Es conocido por sus repentinos vientos violentos que explican las grandes dunas en forma de media luna. La arena en el Nafud es un color rojizo ladrillo. La lluvia llega una o dos veces al año. En algunas zonas de tierras bajas, es decir, en las cercanas a las montañas de Hejaz, hay oasis donde se cultivan dátiles, verduras, cebada y frutas. El Nefud está conectado al Rub 'al Khali junto al Dahna, un corredor de llanuras de grava y dunas de arena, 800 millas de largo y de 15 a 50 millas de ancho.

Nacione: Soldados extranjeros alistados o reclutados para Roma. Obtenían la ciudadanía por el servicio.

Nimphaeunum: El *nimphaeunum* era una gran fuente pública a lo largo de la calle Colonnaded de Petra. Solo quedan los cimientos hoy, pero en la antigüedad era un edificio espléndido con una media cúpula interior empotrada.

Palla: Gran chal suelto usado por las mujeres

Pallas Atenea: «¿Detuvo Hera a su propio hijo cuando era Reina del cielo?
No, hizo que Palas Atenea lo detuviera por ella.»
El libro 5 de La Ilíada, líneas 430-910.

Palium: Una pesada capa de lana. Hay muchas opiniones diferentes sobre el origen del *pallium* papal. Algunos lo rastrean hasta una investidura de Constantino I; otros lo consideran una imitación del *Efod* hebreo, la prenda humeral del Sumo Sacerdote. Otros declararan que su origen se remonta a un manto de San Pedro, que era simbólico de su cargo de pastor supremo. Una cuarta hipótesis

encuentra su origen en un manto litúrgico, el cual se afirma que ya fue utilizado por los primeros papas. Una quinta dice que su origen se remonta a la costumbre de doblar el ordinario manto-palium, una prenda exterior en uso en la época imperial.

Praefectus Castrorum: Oficial de mayor rango en un área determinada, investido en ausencia de un oficial de mayor rango.

Peplos: Vestido griego a diferencia de la túnica romana, recogido y dividido de hombro a cintura.

Peristilium: Jardín privado o patio (peristilo).

Rekeem: El nombre nabateo de Petra.

Rub 'al Khali: El Rub 'al Khali o Barrio Vacío es el desierto de arena más grande del mundo, que abarca la mayor parte del tercio sur de la Península Arábiga, incluida Arabia Saudita y áreas de Omán, Estados de Emiratos Árabes Unidos y Yemen. El desierto cubre unos 650.000 kilómetros cuadrados.

Schenti: Prenda corta de cuero similar a una falda usada por los hombres egipcios.

Silphium: una planta, se cree que extinta, usada en la antigua Grecia y Roma en cocina y como contraceptivo.

Stola: Sobretúnica usada por las mujeres casadas. A menudo la parte decorativa de un atuendo.

Tablinum: En la arquitectura romana, un *tablinum* (o *tabulinum*, de *tabula*, tablero, imagen) era una habitación situada generalmente a un lado del atrio y opuesta a la entrada. Se abría en la parte trasera al *peristilium*, con una gran ventana o solo una antesala o cortina. Las paredes estaban ricamente decoradas con pinturas al fresco y bustos de la familia dispuestos sobre pedestales a ambos lados de la habitación.

Thagiyah: Los hombres árabes también usan una cubierta para la cabeza de 3 piezas. La pieza inferior de esta cubierta para la cabeza es una gorra blanca que a veces se llena con agujeros. Este gorro, llamado *thagiyah*, se usa para sujetar el cabello. Encima del *thagiyah*

hay una cubierta para la cabeza en forma de bufanda que viene en dos tipos: una cubierta blanca clara para la cabeza llamada *ghutrah*. Estas cubiertas para la cabeza protegen la cabeza de la luz solar directa y se puede usar para cubrir la boca y la nariz durante tormentas de arena o clima frío. Encima del *thagiyah* y el *ghutrah* está el *agal*, que es una banda que rodea la parte superior de la cabeza para sujetar todo lo demás en su lugar. Cuando los niños varones llegan a la pubertad, se les enseña a cubrirse la cabeza como una señal de entrada en la edad adulta. Dentro de la casa, la cabeza no necesita cobertura; cuando alguien tiene invitados en casa, lo usa como señal de respeto.

Thoub: Un vestido de una pieza de manga larga para hombre que cubre todo el cuerpo.Esta prenda permite que el aire circule, lo que ayuda a refrescar el cuerpo durante los calurosos días de verano. Durante el verano se suele hacer de algodón blanco para reflejar la luz del sol. En invierno está hecho de más pesado tela como la lana y viene en colores más oscuros.

Triclinio: El comedor mismo se llamaba triclinio, aun cuando contenía varias mesas de comedor. Romanos de distinción en épocas posteriores tenía varias salas de este tipo para diferentes épocas del año. En invierno cenaban en el interior de la casa a la luz de la lámpara, en verano en un cenador anexo a la casa o en la planta superior. Los *lecti*, dispuestas para tres personas cada una, eran espacios amplios y acolchados, más bajos hacia el exterior e inclinados hacia arriba con un soporte lateral; en cada uno de los tres lugares había una almohada sobre la cual los comensales, mientras estaban sentados a la mesa, se apoyaban con el brazo izquierdo y los pies hacia el exterior. La asignación de los nueve lugares se hacía de acuerdo con estrictas reglas de etiqueta. El diván del medio, *lectus medius*, y el de la izquierda, *lectus summus* (el más alto), eran designados para los invitados, el primero para los más invitados distinguidos; que a su derecha, *lectus imus* (el más bajo), era para el anfitrión, su esposa y un niño o un liberto. En el *lectus summus* e *imus*, el lugar de honor (locus summus) estaba en el lado izquierdo, en el que estaba el apoyo del sofá y, en consecuencia, el asiento más conveniente. Aunque el lugar designado para la persona principal de la empresa, el *locus consularis*, era en el *lectus medius* (y no a la izquierda, sino a la derecha y sin apoyo lateral),

junto al del anfitrión, que ocupaba el primer lugar en el *lectus imus*.

Trirreme: Era un antiguo barco y un tipo de galeón utilizado por las antiguas civilizaciones marítimas del Mediterráneo, especialmente los fenicios, antiguos griegos y romanos. Para navegar tenía tres hileras de remeros.

Turmae: Una turma (latín para "enjambre, escuadrón", plural *turmae*) era un escuadrón de caballería en el ejército romano de la República y el Imperio.

Tutus Caverna: Sala de una cueva protegida / segura / a salvo.

Vía Nova Traiana: Nueva Carretera de Trajano, originalmente «La Autopista del Rey», era una ruta comercial de vital importancia para el antiguo Medio Oriente. Esta comenzaba en Egipto y se extendía por la península del Sinaí hasta Aqaba. Desde allí giraba hacia el Norte a través del Jordán, que conducía a Damasco y al Río Éufrates. La *Vía Traiana Nova* (anteriormente conocida como *Vía Regia)* era un antigua calzada romana construida por el emperador Trajano. Se conocía específicamente como la *Vía Traiana Nova* para distinguirla de la *Vía Traiana* en Italia. Ocasionalmente también se la conocía simplemente como *Vía Nova* o *Vía Nova Traiana* y se completó bajo Adriano.

Vicus: En la Antigua Roma, un vicus (plural *vici*) era un barrio o pequeña aglomeración urbana. Durante la época republicana, las cuatro regiones de la ciudad de Roma se dividían en *vici*. En el siglo I a. C., Augusto reorganizó la ciudad con fines administrativos en 14 regiones, que comprendían 265 *vici*. Cada *vicus* tenía su propio consejo de funcionarios que supervisaban los asuntos locales. Estas divisiones administrativas todavía estaban en vigor al menos hasta mediados del siglo IV.

La palabra latina *vicus* también se aplicaba a la unidad administrativa más pequeña de una ciudad provincial en el Imperio romano y al asentamiento provincial civil que surgía cercano a un lugar romano oficial, como pudiera ser una guarnición militar o una zona minera en operación.

Vitis: Caña de vid llevada por los centuriones. Hecha de una rama

de vid.

Wadi Musa: El principal valle del río que atraviesa Petra.